



pensamiento
crítico





pensamiento crítico

Pensamiento crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no correspondan necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarla por medio de notas aclaratorias o artículos cuando lo estime necesario.

Director

- Fernando Martínez

Consejo de dirección

- Aurelio Alonso
- José Bell Lara
- Mirella Crespo
- Jesús Díaz

Diseño y emplane

- Navarrete

Suscripción anual \$4.80

Redacción / calle J no. 556, Vedado, La Habana, Cuba, teléfono 32 2343 ● Precio del ejemplar / 0.40 centavos ● Circulación / Distribuidora Nacional de Periódicos y Revistas, Virtudes no. 257, teléfono 6 6765 ● SUSCRIPCIONES ● En el extranjero a / Departamento de Exportación del Instituto Cubano del Libro / calle 19 no. 1002, Vedado, La Habana, Cuba ● Precio de la suscripción anual / Correo marítimo: 5.00 dólares canadienses / Correo aéreo / para Latinoamérica y Estados Unidos: 10:00 dólares canadienses / para Europa: 25 dólares canadienses.

indice

NUMERO 51 ABRIL 1971

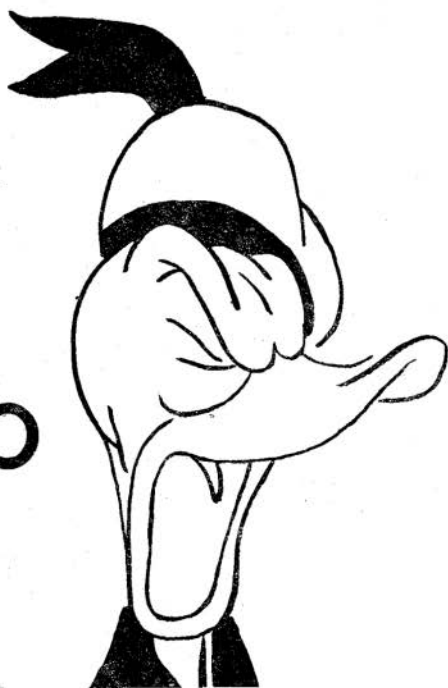
- | | | |
|---|------------|---|
| Darcy Ribeiro | 4 | CONFIGURACIONES HISTORICO-CULTURALES DE LOS PUEBLOS AMERICANOS |
| Ilia Villar | 76 | LIMITES Y POSIBILIDADES REVOLUCIONARIAS DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN LOS AÑOS 30 |
| Carlos Delgado | 100 | SUBDESARROLLO URBANO Y MARGINACION SOCIAL EN AMERICA LATINA |
| Gerard Pierre-Charles | 124 | SITUACION ECONOMICA Y PERSPECTIVAS DE DESARROLLO EN HAITI |
| Orlando Caputo y Roberto Pizarro | 148 | DEPENDENCIA E INVERSION EXTRANJERA EN CHILE |
| Alberto Cardona | 180 | ENTREVISTA A OSCAR GARRETON, SUBSECRETARIO DE ECONOMIA |
| Oswaldo Rivera Bravo | 192 | CAUTIN: LA DERECHA CONSPIRA PARA DETENER LA REFORMA AGRARIA |
| Salvador Allende | 206 | DISCURSO ANTE LA ASAMBLEA NACIONAL DE LA UNIDAD POPULAR |

NOTAS

- | | | |
|------------------------|------------|---|
| Eduardo Galeano | 215 | DEL ANTIGUO APOGEO A LA HUMILLACION DE NUESTRO TIEMPO |
| Luis F. Ribeiro | 228 | COMUNICACION E IDEOLOGIA: EL HOMBRE EN SU CONTEXTO |
| | 239 | AUTORES |

**CONFIGURACIONES
HISTORICO-
CULTURALES
DE LOS PUEBLOS
AMERICANOS**

**DARCY
RIBEIRO**



En el prólogo a su libro El proceso civilizatorio: etapas de la evolución sociocultural (1968), Darcy Ribeiro expone el objetivo mediano de los estudios e investigaciones emprendidas en su calidad de antropólogo: analizar el proceso de formación de los pueblos americanos, las causas de su desarrollo desigual, y las perspectivas de autosuperación que se abren ante los más atrasados. Para hacerlo —y porque se impone como requisito previo indispensable a sus objetivos— ha asumido la tarea de proceder a una revaloración crítica de las teorías sobre evolución sociocultural, y proponer un nuevo esquema del desarrollo de la sociedad humana a partir del surgimiento de los primeros núcleos agrícolas —es decir, un período que abarca los últimos diez milenios.

No desconoce el antropólogo y sociólogo brasileño lo temerario de su tentativa: la acepta y emprende, lejos de eludirla, en busca de instrumentos cognoscitivos adecuados y suficientes para explicar las situaciones específicas a que como latinoamericanos nos enfrentamos, y ante las cuales resultan las más de las veces inoperantes, cuando no impotentes, los esquemas evolutivos clásicos con que contamos.

De ahí el carácter inevitablemente polémico del estudio que ha emprendido, y que acompañará de cierto tanto la próxima edición cubana de la mencionada obra como la publicación del presente trabajo, que constituye un resumen de su libro Las Américas y la civilización: procesos de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos (1969).

Pero de ahí, también, la importancia latinoamericana de los estudios emprendidos por Ribeiro. Porque con él, la búsqueda de explicaciones nuestras a situaciones nuestras trasciende el plano regional, y se convierte en un análisis del proceso de desarrollo histórico-cultural mundial, en el que encuentran cabida y ubicación no sólo coyunturas correspondientes al desarrollo europeo, sino también las correspondientes al mun-

do hoy subdesarrollado y, más específicamente, a América Latina. Toma para ello, como punto de partida, las resultantes vigentes en nuestra porción del mundo. O en otras palabras: Ribeiro enfoca el desarrollo extramericano con una óptica específicamente latinoamericana. Y se trata, entonces, de someter a examen el desarrollo y la actualidad del colonizador (de ahora, o de antes), con la óptica del hombre históricamente colonizado, semicolonizado, o neocolonizado. Sus propias palabras lo explicarán mejor: «Por su propia naturaleza, nuestros estudios sobre las causas de la desigualdad del desarrollo de los pueblos americanos exigían la formulación de un esquema previo de las etapas evolutivas que, simultáneamente, posibilitaran su posterior elaboración. La exigían porque era necesaria la construcción de una tipología para clasificar los diversos contingentes que se conjugaron para formar las sociedades nacionales americanas de hoy. ¿Cómo clasificar, relacionándolos entre sí, a los pueblos indígenas que variaban desde las altas civilizaciones hasta las hordas preagrícolas y que reaccionaron ante la conquista según el grado de desarrollo que habían alcanzado? ¿Cómo situar, en relación con aquellos pueblos y con los europeos, a los africanos desgajados de sus grupos en distintos grados de desarrollo para ser trasladados a América como mano de obra esclava? ¿Cómo clasificar a los europeos que dirigieron la conquista? ¿Los ibéricos, que llegaron primero, y los nórdicos, que los siguieron y dominaron extensas áreas, crearon el mismo tipo de formación sociocultural? Finalmente, ¿cómo clasificar y relacionar las sociedades nacionales americanas por su grado de incorporación a los modos de vida de la civilización agrariomercantil y, ya ahora, de la civilización industrial? Todas estas cuestiones y muchas otras igualmente cruciales exigían la elaboración de una teoría general del proceso evolutivo que conceptualizara las etapas en forma más precisa y que explicitara más cuidadosamente los modos por los cuales interaccionan las sociedades de desarrollo desigual.»

Al mismo tiempo que un examen, los estudios emprendidos por Ribeiro plantean a propios y a ajenos una exigencia de responsabilidades ante las graves desigualdades del mundo de hoy; y constituyen de hecho una denuncia de mecanismos pasados y actuales de sometimiento y de sumisión. El autor es, en ese sentido, concluyente al analizar las posibilidades de superación de la condición de subdesarrollados de los pueblos latinoamericanos: alcanzar o lograr una asimilación efectiva de los avances tecnológicos de la humanidad «supone para los pueblos históricamente atrasados, como presupuesto básico, abocarse a una revolución social interna y a una confrontación decisiva en la escena internacional. Únicamente por esta vía podrán sustraer del dominio de las oligarquías y patriciados los instrumentos de poder que permitan reformular el orden social, que éstas y sus aliados internacionales se encuentran comprometidos por igual con una situación de atraso para ellos lucrativa». Y por ello —y porque es producto de un contexto cultural revolucionario, vigente hoy en nuestra América, y que le exige la explicación de sí misma a partir de aquél análisis de sus propios elementos propuesto casi un siglo atrás por José Martí— debe ser bienvenido, y lo es, el polémico estudio de Darcy Ribeiro.

El trabajo que a continuación se somete al juicio del lector constituye, fundamentalmente, la construcción de una tipología histórico-cultural de los pueblos americanos. En él el autor se propone «establecer cuáles son las características generales y comunes a distintos pueblos, que permiten agruparlos en conjuntos uniformes en relación con ciertos atributos socioculturales y asimismo, cuándo estos conjuntos pueden distinguirse como categorías explicativas del modo de ser de las sociedades extraeuropeas y de los problemas de desarrollo que enfrentan». Ribeiro va a ello con plena conciencia de que al clasificar a los pueblos extraeuropeos del mundo moderno en las cuatro grandes configuraciones histórico-culturales que propone, cada una de ellas habrá de englobar «poblaciones muy diferenciadas, pero también suficien-

temente homogéneas en cuanto a sus características étnicas básicas y a sus específicos problemas de desarrollo como para ser legítimamente tratadas como categorías distintas», a la vez que «presentan suficiente uniformidad tipológica como para ser tratadas como configuraciones distintas, explicativas de su modo de ser».

Sin intentar sustituir el análisis del lector, deseamos llevar su atención hacia postulados que consideramos de importancia en la comprensión de la exposición que ofrece Ribeiro. Tal es el caso de su imprescindible aclaración (quizá no suficientemente a tiempo dentro del trabajo) de que «estas configuraciones no deben ser consideradas como entidades socioculturales independientes, puesto que carecen de un mínimo de integración que las ordene internamente y les permita actuar como unidades autónomas». Muy por el contrario, «las entidades que efectivamente intervienen son las sociedades y culturas particulares que las componen y, sobre todo, los estados nacionales en que se dividen. Ellos forman las unidades actuantes, tanto en lo que respecta a la interacción económica como a la ordenación social y política...»

Una temprana identificación del lector con estos postulados viabilizará el entendimiento de clasificaciones de otro modo propensas a ser rebatidas, tales como la unificación tipológica de conglomerados tan diferenciados como Japón, China y Guatemala, o como México y los países islámicos; si bien seguramente no evitará, sin embargo, otras objeciones a las clasificaciones propuestas dentro de la categorización lograda.

No se trata —y de ello deja constancia el autor— de una categorización basada en uniformidades socioeconómicas, sino en uniformidades histórico-culturales. Metodológicamente, resulta entonces inobjetable la categorización a que recurre: «para determinar la situación de cada pueblo extraeuropeo en el ámbito mundial y explicar cómo han llegado a ser lo que ahora son, resulta mucho más útil la referencia a estas amplias configuraciones que la consideración de las caracte-

ísticas nacionales, raciales, climáticas, religiosas o de otro tipo que presenten». Pero como el objetivo de la construcción tipológica presentada es hacer posible «entender por qué los pueblos reaccionaron diferentemente a las mismas incitaciones externas, por qué han vivido procesos históricos de desarrollo social y económico tan diferenciados, y determinar en cada caso qué elementos han actuado como aceleradores o retardadores de su integración en el modo de vida de las sociedades industriales modernas» y como, por otra parte las configuraciones histórico-culturales de Ribeiro «constituyen categorías congruentes de pueblos, fundados en el paralelismo de su proceso histórico de formación étnico-nacional, así como también, en la uniformidad de sus características sociales y de los problemas de desarrollo que les son propios», se hace entonces necesario cuestionarse algunos aspectos de la labor de clasificación que realiza Ribeiro —al menos, en lo que respecta a la utilización concreta, en el presente trabajo, de su tipología. Y tal es lo sucedido con la ubicación, como pueblos de una misma configuración, de Argentina, Uruguay y Estados Unidos (entre otros) en calidad de pueblos trasplantados.

Más que insistir en los rasgos diferenciantes —que están presentes en distintos momentos del trabajo— ni señalar la evidente oposición de las resultantes históricas de cada una de las tres entidades involucradas, dentro de un único sistema de relaciones en el que están insertas, creemos que es precisamente el propio estudio de Ribeiro el que puede aportar las mejores argumentaciones en contra de la ubicación propuesta.

En este sentido, la definición tipológica ofrecida en el presente trabajo deja, en efecto, poco o ningún margen a la clasificación de Argentina y Uruguay como naciones modernas dentro de la configuración de pueblos trasplantados. Porque si —entre otras características definitorias— «cada uno de ellos se estructuró de acuerdo con los modelos económicos y sociales proporcionados por la nación de donde provenía,

llevando adelante en las tierras adoptivas procesos de renovación ya actuantes en el ámbito europeo», es evidente que ello es válido para el conglomerado que inicia en circunstancias muy específicas la ocupación del territorio de los futuros Estados Unidos, así como para los diversos grupos étnicos que efectúan su colonización, pero que no lo es del mismo modo para las poblaciones que se radican en territorios hoy argentinos y uruguayos, y donde (siguiendo al propio Ribeiro) «la masa de los inmigrantes europeos llegada a los países del Río de la Plata, luego de residir por breves períodos en el campo, se vio compelida a dirigirse a las ciudades ante la imposibilidad de fundar una economía de tipo granjero».

A diferencia del caso norteamericano, donde el proceso de trasplante da origen y asiento a la creación autónoma de una estructura, el diferente momento histórico en que sucede el caso rioplatense y la circunstancia de tener que sumarse a organizaciones sociales ya vigentes y con funciones productoras definidas, disminuyeron la potencialidad transformadora de los grupos étnicos injertados, y condicionaron su incapacidad para sustituir una estructura preexistente sustentada y defendida por una «oligarquía latifundista que aún después de la independencia conservó el monopolio de la tierra, y de una burguesía portuaria que limitó la expansión de la actividad creadora de los inmigrantes a una industria meramente artesanal al mantener un régimen de estímulo a las importaciones». Obtuvieron —en fin— por ello, resultantes similares a las obtenidas en los pueblos nuevos y pueblos testimonio del continente (sociedades «intencionalmente organizadas para servir intereses y objetivos exógenos»), donde la acción transformadora de estímulos externos tan poderosos como la revolución industrial encontró tan grande resistencia en la estructura vigente que «cada núcleo industrial surgió en estas áreas como un enclavamiento aislado en medio de una economía arcaica preponderante, que sólo le permitía expandirse cuando no se oponía a los intereses oligárquicos implicados en el latifundio y en la economía de exportación».

El hecho étnico-cultural de la preponderancia de la inmigración europea sobre la población mestiza aparece entonces opacado, a la luz de las propias argumentaciones de Ribeiro, a la luz de la inconcordancia actual de las entidades en cuestión con las características enumeradas para los pueblos trasplantados, y a la luz de los objetivos mismos que persigue el autor: porque sabemos que se propone también —y precisamente como antropólogo— entender «qué factores de diferenciación operaron y operan todavía sobre (los pueblos del mundo) provocando configuraciones tan contrastantes en los niveles sociales y culturales, así como grados tan dispares de integración en la tecnología de la civilización industrial»; que busca explicaciones concernientes «a las causas de desarrollo desigual de los pueblos americanos»; que intenta definir la acción de las revoluciones tecnológicas sobre algunas sociedades, condicionante de «una ampliación paralela de su poder de dominio y explotación de otros pueblos que han quedado en situación de retraso histórico por no haber experimentado los mismos progresos tecnológicos».

De lo que se nos presenta como una posible insuficiencia del acto clasificatorio en cuestión, dentro de la tipología concebida, proviene la necesidad en que se halla el autor —detectable a lo largo de todo el trabajo— de insistir en los diferentes resultados de estos fenómenos étnico-culturales tipológicamente asimilables, y de acentuar frecuentemente las diferencias (sin poder señalar casi similitudes) entre los pueblos trasplantados del norte y los pueblos trasplantados del sur: entre el fenómeno uruguayo-argentino (y, en cierta medida, paulista) y el fenómeno estadounidense excepcional en el ámbito continental americano.

Hemos insistido en el carácter polémico de la obra emprendida por Darcy Ribeiro. En la valoración que del trabajo que a continuación ofrecemos haga el lector, se podrá, efectivamente, estar o no de acuerdo —por mencionar ejemplos— con la consideración que el autor hace sobre los pueblos subdesarrollados como pueblos «retrasados en la historia», o

como pueblos «arcaicos... detenidos o retrasados» respecto del proceso de modernización —sintiéndose, en particular, la ausencia del señalamiento de que la condición más «atrasada» de unos es requisito y consecuencia, al mismo tiempo, de la condición más «avanzada» de aquellos que han alcanzado el nivel de las «formaciones imperialistas industriales»; que la acción del proceso modernizador ha alcanzado a todos, aunque de modo distinto (más que de modo distorsionado): del modo peculiar y específico que la estructura existente permite y las relaciones vigentes sancionan, y de acuerdo con el lugar que a unos y a otros haya correspondido —o hayan asumido— en el conjunto de relaciones determinado por la producción capitalista mundial.

Se podrá, incluso, no estar de acuerdo con la inculpación que Ribeiro efectúa del rol desempeñado en este retraso por «un patronato burocrático y cosmopolita más interesado en el destino internacional del capitalismo que en el desarrollo de su propio pueblo», o por una determinada «obstrucción oligarco-patriarcal», si consideramos que una inculpación particular de la modalidad burguesa específica latinoamericana puede dar lugar (no se trata aquí del caso de Ribeiro) a una exoneración del sistema —y cuando tanto la burguesía nuestra como la ajena no han hecho sino buscar sus máximas posibilidades de lucro, como acertadamente señala el autor, si bien la nuestra lo ha hecho en la única área específica donde le era doble hallarlas. Y de ahí lo prescindible de una inculpación individual: su culpa es sólo esa: ser burgueses, y actuar consecuentemente y nítidamente como tales.

Por encima de los numerosos posibles desacuerdos, ninguno de los puntos señalables invalidan, en nuestra opinión, el conjunto. Y habrá —eso sí— que estar de acuerdo acerca de la amplitud de las posibilidades que el trabajo de Darcy Ribeiro abre, como enfoque general, para una revalorización del devenir americano, y para una explicación —perfectamente integrable al esquema propuesto— de nuestras sociedades actuales.

RAMON DE ARMAS

La contribución de la antropología al conocimiento del proceso formativo de las sociedades nacionales modernas y sus problemas de desarrollo, es mucho menor de lo que sería deseable. Es también probablemente mucho menor de lo posible, pese a las evidentes limitaciones metodológicas de las ciencias sociales. En verdad, los antropólogos —al igual que el resto de los científicos sociales— muestran una conveniente preparación técnica para realizar investigaciones cuidadosas sobre problemas restringidos y socialmente irrelevantes, pero parecen poco propensos a examinar los problemas cruciales que enfrentan las sociedades contemporáneas, incluso, aquellas que se sitúan de lleno dentro de su campo de interés científico.

Por el contrario, los esfuerzos de algunos estudiosos por tratar problemas de relevancia social, y por elaborar teorías de largo alcance, representan reacciones contra estas tendencias autolimitativas en el ámbito de la antropología. En este sentido, podemos señalar entre otras, la tentativa pionera de A. L. Kroeber (1944), de considerar los procesos de transformación de las altas culturas; la de R. Linón (1955), de situar dentro de un vasto esquema interpretativo las grandes tradiciones culturales, y sobre todo, las de V. Gordon Childe (1937), L. Whits (1959) y J. Steward (1955), que retomaron las perspectivas evolucionistas. Tienen también gran importancia los estudios de R. Redfield sobre las formas y las transformaciones de las **culturas folks** (1941, 1953, 1956), las tentativas de G. Foster por aumentar el interés y la capacidad explicativa de los estudios de culturación (1960, 1962) y de J. Steward (1950) por generalizar y sistematizar con referencia a grandes áreas los estudios de comunidad.

Contribuciones menos elaboradas aunque destacables como fuentes de este estudio son las de J. Gillin (1947, 1949, 1955), Ch. Wagley y M. Harris (1955), Eric Wolf (1955) y particularmente E. Service (1955), relativas a la formulación de los estudios de áreas y tipos culturales y su aplicación a las poblaciones actuales de América Latina. Merecen también destaque especial los estudios de G. Balandier (1955) sobre el colonialismo en África y de O. Lewis sobre la cultura de la pobreza (1959, 1961, 1963). Fueron igualmente de gran utilidad a nuestro trabajo los ensayos de interpretación histórica y sociológica de J. C. Mariátegui (1955), F. Ortiz (1940), W. C.

- 14 Bennett (1953), A. Lipschutz (1944), S. Bagú (1949,1952), E. Williams (1964), F. Tannenbaum (1947), S. Buarque de Holanda (1957, 1963), G. Freyre (1951, 1952) y C. Furtado (1959).

Con estas contribuciones cuenta principalmente hoy quien se proponga entender —desde un punto de vista antropológico— cómo los pueblos del mundo llegaron a ser lo que en la actualidad son; qué factores de diferenciación operaron y operan todavía sobre ellos provocando configuraciones tan contrastantes en los niveles sociales y culturales, así como grados tan dispares de integración en la tecnología de la civilización industrial.

Discutimos en el presente trabajo algunos resultados alcanzados en un estudio de esta naturaleza, concerniente al proceso de formación étnica y a las causas de desarrollo desigual de los pueblos americanos.¹ Para llevar a cabo este estudio, ha sido necesario realizar un esfuerzo de revaloración de los instrumentos conceptuales que la antropología ha utilizado en la investigación de las sociedades nacionales modernas; replantear el esquema evolutivo² y elaborar la tipología histórico-cultural de los pueblos americanos que aquí se presenta. Estos resultados tienen el valor de indicaciones preliminares para una discusión más profunda del tema.

El interés básico de nuestro estudio reside en el examen del proceso de formación de nuevas entidades étnicas y su interacción con sociedades distintas, integradas en diferentes tradiciones culturales, dentro del marco de los **procesos civilizatorios**. Con esta expresión designamos las principales etapas de la evolución sociocultural a través de sucesivas **revoluciones tecnológicas** y a la difusión de sus efectos sobre diversos pueblos. Consideramos revoluciones tecnológicas a aquellas innovaciones profundas de la capacidad de actuar sobre la naturaleza, o a la utilización de nuevas fuentes de energía, que una vez que son alcanzadas por una sociedad, la colocan en un peldaño más elevado del proceso evolutivo. Esta progresión opera a través de la multiplicación de la capacidad productiva de esa sociedad, con la consecuente ampliación de su cuantía demográfica y de la distribución y composición de ésta, la reordenación de las antiguas formas

¹ Ribeiro, Darcy, **Las Américas y la civilización: Proceso de formación y problemas de desarrollo desigual de los pueblos americanos**, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1969.

² Ribeiro, Darcy, **El proceso civilizatorio**, ediciones de la biblioteca de la universidad central de Venezuela, Caracas, 1970.

de estratificación social, y la redefinición de los sectores ideológicos de su cultura. Actúa también mediante una ampliación paralela de su poder de dominio y explotación de otros pueblos que han quedado en situación de retraso histórico por no haber experimentado los mismos progresos tecnológicos.

Los procesos civilizatorios promueven transformaciones étnicas en los pueblos que alcanzan, remodelándolos mediante la fusión de raza, la confluencia de culturas y la integración económica, e incorporándolos en nuevas formaciones socioculturales. Estos procesos actúan a través de dos vías diferentes, conforme afecten a los pueblos de manera activa o pasiva: una es la **aceleración evolutiva**, cuando se trata de sociedades que por la adquisición autónoma de la nueva tecnología no sólo progresan socialmente manteniendo su perfil étnico, sino que llegan incluso a expandirse sobre otros pueblos, componiendo de este modo **macroetnias**; otra, es la **actualización histórica**, en el caso de aquellos pueblos que al sufrir el impacto de las sociedades tecnológicamente más desarrolladas resultan sometidos a ella perdiendo en consecuencia su autonomía, y corriendo el riesgo de ver traumatizada su cultura y alterado su perfil étnico.

A partir del siglo XVI tuvieron lugar dos revoluciones tecnológicas que promovieron cuatro procesos civilizatorios sucesivos. La primera fue la **revolución mercantil**, que con su impulso inicial, a un tiempo comercial y religioso, lanzó a los pueblos ibéricos a las conquistas trasoceánicas y a los rusos a la expansión continental sobre Eurasia: en un momento posterior, caracterizado por presentar los contenidos económicos propios de un capitalismo más maduro, la revolución mercantil, rompiendo el estancamiento feudal de ciertas zonas de Europa, impulsó a los holandeses, ingleses y franceses a la expansión colonial allende el mar. La segunda fue la **revolución industrial**, que a partir del siglo XVIII suscitó la reordenación del mundo bajo la égida de las naciones iniciadoras de la industrialización, por medio de dos procesos civilizatorios: la expansión imperialista y la reordenación socialista.

Al tiempo que se desencadenaban estos sucesivos procesos civilizatorios, las sociedades por ellos afectadas, de modo activo o pasivo, se configuraban como componentes dispares de diferentes formaciones socioculturales, según experimentaran una aceleración evolutiva o una actualización histórica. Se plasmaron así como consecuencia de la expansión mercantil salvacionista, por aceleración, los

16 imperios mercantiles salvacionistas; y por actualización, sus contexto **colonias esclavistas;** Más tarde —y como resultado del segundo proceso civilizatorio— surgieron por aceleración las **formaciones capitalistas mercantiles,** y por actualización, sus dependencias **colonias esclavistas, colonias mercantiles y colonias de poblamiento.**

Como fruto del primer proceso civilizatorio provocado por la revolución industrial, se originaron luego por aceleración las formaciones imperialistas industriales, y por actualización sus contrapartes neocoloniales; las formaciones **socialistas revolucionarias, socialistas evolutivas y nacionalistas modernizadoras,** derivan de su segundo proceso civilizatorio.

La secuencia global que describimos con estos conceptos, es la de la expansión de nuevas civilizaciones sobre amplias áreas, lograda mediante el dominio colonial de territorios poblados, o el traslado intencional de poblaciones. Su impulso estuvo dado por un desarrollo tecnológico precoz, que confirió a los pueblos que lo emprendieron facultad de imponerse a otros pueblos —vecinos o lejanos— someténdolos al saqueo esporádico o al despojo continuado de recursos de su región y del producto del trabajo de sus habitantes. No obstante, aparejaron la difusión de una nueva civilización por la expansión cultural de las sociedades promotoras de la conquista, y, por esta vía, la formación de nuevas entidades étnicas y grandes configuraciones histórico-culturales. La actualización histórica se cumple por el sometimiento de pueblos extraños seguidos de su reordenación económica y social de modo tal que facilite la instalación de nuevas formas de producción o la explotación de actividades ya existentes.

El objetivo primordial de esta reordenación es vincular los nuevos núcleos a las sociedades de expansión como partes integrantes de sus sistemas productivos, y consecuentemente, se impulsa la difusión intencional de sus tradiciones culturales. La primera etapa de este proceso se caracteriza por la deculturación y la considerable disminución numérica de los pueblos avasallados. En la segunda etapa, renace una cierta creatividad cultural que permite plasmar con elementos tomados de la cultura dominante y sojuzgada, un conjunto de preceptos, valores, nociones, indispensables para la convivencia y la orientación del trabajo; se desarrollan así células étnicas que combinan fragmentos de los dos patrimonios dentro del marco del dominio. En una etapa posterior, estas células pasan a funcionar

como núcleos de **aculturación**, tanto sobre los miembros de la población nativa como sobre el conjunto de los individuos apartados de sus sociedades de origen, ya se trate de los trasladados en calidad de esclavos o de los propios agentes de dominación; esta función sería aún más acentuada en los descendientes de todos ellos.

Estas nuevas células culturales tienden a madurar como protoetnias, y a encuadrar los sentimientos de identificación nacional de la población del territorio. En una etapa más avanzada del proceso, las protoetnias tienden a independizarse y ascender a la condición de variantes culturales espurias y de componentes exóticos y subordinados de la sociedad colonial, a la condición de sociedades autónomas poseedoras de **culturas auténticas**. Esta restauración y emancipación sólo se alcanzan luego de un acaecer extremadamente conflictivo en el que entran en conjunción factores culturales, sociales y económicos. En este proceso se señala un esfuerzo persistente de autoafirmación política por parte de las protoetnias, cuyo fin es conquistar su autonomía y determinar un proyecto propio de existencia. Alcanzada esta meta, se está ante una **etnia nacional**, es decir, se asiste a la correspondencia entre la autoidentificación de un grupo como comunidad humana en sí, diferenciada de las demás, con la organización política propia enmarcada en la cual habrá de vivir su destino. Cuando estas **etnias nacionales** se expanden a su vez, colonizando otros pueblos respecto a los cuales pasan a ejercer un papel de dominación y reconstitución sociocultural, se puede hablar de una **macroetnia**. Obtenido, sin embargo, un cierto nivel de expansión étnico nacional sobre un área de dominio, la propia acción aculturativa, así como la difusión del patrimonio técnico y científico en que se funda el dominio, estimulan las tendencias autonomistas de las etnias sometidas. Una vez más el contexto se vuelve contra el centro rector quebrándose los vínculos de dominio.

La situación resultante es la de etnias nacionales autónomas en interacción recíproca, posibles de ser activadas por procesos civilizatorios surgidos de nuevas revoluciones tecnológicas. Estas etnias nacionales, producto de la acción acelerante o actualizante de procesos civilizatorios anteriores, presentan una serie de discrepancias y de uniformidades altamente significativas para la comprensión de su existencia anterior. Las mismas varían siguiendo dos líneas fundamentales: primero, de acuerdo con los grados de modernización de la tecnología productiva que hayan alcanzado, lo que les abre perspectivas más amplias o más limitadas de desarrollo; segundo,

18 de acuerdo al carácter de la remodelación étnica que hayan experimentado, originando en consecuencia distintas **configuraciones histórico-culturales**, vale decir, categorías de pueblos que más allá de sus distingos étnicos específicos presentan uniformidades que derivan del paralelismo de sus procesos de formación. En el caso de los procesos civilizatorios regidos por Europa, los pueblos se asemejan o difieren según presenten el perfil básico de las sociedades europeas o europeizadas, de los pueblos extraeuropeos herederos de antiguas civilizaciones, o de los originarios de poblaciones de nivel tribal.

Ejemplos clásicos de procesos civilizatorios que han hecho surgir diversas configuraciones histórico-culturales, se encuentran en la expansión de las civilizaciones de regadío, de las talasocracias fenicia y cartaginesa, de los imperios mercantiles esclavistas griegos y romanos; todos ellos responsables de la trasfiguración y remodelación de numerosos pueblos. Ejemplos más recientes son las expansiones islámica y otomana, y sobre todo la europea, tanto en su ciclo mercantil salvacionista ibérico, como en el capitalista e imperialista industrial posteriores. Sólo mediante el estudio cuidadoso de cada uno de esos procesos civilizatorios singulares, y la comparación sistemática de sus efectos, se podrá formular una teoría explicativa del surgimiento de las etnias nacionales y las configuraciones histórico-culturales en las que ellas se inscriben.

Ubicados en esta perspectiva, los estudios de **aculturación** ganan nueva dimensión, ya que en vez de circunscribirse al estudio de las situaciones y a los resultados de la conjunción entre entidades culturales autónomas, centran su interés en la formación de nuevas etnias o en su trasfiguración dentro de la corriente de expansión de pueblos impulsados por procesos civilizatorios, apreciando consecuentemente los efectos de la actualización histórica sobre las poblaciones sometidas.³

Este proceso se da en todas las situaciones en que sociedades en expansión, poseedoras de una tecnología más avanzada y de una alta cultura, inciden en contextos socioculturales extraños por medio de instituciones colonialistas, que sólo reflejan aquella elevada cultura en los aspectos instrumentales, normativos e ideológicos indispensables al cumplimiento de sus funciones de explotación eco-

³ R. Redfield y otros, 1936; R. Beals, 1951, 1953; Barnett y otros, 1954; Mintz, 1954; Adams, 1956; S. W. Mintz, 1954; Aguirre Beltrán, 1957; O. Lewis, 1963; R. Stavenhagen, 1963, 1965.

nómica, dominio político, expansión étnica y difusión cultural. Por lo general, la acción de dominación de tales instituciones colonialistas se ejerce sobre poblaciones más atrasadas y profundamente diferenciadas cultural, social y en ocasiones racialmente de la sociedad dominante, de las que no obstante toman algunos elementos de su cultura, en especial las técnicas de provisión de la subsistencia propia de las condiciones locales. Sin embargo, procuran esencialmente dar a los nuevos núcleos una configuración que borre su singularidad y lleve a distinguirlos apenas como variantes de la sociedad nacional de expansión, cuya lengua y cultura le son impuestas. La interacción de la minoría oriunda de la sociedad dominante, y la mayoría proveniente de las sociedades locales sojuzgadas —o de contingentes trasladados expreso para satisfacer los objetivos del grupo expansionista—, plasma la cultura nueva, que por un lado propende a perpetuarse como cultura espuria propia de una sociedad dominada, pero que, por otro, al encauzarse a la atención de las necesidades específicas de sobrevivencia y crecimiento de esa sociedad, la lleve a estructurarse como etnia autónoma.

Como se ve, no tiene lugar un libre juego de influencias recíprocas entre entidades culturales autónomas; por el contrario, este proceso dinámico se encuentra condicionado por el desnivel cultural que provoca el vuelco de la sociedad expansiva sobre otros contextos. Únicamente en los casos en que la interacción se produce entre pueblos de nivel tribal se puede hablar de aculturación en el sentido de un proceso en el cual existen de manera efectiva posibilidades de selección libre de los rasgos que se hayan de adoptar, y de lograr la integración completa y armónica de los mismos en el seno de la cultura adoptante al punto que su utilización y desarrollo no dependa ya de la creatividad de la cultura de origen.

El concepto mismo de autonomía cultural exige una redefinición, puesto que sólo circunstancialmente es posible referirse a situaciones de independencia cuando se trata de sociedades afectadas de modo activo o pasivo por los procesos civilizatorios. En tales circunstancias se aprecian núcleos en expansión y sus contextos correspondientes, sobre las cuales ejercen aquéllos su influencia deculturativa y aculturativa. Esos núcleos pueden ser únicos y ampliarse de manera homogénea con el correr del tiempo, o múltiples y actuar simultáneamente formando distintas configuraciones de acuerdo con las situaciones de conjugación y las características originales de los contextos sobre los cuales actúan. Pero en todos los casos, promueven el mismo

20 proceso civilizatorio cuando se fundan en una idéntica tecnología básica, en un homogéneo sistema de ordenación social, y en valores y carencias comunes que difunden en los pueblos involucrados en sus redes de dominio. Las relaciones que se establecen entonces en el ámbito político y social son de supremacía y subordinación; en el cultural de predominio, deculturación e incorporación en el seno de una gran tradición. En estas conjunciones, ni los agentes de la expansión colonial establecidos en la sociedad sometida, ni la población de ésta, constituyen entidades poseedoras de culturas realmente autónomas, puesto que cada una depende de la otra, y ambas componen un conjunto interdependiente con el centro rector metropolitano. Existe autonomía —en el sentido de dirección del propio destino— tan sólo en el caso de entidades que ejercen el dominio, y aun éstas se insertan por lo general en amplias constelaciones socioculturales, cuyos integrantes preservan su autonomía únicamente de manera parcial. En las situaciones de conjunción resultantes de procesos de expansión étnica, resalta la diferencia entre el poder de la sociedad dominante para inculcar sus tradiciones, y la limitada resistencia a la descaracterización étnica y cultural que le oponen los contextos dominados.

Empleamos el término **deculturación** para designar el proceso implicado en situaciones especiales en que contingentes humanos separados de sus sociedades —y por consiguiente de sus ambientes culturales— por sometimiento o traslado, son reclutados como mano de obra de empresas ajenas, lo que los coloca en la contingencia de abandonar su patrimonio cultural y adoptar nuevos modos de hablar, hacer y pensar. En tales casos, el énfasis es puesto más en la erradicación de la cultura original que en la interacción cultural. La deculturación es casi siempre una etapa anterior —y también un requisito previo— del proceso de aculturación. Esta última tiene lugar después de la deculturación, cuando comienza el esfuerzo por consolidar un nuevo conjunto de comprensiones comunes a los dominadores y a los dominados, que haga viable la convivencia social y la explotación económica. Tanto la socialización de las nuevas generaciones de la sociedad naciente, como la asimilación de los inmigrantes, se cumplen entonces por su incorporación al conjunto de costumbres, creencias y valores propios de aquella protocélula étnica.

Usamos el concepto de **asimilación** con referencia a los procesos de integración de los inmigrantes europeos a las sociedades neome-

ricanas, cuyas semejanzas lingüísticas y culturales —especialmente en lo tocante a la visión del mundo y a las experiencias de trabajo— no justifican el empleo de los conceptos de aculturación y deculturación. Se supone que su forma de participación en la sociedad receptora, obviamente limitada en los primeros tiempos pero paulatinamente ampliada, habrá de completarse en el correr de una o dos generaciones al alcanzar finalmente estos individuos el carácter de miembros indiferenciados de la etnia nacional. Como tales etnias admiten formas variables de participación —resultantes por ejemplo de la socialización en áreas culturales distintas o en zonas de inmigración más o menos recientes— estas distinciones en el grado de asimilación pueden presentarse como modos diferenciados de identificación en la etnia nacional:

Otros conceptos que tuvimos que reformular fueron los de **cultura auténtica** y **cultura espuria**, inspirados en E. Sapir (1924). Llamamos aquí culturas auténticas a aquellas que internamente presentan un elevado grado de integración, y también una mayor autonomía respecto a la dirección de su desarrollo. Por oposición, culturas espurias son las correspondientes a sociedades sometidas, dependientes por tanto de decisiones ajenas, y cuyos miembros están más expuestos a la alienación cultural, o sea a tomar como propia una visión del mundo y de sí mismos que es en rigor la de sus dominadores.

Estos perfiles culturales contrastantes, resultan natural y necesariamente del proceso civilizatorio mismo, que en un caso preserva y fortalece la autenticidad cultural, y en otro frustra toda posibilidad de mantener el **ethos** original o redefinirlo mediante la libre selección e incorporación en el contexto cultural propio, de las innovaciones procedentes de la entidad colonialista. En estas circunstancias, la cultura pierde su congruencia interna cayendo en la alienación por nutrirse de ideas ajenas que no se adecúan a su propia experiencia, y sí en cambio a los propósitos de justificación del dominio colonial.

Los pueblos modernos nacidos de las viejas civilizaciones avasalladas por el colonialismo europeo, y los que se originaron a partir de factorías tropicales compuestas por indígenas y africanos, sufrieron comprensiones alienantes que sólo en nuestros días comienzan a superar. En estos casos, la cultura naciente en lo que concierne al **ethos** se configuró por la acción de dos modeladores: primero, por la anulación provocada por la deculturación compulsiva de aquellas concepciones etnocéntricas originales que les permitían tomar su

22 propia imagen como prototipo de lo humano; segundo, por la admisión de una nueva y degradante concepción de sí mismos —reflejo de las ideas de sus dominadores— que al considerarlos criaturas grotescas, intrínsecamente inferiores e incapaces de progresar, vedada toda posibilidad de aceptar con orgullo su imagen real.

Las etnias nacionales moldeadas por estas presiones, generaron culturas espurias.

I. CONFIGURACIONES HISTORICO-CULTURALES AMERICANAS

Nada en el mundo quedó fuera del alcance de las fuerzas desencadenadas por la expansión europea. Impulsada por las dos revoluciones tecnológicas mencionadas, esta expansión transformó a los pueblos ibéricos, más tarde a otros pueblos europeos, en los motores de sucesivos procesos civilizatorios. La revolución mercantil creó las primeras civilizaciones de dimensión mundial; la revolución industrial constituyó —y aún hoy constituye— en los ámbitos socioeconómico y cultural la fuerza uniformante principal volcada a la integración de pueblos muy diversos en una civilización común.

Los procesos civilizatorios movidos por aquellas revoluciones se hallan en la base de la reordenación de la naturaleza, cuya flora y fauna se han vuelto esencialmente las mismas en todas las latitudes. Ellos son la causa fundamental de las trasfiguraciones experimentadas por los pueblos en los últimos siglos, ya que la actual configuración étnica de la humanidad es el resultado del exterminio de millares de etnias, de la fusión de razas y de la difusión lingüística y cultural. Por los mismos procesos se explica también la creciente expansión de idénticas técnicas productivas, de similares modos de ordenación social y política, y de comunes conocimientos, creencias y valores.

El mundo contemporáneo, unificado por el comercio y las comunicaciones, movido por las mismas técnicas e inspirado por un sistema básico de valores compartidos, es su producto. Las diferencias de razas, culturas y lenguas que dan a las distintas etnias sus cualidades singulares, tienen actualmente una relevancia menor que las uniformidades provocadas por el impacto de la expansión europea en su acción civilizadora.

Estas uniformidades son de dos tipos: primero, las socioeconómicas, referentes al grado y al modo de integración de los pueblos en la civilización industrial moderna, lo que les confiere el carácter de sociedades desarrolladas o subdesarrolladas en el marco de las formaciones capitalistas mercantiles, imperialistas industriales, coloniales, neocoloniales o socialistas.⁴ Segundo, las de carácter histórico-cultural, debidas a distintos procesos de formación étnica, cuyas características permanecen actuantes y explican el modo de ser de estos pueblos.

Señalaremos ahora el valor explicativo de estas últimas uniformidades; para ello debemos hacer un estudio cuidadoso de las condiciones en que entraron en interacción las poblaciones puestas en contacto por la expansión europea, del modo cómo sus características culturales se combinaron para formar nuevas entidades étnicas, y de qué efectos tuvieron sobre ellas las fuerzas transformadoras de las revoluciones mercantil e industrial. Con este análisis nos proponemos establecer cuáles son las características generales y comunes a distintos pueblos, que permiten agruparlos en conjuntos uniformes en relación con ciertos atributos socioculturales, y asimismo, cuántos de estos conjuntos pueden distinguirse como categorías explicativas del modo de ser de las sociedades extraeuropeas y de los problemas de desarrollo que enfrentan.

Dentro de esta perspectiva, los pueblos extraeuropeos del mundo moderno pueden ser clasificados en cuatro grandes configuraciones histórico-culturales. Cada una de ellas engloba poblaciones muy diferenciadas, pero también suficientemente homogéneas en cuanto a sus características étnicas básicas y a sus específicos problemas de desarrollo como para ser legítimamente tratadas como categorías distintas. Tales son las de los **pueblos testimonio**, los **pueblos nuevos**, los **pueblos trasplantados** y los **pueblos emergentes**.

Los primeros están constituidos por los representantes modernos de viejas civilizaciones originales sobre las cuales se batió la expansión europea. El segundo grupo, designado como **pueblos nuevos**, está representado por los pueblos americanos plasmados en los últimos siglos como un subproducto de la expansión europea por la fusión y aculturación de matrices indígenas, negras y europeas. El tercero —**pueblos trasplantados**— está integrado por las naciones forma-

⁴ Sobre las formaciones socioculturales: ver Ribeiro (1970).

24 das por el establecimiento de contingentes europeos en los territorios de ultramar, que mantuvieron su perfil étnico, su lengua y cultura original. Por último, componen al grupo de los **pueblos emergentes** las naciones nuevas de África y Asia cuyas poblaciones ascienden del nivel tribal, o de la condición de meras factorías coloniales, o la de etnias nacionales.

Estas categorías se fundan en dos premisas: primero, la de que la apariencia que presentan en nuestros días los pueblos que las forman, es el resultado de la expansión mercantil europea y de la reordenación del mundo provocado por la civilización industrial; segundo, la de que por haber sido estos pueblos originalmente distintos en lo relativo a su raza, organización social y cultural, conservaron características peculiares que al mezclarse con las de otros pueblos dieron lugar a componentes híbridos singulares. Éstos presentan suficiente uniformidad tipológica como para ser tratados como configuraciones distintas, explicativas de su modo de ser.

Es necesario indicar, sin embargo, que estas configuraciones no deben ser consideradas como entidades socioculturales independientes, puesto que carecen de un mínimo de integración que las ordene internamente y les permita actuar como unidades autónomas. Las entidades que efectivamente intervienen son las sociedades y culturas particulares que las componen y, sobre todo, los estados nacionales en que se dividen. Ellos forman las unidades actuantes, tanto en lo que respecta a la interacción económica como a la ordenación social y política; constituyen además los marcos étnicos nacionales reales dentro de los cuales se cumple el destino de los pueblos.

Con todo, las configuraciones histórico-culturales propuestas constituyen categorías congruentes de pueblos, fundadas en el paralelismo de su proceso histórico de formación étnico-nacional, así como también en la uniformidad de sus características sociales y de los problemas de desarrollo que les son propios.

Para determinar la situación de cada pueblo extraeuropeo en el ámbito mundial y explicar cómo han llegado a ser lo que son ahora, resulta mucho más útil la referencia a estas amplias configuraciones que la consideración de las características nacionales, raciales, climáticas, religiosas, o de otro tipo que presenten. Se hace posible de este modo entender por qué los pueblos reaccionaron diferentemente a las mismas incitaciones externas, por qué han vivido procesos históricos de desarrollo social y económico tan diferen-

ciados, y determinar en cada caso qué elemento han actuado como aceleradores o retardadores de su integración al modo de vida de las sociedades industriales modernas.

1. LOS PUEBLOS TESTIMONIO

La primera de estas configuraciones, que designamos como **pueblos testimonio**, está integrada por los sobrevivientes de las altas civilizaciones autónomas que sufrieron el impacto de la expansión europea. Son el producto de la acción traumatizante de aquella expansión, y de los esfuerzos que han hecho en pro de su reconstrucción étnica como sociedades nacionales modernas. Aunque han reasumido su independencia, no han vuelto a ser lo que fueron, ya que en ello se ha operado una transformación, no sólo por la conjunción de las dos tradiciones, sino por el esfuerzo de adaptación a las condiciones que debieron enfrentar en su calidad de integrantes subalternos de sistemas económicos de ámbito mundial, y también por los efectos que de manera directa o refleja tuvieron sobre ellos las revoluciones mercantil e industrial.

En este bloque de **pueblos testimonio** se cuentan India, China y Japón, Corea, Indochina, los países islámicos y algunos otros. En América están representados por México y Guatemala, así como por los pueblos del altiplano andino, sobrevivientes de las civilizaciones azteca y maya los primeros, y de la civilización incaica los últimos. Sumando 65,7 millones de personas, representaban en 1965 el 14,2% de la población total de América.

Más que su retraso histórico importa la expoliación que han sufrido. Contaban originalmente con un enorme acopio de riquezas que podrían en la actualidad ser utilizadas para costear su integración en los sistemas industriales de producción, si no hubieran sido saqueados por los europeos. Este pillaje prosiguió en los siglos siguientes con el despojo del producto del trabajo de sus pueblos. Casi todos se encuentran aún adscritos al sistema imperialista mundial que les fija un lugar y un papel determinado, lo que limita sus posibilidades de desarrollo autónomo. Siglos de sujeción motivaron profundas deformaciones que empobrecieron sus poblaciones, y traumatizaron toda su vida cultural.

El problema básico es el de integrar en su propio ser nacional las dos tradiciones culturales que han heredado, y que frecuentemen-

26 te resultan opuestas. Por un lado, la contribución europea consistente en técnicas y en contenidos ideológicos, cuya incorporación al antiguo patrimonio cultural se cumplió a costa de la redefinición de todo su modo de vida, y de la alienación de su visión de sí mismos y del mundo. Por otro, su antiguo acervo cultural, que a pesar de haber sido drásticamente reducido y traumatizado, pudo mantener algunos elementos como por ejemplo lenguas, formas de organización social, conjuntos de creencias y valores que permanecieron profundamente arraigados en vastos contingentes de la población, además de un patrimonio de saber vulgar y de estilo artísticos peculiares que ahora encuentran oportunidades de re-florecer como instrumentos de autoafirmación nacional.

Atraídos simultáneamente por las dos tradiciones, pero incapaces de fundirlas en una síntesis a la que toda su población le confiera un significado, conservan aún hoy dentro de sí el conflicto entre la cultura original y la civilización europea. Algunos de ellos experimentaron una «modernización» dirigida por las potencias europeas que los dominaron; otros se vieron compelidos a promoverla intencionalmente o a intensificarla como condición de supervivencia y de progreso ante el despojo soportado, o bien como medio de superar los obstáculos representados por el atraso tecnológico y lo arcaico de sus estructuras sociales.

De los **pueblos testimonio** únicamente Japón y más recientemente China, aunque de modo incompleto, consiguieron incorporar a las respectivas economías la tecnología industrial moderna y reestructurar sus propias sociedades sobre bases nuevas. Todos los demás se caracterizan por dividirse en un estamento dominante más europeizado, a veces biológicamente mestizo pero culturalmente integrado en los estilos modernos de vida, que se opone por ello a las amplias masas principalmente campesinas, marginales más que nada por su adherencia a modos de vida arcaicos que los vuelven resistentes a la modernización.

Los dos núcleos de **pueblos testimonio** de América, como pueblos conquistados y sometidos de manera total, sufrieron un proceso de compulsión europeizante mucho más violento, que arrojó como resultado su completa transformación étnica. Sus perfiles étnico-nacionales de hoy ya no son originales.

Los descendientes de la antigua sociedad mestizados con europeos y negros, adquirieron ciertos perfiles neohispánicos. Mientras que

los demás pueblos no europeos de alta cultura —no obstante haber sufrido también los efectos del sometimiento—, apenas matizaron su figura étnico-cultural original con influencias europeas, en América es precisamente la etnia neoeuropea la que se tiñe con los colores de las antiguas tradiciones culturales, sacando de ellas características que la singularizan.

España se encontró en aquellas regiones con poblaciones mucho mayores que la suya propia, estructuradas como formaciones socio-culturales totalmente distintas. Eran imperios teocráticos de regadío del mismo tipo que los característicos de las altas civilizaciones de la Mesopotamia (2350 a.n.e), Egipto (2070 a.n.e), China (1122 a.n.e), India (327 a.n.e), y Cambodia (600 d.n.e). Al igual que aquellas civilizaciones los imperios americanos se basaban en una agricultura intensiva de regadío, servida por estupendos sistemas de canales controlados por el estado, que habría de permitir las mayores concentraciones humanas conocidas.³

Paralizadas por el ataque español, tanto la sociedad azteca, como la maya y la incaica, entraron en colapso; sus aristocracias dirigentes fueron sustituidas por una minoría extranjera que, desde entonces se encargó de remodelar sus culturas valiéndose de compulsiones de toda clase. Este designio se cumplió por medio de dos mecanismos fundamentales: el exterminio intencional de la antigua clase gobernante y sacerdotal, depositaria de la tradición erudita de aquellas culturas y la disminución de su población provocada por las epidemias con que fueron contagiados, por el reclutamiento en el trabajo esclavo y por las innovaciones técnicas y agrícolas que desequilibraron su antigua base ecológica.

³ La cuantía de la población de los imperios teocráticos de regadío de América ha sido objeto de cálculos muy dispares. Entre los autores más moderados se encuentran A. L. Kroeber (1939), quien admitía que entre incas, mayas y aztecas componían un total de 6,3 millones; A. Rosenblat (1954) que señalaba 7,8 millones para los mismos y J. Steward (1949) quien elevó esta cifra a 9,2 millones. Estudios más recientes, basados en la utilización de nuevos fuentes y en el empleo de criterios más precisos, llevan este número a magnitudes mucho mayores. W. Vorah (1962, 1963) estimó la población precolombina de México central entre los 25 y 30 millones; H. Dobyns (1966) y P. Thompson (1966) atribuyeron a esa área una población de entre 30 y 37,5 millones, agregando entre 10 y 13 millones para la América Central y entre otros 30 y 37,5 millones para la región andina. De acuerdo con estos estudios mejor fundados que los anteriores, es posible admitir que la población correspondiente a los imperios teocráticos de regadío de América fuera de entre 70 y 88 millones antes de la conquista. Un siglo y medio después, y debido a su impacto, aquellas poblaciones se habían reducido a 3,5 millones.

Es en esas condiciones que entraron en conjunción las dos tradiciones culturales: la europea y la indígena. La primera, representada por la minoría de los agentes de la dominación externa, mantiene su integridad; la última resulta amputada de contenidos más avanzados de una sociedad urbana, como lo son los sectores letrados, y desquiciada por la deculturación compulsiva y por la rápida merma de su población. Resultó además empobrecida por el saqueo de sus riquezas y por la desaparición de sus técnicos y artesanos. Esto último fue una de las consecuencias de la conversión de la población toda en un «proletariado externo» degradado a la condición de simple fuerza de trabajo en las minas o haciendas, al servicio de una economía de exportación.

Durante largo tiempo, los **pueblos testimonio** de América carecieron de un modo de vida propio, definido y congruente. El viejo modo de vida había muerto como fuerza integradora y no había surgido entretanto uno nuevo.

Desgastados por las epidemias, llevados a la desesperación por la esclavitud, se trasformaron en meros rebaños humanos cuyos miembros no tenían en su vida otra alternativa que cumplir el destino que les era impuesto. En todo ese tiempo, sin embargo, conservaron y transmitieron de generación en generación, fragmentos de los viejos valores cuya actualización en la conducta práctica resultaba imposible, pero que aún eran respetados.

En estas circunstancias surgieron las primeras células de una cultura **ladina** que se esforzaba por adecuarse a las circunstancias presentes. Estas células híbridas, a medias neoindígenas y neoeuropeas, actuarían sobre el contexto traumatizado, tomando de él partes cada vez mayores a fin de instaurar un nuevo modo de ser y de vivir. Se sumergían de continuo en la cultura original, para emerger de ella cada vez más diferenciadas, tanto de la tradición antigua como del modo europeo.

El proceso operó siempre dentro del marco impuesto por la presión de la nueva civilización, cuyo aparato técnico, institucional, y sobre todo mercantil era más avanzado, cuya clase dominante regía la sociedad armada de un enorme poder de coacción. El proceso de ladinización se cumplió por eso como un mecanismo tendiente a adscribir las masas indígenas en la fuerza de trabajo del nuevo sistema productivo. La disciplina de trabajo, dentro del estatuto esclavo o servil, habría de producir en una medida mucho mayor

que la aculturación o la conversión religiosa, la amalgama y la integración de esos pueblos en la sociedad naciente, de la que habría de constituir su proletariado.

Contrariamente a lo que sucedía en las colonias de poblamiento de la costa atlántica de América del Norte, donde un pueblo crecía por la multiplicación de núcleos dotados de las condiciones adecuadas para proveer su subsistencia y para expresar sus concepciones de vida particulares, en las colonias de conquista del sur se reclutaban de continuo nuevos contingentes humanos, que eran utilizados como combustible del sistema productivo colonial. A diferencia también de los **pueblos nuevos**, que surgen de la deculturación de etnias tribales poco adelantadas culturalmente, en el caso de los **pueblos testimonio**, la españolización y el establecimiento de nuevas instituciones ordenadoras jamás consiguió erradicar el cúmulo de costumbres, creencias y valores del antiguo **ethos**, incorporado en aquellas células iniciales, y todavía hoy sobrevivientes en el modo de ser de sus pueblos modernos.

El recuerdo de la pasada grandeza, la indignación ante el drama de su conquista, y el propio peso de las tradiciones de sus altas civilizaciones, debilita el cimiento europeo de la nueva configuración sociocultural. Por eso mismo y a pesar de todas las violencias que presidieron su constitución, las nuevas etnias **ladinas** surgieron con un carácter definido, que en el futuro les daría el perfil de **pueblos testimonios**.

Comparados con las otras etnias americanas, los **pueblos testimonio** se distinguen tanto por la presencia de los valores de la vieja tradición que les confieren la imagen que ostenta, como por su proceso de reconstrucción étnica muy diferenciado. En las sociedades mesoamericanas y andinas, los conquistadores españoles se establecieron desde un principio como una aristocracia que desplazó a la vieja clase dominante y puso a su servicio a las clases intermedias y a toda la masa servil. Gracias a esta sustitución pudieron construir palacios que superaban a los más ricos de la vieja nobleza española, y erigir templos de un lujo jamás visto en la península. Ello les permitió, sobre todo, montar un sistema compulsivo de occidentalización, que partiendo de la erradicación de la clase dominante nativa y de su capa erudita, implantó un fantástico dispositivo de asimilación y represión que iba desde la catequesis masiva y la creación de

30 universidades, al mantenimiento de fuertes contingentes militares prontos a actuar ante cualquier tentativa de rebelión.

Al margen de las tareas que implica el desarrollo socioeconómico, comunes a todas las naciones retrasadas en la historia, los representantes contemporáneos de los **pueblos testimonio** se enfrentaron con problemas culturales específicos resultantes del desafío que significa incorporar sus poblaciones marginales al nuevo ente nacional y cultura! que surge, desligándolas de las tradiciones arcaicas menos compatibles con el estilo de vida de las sociedades industriales modernas. Algunos de sus componentes humanos básicos constituyen unidades étnicas distintas por su diversidad cultural y lingüística y por su autoconciencia de etnia diferenciada dentro de la nacional que integran. No obstante los siglos de opresión, tanto colonial como nacional, en el correr de los cuales todas las formas de apremio fueron utilizadas con el propósito de asimilarlos, estos grupos continuaron fieles a su identidad étnica, conservando peculiares modos de conducta y concepciones del mundo. Esta resistencia secular nos está diciendo que probablemente estos contingentes permanecerán diferenciados, a semejanza de los grupos étnicos conquistados en la mayoría de las nacionalidades europeas actuales. En lo futuro participarán en la vida nacional sin renunciar a su carácter, como hacen los judíos o los gitanos en tantas naciones, o bien constituirán bolsones étnico-lingüísticos equivalentes a los existentes en España, Gran Bretaña, Francia, Checoslovaquia y Yugoslavia. Para alcanzar esta forma de integración, sin embargo, será necesario concederles un mínimo de autonomía y acabar con el empeño de forzar su incorporación a la vida nacional como componentes indiferenciados. Asimismo se requerirá que los **pueblos testimonio** acepten su carácter real de entidades multiétnicas.

En el trascurso del proceso civilizatorio desencadenado por la revolución industrial, los **pueblos testimonio** de América concretaron su independencia. Tres siglos de vasallaje colonial habían acrecentado su pobreza y provocado la formación de una cultura espuria que los volvía incapaces de aceptar su propia imagen y de sentirse orgullosos de ella, así como de integrar en el acervo de tradiciones originales propias que aún perduraban, la vasta gama de elementos culturales tomados del dominador. Se vieron de ese modo compelidos a proseguir el proceso de aculturación, ya que sólo completando su europeización llegarían a alcanzar cierta homogeneidad como etnia

nacional. Además de los problemas de desarrollo —resultantes de su inserción en el sistema capitalista y en la civilización industrial— tuvieron que enfrentar las tareas de absorción étnica de las enormes masas social y culturalmente marginalizadas.

El objetivo de la clase dominante nativa que orientó el ciclo independentista de los **pueblos testimonio**, era el de sustituirse a los agentes metropolitanos de dominación. Como clase directriz de las nuevas sociedades nacionales procuró acelerar por todos los medios la europeización, tratando simultáneamente que la modernización y el desarrollo se cumpliesen bajo la égida de sus intereses. Ese factor de restricción pasó desde entonces a actuar como el condicionante básico del proceso de renovación social, y también como un deformador.

Los **pueblos testimonio** de América, por ser productos de ese proceso peculiar de formación étnica, se caracterizan por la división de sus sociedades en tres estratos superpuestos, diferenciados de acuerdo con su identificación étnica —como indígenas o como neoamericanos— y diferenciados también por el hecho de participar de manera desigual en la riqueza nacional y en el control del poder político. El estamento superior lo forma la capa de los «blancos por autodefinición», racial y culturalmente más hispanizada, que controla la economía y las instituciones políticas y militares adecuándolas a sus intereses. El estamento intermedio considerado mestizo, no lo es tanto por sus caracteres raciales —aunque haya absorbido una gran proporción de genes europeos o africanos— como por su mayor integración en la cultura hispanoamericana, obtenida a través de la españolización lingüística —la conversión al catolicismo— y la incorporación a la fuerza de trabajo de la sociedad nacional. El tercer estamento, está formado por la masa de los que como indígenas se encuentran en una situación de marginalidad cultural. Hoy día poco tienen de común con los aborígenes precolombinos, ya que su modo de ser es producto de la dominación, primero colonial y después nacional-oligárquica, que al integrarlos parcialmente al sistema económico como el sector más explotado, llegó a transformarlos en neoamericanos. Apenas son, pues, indígenas modernos. La integración de este contingente marginal, desde el punto de vista cultural, social y económico, al conjunto de la nación, constituye para los **pueblos testimonio** el gran desafío que deberán superar a fin de completar la formación de su perfil étnico nacional.

2. LOS PUEBLOS NUEVOS

La segunda configuración histórico-cultural está constituida por los **pueblos nuevos**, surgidos de la conjunción, deculturación y fusión de matrices étnicas, africanas, europeas e indígenas. Los denominamos **pueblos nuevos** en atención a su característica fundamental de **especie novae**, puesto que componen entidades étnicas distintas de sus matrices constitutivas, y representan en alguna medida anticipaciones de lo que probablemente habrán de ser los grupos humanos en un futuro remoto, cada vez más mestizados y aculturados, y de este modo uniformados del punto de vista racial y cultural.

Como poblaciones plasmadas por la amalgama biológica y por la aculturación de etnias dispares dentro de un marco esclavócrata y hacendista, constituían **pueblos nuevos** los brasileños, los venezolanos, los colombianos, los antillanos y una parte de la población de América Central y del sur de Estados Unidos. Estos últimos experimentaron el mismo proceso formativo y se configuraron también **pueblos nuevos**, aunque los centroamericanos se singularicen por una mayor presencia de contenidos culturales indígenas, y la región sur de Norteamérica haya perdido posteriormente ese carácter, ya que al no haber conseguido estructurarse como nación, se vio compelida a sobrevivir como un cuerpo extraño dentro de una formación **pueblo trasplantado**.

Todo el bloque de **pueblos nuevos** de América, sumando una población de 143,7 millones de personas, en 1965, representa el 82,1% de la población del continente.

Una segunda categoría de **pueblos nuevos**, pronunciadamente diferenciada de la primera por no haber experimentado las compulsiones de la **plantation**, se encuentra en Chile y Paraguay. Fueron **pueblos nuevos** del mismo tipo de estos últimos, aunque más tarde étnicamente desfigurados por un proceso de sucesión ecológica que los europeizó masivamente, los de Uruguay y Argentina

Los **pueblos nuevos** constituyen la configuración histórico cultural más característica de las Américas porque están presentes en todo el continente, y porque tienen aquí una particular prevalencia, si bien en menor medida pueden detectarse en otros ámbitos. Sus símiles son, por ejemplo, las formas incipientes de algunos pueblos eu-

ropeos modernos cuyas matrices étnicas fundamentales fueron moldeadas por el dominio y la miscigenación de poblaciones extrañas por colonizadores esclavistas. Surgieron así la macroetnia ibérica y las etnias nacionales francesa, italiana y rumana, como resultado del proyecto rumano de colonización mercantil que las trasfiguró cultural y lingüísticamente, mediante el dominio militar, el traslado de poblaciones, la esclavización, la amalgama y la deculturación. Son su equivalente también, los pueblos trasfigurados por la expansión musulmana mediante similares procedimientos de dominación colonial, y que suman hoy más de 300 millones en Asia y África. En todos estos casos —como en el de los pueblos americanos— presenciarnos el surgimiento de pueblos nuevos formados por la conjunción y amalgama de etnias originalmente muy diferenciadas, logradas bajo condiciones de dominio colonial despótico impuesto por los agentes locales de sociedades más desarrolladas. Asimismo, resultan de la conquista y dinamización de sociedades sumidas en el feudalismo, llevadas a cabo por **herrenvolker** con capacidad de integrarlas en formaciones imperiales y en un amplio sistema mercantil internacional.

Los **pueblos nuevos** de América se formaron por la confluencia de contingentes profundamente dispares en cuanto a sus características raciales, culturales y lingüísticas, como un subproducto de proyectos coloniales europeos. Al reunir negros, blancos e indios en las grandes plantaciones de productos tropicales o en las minas, cuya finalidad era surtir a los mercados europeos y producir ganancias, las naciones colonizadoras plasmaron pueblos profundamente diferenciados de sí mismas y de todas las etnias que los componían.

Aunados en las mismas comunidades, estos contingentes básicos, aunque ejercían papeles sociales distintos, acabaron mezclándose. Así, al lado del blanco, que desempeñaba la jefatura de la empresa, del negro esclavo, del indio, también esclavizado o tratado como mero obstáculo que debía eliminarse, fue surgiendo una población mestiza en la que se fundían aquellas matrices en las más variadas proporciones. En este encuentro de pueblos aparecen **linguas francas** como instrumentos indispensables de comunicación, y surgen culturas sincréticas formadas por elementos procedentes de los diversos patrimonios que mejor se ajustaban al nuevo modo de vida.

Pocas décadas después de inauguradas las empresas coloniales, la nueva población, nacida e integrada en aquellas plantaciones y minas,

34 ya no era europea, ni africana, ni indígena, sino que configuraba las protocélulas de una nueva entidad étnica. Al crecer vegetativamente por la incorporación de nuevos contingentes, aquellas protocélulas fueron conformando los **pueblos nuevos** que paulatinamente tomarían conciencia de su especificidad, componiendo luego nuevos complejos culturales, y por último etnias pretensoras de su autonomía nacional.

Los **pueblos nuevos** de las Américas son el resultado de formas específicas de dominación étnica y de organización productiva, establecidas bajo condiciones de extrema opresión social y de deculturación compulsoria, que aunque ejercidas en otras épocas y diferentes regiones del mundo, alcanzaron en la América colonial la más amplia y vigorosa aplicación. Tales formas fueron, en primer lugar, la esclavitud, utilizada como procedimiento capitalista de reclutamiento de mano de obra entre pueblos tribales africanos y aborígenes, para la producción agraria y la explotación minera; y en segundo lugar, la adopción de la hacienda como modelo de organización empresarial capitalista, que combinando el monopolio de la tierra y el dominio de la fuerza de trabajo, permitiría producir artículos para el mercado mundial con el fin exclusivo de obtener lucros pecuniarios.

Tanto en su forma esclavócrata como «libre», la hacienda ha sido la institución básica conformadora del perfil de los **pueblos nuevos**. Ella condicionó la familia, la religiosidad, la nación misma, como proyección de su sistema y de su hegemonía sobre la ordenación legal del estado. Modeladora básica de la sociedad, la hacienda dejó su impronta tanto en los descendientes de los que en ella aplicaban sus esfuerzos ya fuera en calidad de esclavos o de fuerza de trabajo libre, como sobre las capas dominantes rurales y urbanas; todos resultaron deformados por el espíritu autocrático paternalista, por los gustos señoriales, por la discriminación racial y social.

El sistema de haciendas sirvió también para dar impulso al cultivo de la caña de azúcar y a los ingenios; para organizar las plantaciones de algodón, café, tabaco, cacao, bananas, ananás y de otros productos, en un principio con mano de obra esclava, y después de la abolición, con **trabajadores libres**. Fue igualmente empleado, con las necesarias adaptaciones, a la crianza extensiva de ganado y hasta a las explotaciones extractivas de riquezas vegetales. Estas formas diferenciadas del modelo de hacienda, tenían en común

el dominio del territorio donde operaban y el control de un contingente humano puesto al servicio de la empresa, sin ningún respeto por sus costumbres o aspiraciones, sobre todo cuando éstas podían menoscabar los imperativos de la producción y ganancias. Todas ellas tenían también como denominador común, el carácter de instituciones mercantiles que permitían la vinculación de las colonias de ultramar con las economías metropolitanas.

En cierto sentido, la hacienda colonial se anticipa a la fábrica moderna, por estas características de concentración de los trabajadores bajo el comando de los detentadores de los medios de producción, que procuran apropiarse del producto de su trabajo. Era, con todo, una «fábrica» singular por ser rural y esclavista. Ello le permitió aislar a los que allí trabajaban, componiendo comunidades atípicas, cuyo ritmo de tarea y de descanso, costumbres, creencias, organización familiar, y cuya vida entera, se sujetaban a la intervención avasallante de una voluntad extraña.

La oposición natural e irreductible entre los intereses patronales que tenían por mira obtener el máximo de ganancias de la empresa y de los «proletarios» que buscaban lograr una parte mayor de los valores que creaban, se restringe, dentro de la hacienda tradicional, a límites extremos. En estas condiciones, el trabajador sólo puede apelar, a fin de desgastarse con menos rapidez, a la disminución de su ritmo de trabajo o a la fuga, con lo que arriesgaba la persecución y la «caza» si se trataba de un esclavo. Se había caído en una de esas formas espurias de trabajo asalariado que siguieron a la esclavitud; el peón podía en todo caso procurarse empleo en otra hacienda, pero en todas el sistema era el mismo.

En la hacienda, bajo el régimen esclavócrata, no había lugar para el desempeño del papel de padre de familia en relación a la compañera y a los hijos, también piezas que pertenecían al patrón. Aún hoy, no tiene cabida allí el ciudadano, porque la patria es la hacienda para quien nace y vive dentro de sus lindes. Entre la hacienda y el mundo exterior —de los negocios, de la sociedad, de la nación, de la religión— sólo cabe un mediador, que es el hacendado, y que ejerce los papeles de patrón, padrino, protector y jefe político. La clase dominante de las sociedades configuradas como **pueblos nuevos**, bajo la égida del sistema de haciendas, constituyó más el cuerpo gerencial de una empresa económica europea que el sector dirigente de una sociedad auténtica. Solamente con gran lentitud se erigió

36 en una jefatura nativa, y cuando lo hizo impuso a la sociedad entera, trasformada en nacionalidad, una ordenación oligárquica basada en el monopolio de la tierra que le garantizaba la preservación de su posición rectora y la permanencia del pueblo a su servicio como mano de obra servil o libre.

En una sociedad así estructurada, las instituciones republicanas no resultaron otra cosa que un simulacro de autogobierno popular, incapaz de disfrazar el verdadero carácter oligárquico del poder oculto detrás de la aparatosidad democrático-representativa. La propia revolución industrial, al actuar sobre este contexto, encontró resistencias que desfiguraron todas sus potencialidades de reordenación social. Estas resistencias se derivan del carácter exógeno de la economía de las haciendas, cuya finalidad es atender las necesidades ajenas antes que las de la sociedad de que forma parte.

Los perfiles culturales de los **pueblos nuevos** se diferencian también de acuerdo a tres órdenes de variables, correspondientes a las matrices europeas, africanas y americanas que se conjugaron para constituirlos. En el primer caso, estas variantes se refieren a los diversos pueblos que promovieron la colonización de las Américas, y la principal diferencia señalable es la existente entre los colonizadores latinos y los demás. Pero estas diferencias son irrelevantes respecto al proceso de formación de los **pueblos nuevos**, frente al poder uniformante del denominador común representado por el esclavismo y por el sistema de **plantation** que presidió la actuación de todos los colonizadores. La uniformidad esencial de todos los **pueblos nuevos** constituidos sobre la base de aquellas formas de reclutamiento de la fuerza de trabajo y de aquel tipo de organización capitalista mercantil, comprueba esta irrelevancia. Es cierto que la mayor madurez institucional y económica —como formación capitalista— lograda por los colonizadores no latinos, coloreó de distinta manera ciertas regiones; no obstante, no llegó a diferenciarlas de manera tal como para que presentaran características irreductiblemente opuestas a las de las otras etnias nacionales resultantes.

La dominación impuesta por los agentes colonizadores europeos, de los **pueblos nuevos**, originó desde el punto de vista lingüístico unidades lusoamericana, hispanoamericana, francoamericana, angloamericana, batavoamericana; y también hizo que el proceso de aculturación se llevara adelante de acuerdo con las tradiciones religiosas católicas o protestantes, y con el espíritu de las instituciones

y hábitos prevalentes en las metrópolis colonizadoras. Estas diferencias en alto grado significativas para la comprensión de las distintas entidades nacionales y de sus singularidades, son, sin embargo, irrelevantes cuando se trata de construir modelos explicativos más generales. Su importancia mayor está dada por su carácter de marcos culturales generales, calificadores de la acción de cada contingente europeo. Sobre estos factores culturales diferenciadores privaron, sin embargo, los socioeconómicos, condicionadores de la sujeción y de la conformación de las poblaciones americanas, a través de la colonización esclavista que les dio la conformación de **pueblos nuevos**.

En la segunda variante —que concierne a la matriz africana— es más significativa la presencia y la proporción de sus contingentes integrados en cada población neoamericana, que las diferencias culturales de los diversos grupos negros traídos a América, puesto que la deculturación provocada por la esclavitud dejó muy poco margen para la permanencia de rasgos culturales específicos de los pueblos africanos en las etnias nacionales modernas de las Américas. Apenas en el terreno religioso son señalables sus aportes, y aún éstos, por estar impregnados de sincretismo, son más expresivos de la protesta del negro contra la opresión que de su afán por rescatar del olvido sus antiguas creencias.

La destribilización del negro y su fusión en las sociedades neoamericanas, constituyó sin duda el más portentoso movimiento de población y el más dramático proceso de deculturación de la historia humana. Para efectuarlo, el europeo capturó en África, durante cuatro siglos, más de cien millones de negros, matando casi la mitad en el apresamiento y la travesía oceánica, y llevando la mitad restante a las factorías americanas donde proseguía el desgaste. En los ingenios azucareros del nordeste de Brasil, por ejemplo, un negro duraba como máximo cinco años; en este plazo, no obstante, el amo se resarcía sobradamente de su valor venal, que equivalía al de media tonelada de azúcar, cosa que el esclavo generaba en mucho menos de un año.

Uno de los efectos cruciales de la traslación de africanos y de su incorporación a las sociedades nacientes en calidad de esclavos, fue el surgimiento de una estratificación étnica con sus corolarios pre-
visibles de tensiones y discriminaciones. Por sobre la diferencia existente entre ciudadanos y paisanos, y aun entre ricos y pobres,

38 resaltaban las relaciones fundadas en la esclavitud que contraponían los hombres libres a los esclavos. Separadas por estas distancias, las relaciones sociales presentaban el cariz de una coexistencia establecida entre seres humanos y bestias de carga; implicaban una división de la humanidad: por un lado, los considerados dotados de todos los derechos, y por otro una categoría de individuos reputados próximos a la animalidad y que tenían únicamente deberes. Mucho de la discriminación racial y social que aún hoy padecen los pueblos americanos, hunde sus raíces en esta división que fijó rencores, reservas, temores y ascos hasta ahora no erradicados. Su efecto más dramático fue la internalización en el negro de una conciencia enajenada de su subyugación, adoptada de la visión que de él tenía el blanco. Éste, al asociar al color negro las nociones de sucio, e inferior, explicaba y justificaba por ello —y no por la explotación de que era víctima— la inferioridad social del negro.

Negros y mulatos forman los componentes mayores dentro de los **pueblos nuevos**, estimándose que llegan casi a la mitad de la población total; significan también una parte importante de América del Norte, y constituyen además el sector que más tiende a aumentar. Los pueblos latinoamericanos del futuro se compondrán de un número cada vez mayor de «personas de color». Contrariamente a los indígenas contemporáneos, en gran parte inasimilados, todo este contingente negro y mulato fue deculturado de su patrimonio original al adscribirlo a las nuevas formaciones americanas.

Incorporados a estas sociedades como esclavos, emergieron a la libertad como su parte más pobre y más ignorante, incapaz de integrarse de manera masiva en la vida moderna, por lo que se ubican comúnmente en los estratos más marginales desde el punto de vista económico, social y político, de la vida nacional. Los dos hechos —proliferación y marginalidad— son consecuencia del mismo proceso formativo que introdujo al negro y al mulato en las sociedades neoamericanas y los llevó a constituir una de sus matrices fundamentales, pero simultáneamente los condenó a una situación discriminatoria para nada propicia a su integración y ascenso en la sociedad. La supresión de estas discriminaciones y preconceptos, no es sólo un problema para los negros y mulatos; implica uno de los desafíos fundamentales para las sociedades neoamericanas, ya que únicamente por medio de la integración de todas sus matrices y por la franca aceptación de su propia imagen mestiza satisfarán las con-

diciones mínimas necesarias para el logro de su autonomía como pueblos y de su autenticidad como culturas.

La tercera variante, referente a la matriz indígena, parece ser más significativa en el orden cultural que la negra, debido a que los contingentes nativos con los que tomó contacto el europeo le proporcionaron los elementos básicos necesarios a la adaptación ecológica de los primeros núcleos neoamericanos. Contribuyeron decisivamente de este modo a la configuración de las protoculturas resultantes del establecimiento en tierras americanas de los núcleos colonizadores.

Esta variante indígena presenta por lo menos dos formas básicas, correspondientes a los niveles de desarrollo tecnológico alcanzado por los grupos aborígenes, y a las diferencias de sus respectivos patrimonios culturales, parte de los cuales sobrevive determinando algunas de las particularidades de los pueblos neoamericanos.

Tales son, en primer lugar, la variante correspondiente a los **tupí guaraní** de la costa atlántica de Suramérica, a los **aruak** y **karib** de la región amazónica y del área del Caribe, todos ellos clasificables en el plano de la evolución sociocultural, en el nivel correspondiente a las aldeas agrícolas **indiferenciadas**. Estos pueblos indígenas participaban de una misma forma básica de adaptación a las regiones tropicales, lograda por medio del cultivo de las mismas especies y de una tecnología productiva fundamentalmente idéntica en cuanto a su grado de desarrollo. En segundo lugar, los **araucanos** de la costa chilena, así como las diversas confederaciones tribales del noroeste de América del Sur y de América Central que ya habían alcanzado un nivel de **estados rurales artesanales**, o se encontraban próximas al mismo.

Los pueblos **tupí guaraní** ocupaban al tiempo del descubrimiento, casi toda la costa atlántica de Suramérica y vastas regiones interiores, donde se instalaron originalmente españoles y portugueses. De su conjunción resultarían no sólo pueblos mestizos, sino cristalizaciones culturales nuevas que terminaron por configurarse como protocélulas étnico-culturales, a las cuales esos indios aportaron la lengua que se habló en los primeros siglos, y casi la totalidad de los procedimientos necesarios para la subsistencia de que se sirvieron los núcleos originales brasileños, rioplatenses y paraguayos. Los **aruak** y los **karib** antillanos, que tenían el mismo nivel de desarrollo de los **tupí guaraní** y la misma forma de adaptación ecológica, habrían de constituir la matriz genética y cultural básica de los primeros esta-

40 blecimientos españoles en aquella región. A pesar de que fueron rápidamente exterminados por el contagio de enfermedades que les eran desconocidas y por la esclavización, estos pueblos tribales aportaron a las poblaciones que los sucedieron las formas básicas de obtención de los productos de subsistencia, lo que les permitió sobrevivir en los trópicos.

En todas estas regiones, la configuración cultural primitiva en donde predominaba la contribución indígena, sufrió posteriormente profundas transformaciones por la introducción de elementos culturales europeos o africanos, y por la especialización productiva de las plantaciones de exportación o de las haciendas de pastoreo. Únicamente los paraguayos, y en menor medida los brasileños, conservan en la actualidad nítidos rasgos lingüísticos y culturales resultantes de su herencia indígena **tupí guaraní**, que por la distribución espacial y la uniformidad cultural que había alcanzado antes de la conquista, prefiguraban lo que habrían de ser las etnias de la vertiente atlántica de América del Sur. En el área del Caribe —sobre todo en Venezuela, Colombia y en las islas colonizadas por España— se encuentran también numerosos elementos de la misma herencia indígena de formas de adaptación a la selva tropical que sobreviven en los hábitos alimenticios y en otras esferas de la cultura.

En la región meridional de la costa del Pacífico, los españoles se enfrentaron con los **araucanos**, base sobre la cual se plasmó el pueblo chileno. En Venezuela y en Colombia, así como en América Central, los españoles se encontraron con los **chibchas**, los **timote** y con las confederaciones **fincenú**, **pancenú** y **cenufaná**; con los **cuna** (Panamá), los **jicaque** (Nicaragua) y muchos otros. Todos estos pueblos se encontraban en un estadio cultural más alto que el del primer grupo. Algunos como los **chibchas** se estructuraban políticamente como **estados rurales artesanales**; contaban éstos con una clase dominante que muy pronto llegó a entenderse con el invasor, y con una clase dominada por la cual ya era una costumbre el estar al servicio de otros. Estas circunstancias facilitaron su rápida conquista y su consecuente aniquilación como etnias. En cambio aquellos pueblos que se hallaban en anteriores etapas de este proceso —como los **araucanos**— y que por tanto carecían de un estrato señorial conciliador así como de estamentos subalternos adaptados a la explotación, resistieron durante siglos la conquista, permaneciendo hasta hoy enquistados como minorías étnicas en el cuerpo de la nación. Todos estos grupos transmitieron algunos rasgos de su patrimonio

cultural a las etnias nacionales que florecerían en sus territorios, y que compondrían principalmente mestizos nacidos de las uniones de indias con europeos. La multiplicación de las protocélulas culturales originadas de la fusión de elementos indígenas y europeos, daría lugar a la creación de etnias neoamericanas en muchas otras regiones. Nacieron así como **pueblos nuevos**, los chilenos en el sur; el área cultural andina de Venezuela y de Colombia en el noroeste; los panameños, nicaragüenses y hondureños en América Central.

También estos pueblos experimentaron trasformaciones ulteriores que hicieron variar profundamente su configuración original. En todos los casos, sin embargo, es indispensable referirse a las raíces indígenas, en sus diversas variantes, a fin de comprender las singularidades distintivas de los diversos **pueblos nuevos**.

Los rasgos comunes que caracterizan como **pueblos nuevos** a todas estas naciones y a las minorías enclavadas en sus territorios, no se revelan únicamente en su proceso formativo. Se manifiestan también en sus perfiles actuales y en los problemas de maduración étnico-nacional y de desarrollo socioeconómico que enfrentan. Es especialmente visible su desvinculación de toda tradición arcaica, cosa que ha dado a la parte más atrasada de sus poblaciones una marginalidad distinta a la presente en los **pueblos testimonio**; se trata en este caso de una marginalidad de naturaleza social y no cultural. La carencia de tradiciones culturales sólidamente mantenidas que les deparó su drástica deculturación, los hizo receptivos al cambio, y, por esto mismo, menos conservadores y más abiertos.

La primera categoría de **pueblos nuevos** —en cuya formación tuvieron un papel fundamental la esclavitud africana y el sistema de haciendas—, se configuró de acuerdo con dos modelos básicos, el primero de los cuales se distingue por la situación en que se generaron sus células étnicas, las cuales reconocen un principio de miscegenación entre contingentes europeos y aborígenes anterior a la llegada de los africanos. Estas células elementales racialmente mestizas nacieron también marcadas por la hibridez cultural, ya que heredaron del indígena su forma de adaptación al medio, y del europeo, fuera de otros muchos elementos, su estructura peculiar de núcleos vinculados a sociedades mercantiles distantes.

Pocas décadas después del afincamiento de los europeos en las distintas regiones de América, estas protocélulas se consolidaron dando lugar a una cultura nueva que ya no era indígena ni europea. .Mul-

42 tiplicándose por escisión celular y ocupando amplios espacios, compusieron una primera matriz que se trasformaría con el tiempo a causa de la especialización a diversos tipos de producción y al ingreso de los contingentes negros. Crecieron así vinculados a la tierra por la herencia indígena, y al mundo exterior por las formas mercantiles que hacían viable su desarrollo como proletariado externo de los centros rectores europeos. Se desarrollaron como resultado de proyectos exógenos, consagrados a actividades agroindustriales de exportación del tipo de los ingenios de azúcar, a explotaciones mineras para la extracción de metales preciosos, a empresas extractivas para la recolección de productos en las florestas tropicales y a la crianza del ganado casi exclusivamente para la utilización del cuero. Estas protocélulas indoamericanas —primeras cristalizaciones culturales de los **pueblos nuevos**—, al absorber los contingentes negros y blancos llegados más tarde, presidirían la aculturación de ambos, llamándolos a integrarse en sus formas de vida características, que constituían en vedad el modo de ser de las sociedades americanas.

El segundo modelo predominante en algunas de las Antillas francesas e inglesas y en el sur de Norteamérica, no contó con esta formación local aculturante. Se configuró de manera aún más franca como el subproducto de empresas capitalistas que importaban negros esclavos para utilizarlos en las plantaciones. En estas haciendas, dirigidas por capataces aún más eficientes en su crueldad y codicia que los del resto del continente, se obtuvo un rendimiento mayor por cada pieza mediante la organización de apareamientos destinados a producir nuevos esclavos. Arrojadados en estos criaderos humanos, el africano no se encontraba en condiciones de conservar su lengua y cultura, ni de integrarse en una cultura distinta. Los elementos culturales que pudo adquirir consistieron apenas en una repetición caricaturesca del habla y las ideas de sus amos, en la habituación a la dieta impuesta y, sobre todo, en el adiestramiento en las sencillas técnicas productivas de las minas y haciendas.

A pesar de todo, algunos **criollos** —muchos de ellos mestizos de blanco protestante y de negra— dotados naturalmente de mayor capacidad llegaron a dominar los rudimentos de una cultura mayor, volviéndose entonces agentes de la aculturación del esclavo común; únicamente de este modo se ampliaba su horizonte mental y se enriquecía su parloteo, bozal, librándolo de una simplicidad infantil, que no era el reflejo de una mentalidad primitiva como se supuso, sino del mecanismo intencional empleado para trasformarlo en un

La estructuración de los **pueblos nuevos**, cimentados en la mano de obra esclava traída de África, se distingue pues por la presencia o ausencia de aquella célula inicial cultural indígena-europea, que imprimió marcas distintivas a los **pueblos negros** de Brasil, Nueva Granada (Colombia y Venezuela) y las Antillas españolas, en oposición a las formaciones antillanas y del sur de Estados Unidos. Todas ellas tienen en común no obstante lo que recibieron de la matriz africana, así como les fueron también comunes las compulsiones propias del sistema de haciendas. Representan probablemente el resultado de una de las mayores empresas humanas: aquella que permitió extender a todo el mundo el uso del azúcar, de las telas de algodón, del café, el tabaco, el cacao. Fue también con ese propósito que se explotaron las minas de oro de Brasil y de otros países americanos.

Pero la contribución del africano esclavo no se redujo a la producción de esas mercaderías. Su traslado al nuevo mundo aparejó otros dos efectos de vital importancia para la civilización moderna; contribuyó probablemente más que nadie al acopio de riquezas con las que tanto en Europa como en América se costeó la edificación de las ciudades, el armamento de los ejércitos y, más tarde, el establecimiento de las industrias. La contribución del negro a la formación de estos capitales fue doble; primero fue utilizado como mercadería de uno de los negocios más lucrativos de la época (la trata), y después como fuerza de trabajo de las haciendas y minas de América, cuyo éxito económico hizo posible aquella fantástica acumulación de capitales que se aplicarían a la producción y al derroche. La madurez rápidamente alcanzada por el capitalismo mercantil, así como la aceleración experimentada en su proceso evolutivo por los países iniciadores de la revolución industrial, fueron posibles gracias a este vasto «proletariado externo» cuyo nivel de vida fue reducido al límite de sus necesidades biológicas a fin de que los excedentes fueran mayores.

La segunda contribución del negro a la formación de los **pueblos nuevos** está dada por la amalgama de su caudal genético con el de los indígenas y el de los blancos europeos. De este modo, la europeización lingüística y cultural de sus descendientes permitió, en su espacio amplísimo, extender las etnias europeas encarnadas en

44 pueblos predominantemente mestizos. Debe agregarse, por otra parte, que en aquellos lugares ocupados por grupos negros la europeización de los otros contingentes se cumplió con mayor prontitud. Este poder de homogenización cultural reconoce como causa la imperativa necesidad del negro de desarrollar medios de comprensión que hicieran posible el entendimiento entre esclavos de diversas extracciones, así como entre éstos y los demás contingentes; ello les imponía el aprendizaje de la lengua del colonizador, y de esta manera se facilitaba en difusión y generalización.

En algunas de las sociedades clasificadas como **pueblos nuevos** es posible encontrar inclusiones de inmigrantes trasplantados de Europa y Asia en el siglo pasado. En algunos casos se circunscriben a regiones determinadas a las que prestan características peculiares, tales como las zonas de inmigración europea del sur de Brasil, de América Central y de Chile. En otros casos se encuentran dispersos en el conjunto de la población nacional distinguiéndose únicamente por los signos raciales que les son propios, como ocurre con diversos contingentes del centro y norte de Europa y con los japoneses, chinos e hindúes establecidos respectivamente en Brasil, en Perú y en algunas islas del Caribe.

Una parte considerable de estos grupos, principalmente los de origen europeo, tuvieron a su cargo papeles dinámicos de primordial importancia en la modernización tecnológica y política de los **pueblos nuevos**. Muchas de sus características los habilitaron para el desempeño de este papel. En primer lugar, la posesión de una mayor calificación profesional que las poblaciones locales, ya que en general había entre estos inmigrantes artesanos diestros que montaron pequeños talleres —algunos de los cuales se transformarían con el tiempo en fábricas— o trabajaron en tareas de modernización tecnológica, como el tendido de vías férreas, la construcción de puentes, etc. En segundo lugar, la existencia de vínculos culturales entre ellos y las sociedades de donde procedían, que los mantuvieron al tanto de los avances tecnológicos de las mismas y les permitieron beneficiarse aplicando en estos países tales innovaciones; esas actividades innovatorias constituyeron además canales especiales de ascenso social. En tercer término, la circunstancia de tener pautas de consumo de mayor amplitud que las locales que incluían diversos artículos industriales, lo que influyó en la extensión del mercado interno y en la difusión de nuevos hábitos de consumo. Cuarto, su adaptación previa a formar más avanzadas de organización del tra-

bajo, fundadas en el salario, así como su disposición para el cumplimiento de tareas manuales, rechazadas en general por los componentes blancos de las poblaciones locales que las consideraban menesteres de esclavos. Quinto, la exención de las responsabilidades sociales tradicionales motivada por su calidad de «extraños», lo que sumado a su calificación intelectual y técnica les permitió explotar oportunidades de enriquecimiento no percibidas o no aceptadas por los trabajadores locales. Sexto, la aptitud manifiesta por estos contingentes para integrarse a las nuevas sociedades, sin limitarse al círculo de relaciones de sus connacionales, lo que aparejaría la formación de enquistamientos étnicos inasimilables.

Junto a estos aportes de los inmigrantes tardíamente ingresados en los **pueblos nuevos**, debe señalarse que ellos también contribuyeron a retrasar la integración de los antiguos estratos en las sociedades nacionales. Esto ocurrió con los contingentes de blancos y mestizos pobres y con los negros libertos, que ambicionaban ser propietarios de las tierras que labraban para así ascender a la condición de granjeros, por lo que resistían su incorporación al sistema de haciendas como fuerza de trabajo asalariado.

Ambos grupos fueron marginalizados por la competencia de la mano de obra barata exportada de Europa —y después del oriente— a medida que las respectivas estructuras agrarias eran renovadas por la expansión del capitalismo industrial. En todas las naciones formadas por **pueblos nuevos** se encuentran por esto grandes masas campesinas que no han experimentado ningún progreso señalable desde el momento en que se produjo el alud inmigratorio, porque éste acaparó la mayoría de las posibilidades de ascenso social.

Los **pueblos nuevos** al igual que los **pueblos testimonio** surgieron jerarquizados a causa de la gran distancia social que separaba la clase señorial compuesta por hacendados, dueños de minas, comerciantes, funcionarios coloniales y clérigos, de la masa esclava utilizada exclusivamente como fuerza productiva. Su clase dominante no llegó a componer, sin embargo, una aristocracia extranjera que rigiera el proceso de europeización, entre otras razones, porque no suplantó ninguna clase noble y letrada aborigen; simplemente ésta no existía, por lo común la compusieron rudos empresarios, amos de tierras y esclavos, formados a vivir en su empresa y a dirigirla personalmente con la ayuda de una pequeña capa intermedia de técnicos, capataces y sacerdotes. En los lugares donde la explotación

46 adquirió gran prosperidad, como en las zonas azucareras y mineras de Brasil y en las Antillas, pudo darse el lujo de erigir residencias señoriales, viéndose precisada a ampliar la clase intermedia tanto en los ingenios como en las villas costeras dedicadas al comercio exterior. Estas villas se convirtieron luego en ciudades que exhibían principalmente en sus templos la opulencia económica de esta clase que no obstante carecer del prestigio de la aristocracia de los **pueblos testimonio**, alcanzó mayor brillo y «civilización» que la clase alta de los **pueblos trasplantados**.

En su forma acabada, los **pueblos nuevos** son el producto de la selección de elementos nacionales y culturales de las matrices formadoras que mejor se ajustaron a las condiciones que les fueron impuestas; de su esfuerzo por adaptarse al medio, así como de la presión que sobre ellos ejerció el sistema socioeconómico en que se insertaron. Un papel decisivo en su formación le cupo a la esclavitud, ya que al operar como fuerza destrribalizadora aportó a los sometidos a este estatuto de las tradiciones ancestrales, transformándolos en el subproletariado de la sociedad naciente. En ese sentido, los **pueblos nuevos** se originaron tanto por la deculturación de sus patrimonios tribales indígenas y africanos como por la aculturación selectiva de esos patrimonios, a lo que hay que agregar la creatividad de los mismos frente al nuevo medio.

Desvinculados de sus matrices americanas, africanas y europeas, y desligados de sus tradiciones culturales, constituyen hoy pueblos en situación de disponibilidad, cuyo futuro se subordina a su progresiva integración en el proceso civilizatorio que les dio origen. Pero ya no podrán seguir siendo colonias esclavistas del capitalismo mercantil, ni dependencias neocoloniales del imperialismo industrial; deberán constituir formaciones autónomas —capitalistas o socialistas— capaces de incorporar la tecnología de la civilización moderna a sus sociedades y elevar su población al nivel de educación y consumo de los pueblos más avanzados.

3. LOS PUEBLOS TRASPLANTADOS

La tercera configuración histórico-cultural es la de los **pueblos trasplantados**. Corresponden a ella las naciones modernas creadas por la migración de poblaciones europeas hacia los nuevos espacios

mundiales, donde procuraron reconstruir formas de vida en lo esencial idénticas a las de origen. Cada uno de ellos se estructuró de acuerdo con los modos económicos y sociales proporcionados por la nación de donde provenía, llevando adelante en las tierras adoptivas procesos de renovación ya actuantes en el ámbito europeo.

Los contingentes migrantes se reclutaron inicialmente entre grupos europeos disidentes, sobre todo en materia religiosa; más tarde, fueron engrosados con toda clase de inadaptados que las naciones colonizadoras condenaban al destierro, y finalmente crecieron gracias al alud migratorio de individuos desarraigados de sus comunidades rurales o urbanas.

Por lo general, emigraban obligándose contractualmente a trabajar algunos años en condiciones muy próximas a la servidumbre; no obstante, un gran número consiguió ingresar más tarde en las categorías de granjeros libres, artesanos independientes y asalariados.

Los **pueblos trasplantados** contrastan con las demás configuraciones socioculturales de América por su perfil característicamente europeo —manifiesto no sólo en el tipo racial predominantemente caucasoide, sino incluso en el paisaje que crearon en las nuevas tierras reproduciendo el del viejo mundo— así como en el perfil ideológico y en el carácter más maduro de su economía capitalista. Ésta se fundó principalmente en la tecnología industrial moderna y en la capacidad integradora de su estructura social, que pudo incorporar casi toda la población al sistema productivo, y a la mayoría de ella a la vida social, política y cultural de la nación. Por esto mismo, enfrentan problemas nacionales y sociales que les son propios, y su visión del mundo es también distinta de la de los pueblos americanos de las otras categorías.

Los **pueblos trasplantados** presentan como características básicas, homogeneidad cultural derivada en principio del común origen de su población y mantenida luego por la asimilación de los contingentes llegados con posterioridad; mayor grado de igualitarismo en sus sociedades, gobernadas por instituciones democráticas y autónomas, en las que fue más fácil al labrador hacerse propietario de la tierra; «modernidad», respecto a la sincronización de sus modos de vida y aspiraciones con los de las sociedades en proceso de industrialización de las que procedían.

Integran el bloque de los **pueblos trasplantados**, Australia y Nueva Zelanda, y en cierta medida los bolsones neoeuropeos de Israel, la

48 Unión Sudafricana y Rodesia. En América, están representados por Estados Unidos y Canadá, y también por Uruguay y Argentina, los que componían 53,7% de la población del continente, sumando 239,2 millones de personas en 1965. En los primeros casos consideramos naciones resultantes de proyectos de colonización aplicados en territorios cuyas poblaciones tribales fueron diezmados o confinadas en **reservations** para instalar en ellos una nueva sociedad.

Los países rioplatenses, en cambio, derivan de una empresa peculiarísima, realizada por una élite criolla enteramente alienada y hostil a su propia etnia de **pueblo nuevo**, que adoptó, como proyecto nacional, la sustitución de su propio pueblo por europeos a los que atribuían más perentoria vocación para el progreso. La Argentina y el Uruguay contemporáneos son pues el resultado de un proceso de sucesión ecológica deliberadamente llevado por las oligarquías nacionales, mediante el cual una configuración de **pueblo nuevo se** transformó en **pueblo trasplantado**. En ese proceso, la población **ladina** y **gaucha** surgida del mestizaje de los pobladores ibéricos con los indígenas que era el contingente básico de la nación, fue aplastada y sustituida por el alud de inmigrantes europeos.

Contrariamente a lo que ocurrió con los **pueblos testimonio** —desde sus comienzos constituidos como sociedades complejas, estratificadas en estamentos profundamente diferenciados que iban desde una rica aristocracia de conquistadores europeos hasta la masa indígena servil—, los **pueblos trasplantados** —en especial los del norte— tuvieron en su mayoría, y al principio, el carácter de colonias de poblamiento dedicadas a las actividades granjeras, artesanales y de pequeño comercio. Mientras trataban de consolidar su establecimiento en los territorios desiertos, vegetaban en la pobreza procurando vitalizar económicamente su existencia mediante la producción de artículos de exportación a mercados más ricos y especializados. En estas circunstancias, no pudo surgir en ellos una minoría dominante capaz de imponer una ordenación social oligárquica. Aunque pobres —e incluso paupérrimos— vivían en una sociedad razonablemente igualitaria, regidos por principios democráticos de autogobierno. No pudieron tener universidades, ni templos, ni palacios suntuosos, pero alfabetizaron su población, la que solía congregarse en modestas iglesias de madera para leer la Biblia; estas reuniones sirvieron frecuentemente para resolver problemas locales, viniendo así a echar las bases del autogobierno.

De este modo ascendieron colectivamente como pueblo a medida que la colonia se consolidaba y enriquecía, y, al final, formando ya una sociedad más homogénea y apta para llevar adelante la revolución industrial, se emanciparon. Las peculiaridades de su formación, así como el hecho de entrar en posesión de considerables recursos naturales, aseguraron a los **pueblos trasplantados** condiciones especiales de desarrollo. A ello se sumó el acceso a los mercados europeos y las facilidades lingüísticas y culturales de comunicación con Inglaterra, que les posibilitaron el dominio de la tecnología industrial. Algunos de los **pueblos trasplantados** pudieron así aventajar a sus países de origen, logrando altos niveles de desarrollo económico y social. Todos ellos progresaron asimismo con mayor rapidez que las demás naciones americanas, en los primeros tiempos mucho más prósperas y cultivadas.

Hay entre los **pueblos trasplantados** del norte y del sur del continente profundas diferencias, no sólo por su cultura —predominantemente latina y católica en éstos, anglosajones y protestantes en aquéllos— sino también por el grado de desarrollo alcanzado. Estas diferencias aproximan a argentinos y uruguayos a los demás pueblos latinoamericanos, también neoiibéricos, católicos, pobres y atrasados; por la mayoría de sus otras características, sin embargo, ellos son **pueblos trasplantados**, y como tales presentan muchos rasgos comunes con los colonizadores del norte.

Naturalmente, no es por mera coincidencia que todos estos **pueblos trasplantados** se encuentran en zonas templadas. Condicionado milenariamente a los rigores del invierno y al ritmo marcado de las estaciones, el inmigrante europeo se encontró más cómodo en climas similares, de ahí que en lo posible huyera de las regiones tropicales. A la inversa, se puede apreciar que los pueblos adaptados al trópico no se sienten a gusto en las áreas frías, donde son compelidos a vivir en ambientes artificiales que avasallan y deprimen a la naturaleza toda y también a los hombres.

Muchos autores han querido explicar las diferencias en el grado de desarrollo económico y social de los **pueblos trasplantados** respecto a los otros, como una consecuencia de diversos factores de diferenciación. Se ha atribuido así el valor de aceleradores o retardadores del progreso, a la condición racial predominantemente blanca, en contraste con el mayor mestizaje con pueblos de color de las demás poblaciones americanas; a la homogeneidad cultural europea, en

50 oposición a la heterogeneidad resultante de la incorporación de tradiciones indígenas; a la posición geográfica y a sus consecuencias climáticas; y finalmente, al protestantismo de unos y al catolicismo de otros.

La mayoría de esas afirmaciones no resisten la crítica. Las civilizaciones se han desenvuelto en diferentes contextos raciales, culturales y climáticos. Fisonomías distintas de la misma civilización occidental europea, han logrado elevada expresión en combinación con cultos católicos y protestantes, que en rigor no son más que variantes de una misma tradición religiosa. Sólo la homogeneidad cultural tiene alguna significación causal, y su papel respecto al desarrollo no reside sin embargo en la homogeneidad cultural en sí, sino en las posibilidades que de manera circunstancial ofreció a los emigrantes salidos de Europa en un determinado período histórico para adquirir los conocimientos y la tecnología en que se fundaba la revolución industrial en curso.

Debemos, por tanto, señalar otros factores generales de diferenciación o aproximación de los **pueblos trasplantados** en relación a las demás configuraciones histórico-culturales de América; éstos probablemente resulten más explicativos de sus respectivos modos de ser que los tan traídos y llevados factores climáticos, raciales o religiosos. Entre ellos sobresale —en el caso de los **pueblos trasplantados** del norte— el hecho de ser el resultado de proyectos tendientes a la autocolonización de nuevos territorios, en oposición al carácter exógeno de las empresas que dieron lugar a las otras configuraciones; en el de los **pueblos testimonio**, el sometimiento de sociedades culturalmente muy avanzadas en las cuales el conquistador constituyó una nueva clase dominante; y en el de los **pueblos nuevos**, la circunstancia de que el proceso de poblamiento se cumpliera a través de la esclavización de indios y negros en las explotaciones agrícolas o mineras.

A estos se suman otros factores explicativos y, especialmente, la preponderancia en los **pueblos trasplantados** de un proceso de mera asimilación de los nuevos contingentes por parte de los primeros núcleos coloniales. Contrariamente, en los **pueblos nuevos** la integración de los grupos indígenas y negros esclavizados estuvo presidida por el signo de la deculturación, mientras que en los **pueblos testimonio** se basó en la desintegración cultural y la trasfiguración étnica.

Los tres procesos presentan semejanzas y diferencias, pero las características específicas de cada uno de ellos marcarían distinguidos manifestos en las configuraciones resultantes. En el primer caso, se trataba de anglicanizar desde el punto de vista lingüístico a europeos de diversos orígenes, o de uniformar las normas y costumbres de la vida social, que en realidad presentaban las desemejanzas propias de las variantes múltiples de una misma tradición cultural. En el segundo, de erradicar culturas originales altamente diferenciadas entre sí y respecto a la europea, a fin de imponer formas simplificadas de trabajo y de coexistencia bajo la opresión del sistema esclavista y con el exclusivo interés de hacer rendir al máximo la mano de obra. En el tercero, estrangulado el proceso de desarrollo autónomo de las altas civilizaciones originales, se formó un complejo espurio y alienado en el que se perdieron los contenidos eruditos de las mismas y la calificación ocupacional de su población. Es claro que los pueblos resultantes de los dos procesos de formación cultural últimamente señalados, enfrentaban dificultades mucho mayores para su reconstitución étnico-nacional y para integrar a su patrimonio cultural la tecnología de la civilización industrial.

Otros factores explicativos de las diferencias de las tres configuraciones derivan de la mayor madurez de la economía capitalista mercantil propia de los **pueblos trasplantados** en oposición a las otras dos. Entre otro, se destaca el carácter más igualitario de la sociedad establecida en el norte, frente a la fisonomía autoritaria de las configuraciones del sur. Esta oposición encuentra expresión en el predominio en toda América Latina del sistema de haciendas basado en el monopolio de la tierra, que contrasta con el de las granjas familiares difundido en Estados Unidos. El primero dio lugar a un tipo de república oligárquica que orientó los destinos nacionales luego de la independencia; el segundo generó una república democrática asentada en una amplia clase media, políticamente activa y defensora de las instituciones de autogobierno.

Como factores concomitantes de idéntica naturaleza, deben considerarse el predominio del trabajo asalariado —aunque en sus formas más elementales— en las colonias del norte, frente a la esclavitud y el vasallaje existente en las otras regiones. Estas dos formas de reclutamiento de la fuerza de trabajo dejaron profundas huellas en las respectivas sociedades. Permitieron en las sociedades del primer tipo una dignificación del trabajo manual, mientras que en las de-

52 más éste era considerado como una actividad «denigrante», propia de las categorías serviles.

Se da un cierto paralelismo entre estas concepciones referentes al trabajo y algunas actitudes protestantes o católicas relativas a la materia, lo que no significa que estas religiones hayan representado un papel causal en la génesis de ambos comportamientos. Queremos simplemente señalar que ellas sustentaban el sistema vigente en ambas sociedades: capitalistas más avanzadas las protestantes, más atrasadas y aristocráticas las católicas. Sin embargo, no debemos despreciar la importancia de las actitudes referidas, así como la de otras derivaciones de las dos posiciones religiosas; por ejemplo, el estímulo a la alfabetización a fin de que pudiera leerse la Biblia en el caso de los protestantes, y el conservadorismo manifiesto en el empeño puesto para infundir resignación frente a la ignorancia y la pobreza en el de la ideología católica tradicional.

Más que el factor religioso en sí mismo, fueron las características institucionales de las iglesias que catequizaron el nuevo mundo las que desempeñaron un papel modelador respecto a sus pueblos, constituyendo los mecanismos productores de su profunda diferenciación.

El traslado de la iglesia católica a América se ubica en la coyuntura de los **imperios mercantiles salvacionistas**, cuyo tipo habían adoptado España y Portugal con posterioridad a la ocupación musulmana. Las sectas protestantes, en cambio, desembarazadas de la jerarquía romana y del peso de los obispados locales y en las cuales el culto se realizaba libremente, encuadran por ello en las formaciones socio-culturales **capitalistas mercantiles**.

La primera fue una parte esencial de la maquinaria del estado, promotora de la conquista y de su pretendida acción salvadora. De igual modo que el islamismo expansivo, el expansionismo ibérico católico ejercía sobre las poblaciones que llegaba a dominar una gran fuerza coercitiva, exigiéndoles además cantidades cada vez mayores de sus excedentes productivos a fin de poder sostener un clero numeroso y de que su gloria se reflejara en la magnificencia de los templos. Basta comparar el número y la calidad arquitectónica, el tamaño y la riqueza de las catedrales de la América católica con la modestia de las construcciones religiosas de la América protestante, para apreciar la desproporción de los recursos económicos

aplicados a finalidades religiosas en ambas zonas. Obviamente, esto se hizo en perjuicio de otras inversiones en obras de utilidad general, como caminos y escuelas, por lo que vino a constituir otro factor de atraso.

La asociación de la iglesia con el poder temporal no sólo dio a la acción religiosa la seguridad de contar con todo el apoyo que el estado pudiera prestarle, sino que significó su adhesión y fidelidad permanente a los objetivos de perpetuación del dominio colonial y de mantenimiento de la organización oligárquica. Aparejó también la aristocratización de sus altas jerarquías, lo que la llevó frecuentemente a oponerse a las aspiraciones e intereses de los más humildes componentes de su grey. Esta es la causa por la que tantas veces en la América católica el alto clero se vio envuelto en crisis políticas graves, que por reacción hizo surgir un laicismo militante típico de estos países. En la América protestante, en cambio, por situarse al margen de la estructura del poder político, pudieron los dirigentes de las distintas sectas cuidar mejor su posición y ejercer un control más eficaz justamente por ser más informal.

El diferente estilo de evangelización, en un caso llevado de consuno con el brazo secular, y en el otro por medio del estímulo a la acción comunitaria, hizo que la actuación de la iglesia católica fuera apreciada como teñida de fanatismo; éste tuvo en el mundo puritano una entidad equivalente, pero allí no resulta tan ostensible por disolverse en las responsabilidades colectivas. La obra misionera, incluso, al emprenderse en la América católica con el fervor propio de una religión de conquista, sería una fuente constante de conflicto con los colonizadores cuyos intereses afectaba, mientras que en la América protestante no se observa un fenómeno de este tipo. También esto es demostrativo del carácter salvacionista de la estructura imperial en la que la iglesia católica se hallaba involucrada.

Lo paradójico es que en la América protestante, donde no hubo una acción misional tan rigurosa y extensa como en las otras regiones, mantuviera la religión una ortodoxia mayor que la del catolicismo latinoamericano; se generalizó allá como una religiosidad popular más activa y menos impregnada de sincretismos, pero a la vez más intolerante.

Otros factores de diferenciación derivados del proceso de formación nacional de los **pueblos trasplantados**, son la discriminación y la

54 segregación, frente a la integración y a la expectativa de asimilación de todos los contingentes constituyentes de la etnia por medio del mestizaje, de las otras configuraciones histórico culturales. Estas diferencias pueden apreciarse hoy nítidamente en los tipos de prejuicios raciales prevalentes en las dos áreas. Uno es el preconcepto de **origen**, que recae sobre todo individuo que tiene antepasados negros conocidos cualquiera que sea su genotipo —como ocurre en Estados Unidos— y otro —característico de los pueblos testimonio y nuevos— el preconcepto de **marca**, que discrimina al individuo de acuerdo con la intensidad de sus rasgos negroides, pero que lleva a incluir a los mulatos claros en el grupo considerado socialmente blanco (Oracy Nogueira, 1955).⁶

Otra diferencia radica en la proporción de los contingentes marginales en la vida económica, social y política de la nación. Éstos presentan el carácter de grupos diferenciados desde el punto de vista cultural —principalmente neoindígenas y mestizos en los **pueblos testimonio**— y el de grupos cuya distinción radica en su posición en la estratificación social, por lo general compuestos por neoafricanos mulatos en los **pueblos nuevos**. Tales contingentes, que por lo general componen la porción mayor de la población dentro de las formaciones señaladas, aparecen en cambio como minorías raciales bien definidas en los **pueblos trasplantados**. También en este caso, más que de un factor causal estamos en presencia de uno de los resultados del proceso de formación que hizo que los **pueblos trasplantados** del norte formaran sociedades más igualitarias en lo social, más progresistas en lo económico y más democráticas en lo político. Pero también se volvieron más discriminatorias y segregacionistas en consideración a las particularidades raciales. Este último factor no sólo frustró la constitución de un sistema sociopolítico efectivamente democrático en Estados Unidos, sino que además ha desencadenado en las últimas décadas innumerables tensiones disociativas que casi llegan ya al grado de una guerra racial interna.

Desarrollo y estancamiento no deben mirarse como situaciones con solididades e inmodificables, sino como componentes dinámicos que han modelado a los pueblos de cada configuración histórico cultural, abocándolos a una problemática específica. Ha resultado de ellá

⁶ Ver también A. Ramos, 1942, 1947; G. Myrdal, 1944; L. W. Warner; L. Srole, 1945; D. Pierson, 1942; N. D. Humphrey, 1953; R. Bastide y F. Fernández, 1959; La Costa Pinto, 1953; J. Comas, 1961; F. Fernández, 1964; G. Ianni, 1966.

un nuevo factor de diferenciación consistente en la división del continente americano en un núcleo de elevado desarrollo y un conglomerado de pueblos subdesarrollados.

Entre ambas regiones las relaciones presentan el cariz de las existentes entre sociedades ubicadas en distintas etapas históricas: unas se hallan en el nivel de las formaciones imperialistas industriales y las otras en la situación de territorios sometidos al dominio neocolonial.

Estas relaciones, al implicar indefectiblemente el despojo de las naciones atrasadas, resultan fecundas en conflictos de intereses y tensiones. Estados Unidos se ha erigido en el mantenedor de un sistema extremadamente fructífero para sus empresas, conveniente además a su posición política en el continente y en el mundo. El estudio de esta polarización es de primordial importancia, ya que cualesquiera que sean los caminos que sigan en su desarrollo los pueblos latinoamericanos, no podrán emprenderlos sin sopesar la fuerza intervencionista de Estados Unidos, la naturaleza imperativa de los compromisos que ha asumido como gran potencia mundial y el peso de sus inversiones en esta su zona de influencia.

4. LOS PUEBLOS EMERGENTES

El cuarto bloque de pueblos extraeuropeos del mundo moderno está constituido por los **pueblos emergentes**. Lo integran las poblaciones africanas que ascienden en nuestros días de la condición tribal a la nacional. En Asia se encuentran también algunos casos de **pueblos emergentes** que cumplen en este momento ese tránsito sobre todo en el área socialista, en donde una política de mayor respeto por las nacionalidades permite y estimula su gestación.

Esta categoría no se dio en América, a pesar del abultado número de poblaciones tribales que al tiempo de la conquista contaban con centenares de miles y hasta con más de un millón de habitantes. Este hecho, más que cualquier otro, es demostrativo de la violencia del dominio tanto europeo —prolongado por casi cuatro siglos— como nacional, a que se vieron sometidos los pueblos tribales americanos. Muy pronto fueron exterminados algunos de ellos; de los demás, subyugados y consumidos en el trabajo esclavo, solamente sobrevivieron unos pocos relictos. Se extinguieron como etnias y

56 como sustratos de nuevas nacionalidades por efecto de las durísimas formas de compulsión que sobre ellos se ejercieron, en tanto sus equivalentes africanos y asiáticos, a despecho del terrible impacto también sufrido, emergen hoy a la vida nacional.⁷

Los **pueblos emergentes** enfrentan problemas específicos de desarrollo causados por deformaciones resultantes de la explotación colonial impuesta por las potencias europeas, del empeño por lograr la destribilización de gran parte de su población para incorporarla a la vida nacional, y de la necesidad de descolonizar a sus propias élites, occidentalizadas, alienadas culturalmente, apartadas de sus pueblos o transformadas en representantes locales de intereses foráneos.

Al surgir hoy a la condición de nacionalidades autónomas, del mismo modo que los latinoamericanos de un siglo y medio atrás, enfrentan la amenaza de caer igualmente bajo el yugo de nuevas formas de dominación económica. El desafío fundamental que encaran es el de obligar a sus élites a que no conviertan la independencia en un proyecto hecho en su exclusivo beneficio; siendo así, su único resultado sería la sustitución del antiguo colono extranjero por una capa dominante nativa. Para esto cuentan con la experiencia de los pueblos que los precedieron en estos pasos históricos, y con una coyuntura mundial más favorable que parece propiciar una conducción más autónoma y progresista de su modernización.

Las cuatro categorías de pueblos examinados hasta ahora, aunque significativas e instrumentales para el estudio de las poblaciones del mundo moderno, no implican tipos puros. Cada uno de los modelos experimentó intrusiones que afectaron regiones más o menos extensas de sus territorios y que aparejaron la diferenciación de conjuntos mayores o menores de su población. Así, en el sur de Estados Unidos, una vasta intrusión negra originada por el sistema productivo de tipo **plantation**, dio lugar a una estructura más próxima a la de los **pueblos nuevos** que a la de los **pueblos trasplantados**. Dicho de otro modo, gran parte de los problemas actuales de la nación norteamericana derivan de la presencia de este grupo huma-

⁷ En la segunda mitad del siglo pasado se levantó en América el único grupo indígena aparentemente capaz por su importancia numérica y por su **ethos**, de afirmarse como **pueblo emergente**: las tribus araucanas y las araucanizadas de las pampas. Acosados estos indígenas por argentinos y chilenos, fueron finalmente diezmados; sus sobrevivientes, confinados en reservas, han sufrido una decadencia muy marcada.

no hasta ahora inasimilado, aunque vencido y disperso en el conjunto de la nueva configuración. Brasil experimentó una intrusión del tipo de población trasplantada con la inmigración masiva de europeos en la región sur, lo que le confirió una fisonomía peculiar y originó un modo de ser brasileño diferenciado. Argentina y Uruguay, como ya lo señalamos, surgieron a la existencia nacional como **pueblos nuevos** de una protoetnia neoguaranítica equivalente a la paraguaya y a la paulistana original. Con todo, sufrieron un proceso de **sucesión ecológica** por medio del cual se transformó su propio carácter étnico nacional dando origen a una entidad nueva, predominantemente europea por la procedencia de sus componentes básicos. Ambos tomaron por lo tanto el cariz de **pueblos trasplantados** de un tipo especial, pero vieron impedido su desarrollo socioeconómico por la supervivencia de una oligarquía arcaica de grandes propietarios rurales, características de su configuración anterior. En cada uno de los pueblos americanos, intrusiones menores matizan y singularizan ciertas porciones de la población nacional así como las regiones del país donde se concentran.

Debe señalarse sin embargo que algunas poblaciones del mundo extraeuropeo moderno parecen no encajar en estas categorías, particularmente algunas naciones insólitas como África del Sur, Rodesia, Nyasalandia y Kenya. La dificultad clasificatoria en estos casos parece reflejar la propia anomalía de tales productos históricos fundados en el dominio de núcleos étnicos trasplantados sobre poblaciones nativas numéricamente mayoritarias. Más que naciones son factorías regidas por grupos blancos que aunque llegados a ellas tardíamente, siguen hasta ahora inasimilados e incapaces de plasmar una configuración de **pueblo nuevo**. Su falta de viabilidad como formaciones nacionales es tan evidente que se puede vaticinar el levantamiento inevitable de las categorías sociales subyugadas y el derrocamiento de la casta dominante, incapaz de integrarse racial y culturalmente en su propio contexto étnico nacional.

En el caso de los demás pueblos extraeuropeos, el carácter nacional y el perfil étnico cultural básico de cada unidad es explicable como resultado de su formación global como **pueblos testimonio**, **pueblos nuevos**, **pueblos trasplantados** o **pueblos emergentes**. Esta escala corresponde **grosso modo** a la caracterización, en el caso de América, de los respectivos pueblos como predominantemente indoamericana-

58 nos, neoamericanos o euroamericanos. Las dos escalas, sin embargo, no son equivalentes ya que muchos otros pueblos como los paraguayos y los chilenos de formación básicamente indígena, se volvieron **pueblos nuevos** y no **pueblos testimonio** al fundirse los elementos europeos con grupos tribales que no habían llegado al nivel de las altas civilizaciones. Es este el caso, también, de los euroamericanos, presentes en todas las formaciones étnicas continentales, pero que únicamente imprimieron a los **pueblos trasplantados** una configuración nítidamente neoeuropea. Por otra parte la designación de neoamericanos no sustituye adecuadamente a la de **pueblos nuevos**, ya que en muchos sentidos, y sobre todo como sucesores de las poblaciones originales del continente, todos sus pueblos son hoy neoamericanos.

II. CONFIGURACIONES HISTORICO-CULTURALES Y RAZA

La evolución racial de la población americana es congruente con el análisis tipológico que venimos haciendo y puede ser comprendida en términos de procesos divergentes de sucesión ecológica. Por uno de ellos, poblaciones europeas inmigrantes, concentradas en núcleos homogéneos estructurados en familias y contando por eso con la presencia de mujeres y niños, se impusieron a las poblaciones originales. Este es el caso de los **pueblos trasplantados**; en ellos los contingentes indígenas fueron virtualmente diezmados en tanto que los negros y mulatos pasaron a ocupar una posición marginal en la nueva etnia. En el caso de los **pueblos nuevos** y de los **pueblos testimonio** encaramos un proceso ecológico distinto, por el cual un núcleo europeo minoritario, compuesto principalmente por hombres apartados de sus comunidades de origen, se constituyó en agente activo del mestizaje en razón de la prevalencia que su carácter de colonizador le daba respecto a los otros grupos raciales. Ello le otorgó una extraordinaria capacidad para «bloquear» a los demás, lo que dio lugar a vastas categorías mulatas y mestizas que pasaron a constituir el componente principal de la población; en el caso de los **pueblos testimonio** (36,1 millones de mestizos frente a 10,2 millones de blancos-por-definición) y el segundo contingente, muy pró-

ximo del primero (32,2 millones y 41,8 millones) en el caso de los **pueblos nuevos**.⁸

Es notoria la precariedad de fuentes que hacen posible calcular la composición racial presente y pasada de los pueblos americanos. Los mismos datos oficiales —cuando existen— no merecen crédito, tanto por la falta de definiciones censales uniformes de los grupos raciales, como por la interferencia de actitudes y prejuicios de las propias poblaciones censadas. Esto lleva, por ejemplo, en el caso de los **pueblos trasplantados**, a confundir en un único grupo a los negros y mulatos; en el de los **pueblos nuevos**, a sumar al contingente blanco europeo todos los mestizos y mulatos claros; y en el de los **pueblos testimonio**, a identificar como mestizos a gran número de indígenas puros desde el punto de vista racial pero que ya se han incorporado a los modernos modos de vida mediante la asimilación y la aculturación. Con todas las reservas que impone esta precariedad de las propias fuentes, es posible sin embargo establecer algunas proyecciones verosímiles sobre el desarrollo probable de las diversas matrices raciales en los tres bloques de pueblos americanos, haciendo una confrontación de sus contingentes actuales con sus tendencias al incremento o a la reducción.

Al haber logrado niveles más altos de desarrollo, las sociedades nacionales de los **pueblos trasplantados** han experimentado en consecuencia una fuerte disminución en el ritmo de incremento de su población, lo que hace suponer que su crecimiento futuro será menor que el de los otros. América del Norte, que venía cuadruplicando su población cada 50 años, no consiguió siquiera duplicarla entre 1900 y 1950, ocurriendo lo mismo con Argentina y Uruguay en las dos últimas décadas. Los otros dos bloques, con bajos niveles de desarrollo, se encuentran todavía en una fase de expansión demográfica, por lo que sus poblaciones seguramente mantendrán un ritmo acelerado de crecimiento en las próximas décadas. Los datos estadísticos disponibles indican que las poblaciones de los **pueblos testimonio** y de los **pueblos nuevos**, predominantemente mestizas y mulatas, eran en su conjunto poco menores en 1960 que el total de la población de los **pueblos trasplantados** (182,8 y 220,5 millones res-

⁸ Las estimaciones de población están basadas en los datos de las Naciones Unidas (Naciones Unidas, 1958 y 1965), en los estudios histórico demográficos de Rosenblat (1954), Lipschutz (1944), Savy (1954-56), Debuyt (1961), Sirea (1966) y Steward (1949), y en el *Statistical Abstract of The United States* (United States Bureau of the Census, 1966).

60 pectivamente). Sin embargo, su ritmo intenso de incremento hará que se superen ampliamente esa diferencia en las próximas décadas. En el año 2000 se estima que sumarán 549,5 millones, en tanto que los **pueblos trasplantados** tendrán una población de 391,5 millones.

Esas diferencias en el ritmo de aumento demográfico se deben esencialmente al hecho de que los **pueblos trasplantados** experimentan su período de mayor crecimiento cuando contaban con una población relativamente pequeña (Estados Unidos tenía 5,3 millones en 1800 y 23,3 en 1850), en tanto que el mismo fenómeno deberá ocurrir ahora en América Latina sobre la base de una población muy superior (204 millones en 1960) que creciendo incluso a un ritmo considerablemente menor, para el año 2000 habrá llegado a triplicarse.

A largo plazo, por lo tanto, quien más tiende a crecer es la América morena, fruto del mestizaje de sus contingentes básicos y este hecho resulta indefectible a menos que los vastos programas de **birth-control** que los norteamericanos quieren imponer en esta área, consigan alterar las tendencias señaladas. Parece sin embargo muy improbable que tales programas lleguen a cumplirse, no sólo por las dificultades de la empresa misma, puesto que se trata de inducir a pueblos atrasados y pobres a adoptar hábitos correspondientes a poblaciones adelantadas, sino también por la oposición a tales programas de los líderes latinoamericanos más lúcidos.

Estos tienen cada vez mayor conciencia de los riesgos que entraña una contención demográfica artificial: no sólo el de la reducción de su volumen en el mundo, sino sobre todo el del envejecimiento precoz de sus poblaciones, en las cuales una mayoría de menores de 18 años de edad (cerca de 50%) sería sustituida progresivamente por una proporción creciente de mayores de 60 años, quienes en las condiciones vigentes de subdesarrollo representarían un peso muerto.

Este envejecimiento artificial de la población latinoamericana, impuesto por una política de gran potencia antes de que se hayan logrado los niveles mínimos de incremento económico y social que naturalmente conducirían a este efecto (como ocurrió con todos los países plenamente industrializados), podría como consecuencia inhabilitar a los latinoamericanos para el progreso al privar a sus sociedades del factor básico de renovación social: las fuerzas de comprensión demográfica y las tensiones sociales correlativas. Su logro, a través de vastos programas subsidiados de distribución de **plido**

ras anticonceptivas y de estímulos al aborto, pondría a los latinoamericanos en la situación de depender —si no de manera permanente, por un plazo imprevisible— del amparo y la solicitud de los ricos vecinos del norte, con la consecuente perpetuación de la hegemonía de éstos pese a que serían en ese entonces manifiestamente minoritarios.

Lo precario de los datos disponibles acerca de la composición racial de las poblaciones americanas y la variedad de factores que pueden intervenir en el crecimiento relativo de cada contingente en las próximas décadas, no permiten calcular su aumento futuro por medio de proyecciones estadísticas seguras. Es posible, no obstante, extraer algunas hipótesis verosímiles referidas al acrecentamiento de cada componente racial de los tres grupos, y a las alteraciones de su respectiva proporción. La primera hipótesis es que la proporción registrada en 1950 en las poblaciones americanas —en la que los «blancos-por-definición» se encontraban en una relación de dos a uno respecto a la «gente de color»— se altere profundamente derivando en una supremacía morena del orden de los 485 millones contra 456 millones de blancos al final del siglo. Esto se debería al hecho de que el contingente blanco ostenta un nivel de vida más alto, presentando en consecuencia un ritmo de crecimiento demográfico menor.

La población indígena, en el mismo período, probablemente llegue a superar el doble de lo que sumaba en 1959 (de 15 a 35 millones), aunque simultáneamente habrá de ir perdiendo sus características culturales al integrarse a los modos de vida de las poblaciones neoeamericanas. Estos grupos constituirán tal vez, al final, diferentes modalidades de participación en las etnias nacionales, unificadas más bien por la identificación con sus matrices de origen que por las características étnico-culturales que presenten.

El grupo negro deberá cuadruplicar su número (de 29,3 millones en 1950 alcanzará los 130 millones en el año 2000) por las razones ya indicadas y también porque la elevación social que presumiblemente habrá de experimentar en las próximas décadas le conferirá una mayor expectativa de vida. Sin embargo, a causa de la amalgama racial, puede ocurrir que tienda más bien a dar colorido a las matrices blancas, aumentando el cuadro mulato en perjuicio de la expresión de su propio patrimonio genético en poblaciones negras más amplias.

62 Finalmente, los mestizos experimentarán, según lo suponemos, un aumento más intenso que todos los demás, quintuplicando su contingente (de 72 millones a 320 millones) por la conjunción de diversos factores, tales como: la elevación de su nivel de vida que apenas se inicia y que deberá combinarse con un alto ritmo de incremento; la generalización de matrimonios interraciales, y la aceptación de su propia figura étnica, con lo que no se hallarán ya en la contingencia de mimetizarse ideológicamente en la categoría de los «blancos por definición».

Todas las premisas anteriores se fundan en la expectativa de una miscigenación intensa que mezcle de manera aún más profunda las poblaciones americanas. De este modo llegarán a configurar en el ámbito mundial una representación cada vez más homogénea de lo humano, que poseerá por eso una mayor aptitud para convivir e identificarse con todos los pueblos. Entretanto, tomando en consideración las diversas regiones de América, varios factores pueden provocar la intensificación o la aminoración de estas tendencias. Por ejemplo, si la guerra racial entre negros y blancos en América del Norte se resolviera por el camino integracionista, se incrementará la tendencia homogenizadora. Pero si por el contrario llegara a prevalecer la segregación, y sobre todo si los angloamericanos tuvieran éxito en su propósito de reducir sus poblaciones «negras» así como los contingentes morenos de América Latina por la imposición de una política de contención demogenética, el resultado será el fortalecimiento de la heterogeneidad y del racismo.

El crecimiento de las poblaciones latinoamericanas deberá elevarse a 650 millones en el año 2000, según cálculos basados en las expectativas de una tasa de aumento relativamente baja. Esa expectativa no tiene en cuenta las posibilidades de un crecimiento todavía mayor por la elevación del nivel sanitario, por los progresos médicos en el tratamiento de enfermedades esterilizantes, ni los factores sociales, como la probable reducción de la edad de casamiento y del número de uniones libres, generalmente menos fecundas. Por todo esto cabe esperar un crecimiento todavía mayor. Esta explosión demográfica no es evidentemente un bien, y representará para América Latina un desafío aún más grande en el esfuerzo de superación de su atraso.

Se supone que para un aumento anual de la población de 2,5% se requiere una tasa de inversión del orden de 10% de la renta nacio-

nal, a fin de mantener estrictamente la misma proporción de equipo productivo por persona activa.

Este desafío obliga a intensificar el esfuerzo de desarrollo, con miras a lograr una reducción de la tasa de incremento demográfico y una madurez de la población como consecuencia del progreso económico y no en lugar de él, como podría ocurrir mediante una política de contención demogenética propugnada y costeadas por una potencia extranjera.

III. CONFIGURACIONES HISTORICO-CULTURALES Y DESARROLLO

Resta examinar si la tipología de las grandes configuraciones histórico-culturales, que utilizamos para caracterizar a los pueblos extraeuropeos como entidades étnico-culturales y como complejos raciales, pueden ayudar también a la comprensión de las causas del desarrollo desigual de los pueblos clasificados en las cuatro categorías referidas.

Considerando en conjunto los pueblos de cada bloque, respecto al desarrollo logrado, se observa que ellos presentan tanto uniformidades como disparidades significativas. Por encima de sus semejanzas étnico culturales, los mismos contrastan de modo manifiesto desde el punto de vista económico, constituyendo algunos de ellos pueblos modernos incorporados al proceso civilizatorio de su tiempo, y los otros, pueblos arcaicos, subdesarrollados, detenidos o retrasados respecto a ese proceso de modernización. No obstante, se observan también ciertas uniformidades igualmente expresivas. Así entre los **pueblo testimonio**, sólo los japoneses lograron un desarrollo industrial pleno, encaminándose en nuestros días los chinos hacia esa meta. Entre los **pueblos trasplantados**, un número mucho mayor —Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda e Israel— logró desarrollarse. Entre los **pueblos nuevos**, ninguno llegó a alcanzar todavía ese nivel. ¿Hasta qué punto sus diferencias de formación explican estos desempeños disímiles?

Parece obvio que los **pueblos trasplantados** contaron con ventajas derivadas de su tipo de formación que les permitieron integrarse en la civilización industrial moderna, mientras que los pueblos de las otras categorías debieron enfrentar obstáculos mayores en su lucha

64 por el desarrollo. Tales impedimentos surgen principalmente del tipo de estratificación social originado por la formación peculiar de cada uno de ellos. Esta asumió una configuración más flexible e igualitaria en el caso de los **pueblos trasplantados** y más rígidamente jerarquizada en los demás.

Desde su surgimiento, la mayoría de las poblaciones de esta última categoría estuvieron condenadas a una marginalidad cultural o social que vedó sus posibilidades de integración a los modernos estilos de vida. Como ya hemos señalado, esta marginalidad en el caso de los **pueblos testimonio** es sobre todo cultural, ligada a problemas relativos a la incorporación de sus contingentes más arcaicos, casi siempre monolingües y aferrados a las costumbres y valores de las antiguas culturas. En los **pueblos nuevos**, la misma presenta un carácter preponderantemente social, y ha sido ocasionada por la propia formación de estos pueblos que, como hemos visto, fueron el resultado de empresas mercantiles que trasladaron multitudes de africanos sometiéndolos a la esclavitud y que destribalaron a las poblaciones indígenas con idéntico objetivo. Esa humanidad sojuzgada, al par que era reducida a condiciones extremas de miseria, veía desdibujarse sus peculiaridades distintivas por efecto de los mecanismos homogenizadores de la deculturación. Como consecuencia de estas circunstancias, habría pues de constituir los estratos más bajos de la estructura social. Para superar su marginalidad, deben alzarse unos de su condición indígena, nítidamente diferenciada de la **ladina**, y otros de su penosa calidad de exesclavos. En ambos casos tendrán que enfrentar a las oligarquías y patriciados locales, degradados por el ejercicio secular del yugo esclavista y atados a los intereses externos que también se asocian para explotarlos.

Los **pueblos nuevos** y los **pueblos testimonio** de las Américas se destacan por ser sociedades fundadas y moldeadas por la voluntad del núcleo colonizador; y por haber sido intencionalmente organizadas para servir a intereses y objetivos exógenos. Han sufrido por eso un dominio extremo más duradero y más firmemente implantado que en cualquier otra área del mundo. Sobre la base de esta intencionalidad, se pudo restablecer allí una esclavitud de tipo grecorromano trasladándose a las plantaciones y a las regiones mineras de los **pueblos nuevos** millones de esclavos negros durante los 300 años de esclavitud, y asimismo consumir millones de indígenas de los **pueblos testimonio**. En estos pueblos, los núcleos económicos jamás se con-

sagraron a la tarea de crear y recrear las condiciones de sobrevivencia y reproducción de sus poblaciones, sino por el contrario, a la de desgastar esas poblaciones en la producción de elementos que las mismas no consumían pero que habrían de satisfacer las necesidades de otras, al tiempo que enriquecían a las oligarquías locales. En estas sociedades siempre fue tan grande la distancia que separaba las clases dominantes y el pueblo en sí, tan acentuada la alienación oligárquica con respecto a la etnia nacional, que los liderazgos de los **pueblos nuevos** llegaron a proponer la sustitución de la propia población mediante planes sistemáticos de blanqueamiento racial, como se tentó hacer en Brasil y como efectivamente se hizo en Argentina y en Uruguay, trasformándolos por esta vía en **pueblos trasplantados**. En esas sociedades, además, el poder colonial se impuso en la forma más despótica, sin reconocer nunca ningún derecho individual que pudiera oponérsele. En consecuencia, no se desarrollaron instituciones democráticas de gobierno autónomo, ni se admitió ningún mecanismo que permitiera la participación popular en el poder.

Al actuar sobre este mundo colonial, despótico y esclavista, latifundista y monocultor, las fuerzas trasformadoras de la revolución industrial encontraron grandes resistencias para la creación de una economía moderna y para una reordenación que diese al pueblo oportunidades de participar en los beneficios del progreso. En estas circunstancias, los antagonismos que en Europa y en las sociedades de tipo europeo implantadas en los nuevos espacios limitaron apenas las potencialidades de la civilización industrial atrasando su afianzamiento o imponiéndole una ordenación clasista, consiguieron aquí deformar todo el proceso. Cada núcleo industrial surgió en estas áreas como un enclavamiento aislado en medio de una economía arcaica preponderante, que sólo le permitió expandirse cuando no se oponía a los intereses oligárquicos implicados en el latifundio y en la economía de exportación. Al estar todo el poder político monopolizado en manos de los sectores importadores y exportadores, que aspiraban únicamente a lograr una integración más lucrativa en el sistema mundial, no pudo surgir un empresariado moderno, opuesto a la oligarquía. Por el contrario, esta misma se desdobló formando el empresariado industrial, asociándose a los intentos modernizadores promovidos por las corporaciones internacionales.

De este modo, la transición de la economía agrario-mercantil a la industrial, va en sí muy difícil, fue llevada a un estado traumático:

66 contradicción entre las posibilidades de prosperidad ofrecidas por el de subdesarrollo; o sea, la distrofia social caracterizada por la tecnología industrial, y la miseria provocada por la adecuación de toda la sociedad a un ordenamiento oligárquico. Ello ha dado lugar a un aumento explosivo de la población y a la traslación masiva de individuos del **medio rural a las ciudades**, simultánea a la reducción drástica de las posibilidades de acceso a los medios de trabajo y de sobrevivencia. Se han creado así enormes capas marginales condenadas a una penuria extrema.

La transferencia a los centros rectores de las oportunidades de industrialización, y de las ganancias generadas por la aplicación al sistema productivo de los modernos procedimientos mecanizados, significó para los países subdesarrollados la puesta en marcha de un proceso acelerado de marginalización socioeconómica que alcanza contingentes cada vez mayores de la población, y establece una neta división entre una pequeña categoría de privilegiados y el resto de la nación. Resulta de ello una esclerosis del orden social y del sistema político destinada a garantizar a la oligarquía y al patriciado el ejercicio del poder y el disfrute de los beneficios del progreso, como asociados **menores de la empresa de despojo imperialista** de sus propios pueblos que absorbe la parte principal del producto del trabajo nacional. Pero también origina la formación de muchedumbres de seres marginalizados, concentrados en los bordes de las ciudades y de las metrópolis, poseedores de modos de vida sencillos que dan uniformidad a su cultura, y que un día se habrán de unir por fuerza de su destino común a todos aquellos cuyas oportunidades de integrarse al sistema ocupacional y de participar en la vida social y política de la nación, dependen de la erradicación del orden vigente. Europa, que experimentó una compulsión de la misma naturaleza en la segunda mitad del siglo pasado cuando vivía una etapa correspondiente del proceso de industrialización, sólo pudo enfrentarlo exportando como colonos y consumiendo en las guerras cerca de cien millones de hombres. Para la oligarquía latinoamericana, que no podrá contar ya con expedientes tan simples, esta masa constituye su opositor, históricamente llamado a extirparla del **panorama social** de sus países.

La industrialización de los **pueblos nuevos** y de los **pueblos testimonio**, al tener que hacer frente a la resistencia oligárquico-patricial interna y a la explotación externa, se llevó a cabo de una **manera**

distorsionada, por lo que resultó incapaz de producir los efectos renovadores a que dio lugar en otros contextos. Primeramente, se cumplió de modo reflejo, ya que el montaje de mecanismos modernizadores tuvo por objeto activar el papel, desempeñado por estos pueblos, de productores de materias primas. En segundo lugar, esta industrialización se tornó meramente sustitutiva de las importaciones, viéndose su desarrollo ahogado por diversas limitaciones: la mayoría de las plantas industriales pertenecen a empresas extranjeras, lo que las transforma en nuevos mecanismos de captación de recursos; presentan predominantemente el carácter de industrias de consumo, lo que multiplica la oferta de artículos suntuarios, distrayendo así en gastos superfluos una parte considerable de la renta nacional, cosa que las naciones industrializadas sólo se permitieron tardíamente; esta industrialización se muestra incapaz de dar autonomía al proceso de desarrollo nacional, ya que precisamente faltan las industrias de base y productoras de maquinaria; y, finalmente, constituyen las mismas fábricas bienes importados, frutos del desarrollo tecnológico ocurrido en otro lugar, y del cual permanecen siempre dependientes.

Otro efecto de la industrialización recolonizadora de este modo implantada, fue la sustitución del empresariado nacional que el capitalismo industrial hizo surgir dondequiera que madurase, por una categoría meramente gerencial al servicio de intereses extranjeros, o por un patrono burocrático y cosmopolita más interesado en el destino internacional del capitalismo que en el desarrollo de su propio pueblo. Debe agregarse a lo dicho la supresión de las condiciones que hubieran permitido la creación de un cuerpo nacional de científicos y tecnólogos que dominaran el saber moderno, por medio de la transferencia de sus funciones a los departamentos de investigación situados en las sedes de las corporaciones extranjeras que dirigen la industrialización nacional.

La diferencia de los efectos producidos por la introducción de la tecnología industrial en aquellas dos categorías de pueblos y en los **pueblos trasplantados** del norte, muestra esencialmente la flexibilidad estructural de estos últimos y la rigidez de los primeros en lo relacionado con el papel constructor de sus oligarquías y patricios. Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelandia, surgidos como naciones gracias al aluvión de las poblaciones marginales de Europa sobre sus espacios desiertos o escasamente poblados, pudie-

68 ron estructurar sus sociedades sin necesidad de abatir las barreras levantadas por la obstrucción oligárquico-patricial.

Las constituyeron, además, de acuerdo con la visión del mundo que ya poseían, puesto que sus pobladores procedían de países en los que ya tenía lugar la industrialización. Sacaron inicialmente beneficio de la vinculación con Inglaterra, que por un lado les facilitó el dominio de las fuentes de saber tecnológico moderno, y por otro les permitiría alcanzar cierto grado de participación popular en el ordenamiento social por influencia de tradiciones políticas más democráticas. Este hecho daría base a la política de expropiación de las tierras pertenecientes al enemigo luego de la guerra de independencia de Estados Unidos, y más tarde a las leyes del **Homestead** que abrieron el oeste a millones de granjeros.

Tuvo también relevancia en la formación de América del Norte la circunstancia de que por practicar el protestantismo, procuraron los colonizadores alfabetizar a toda la población a fin de volver accesible a ella la palabra bíblica, lo que no ocurrió en los países católicos. Probablemente este hecho sea tan importante como el paralelo weberiano del espíritu capitalista y de la étnica protestante (Max Weber, 1948). En efecto, la alfabetización en masa facilitó a amplios sectores de la población norteamericana⁹ la participación en la vida política, y permitió llenar uno de los requisitos básicos para la creación de la mano de obra calificada exigida por una civilización industrial que no se constituye por la tradición oral sino por la trasmisión escrita de los conocimientos. Un episodio muestra a las claras la importancia de este factor: el tiraje alcanzado por el libro clásico de Thomas Paine, en el que hacía su llamado libertario, leído en los dos meses siguientes a su edición por cerca de 150 000 personas, por lo que representó un relevante papel en la movilización popular independentista.

Sería imposible que un hecho de esta naturaleza se produjera en cualquier otra región americana donde la gran mayoría de la población fuera analfabeta, incluidas sus clases pudientes.

Comparando el avance de Norteamérica con el de Argentina y Uruguay, también **pueblos trasplantados**, puede apreciarse que los dife-

⁹ En 1850 Norteamérica contaba con 80% de su población alfabetizada (U.S. Census, 1961) en la misma época, Rusia no sólo había alfabetizado 6% de la suya y América Latina debía contar con un porcentaje similar (Rachine, 1956).

rencias relativas a grado de desarrollo que respectivamente han logrado encuentran explicación por la existencia en estos últimos de una oligarquía latifundista que aún después de la independencia conservó el monopolio de la tierra, y de una burguesía portuaria que limitó la expansión de la actividad creadora de los inmigrantes a una industria meramente artesanal al mantener un régimen de estímulo a las importaciones. El desarrollo argentino y uruguayo sería frenado por estas circunstancias que no se presentaron en el caso de otros pueblos trasplantados. En las dos últimas décadas, sobre todo, el comercio exterior de los países rioplatenses basado en la exportación de carne, lana y cereales, sufrió un grave perjuicio al no poder el latifundio productor de estos artículos enfrentar con éxito la competencia de los granjeros canadienses, australianos y neozelandeses.

La masa de los inmigrantes europeos llegaba a los países del Río de la Plata, luego de residir por breves períodos en el campo, se vio compelida a dirigirse a las ciudades ante la imposibilidad de fundar una economía de tipo granjero. De este modo, se les planteó a estas sociedades el doble problema de no haber posibilitado la formación de una clase media rural, constituyendo un mercado interno que hubiera dado pie a su industrialización, y de sufrir una urbanización precoz que redujo la comprensión demográfica lo necesario para forzar una reforma agraria. Se creó así un vasto sector parasitario para su economía.

Tuvo también gran importancia para los **pueblos trasplantados** del sur el hecho de salir del dominio ibérico para caer bajo la influencia británica, sustituyendo la sujeción colonial por una dependencia neocolonialista. Mientras los norteamericanos se dedicaban a expandir su frontera interna, afianzando una economía agrícola basada en la explotación granjera y a crear una infraestructura industrial autónoma ya con vistas al desempeño de una política de gran potencia, Argentina y Uruguay, **lograda su independencia**, procuraron asegurarse los medios que les permitiesen importar bienes de consumo manufacturados, mediante la expansión del latifundio.

Los caminos seguidos en los dos casos son, por lo tanto, opuestos. En el primero de ellos, tenemos un proyecto de poblamiento basado en la difusión de la pequeña propiedad rural, que permitiría crear un poderoso mercado interno sobre el cual se asentaría el desarrollo industrial posterior. En el segundo, se da el mantenimiento de las

70 funciones complementarias tradicionales de la economía heredada del régimen colonial, así como la formación de nuevos vínculos de dependencia externa cada vez más imperativos.

La región sur de Estados Unidos, que por su contenido arcaico enfrentó con la lucha armada la orientación industrialista, autonomista y democrática del norte, es un ejemplo del papel constrictor de una oligarquía sustentada en la economía de plantación, y demuestra hasta qué punto afectó este factor el proceso de desarrollo de los países en donde prevaleció en el período colonial y de aquellos en que todavía subsiste. Vencida en la guerra de Secesión, la región sureña continuó sobrellevando su propio atraso frente al norte y al oeste que emprendían nuevas rutas de progreso. A pesar de la derrota, durante varias décadas la ordenación impuesta allí sería una rémora para la sociedad norteamericana. En América Latina, en tanto, donde excepto en Cuba se mantiene aún invicto el sistema económico de las haciendas con el ordenamiento social correspondiente, ha constituido la causa fundamental del atraso de todo el continente.

Estas diferencias explican el mayor retardo de los **pueblos nuevos** y de los **pueblos testimonio** de América Latina, anquilosados por la rigidez de su estructura social, es decir, por la opresión de sus minorías dominantes que han condenado al grueso de la población a la ignorancia y a la pobreza en que vegeta hasta el día de hoy, al margen de la vida económica, social, política y cultural de la nación.

La superación de estos contratiempos ha sido hasta ahora muy difícil para los **pueblos testimonio** y prácticamente imposible para los **pueblos nuevos**. Para todos ellos significa un enorme esfuerzo de reordenación de la sociedad global que seguramente sólo podrá emprenderse de manera intencional, al contrario de lo que ocurrió a los **pueblos trasplantados** del norte, donde pudo realizarse de modo más o menos espontáneo. El logro de esta reordenación supone un esfuerzo de autosuperación que excepto México y Bolivia, con sus revoluciones de 1910 y 1952, y más recientemente Cuba en 1959, ningún otro pueblo americano consiguió enfrentarlo con posibilidades de éxito. La dificultad principal residía —y aún reside— en la trama de intereses patronales y patriciales que presidió la ordena-

ción original de estas sociedades fundadas en el sistema de haciendas y en la esclavitud, que después de su independencia apenas se modernizaron de manera refleja como formaciones neocoloniales. Intensificar la modernización refleja de estas sociedades no traerá aparejada la modificación de la situación expuesta; antes bien, ese mecanismo actuará tan sólo como mantenedor del atraso. El cambio tendrá lugar únicamente mediando una reestructuración previa a la sociedad provocada por una profunda revolución social que libere las energías secularmente contenidas de sus pueblos.

Una vez reconstruido el orden social podrán estos pueblos retrasados en la historia acelerar su ritmo de progreso de manera que puedan alcanzar en un plazo previsible el grado de desarrollo ya conseguido por los pueblos avanzados. Paradójicamente, esta aceleración supone problemas a un tiempo más simples y más complejos que los enfrentados por los pueblos que ya pasaron esa etapa. Más fáciles, puesto que se trata de introducir en sus propias sociedades transformaciones del sistema productivo ya operados en las naciones desarrolladas; por constituir la repetición de experiencias vividas por otras naciones, el proceso se torna susceptible de ser orientado racionalmente con economía de tiempo y de recursos, evitando o disminuyendo las consecuencias sociales traumáticas que los cambios puedan arrojar. Pero a la vez más difíciles porque toda la articulación mundial y local de intereses vinculados al viejo sistema conspira contra la indispensable renovación por temor a los perjuicios que habrá de representar, para aquellos pueblos que ocupan el centro del sistema mundial, una reordenación de la economía y de la estructura social de los pueblos de la periferia; del mismo modo, las clases dominantes locales ven en esta reordenación la pérdida de sus privilegios.

Como es posible apreciar, la revolución tecnológica supone para los pueblos históricamente atrasados, como presupuesto básico, abocarse a una revolución social interna y a una confrontación decisiva en la escena internacional. Únicamente por esta vía podrán sustraer del dominio de las oligarquías y patriciados los instrumentos de poder que permitan reformular el orden social, ya que éstas y sus aliados internacionales se encuentran comprometidos por igual con una situación de atraso para ellos lucrativa.

- ADAMS RICHARD N.: «La Iadinización en Guatemala», en **Integración social en Guatemala**, Seminario de Integración Social Guatemalteca, Guatemala, 1956, pp. 213-44.
- AGUIRRE BELTRAN, GONZALO: **El proceso de aculturación**, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1957.
- BAGÚ, SERGIO: **Economía de la sociedad colonial**, El Ateneo, Buenos Aires, 1919.
- : **Estructura social de la colonia**, El Ateneo, Buenos Aires, 1952.
- BALANDIER, GEORGES: **Sociologie actuelle de l'Afrique Noire: Dynamique des changements sociaux en Afrique Centrale**, Presses Universitaires de France, Paris, 1955.
- BARNETT, H. G., LEONARD BROM, B. J. SIEGEL, E. Z. VOOT, and JAMES B. WATSON: «Acculturation: An explanatory formulation», **American Anthropologist**, 56:973-1002, 1954.
- BASTIDE, ROGER, and FLORESTAN FERNANDES editors: **Branços e Negros em Sao Paulo**, Editora Nacional, Sao Paulo, 1959.
- BEALS, RALPH: «Urbanism, urbanization and acculturation», **American Anthropologist**, 53:1-10, 1951.
- : «Acculturation», in **Anthropology today**, Edited by A. L. Kroeber, University of Chicago Press, Chicago, 1953, pp. 621-41.
- BENNETT, WENDELL C.: «New World culture history: South America», in **Anthropology today**, Edited by A. L. Kroeber, University of Chicago Press, Chicago, 1953, pp. 211-25.
- BORAH, WOODROW: «Population decline and the social and institucional changes of New Spain in the middle decades of the sixteenth century», **Akten des 34. Internationalen Amerikanisten-Kongress**, Copenhagen, 1962.
- : «America as model: The demographic impact of European expansion upon the non-European world», en **XXXV congreso internacional de americanistas. actas y memorias**, vol. 3, México, 1964, pp. 379-87.
- BUARQUE DE HOLLANDA, SERGIO: **Caminhos e fronteiras**, Rio de Janeiro, 1957.
- : **Raizes do Brasil**, Editora Universidade de Brasilia, Brasilia, 1963.
- CHILDE, V. GORDON: **Man makes himself**, Watts, London, 1937.
- : **What happened in history**, Penguin Books, New York, 1946.
- : **La evolución de la sociedad**, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970.
- MAS, JUAN: **Relaciones interraciales en América Latina: 1940-1960** Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1961.
- COSTA PINTO, L. A.: **O Negro no Rio de Janeiro: Relacoes de raca numa sociedade em mudanca**, Editora Nacional, Sao Paulo, 1953.
- DEBUYST, FEDERICO: **La población en América Latina**, Feres, Brussels, 1961.

- DOBYNS, HENRY F.: «Estimating aboriginal American population: An appraisal of techniques with a new hemispheric estimate», **Current Anthropology**, 7:395-416, 1966.
- FERNANDES, FLORESTAN: **A integracao do Negro a sociedade de classes**, Universidade de Sao Paulo, Sao Paulo, 1964.
- FOSTER, GEORGE M.: **Culture and conquest: America's Spanish heritage**, Wenner Green Foundation for Anthropological Research, New York, 1960.
- : **Traditional culture and the impact of technological change**, Harper; New York, 1962.
- FREYRE, GILBERTO: **The master and the slaves**, Knopf, New York, 1946.
- : **Sobrados e mucambos**, José Olympio Editora, Rio de Janeiro, 1951.
- FURTADO, CELSO: **Formacao económica do Brasil**, Editora Universidade de Brasilia, Brasilia, 1963.
- GILLIN, JOHN: «Modern Latin American culture», **Social Forces**, 25:243-48, 1947.
- : «Mestizo América», in **Most of the world**, Edited by R. Linton, Columbia University Press, New York, 1949.
- : «Ethos components in modern Latin American culture», **American Anthropologist**, 57:488-500, 1955.
- HUMPHREY, NORMAN D.: «Raza, casta y clase en Colombia», en **Ciencias sociales**, 4:112-116, 1953.
- IANNI, OCTAVIO: **Racas e classes sociais no Brasil**, Civilizacao Brasileira, Sao Paulo, 1966.
- KROEBER, ALFRED L.: **Cultural and natural areas of native North America**, University of California Press, Berkeley, 1939.
- : **Configurations of cultural growth**, University of California Press, Berkeley 1944.
- LEWIS, OSCAR: **Five families: Mexican case studies in the culture of poverty**, Basic Books, New York, 1959.
- : **The children of Sánchez**, Random House, New York, 1961. (Hay edición en español.)
- : «Nuevas observaciones sobre el 'continuum' folkurbano y urbanización», en **Ciencias políticas y sociales**, 9 (31) 1963.
- LINTON, RALPH: **The tree of culture**, Knopf, New York, 1955.
- LIPSCHUTZ, ALEJANDRO: **El indoamericanismo y el problema racial en las Américas**, Editorial Nascimento, Santiago, 1944.
- MALINOWSKI, BRONISLAW: **The dynamics of culture change**, Yale University Press, New Haven, 1945.
- MARIATEGUI, JOSE CARLOS: **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**, Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1963.

- 74** MARX, CARLOS: **El capital**, Ediciones Venceremos, La Habana, 1965.
- : **Fundamentos de la crítica de la economía política**, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto del Libro, La Habana, 1970.
- MINTZ, SIDNEY W.: «Sobre la cultura folk: Redfield y Foster», en **Ciencias Sociales**, 5:77-81, 1954.
- MYRDAL, GUNNAR: **An American dilemma**, Harper, New York, 1944.
- NOGUEIRA, ORACY: «Preconccito racial de marca e preconccito racial de origem», **Anais do XXXI Congresso Internacional de Americanistas**, vol. 1, Sao Paulo, 1955, pp. 409-34.
- ORTIZ, FERNANDO: **Contrapunteo cubano del azúcar y el tabaco**, Dirección de Publicaciones de la universidad central de Las Villas, 1963.
- PIERSON, DONALD: **Negros in Brazil: A study of race contact at Bahia**, University of Chicago Press, Chicago, 1942.
- RACHINE, A. G.: **Population de la Russie par 100 ans: 1811-1913** (in Russian), Moscow, 1956.
- RAMOS, ARTUR: **Aculturação Negra no Brasil**, Editora Nacional, Sao Paulo, 1942.
- : **Guerra e relações raciais**, Rio de Janeiro, 1947.
- REDFIELD, ROBERT: **The folk culture of Yucatan**, University of Chicago Press, Chicago, 1941.
- : **The primitive world and its transformations**, Cornell University Press, New York, 1963.
- : **Peasant society and culture**, University of Chicago Press, Chicago, 1956.
- REDFIELD, R. R. LINTON, and M. HERSKOVITS: «Memorandum on the study of acculturation», **American Anthropologist**, 38: 149-52, 1936.
- RIBEIRO, D'ARCY: **The civilizational process: Stages of sociocultural evolution**, Smithsonian Institution Press, Washington, D. C. 1968
- : **The Americas and civilization**, E. P. Dutton. In press, New York, 1969.
- : **The Brazilian dilemma**, MS, n. d.
- : **The Indians and civilization: The process of integration of indigenous populations in modern Brazil**, Columbia University Press. In press, 1970.
- ROSENBLAT, ANGEL: **La población indígena y el mestizaje en América**, Editorial Nova, Buenos Aires, 1954.
- SAPIR, EDWARD: **Selected writings of Edward Sapir**, Edited by D. Mandelbaum. University of California Press, Berkeley, 1949.
- SAVY, ALFRED: **Théorie Générale de la population**, Presses Universitaires de France, Paris, 1954-56.

- SERVICE, ELMAN R.: «Indian-European relations in colonial Latin America», *American Anthropologist*, 57:411-25, 1955.
- SIREAU, ALBERTO: *Teoría de la población, Ecología urbana y su aplicación a Argentina*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1966.
- STAVENHAGEN, RODOLFO: «Clases, colonialismo y aculturación: Ensayo sobre un sistema de relaciones interétnicas en Mesoamérica», en *América Latina*, 6:63-101, 1963.
- : «Siete tesis equivocadas sobre América Latina», en *Política externa independiente*, 1:67-80, Río de Janeiro, 1965.
- STEWART, JULIAN H. editor: *Handbook of South American Indians*, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, 1946-50.
- : «The native population of South America», in *Handbook of South American Indians*, vol. 5, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, 1949.
- : *Area research: Theory and practice*, Pan-American Union, New York, 1950.
- : *The theory of culture change*, University of Illinois Press, Urbana, 1955.
- TANNENBAUM, FRANK: *Slave and citizen: The Negro in the Americas*, Knopf, New York, 1947.
- THOMPSON, H. PAUL: «Estimating aboriginal American population: A technique using anthropological and biological data», *Current Anthropology*, 7:417-24, 1966.
- UNITED NATIONS: *Estudios Demográficos* no. 28, New York, 1958.
- : «Conferencia mundial de población», en *Boletín informativo*, New York, 1965.
- UNITED STATES BUREAU OF THE CENSUS: *Historical statistics of the United States, colonial times in 1957*, Washington, 1961.
- : *Statistical abstract of the United States*, Washington, 1966.
- WAGLEY, CHARLES and MARVIN HARRIS: «A typology of Latin American subcultures», *American Anthropologist*, 57:428-51, 1955.
- WARNER, W. LLOYD, and LEO SERGLE: *The social system of American ethnic groups*, Yale University Press, New Haven, 1945.
- WEBER, MAX: *The protestant ethic and the spirit of capitalism*, London, 1948.
- WHITE, LESLIE: *The evolution of culture*, McGraw-Hill, New York, 1959.
- WILLIAMS, ERIC: *Capitalism and slavery*, Russell and Russell, New York, 1964.
- WOLF, ERIC R.: «Types of Latin American peasantry», *American Anthropologist*, 57:452-71, 1955.

**LIMITES Y
POSIBILIDADES
DEL MOVIMIENTO
ESTUDIANTIL
EN LOS AÑOS 30
ILIA VILLAR**



Nos proponemos en este trabajo precisar algunas de las líneas de estudio que pueden establecerse para evaluar la significación de las luchas estudiantiles en el proceso revolucionario cubano de los años 30. Con ello no pretendemos establecer juicios de valor definitivos sobre el tema, puesto que el propósito que nos anima en cuanto a la investigación misma está condicionado por una búsqueda paciente de documentos y testimonios que ya hemos recorrido en alguna medida y por una articulación necesaria de las conductas del movimiento estudiantil con la totalidad del acontecimiento revolucionario del período.

Esto quiere decir que las presentes notas forman parte de un trabajo de investigación a largo plazo y que hemos preferido limitar este análisis hasta la constitución del Gobierno Provisional en 1933 porque, siguiendo el criterio de periodización que expondremos, el año 33 determina un vuelco total en las conductas estudiantiles y cierra un ciclo de ascenso revolucionario. Entendemos que este estudio sólo puede completarse extendiéndolo hasta 1935 e incluso hasta 1936, en que se funda en el exilio por Pablo de la Torriente Brau, Gustavo Aldereguía y otros revolucionarios la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA) como últimos intentos por reactivar el movimiento revolucionario. Pero es justamente este período el que nos ha resultado más difícil en cuanto a la localización de documentos y testimonios y forma parte del proceso de indagación a seguir.

Creemos, sin embargo, que la necesidad de información y de reflexión sobre la llamada Revolución del 30 nos exige estos intentos. Además, el estudio de los antecedentes políticos de la acción y pensamiento de «La Generación del Centenario» tiene mucho que ver con el esclarecimiento de las etapas insurgentes que le anteceden y obliga a todo estudioso de las revoluciones cubanas a anticipar algunas hipótesis de trabajo; sin excluir el riesgo que siempre conlleva esta faena de evaluación retrospectiva para quien no fue actor del suceso.

El tema estudiantes y revolución, que es el centro de la problemática que nos ocupa, exige la determinación de una cuestión teórica aún no debidamente debatida y esclarecida. Se trata de la ubicación y rol que corresponde al estudiantado como integrante de las clases medias o pequeña burguesía dentro del contexto social de

78 los actualmente denominados países subdesarrollados. Su participación en una considerable proporción de movimientos políticos revolucionarios en la historia contemporánea resulta incuestionable. Pero es necesario investigar las razones de esta participación y precisar qué presupuestos ideológicos y qué objetivos informan su trayectoria política en los procesos sociales de las tercera y cuarta décadas del presente siglo en nuestro país.

Falta, además, la evaluación exacta acerca de qué tipo de contribución a la revolución es la ejercida por este **grupo** o **movimiento**, al que nos vemos obligados a denominar así por carecer del instrumento conceptual que nos posibilite definirlo con el rigor sociológico que exige el tratamiento del tema.

Partiendo del esquema de clases sociales que nos proporciona la teoría marxista, contamos con los conceptos más generales con que podemos abordar el estudio: burguesía, pequeña burguesía o clase media, proletarios u obreros, campesinos.

Solicitamos del lector se nos permita prescindir en este estudio de las más sutiles especificaciones en lo que se refiere a la pequeña burguesía o clase media, no por considerarlo innecesario sino porque no estamos aún en condiciones de proponer con rigor los criterios de distinción para estas precisiones conceptuales.

Como punto de partida, estimamos imprescindible convenir en los siguientes aspectos:

1. Entre los elementos que caracterizan el proceso de cambio de la sociedad cubana de los años 20-30 se manifiesta la tendencia de los grupos sociales a diferenciarse y organizarse como sectores o clases sociales con intereses propios.
2. En la medida en que se va demarcando este proceso de diferenciación y organización como grupo, se va produciendo una percepción de la realidad nacional que comporta la identificación o la oposición de intereses a los efectos de subvertir o mantener el orden de relaciones sociales existentes.

Si estamos de acuerdo con lo anterior, podemos afirmar entonces que 1 y 2 configuran una nueva situación en lo que atañe al conflicto político en relación con la participación de las clases, grupos o movimientos sociales en estos años.

Para el caso de la clase media (pequeña burguesía) comencemos por situar que las anteriores afirmaciones hay que vincularlas al conocimiento de la modalidad de comportamiento político que ésta asume a través de procesos como la revolución mexicana y, en cuanto a los estudiantes, el movimiento gestado en Córdoba en 1918. Ambos constituyen los antecedentes de mayor magnitud de lo que José Carlos Mariátegui señalara como «el nacimiento de la nueva generación latinoamericana».¹

Nuestro análisis se circunscribe al sector estudiantil. Sin embargo, por lo que apuntábamos anteriormente, es imposible delimitar su trayectoria sin establecer los vínculos con otros movimientos sociales y políticos del momento: los obreros, que insurgen como fuerza organizada en esta época, y los militares, que en 1933 inauguran un episodio sin precedentes en la historia política del país.

Para ello hemos recurrido a la determinación de aquellos momentos que denominaremos de auge revolucionario estudiantil:² los años 23, 27, 30 y el 33 como expresión de una crisis nacional que genera manifestaciones muy concretas en el seno del movimiento. Esto no implica que se pretenda establecer una periodización única para explicarnos diversas posturas del grupo en cuestión; aún así, el objetivo central que perseguimos es demostrar cómo una vez instaurada una manera de comportarse diferenciadamente, el movimiento estudiantil asume funciones catalizadoras en el proceso revolucionario.

En este sentido, diferenciarse socialmente presupone, ante todo, desarrollar una capacidad para percibirse como grupo con intereses propios; generar modos de organización que normen una conducta dirigida hacia una finalidad establecida como conveniencia de grupo; y evidenciar la posibilidad de transformar gradualmente los intereses particulares en intereses de la sociedad en general.

¹ Queremos significar que el limitado uso que haremos en el presente trabajo del concepto de generación está en relación directa con lo que apuntábamos acerca de las imprecisiones vigentes con los términos a que hicimos referencia. Aunque es necesario, no es nuestro propósito entrar en estas especificaciones. Remitimos al lector al ensayo «Generación y revolución» de Ricardo Jorge Machado. Edic. *Lecturas de filosofía*, t. II, Instituto Cubano del Libro, 1968.

² Entiéndase el concepto de auge revolucionario en su acepción más conversional, pues la precisión rigurosa del término vendrá dada por las definiciones que estableceremos en el curso del trabajo a partir de la evolución del movimiento de una modalidad reformista hacia proyecciones de alto alcance político.

GENESIS DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

Estimamos que su tendencia a presionar sobre determinados aspectos de la estructura de la sociedad con la finalidad de cambiarlos en cierto sentido es lo que da derecho al movimiento estudiantil para ser considerado como un **movimiento social**. Si además convenimos en que todo movimiento social atraviesa etapas, debemos establecer los momentos y características del movimiento estudiantil atendiendo a las definiciones ideológicas que configuran cada cambio y a la totalidad del proceso.

Así, podemos admitir que el año 1923, como momento de ruptura, sienta las bases para el desarrollo de una conciencia crítica cuyas manifestaciones de rebeldía no proponen de manera directa la modificación de la estructura de poder de la sociedad cubana. Se demanda primordialmente el establecimiento de un nuevo orden de relaciones entre universidad y sociedad, y la preocupación por la esfera política constituye un componente más entre otros y no el factor condicionante de los males denunciados.

Estamos ante un fenómeno sin precedente en la historia de Cuba. Las movilizaciones estudiantiles emergentes a la vida social aportan una nueva perspectiva al escenario urbano. La denominación que recibe el acontecimiento «Reforma Universitaria», implica ya una manera de catalogarlo y definir el alcance de sus postulados. En Cuba, al igual que en el resto de América Latina, el afán de renovación cultural y docente supone el reconocimiento expreso de la existencia de una estructura de dominación política que interfiere «el libre desarrollo de las ciencias, las disciplinas humanística y la organización docente de la máxima institución educacional». De ahí que los conceptos de autonomía y moralización adquieran una importancia considerable como vía aún no política para modificar la gestión de gobierno en la crisis planteada.

El alcance del debate instaurado adquiere relieves que trascienden los propósitos que lo originan. Sin embargo, no es posible afirmar que las exigencias renovadoras concebidas por el estudiantado con:

tengan tal dosis de conciencia que permitan esbozar una aprehensión revolucionaria de la realidad cubana y una solución correspondiente.

Los principios ideológicos que subyacen en las formulaciones del I Congreso Nacional de Estudiantes, en La Declaración de Derechos y Deberes del Estudiante y en los Estatutos de la naciente Universidad Popular «José Martí»,³ pueden ser catalogados como ambiguos o difusos. Es cierto, si se tiene en cuenta que predomina la argumentación en el plano ético y que el lenguaje es expresión del espíritu quimérico que impregna muchas de sus tesis. Pero lo que nos parece vital es situar este momento en su justo lugar. Ni exagerar su significación por ser momento de búsqueda y de ruptura, ni subestimarlos por su carácter reformista. No es ni siquiera válido agrupar a sus actores en las derechas o las izquierdas en una situación en que la protesta aún carece del sentido político que implican estas denominaciones.⁴

Los ideólogos de la reforma demandan con la mayor ingenuidad la implantación de la «República Bolivariana», la justicia social, «el quehacer intelectual puesto en función del desarrollo de la nación, el continente y la humanidad». El tránsito de este campo de abstracciones hacia formulaciones más precisas sólo se produce en sus más radicales mentores, como Julio Antonio Mella. En este caso se hace expreso su repudio al sistema capitalista mundial y al imperialismo yanqui; y se exalta el espíritu americano y novedoso de una generación que se arroga el derecho de exteriorizar su conciencia crítica sin proponer aún coherentemente cómo traducirla en acción.

³ Ver PENSAMIENTO CRÍTICO no. 39, sección «1923».

⁴ «La ideología del movimiento estudiantil careció al principio de homogeneidad y autonomía. Acusaba demasiado la influencia de la corriente wilsoniana. Las ilusiones demoliberales y pacifistas que la predicción de Wilson puso en boga en 1918-19 circulaban entre la juventud latinoamericana como buena moneda revolucionaria. Este fenómeno se explica perfectamente. También en Europa, no sólo las izquierdas burguesas sino los viejos partidos socialistas y reformistas aceptaron como nuevas las ideas demoliberales elocuente y apostólicamente remozadas por el presidente norteamericano.

⁵ Únicamente a través de la colaboración cada día más estrecha con los sindicatos obreros, de la experiencia del combate contra las fuerzas conservadoras y de la crítica concreta de los intereses y principios en que se apoya el orden establecido, podían alcanzar las vanguardias universitarias una definida orientación ideológica.» José Carlos Mariátegui en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, epig. La reforma universitaria (el proceso de instrucción pública), Ed. Casa de las Américas.

82 Estos primeros intentos de participación en los problemas sociales nos permiten afirmar el nacimiento gradual de un movimiento que en la medida que desarrolla una capacidad para identificar sus propios intereses como grupo, se propone objetivos inmediatos para la satisfacción de los mismos. No es casual, por consiguiente, que acorde con la aparición del factor de movilización se conciban las primeras estructuras organizativas para la defensa de estos intereses: la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), el Directorio Estudiantil como órgano rector de la FEU, los Manicatos, los órganos de propaganda **Alma Mater** y **Juventud**.⁵ Las funciones de presión social que ejercieron estas organizaciones están articuladas con los medios de acción concebidos entonces: el método huelguístico, los mítines y manifestaciones de protesta, la lucha por la adquisición de un nivel de decisión en el curso de los acontecimientos docentes de la universidad.

Un grado de complejidad mayor lo otorga la iniciativa de fundar la Universidad Popular «José Martí»,⁶ creada con fines doctrinales y cuya misión fundamental fue la mera labor educativa en el estricto sentido docente, por propia demanda de la masa obrera. Cabe apuntar que es el primer intento de institucionalizar una relación orgánica entre estudiantes y obreros, y que resulta altamente significativo en el plano ideológico el hecho de evocar a José Martí en una empresa que pretende despertar conciencias.

Ahora bien, la perspectiva de desarrollo y continuidad de los principios de la reforma hacia exigencias más radicales está en relación directa con los imperativos de la política nacional. Por lo embrionario que resulta, el movimiento estudiantil no es en absoluto una fuerza autosuficiente y capaz para una acción drástica en el ámbito universitario y mucho menos fuera del mismo. Su ineficacia para relacionarse orgánicamente con el naciente movimiento obrero y otros grupos sociales se demuestra en la inestabilidad y ambigüe-

⁵ El 11 de enero de 1923 se organizan los estudiantes en federación y declaran una huelga general de asistencia a clases. Simultáneamente se crea una sociedad secreta que denominaron los XXX Manicatos (voz indígena que según Fernández de Oviedo significaba entre los primitivos naturales de Cuba, esforzado, de grande ánimo). Su misión era velar por el orden y mantenimiento de la huelga.

⁶ Surgida del acuerdo adaptado en las sesiones del 15 al 23 de octubre de 1923 del I Congreso Nacional de Estudiantes. Dirigida por hombres como Julio A. Mella, Rubén Martínez Villena, José Z. Tallet, Gustavo Alderguía, es oficializada en 1925 y presta servicios a los trabajadores hasta 1927, en que fue clausurada por orden del gobierno de Gerardo Machado.

dad del acercamiento mismo. Los límites que impone la relación de dependencia de la Universidad con respecto al sistema de gobierno obliga al estudiantado a la aceptación de compromisos restrictivos que postergan todo posible desenlace de cambio estructural.

Ya para 1925 Mella postula la imposibilidad de hacer viable la reforma sin la realización de una revolución social.⁷ Pero no habla el dirigente estudiantil sino el sagaz combatiente revolucionario que entra en contacto temprano con la realidad social y nacional de su tiempo.

ELEMENTOS QUE CONFORMAN EL PROCESO DE POLITIZACION DEL ESTUDIANTADO

1927 puede definirse como el momento clave para una reactivación del movimiento estudiantil. Resurge la protesta cargada de urgencia moral como réplica a la imposición de la Reforma Constitucional y Prórroga de Poderes de Gerardo Machado. El estudiantado universitario, disperso y sin líderes entre el 25 y 27,⁸ emerge ahora, a diferencia del 23, con un movimiento de significación esencialmente **política**. La iniciativa de designar un organismo que exprese el sentimiento de rehabilitación nacional entronca con el reconocimiento de la no lejana historia pasada, pero ahora no se trata de un directorio a secas, sino del **Directorio contra la prórroga de poderes**.

El carácter accidental que se ha pretendido dar a esta coyuntura nos parece objetable. Ante todo, por el sentido de la valoración que se hace el 23, reafirma la vigencia de la reforma pero prioriza el fenómeno político inmediato por sobre cualquier otro objetivo in-

⁷ *¿Puede ser un hecho la reforma universitaria?*, revista Oclae, mayo-junio 1970. Escrito por Mella en 1925, año en que su distanciamiento del movimiento estudiantil coincide con su acercamiento al movimiento sindical y consagración como comunista, Mella milita entre los fundadores del PC cubano.

⁸ El 29 de diciembre de 1925 quedó disuelta la Asamblea Universitaria y se redujo a límites culturales y deportivos la actuación de la Federación de Estudiantes. Desde entonces se sucedieron los entendimientos entre estudiantes, profesores y autoridades universitarias. Grupos de graduados pasaron a ejercer sus profesiones y el gobierno asumió una «atención especial» a la cuestión universitaria.

84. terno al movimiento. Esto a su vez nos plantea la trascendencia de la conducta desplegada por el grupo hacia otros sectores sociales también afectados y obliga a la determinación de las influencias ulteriores de esta reacción en el seno del propio movimiento estudiantil.

Veamos algunos de los índices que nos pueden orientar en nuestra búsqueda. En primer término parece quedar establecido en este momento un enfrentamiento sistemático al régimen de gobierno imperante, lo que no supone que se caracterice ya como un movimiento orgánico, capaz por sí solo de asumir funciones concretas en la sociedad en crisis. No existen aún los mecanismos que nos permitan hablar de oposición política y mucho menos de aspiración de poder. Los objetivos inmediatos que informan su rechazo al principio de autoridad hasta entonces medianamente aceptado, se anuncian públicamente:

«Nos nos animan intereses de partido, no aspiramos a la conquista del poder político...»

«Nuestra función es fiscalizadora. Aspiramos a constituir una fuerza moral más vigorosa del movimiento revolucionario...»⁹

Estos pronunciamientos son básicos para explicarnos el ulterior desarrollo de los protestantes del 27. La extensión nacional asumida por el movimiento de agitación contiene los primeros ingredientes de antimachadismo como posición ideológica que condiciona la existencia del propio Directorio. Esto determina una capacidad de receptividad del fenómeno político actuante que identifica por vez primera en el terreno de la lucha política al estudiantado con otros sectores sociales, en especial con el movimiento obrero.

Los síntomas del reconocimiento mutuo se dan no sólo en el plano de la confluencia de ideas acerca del carácter del sistema de gobierno sino también en el surgimiento de una práctica política de enfrentamiento físico, de choque, de agresividad manifiesta que inaugura, a su vez, su contrapartida necesaria: la represión policial y adopción de medidas preventivas al estilo de la clausura de la Universidad Popular «José Martí», el primer allanamiento militar

⁹ Estas afirmaciones se reiteran invariablemente entre marzo y diciembre de 1927 en sus proclamas y documentos así como en el manifiesto-programa que dan a conocer en 1930 y que reseñamos en el presente trabajo.

de la universidad de La Habana, y la expulsión masiva de líderes estudiantiles que sobresalen en la contienda.¹⁰

Estos acontecimientos adquieren mayor proporción si tenemos en cuenta las apreciaciones tempranas que hace el movimiento acerca de la significación de la Sexta Conferencia Panamericana próxima a celebrarse en La Habana¹¹ y de la evaluación que se hace de Cuba en América y Europa «como país mediatizado, agente de la política norteamericana y avanzada de la diplomacia del dólar y del imperialismo en el nuevo continente».¹²

Obviando el análisis acerca de la inestabilidad o dispersión inherente a todo movimiento estudiantil, este DEU, cuyo sentido de aparición responde a una necesidad social indiscutible, se diluye en la vida política cubana del año 28 en adelante como practicante de una actividad política coherente.

A simple vista las razones pudieran restringirse al plano de las limitaciones a que obligó la represión entronizada. Creemos que básicamente la actividad agitational se diluye y posterga porque los propósitos políticos del grupo no están delimitados con claridad; porque las aspiraciones del movimiento son contradictorias en sí mismas, es decir, se siente capaz de ejecutar y de decidir en la política pero desde fuera de la política. Temen manifestarse como fuerza opositora «oficial», y son incapaces de valorar que la función de denuncia que objetivamente han asumido no es solamente la de un movimiento cívico, moralizador, sino algo más comprometido. De esta manera no se crean los mecanismos tendientes a desentrañar los canales políticos idóneos para una acción coordinada y efectiva como grupo de choque.

Las figuras más destacadas del movimiento pasan a ser en el exilio la composición esencial de la Asociación de Nuevos Emigrados Re-

¹⁰ El 2 de diciembre de 1927. El Consejo de Disciplina único designado por el Consejo Universitario procedía a la expulsión entre uno y diez años a diecisiete alumnos entre los que descollaban Gabriel Barceló y Gomila, Eduardo Chibás y Rivos y Antonio Guiteras Holmes. A mediados del año 28 ya sumaban decenas los sancionados.

¹¹ Entre enero y marzo de 1928 se suceden asambleas estudiantiles de alta combatividad donde se enjuicia, a propósito de la Conferencia, el sentido de la permanencia de la Enmienda Piatt y el Tratado Permanente entre Cuba y Estados Unidos.

¹² «Manifiesto al pueblo de Cuba» de abril 7 de 1927. Tomado del Archivo Nacional, copia fotostática del documento que se conserva en el archivo de Salvador Vilaseca.

86 volucionarios Cubanos (ANERC).¹³ Bajo el liderazgo de hombres como Gabriel Barceló trabajarán aquí muchos de los futuros integrantes del Ala Izquierda Estudiantil (AIE). La acción del exilio, sin embargo, va ser algo dispersa y más bien propagandística. Al igual que los grupos que quedaron en Cuba, para 1930 la opinión pública apenas los reconoce como fuerza vital del movimiento estudiantil. Es curioso, en este sentido, que sea en este período que conciban un sugestivo proyecto de transformaciones básicas para la sociedad cubana.

Este «Programa de Renovación y Nacionalismo»¹⁴ reitera no tener aspiraciones de partido político ni de poder. Parece ser una proposición desinteresada para que una vez derrocado Machado se tengan en cuenta sus propuestas ante el problema cubano. Los lineamientos fundamentales que sugiere superan en radicalidad y audacia a la letra de los programas del Directorio de 1930. La similitud con el manifiesto-programa que lanza Antonio Guiterras clandestinamente a fines de 1932 y principios del 33¹⁵ es indiscutible; sin embargo, no hay evidencias de vínculos establecidos entre ambas realizaciones hasta donde hemos podido investigar.

En resumen, creemos que este intento programático resulta tan sólo en relación al movimiento que lo origina. Hasta entonces muy pocos elementos hacían suponer que el Directorio protestante sustentara objetivos mediatos en cuanto a la reorganización social y política del país, y mucho menos que sus criterios de recuperación nacional se fundamentaran en una acertada intuición acerca de las relaciones de dependencia existentes. La influencia ideológica que necesariamente tiene que haber legado este grupo a sus sucesores no se expresa de

¹³ Organización antimperialista fundada por Julio Antonio Mella en 1928 en Nueva York con los fines de fomentar y auxiliar la insurrección armada en Cuba. Hacia 1930 mantiene delegados colaterales en París, Moscú y Bruselas.

¹⁴ Publicado en junio de 1931 en *El Mundo* y en *El Diario de La Marina* bajo la firma del DEU del 27. El proyecto de transformaciones que propone puede sintetizarse en: constitución de un Gobierno Provisional que contemple la reorganización de los partidos políticos; reforma constitucional; leyes contra el latifundio, prohibición de venta de tierras a extranjeros, rescate de las mismas, reparto de tierras del estado a campesinos; no empréstitos comprometedores con el exterior; nacionalización de los servicios públicos; creación de la banca nacional; derechos de jornada máxima para obreros, seguro obrero, derecho a huelga; reforma de la enseñanza y autonomía universitaria.

¹⁵ Ver PENSAMIENTO CRITICO no. 39_A, pp. 270-71. El texto completo aparecerá en *Pensamiento revolucionario cubano*, antología elaborada por el grupo, del mismo nombre del Departamento de Filosofía de la universidad de La Habana.

manera directa pero se percibe la solución de continuidad que resulta inherente a todo proceso mediante el cual se instaura una **tradicón** de lucha y de ideas.

EL AUGE REVOLUCIONARIO

Hacia el año 30 el movimiento estudiantil tiende a una nueva acción de confrontación revolucionaria. Los sucesos del 30 de setiembre¹⁶ registran el carácter radical y desafiante que asumirá el enfrentamiento a las fuerzas represivas en lo sucesivo. Se pasa de la acción de la movilización y la petición de reivindicaciones a la fase de la organización política. Surge un nuevo Directorio¹⁷ como expresión institucional del momento y en breve plazo, de sus propias filas se escinde una minoría de izquierda que constituirá el AIE.¹⁸

Para atender dos problemas planteados en la introducción, solo queremos puntualizar lo siguiente: 1. El grupo en cuestión queda bien definido y diferenciado como movimiento social entre 1930 y 1933; 2. Es en estos años que el proceso de politización se integra en un todo coherente cuyas ideologías, programas de transformación y actividad desplegada, a pesar de la heterogeneidad que expresan, nos permiten evaluar la función social ejercida por los estudiantes en el proceso de liberación nacional y social que libra el país entonces.

Aquí cabe delimitar la especificidad que atribuimos a este período a través de algunos índices que sólo se manifiestan de 1930 en adelante como síntoma de madurez política del movimiento:

1. Posición ante la cuestión de la toma del poder político y el carácter de la revolución.
2. Valor atribuido a la gestión del proletariado y a la pequeña burguesía o clase media en el proceso.

¹⁶ Desde la huelga general obrera del mes de marzo, el estudiantado da señales de vida. La protesta y denuncia de las maniobras de gobierno culminan con la convocatoria a asamblea en el Patio de los Laureles de la universidad, de donde partiría la manifestación hacia el domicilio de Enrique José Varona. Resulta muerto el estudiante Rafael Trejo y heridos varios jóvenes, entre ellos Pablo de la Torre Brau y el obrero Isidro Figueroa.

¹⁷ Se constituye a partir de la jornada revolucionaria del 30 de setiembre. Su primer manifiesto-programa se da a conocer a la opinión pública el 23 de octubre de 1930. Aparecerá en la antología citada.

¹⁸ El 3 de enero de 1931 queda constituida como grupo autónomo del DEU.

3. Comprensión de las relaciones económicas capitalistas y del imperialismo en general.

La adopción del marxismo por una parte del estudiantado profundiza el debate ideológico dentro del movimiento. Esto se explica si convenimos en que resulta un acontecimiento natural y necesario el estímulo producido por la más avanzada ideología política de la época, la que a todas luces se anunciaba como más acorde a las exigencias de renovación social en términos de contemporaneidad. Su difusión y aceptación como teoría y como ideología de la revolución social no fue, como es de suponer, obra de las mayorías. Ello llevaba implícito una comprensión de los factores económicos y políticos condicionantes de las relaciones de dominación en nuestra sociedad que trascendiera el objetivo inmediato nacionalmente establecido: la lucha antimachadista. Su asimilación, en tanto, estuvo referida no sólo a sensibilizarse ante la novedosa fórmula política, sino que se encaminaría desde el inicio al reconocimiento y conocimiento de la primera experiencia de realización socialista como modelo a seguir.

A pesar del arraigo del marxismo entre los estudiantes de izquierda, los análisis de éstos carecieron de la efectividad requerida para apreciar en su más profunda dimensión algunas de las principales particularidades que la lucha nacional y de clases debía asumir en nuestro país. La claridad con que Mella había abordado este cardinal problema de la época —marxismo y revolución nacional— se trataba inexplicablemente en muy breve tiempo, en el terreno de la práctica política.

En cuanto al debate planteado entre DEU y AIE, el fraccionamiento se produce no sólo a nivel de ideas. En la medida en que los objetivos, medios de acción, apreciaciones acerca del papel a jugar por los diversos grupos o clases sociales, se van conformando, surge la aparición de la organización que represente la nueva vertiente.

Nos proponemos, pues, sin ánimo de agotar el tema, esbozar algunas de las alternativas políticas del movimiento estudiantil en estos tiempos de definición ideológica, ateniéndonos a dos planos: el alcance de los enunciados expresos en los programas de transformación concebidos y las realizaciones prácticas operadas por estos grupos; lo que implica, en definitiva, demostrar en qué grado han sido capaces de traducir en acción los principios expuestos, de im-

plementar las vías de consecución de los objetivos postulados en función de la revolución.

La primera distinción que cabe establecer tiene que ver con el carácter de la revolución que se propugna. Decíamos que el objetivo inmediato para todos los estudiantes involucrados en la lucha era la eliminación del machadato como representación de un sistema de gobierno dictatorial. Se ponía a la orden del día la necesidad de la democratización de las estructuras republicanas. Para las huestes del Directorio la constante que rige la casi totalidad de sus demandas programáticas es el principio de la reivindicación nacional sin argumentaciones de orden doctrinal expresas. Se reclama la necesidad de promover un reordenamiento de «la nación», la «implantación de un status jurídico y político democrático y revolucionario que garantice la renovación integral del sistema».¹⁹ y la participación abierta, indiscriminada de todos los sectores nacionalmente afectados, tanto a los efectos de una acción coordinada para derrocar el sistema como para la ejecución de las reformas propugnadas una vez tomado el poder.

Es notable la evolución que se percibe en los pronunciamientos y valoraciones del DEU entre octubre de 1930 y julio-agosto de 1933 en cuanto a la evaluación que realizan sobre sí mismos. De una fase de ratificación de los principios del 27 en cuanto a la no aspiración de poder, se va pasando gradualmente a la convicción de la inevitabilidad de una participación interesada en política. La fuerza moral que motiva a los aguerridos combatientes del Directorio a reclamar un lugar en la labor de restauración del país está en relación directa con el prestigio adquirido a través de la lucha y con la incapacidad de otras organizaciones para imponerse en el momento crítico.

Por otra parte, las apelaciones del DEU para la incorporación a la lucha nacional son ajenas totalmente a la distinción clasista establecida entonces por Ala Izquierda Estudiantil. El quehacer revolucionario no lo constriñeron a grupos específicos; de ahí la imposibili-

¹⁹ El manifiesto-programa de julio de 1933 es el más explícito en el sentido que apuntamos. En él se sientan las bases organizativas del Gobierno Provisional y se detallan las atribuciones de las instituciones políticas y jurídicas a crear en el campo educacional, laboral, de salud pública, vivienda, etc. Concluye con una escueta denuncia al tratado comercial vigente con Estados Unidos y propone en su lugar un convenio sobre bases equitativas y un estímulo a las relaciones con América Latina. Este documento puede consultarse en el Archivo Nacional.

90 dad de generar posturas sectarias. Estas razones son suficientes para que fuesen reconocidos por amplios y heterogéneos segmentos de la población como una fuerza importante del movimiento revolucionario.

Podemos asegurar que en esta amplitud estuvieron también algunas de sus principales debilidades. Sus programas concebidos para reivindicar «al pueblo de Cuba» sin distinciones precisas para los más afectados por el sistema de explotación imperante, sin base social prioritaria en qué apoyarse, adolecieron de la vaguedad e imprecisión inherentes a esta manera de relacionarse con la población.

Expresión de esta situación es la polémica que surge en ocasión de la propuesta por parte del DEU²⁰ en cuanto a fomentar un Frente Unico contra Machado en 1931. El llamado del Directorio a todo el que sostenga intereses opuestos al gobierno dictatorial permitía incorporarse indistintamente al obrero, al comerciante o al representante de un partido político burgués. La letra de la arenga efectivamente daba pie para interpretar un criterio diluyente de intereses en el todo del frente antimachadista.

La impugnación del Ala Izquierda Estudiantil a esta fórmula no está dada solamente en el terreno de la defensa del mantenimiento de las identidades políticas independientes o en el velar por las consecuencias que podía acarrear al proceso revolucionario una alianza con fuerzas de tan disímiles tendencias ideológicas. Fundamentalmente lo que se combate es el sentido de subordinación que conlleva la relación estudiantes-obreros en el Frente Unico concebido por el DEU. El llamado al proletariado descansa en la necesidad de su supeditación al grupo estudiantil dirigente y desconoce en todo caso el papel asignado a los obreros por los comunistas.

No es nuestro objetivo obligar al lector a tomar partido. No se trata de eso, sino de presentar las diferentes alternativas de actuación política que se dieron y brindar elementos de juicio para entender, si no la totalidad, los más decisivos momentos de confrontación del movimiento estudiantil con la realidad nacional. A pesar de que el signo del año 31 es la lucha armada vertebrada por grupos aislados e independientes, como núcleos del DEU, Partido Nacionalista, Antonio Guiteras, se evidencia que este momento no parece el más

²⁰ Ver PENSAMIENTO CRITICO no. 39, sección Movimiento Estudiantil.

adecuado para preconizar la unión organizada de los diversos frentes de oposición. No es el mes de agosto de 1933. Nada nos garantiza, además, que estuviera bien definido para el Directorio el concepto de oposición política y dentro de él, el de oposición revolucionaria en su sentido más estricto. Si a esto agregamos que una fuerza de la energía del movimiento obrero quedaba diluida como una fuerza más y que el propio DEU carecía del vigor para hegemonizar realmente la coyuntura histórica, es posible entender algunos de los objetivos del ataque de AIE.

¿Hasta dónde se puede extender esta comprensión? No hasta la aceptación de los términos en que se da la polémica. Carecemos de elementos para sancionar como justo el epíteto que se lanza contra el DEU en pleno, en tan temprana fecha. No es posible condicionar el enjuiciamiento de cada posición errónea sobre la base de deformaciones y patologías «seudorrevolucionarias» establecidas a priori. Por esa misma razón no hemos situado como prerequisite de este análisis la tesis de las limitaciones de las clases medias o pequeña burguesía para constituirse como sectores revolucionarios. Preferimos llegar a las limitaciones o como se le quiera llamar por la vía del estudio de la situación concreta y agotar los mayores elementos posibles, no para justificar conductas aisladas sino para proponer el ajuste de cuentas con algunos de los mitos que obstaculizan el esclarecimiento de la historia, y en especial, de la historia de las revoluciones.

Los estudiantes en este caso se erigen en sus propios jueces. El Ala Izquierda Estudiantil, inspirada en los principios clasistas del marxismo, proclama al proletariado como el agente social capaz de dirigir la revolución. En el seno del estudiantado la relación de subordinación de la ideología con respecto a la posición económica se expresa en su proclamación como vanguardia de los estudiantes pobres y medios y no del estudiantado en general. Por esta misma vía resulta inadmisibles entonces la alianza con la «burguesía nacional» y entidades satélites de la misma.

La crisis en ciernes debe, a su vez, sobrepasar los límites de la revolución nacional. El carácter agrario-antimperialista de la misma se supone dado por una comprensión cabal del status semicolonial de la sociedad cubana. La gestión del imperialismo como sistema económico-cultural mundial y la necesidad de atentar definitivamente

92 contra las estructuras capitalistas del país quedan denunciadas explícitamente en los programas del Ala Izquierda Estudiantil.²¹ Queda así superada la trabazón y contradicciones del DEU al eludir el más cardinal problema de la época en relación con el intento de revolución en Cuba.

El antimperialismo como factor ideológico de movilización sólo fue enarbolado por el Directorio ante el hecho de la Mediación²² y aún así pensamos que sería útil plantearse hasta qué punto llegó a esta categoría y no a un emotivo antigereñismo o antimediacionismo. El criterio que adoptemos dependerá en gran medida del rango que otorguemos a la perspectiva antimperialista en el período que nos ocupa y a la determinación de gradaciones ideológicas del fenómeno, desde su fase más intuitiva y emocional hasta su más genuina y acabada forma de conocimiento. De este modo no bastaría oponerse a la presencia física del imperialismo. El rechazo requiere algo más que un acto casuístico o inteligente sino de una aprehensión del estado de la relación de dependencia que permita generar una manera sistemática de oposición política con nuevos contenidos ideológicos.

En todo caso, ante la coyuntura de la Mediación como momento de definición política, las fuerzas conservadoras y reaccionarias no sólo no lograron el concurso del Directorio, sino que la intransigencia y combatividad desplegada por él coadyuvaron a la polarización de los bandos de colaboración o rechazo a la maniobra intervencionista norteamericana.

Lo expuesto hasta aquí nos confirma las direcciones ideológicas controvertidas que motivaron a lo largo de cerca de tres años las más encarnizadas polémicas entre AIE y el DEU. De más está hacer énfasis en que «la culpa mayor» de las izquierdas, a juicio de su contrapartida estudiantil, DEU, fue la fragmentación del movimiento en dos tendencias políticas opuestas y la dependencia de criterio del Ala Izquierda Estudiantil con respecto al organismo rector de la ideología marxista en el país, el partido comunista. Sin ánimo de renovar el debate, estimamos necesario recordar nuestra propia

²¹. Ver manifiesto-programa de febrero de 1931 en PENSAMIENTO CRÍTICO no. 39, pp. 123-29.

²². «DEU ante la mediación», en PENSAMIENTO CRÍTICO no. 39, Sesión Revolución o Mediación.

afirmación inicial. Resultaba difícil, no imposible, que un grupo de estudiantes, aunque proporcionalmente una minoría, se orientara hacia una cultura política que florecía entre la joven intelectualidad de los años 20 y 30; donde no sólo surgía la inquietud por conocer las producciones teóricas del marxismo europeo,²³ sino que los propios movimientos estudiantiles latinoamericanos habían generado sus auténticos mecanismos de reconocimiento y apropiación del pensamiento de Julio Antonio Mella y José Carlos Mariátegui como afirmación de una búsqueda por valores autóctonos y revolucionarios.

La relación de dependencia doctrinal y táctica hacia el partido comunista es obvia y explicable a partir de la comprensión que se tuviera de la significación de acción colateral que asumía el movimiento estudiantil respecto al movimiento obrero. Esto, por razones que ya hemos explicado, y básicamente por la concepción de la participación de los distintos grupos que sustentaba el Directorio, resultaba un punto de irreconciliación total entre ambas organizaciones.

Resulta, pues, difícil, establecer desde nuestra óptica y situación actual cuáles debieron ser las bases de la relación estatuida por los combatientes de AIE con el partido comunista para vertebrar acciones con enfoques y perspectivas propias.

Nos resta apuntar algunas ideas sobre el carácter de la lucha estudiantil antes de abordar el momento de confrontación crucial del proceso revolucionario. Las tácticas propugnadas por las dos organizaciones que presentaron batalla diferían en los lineamientos fundamentales. El enfrentamiento armado para el Directorio se vertebraba a través de los núcleos de acción que ejecutan esencialmente el terrorismo, los sabotajes, atentados a personalidades políticas del machadato; en síntesis, la práctica de la acción directa que le ganó el reconocimiento de amplias capas de la población y la condena por parte de las organizaciones que sustentaban otros métodos de

²³ Desde los años 20 la búsqueda de información en fuentes marxistas es practicada por minorías de intelectuales y obreros.

En 1931, desde el Presidio Modelo, Gabriel Barceló y Pablo de la Torriente Brau traducen **El materialismo histórico** de Nicolás Bujarin y los más avezados en lecturas del marxismo transmiten a los restantes estudiantes presos los principales textos en circulación de Marx y Lenin.

94 lucha.²⁴ Vale aclarar que con la ubicación de estos elementos no estamos afirmando la existencia de una estrategia de lucha armada definida y estructurada coherentemente por la organización.

El Ala Izquierda Estudiantil hizo suya las tesis de la línea de masas, coordinación con las huelgas obreras y manifestaciones públicas de protesta, gestión conspirativa para crear las bases en favor de una labor educativa de los militantes y grupos susceptibles de captación. La huelga general, como precondition de la insurrección armada y la creación de los soviets de obreros como ensayos de poder revolucionario fueron sólo el comienzo de una práctica política cuyo desenlace demostró que el cambio en la Cuba de esa época requería la incorporación de otros elementos indispensables: la consideración de la masa de trabajadores del campo no sindicalizados y el llamado campesinado en general, aparceros, precaristas, etc., que en el plano teórico figuraron como posibilidad para los comunistas y miembros de AIE. El Directorio, por los documentos e indagaciones realizadas por nosotros en la medida de nuestras posibilidades, marginó totalmente este problema.

Para concluir acerca de lo planteado en cuanto a las tácticas y carácter de la lucha estudiantil, cabe apuntar que sobre ambas organizaciones cayó la fuerza de la represión; si bien para fines del 32 y principios del 33 la atención recae primordialmente sobre las acciones directas del DEU. El balance a favor del movimiento estudiantil como forjador de una conciencia nacional a partir de la insurgencia desplegada es innegable. La agitación y la denuncia pública, los asesinatos masivos, incluso el clima polémico, permitieron conformar una imagen de avanzada social sobre estos grupos. La resonancia de la actividad estudiantil, que por primera vez hacía suyos los problemas de nación, operó como agente catalizador de nuevas acciones y decisiones en favor de la revolución; precipitó, conjuntamente con el movimiento obrero, las crisis del régimen en 1933, y permitió la instauración en nuestra historia nacional de una tradición de lucha en el sector estudiantil cuya vi-

²⁴ No hemos podido esclarecer el nivel de la relación entre las acciones del DEU y del ABC, pero numerosos testimonios del período aseguran el vínculo esporádico de Angel Pío Alvarez como jefe de los núcleos del DEU en La Habana con células ABC durante el año 1932.

LUGAR DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN RELACION CON LA CRISIS DE LA REVOLUCION

La posibilidad de evolución hacia posturas revolucionarias por parte de movimientos de clase media y, en el caso que nos ocupa, del movimiento estudiantil, no nos parece discutible. Se explica, ante todo, a partir de la comprensión que se tenga de la afectación económica y política que se produce en todas las capas de la población ante las tensiones del proceso de desarrollo capitalista en las sociedades neocolonizadas. Con lo anterior no pretendemos afirmar que la revolución sólo canaliza como proyecto o atribución exclusiva del grado de explotación económica existente en el país, sino también como una instancia obligada de recuperación de la dignidad nacional.

Las variantes introducidas por este escenario en cuanto al comportamiento y papel de las clases sociales condicionan el nuevo carácter a asumir por las luchas de liberación nacional en el siglo XX y nos permiten entender nuestra revolución antimperialista como un **proceso** de superación del capitalismo para implantar otro sistema social de producción, con el concurso en gran escala del campesinado y de las capas medias urbanas y rurales de la población sin detrimento de la hegemonía del proletariado.

Es por eso posible que a pesar de las diferencias que se establecen entre los ideales y la práctica política de los estudiantes en relación con otros movimientos sociales, las respuestas articuladas tiendan a un mismo objetivo de transformaciones básicas e inmediatas, factibles, si de viabilidad se trata; y posibles de constituirse en un todo orgánico que constituye en definitiva con los obreros una vanguardia política eficaz y coherente con posibilidades de imponerse a las fuerzas reaccionarias existentes.

En Cuba, por razones algo conocidas y todavía no debidamente estudiadas ni divulgadas, la coyuntura de setiembre de 1933 demues-

96 tra la importancia de los dos más vigorosos movimientos sociales, el estudiantado y los obreros, para constituirse, debidamente articulados, en los rectores del proceso revolucionario.²⁵ El desenlace anticapitalista que se imponía debió suponer la postergación de demandas sociales y políticas marginales por parte de ambos grupos para lograr un acuerdo básico que planteara el **problema nacional** a la altura requerida, sin menoscabo de la interpretación en los términos universales y de contemporaneidad que aportaba el marxismo de la época.

La cuota de responsabilidad que atañe al movimiento estudiantil no puede ser aludida parcialmente, pero algunas indicaciones sí pueden ayudar al planteamiento del problema. Del 30 al 33 se revela el alcance social e ideológico del acercamiento de los estudiantes a la clase trabajadora. Este es el momento en que comienzan a jugar un rol político en el desarrollo mismo de nuestra historia revolucionaria, elevando su acción del plano de las inquietudes estudiantiles al de las reivindicaciones colectivas o sociales.

Este hecho reanima e impulsa el movimiento revolucionario, al margen de las diferencias de orientación ideológica que informan la trayectoria del Directorio y de Ala Izquierda Estudiantil. Sólo para la mediación, en 1933, en que las fuerzas políticas se polarizan a favor o contra la revolución, es posible cuestionarse afirmativamente acerca de la validez de la aseveración que confiere una efectividad relativa al papel de los estudiantes en un proceso revolucionario. A partir de setiembre del propio año la tendencia del movimiento es a diluirse como grupo autónomo. La opción por la toma del poder es definitiva. El DEU comprueba desde él que en tal coyuntura no resulta fácil ejecutar la revolución. La gama de actitudes que emergen de sus filas impide un apoyo sólido a lo más radical del gobierno, Antonio Guiteras.

AIE, por su parte, al no integrarse al poder, lejos de contribuir al desarrollo de las líneas políticas trazadas por las fuerzas más revolucionarias del gobierno, pasó a la oposición en bloque.

²⁵ Al compañero Raúl Roa debemos una de las más lúcidas interpretaciones del período, recopiladas en *La revolución del 30 se fue a bolina*, Ed. Huracán, Instituto Cubano del Libro, La Habana 1969.

Y entiéndase que no existe el ánimo de simplificar al máximo las conductas desplegadas, pero entendemos que, en esencia, el curso ulterior del movimiento estudiantil y su aporte en lo que a declinación de la revolución se refiere está en dependencia de la posición asumida ante el problema de la participación en el poder y ante la gestión del imperialismo.

Estamos ante un momento de definición crucial por cuanto el Directorio Estudiantil Universitario se aboca a su fin como organización de combate del estudiantado. Al aceptar la hegemonía que la coyuntura política del país le ofrece, inicia su proceso de distanciamiento del papel socialmente atribuido y ganado en la confrontación contra la dictadura.

Su decisión a participar en el Gobierno Provisional²⁶ se conjuga con la inusitada presencia y afirmación como movimiento social con aspiraciones también políticas por parte de un no despreciable número de clases y soldados del ejército nacional. La crisis latente en el seno de los militares, agudizada por el pronunciamiento militar del 12 de agosto y el dilema nacional, estimula y define conductas en los diversos estratos de la institución militar y precipita su gestión golpista.

La alianza entre los sargentos y el Directorio instaura un nuevo orden de relaciones entre los militares y civiles gobernantes e inaugura un singular episodio en el acontecimiento político cubano. La incompatibilidad de caracteres es justo consignarla, así la crisis que expresa la relación misma. La disposición al diálogo con el Directorio no se da por coincidencias ideológicas, sino porque resulta la única organización con postura antimediacionista e historia revolucionaria que mantiene aspiraciones de poder y respaldo de las mayorías populares.

Bastaban estas premisas para que los compromisos ideológicos con que surgía el pretendido gobierno de la revolución llevaran en su

²⁶ El 4 de setiembre se constituye la Agrupación Revolucionario de Cuba con los alistados y sargentos sublevados y un grupo de civiles de distintos sectores encabezado por el DEU. Inmediatamente disuelta, adopta el programa del Directorio y designa una Pentarquía, también efímera. El DEU nombra presidente a Ramón Grau San Martín y se integra como organización al nuevo gobierno en formación.

98 seno el germen de la desintegración. Articulado el Directorio en el aparato de gobierno, el combatiente grupo estimó cumplida su misión histórica como organización.²⁷ Atrapado entre las tendencias contradictorias coexistentes en el gobierno, el Directorio no pudo conciliar posiciones tan disímiles como las de Batista-Welles, Grau, Antonio Guiteras y el movimiento obrero,²⁸ ni evitar su propia crisis definitiva.

Si a esto añadimos que AIE, fiel a su posición partidaria no discriminó actitudes, oponiéndose al gobierno en su conjunto, se explica el deterioro que comenzó a afectar al movimiento estudiantil.

Es en este nivel donde se impone ya apelar al enjuiciamiento que trasciende las peculiaridades inherentes al movimiento estudiantil por sí sólo. Convenimos en que por no ser un movimiento autosuficiente para decidir el curso de la revolución, las limitaciones aquí apuntadas tienen un valor relativo en la evaluación de la totalidad del suceso. Al atribuirse una función en el proceso de liberación nacional y social, la cuota de ineficacia política que le corresponde en el fracaso tiene que ser ajustada en el marco histórico de referencia.

Nos resta, para concluir, insistir en que la utilidad y validez del análisis acerca de la conducta de un sector que hemos elevado a la categoría de movimiento social en un momento de revolución tiene que estar avalado por una comprensión y estudio del escenario histórico, de las posibilidades que toda época ofrece para que se actúe sobre ella y se produzcan las modificaciones a que se aspira; y no se trata en absoluto de echarle la culpa a la objetividad de las leyes históricas ni mucho menos, sino de entender qué factores sociales condicionan, y de qué manera, las respuestas provistas por los diferentes grupos actuantes. En la coyuntura esbozada, entender el ciclo recorrido por el movimiento estudiantil presupone su ubicación dentro de la problemática nacional cubana de estos años y obliga

²⁷ El 4 de noviembre de 1933, tras breve proceso de debates y asambleas, el DEU procede a su disolución como organismo independiente.

²⁸ Las divisiones dentro del propio DEU se evidencian en el parcial apoyo a lo más radical del gobierno, Antonio Guiteras; en la impotencia para contener los excesos cometidos por el ejército; en las indecisiones para imponer las líneas más radicales de su propio programa.

a no olvidar lo contemporáneo al 30, especialmente en lo que concierne a la revolución social en Latinoamérica. A escala continental este fenómeno presenta acusados rasgos de similitud, por cuanto comporta la crisis del mundo capitalista en sus relaciones con las sociedades dependientes, y evidencia una forma de superar esa crisis sin que se produzca el viraje esperado por los marxistas en las estructuras económicas y políticas del sistema en su conjunto.

**SUBDESARROLLO
URBANO Y
MARGINACION
SOCIAL EN
AMERICA LATINA**

**CARLOS
DELGADO**



En América Latina el rápido cambio cualitativo en la composición demográfica de lo predominantemente rural a lo predominantemente urbano —independientemente de cómo se defina el valor «urbano»— se traduce en un proceso acelerado de urbanización. La alteración en la relación cuantitativa urbano-rural tiene inicialmente como fuente de origen la emigración de las áreas rurales, pero sobre la situación que resulta de este «éxodo rural» operan posteriormente el crecimiento vegetativo de la población urbana propiamente dicha y el impacto de la migración interurbana.¹

Este proceso de urbanización acelerada afecta de manera desigual a los centros poblados que constituyen el universo urbano de cada país. Como tendencia, se advierte que las ciudades que más crecen son aquellas situadas por encima del límite de los veinte mil habitantes y las ciudades que justificadamente pueden ser consideradas como centros metropolitanos. De estos últimos son las metrópolis-capital las que acusan índices de crecimiento más acentuados. En ambos casos las corrientes migratorias juegan un papel de suma importancia.

Al cambio cualitativo en la composición demográfica de los países latinoamericanos —con su corolario de expansión de los centros urbanos y metropolitanos— se añade el crecimiento elevado de su población global como resultado del descenso en la tasa de mortalidad infantil y el aumento considerable del nivel de las expectativas de vida, ambos derivados, centralmente, del impacto de las nuevas tecnologías médico-sanitarias y su difusión en los países del

¹ Aquí se sugiere la importancia que reviste la migración interurbana. Por mucho tiempo la literatura sobre migraciones enfatizó el carácter campo-ciudad de los fenómenos migratorios. Un mejor conocimiento del problema tiende a resaltar la significación de los desplazamientos demográficos dentro del universo social-ecológico urbano cuya comprobada heterogeneidad permite distinguir diversos niveles dentro de él y, consiguientemente, reducir la importancia antes atribuida al paso de lo puramente rural a lo propiamente urbano. Hoy se sabe que, a más de selectiva, la migración es predominantemente gradual, escalonada. Después de residir por períodos variables de tiempo en centros urbanos de distinto nivel, grupos originalmente rurales suelen desplazarse a los núcleos metropolitanos. El paso directo del campo a las áreas metropolitanas es menos frecuente que aquel que se da entre centros poblados que podrían calificarse como suburbanos, semiurbanos y urbanos propiamente dichos. El universo social urbano estaría, de este modo, conformado por los tres niveles antes citados más el que representan las áreas metropolitanas como realidad ecológico-social cualitativamente distinta a las anteriores. Ver a este respecto, Carlos Delgado, **Tres planteamientos en torno a problemas de urbanización acelerada: el caso de Lima**, ensayo presentado a la Conferencia Internacional sobre Ciencias Sociales y Urbanización en América Latina, Jahuél, Chile, abril de 1967.

102 área. De esta suerte, en la inusitada expansión de las ciudades, y en especial de los centros metropolitanos de América Latina, confluyen tres factores: aumento de la población global, crecimiento de la población urbana y gravitación de las corrientes migratorias interurbanas y campo-ciudad.²

Al determinar la creciente expansión de los centros urbanos, ambos procesos centrales —aumento acentuado de la población global y alteración sustantiva en la distribución de los valores rural y urbano de la población— plantean, entre otros, agudos problemas de vivienda y de infraestructura urbana y de servicios, sobre todo en las áreas metropolitanas. La demanda habitacional así generada no puede ser satisfecha porque, de un lado, la inversión estatal en vivienda no es —y acaso es imposible que sea— prioritaria en ningún país de América Latina y, de otro, esa demanda la plantean, principalmente, grupos migrantes en general caracterizados por bajos niveles de ingreso con todo el conjunto de atributos sociales que acompaña a la pobreza económica: bajos niveles educacionales, deficiencia nutricional, escaso entrenamiento tecnológico, incapacidad económica para procurar una vivienda familiar «adecuada» y acentuada limitación en el acceso a vías de movilidad social. Esta situación se agrava en países como Perú, por ejemplo, donde consideraciones de filiación étnica gravitan fuertemente sobre la ubicación social de individuos y grupos y limitan de manera significativa sus posibilidades reales de movilidad social. En tales casos, las líneas de la marginación social tienden a coincidir con la de filiación étnica: son los indios, los negros y, en general, los grupos «no blancos» a quienes centralmente afecta el carácter excluyente del ordenamiento social. Ellos tienden a ser los marginados porque el «sistema» los excluye, los pone a un lado, les cierra virtualmente las posibilidades de superar la generalizada y permanente situación de desventaja en que operan dentro de la sociedad nacional. El carácter selectivo y excluyente de la estructura social peruana se refuerza por la gravitación de poderosos prejuicios «raciales» generalmente inconfesos, pero evidentes, que tienden a hacer más difícil aún la situación de los grupos sociales marginados.³

² Ver Guillermo Rosembluth, «Problemas socioeconómicos de la marginalidad y la integración urbana», en **CEPAL**, versión mimeográfica, Santiago, 1966, pp. 4-12.

³ Ver a este respecto mi trabajo **Notas sobre movilidad social en Perú**, Instituto de Estudios Peruanos, Serie Documentos Teóricos, Lima, mayo de 1967.

A las razones señaladas en el párrafo anterior para explicar la imposibilidad de satisfacer la demanda habitacional planteada por el vigoroso crecimiento demográfico de los centros metropolitanos, hay que añadir otras directamente vinculadas a las naturaleza estructural del ordenamiento socioeconómico de los países latinoamericanos, con la notable excepción de Cuba.* Los acusados desequilibrios en la distribución de riquezas y, en general, la concentración del poder político, económico, cultural y social en reducidas manos son los factores que, en último análisis, hacen imposible resolver de manera efectiva los problemas de las mayorías sobre cuyo **desposeer** se basa, precisamente, el excesivo **poseer** de los grupos privilegiados que operan como verdaderos usufructuarios del subdesarrollo latinoamericano. En estas circunstancias, la demanda de los pobres por vivienda, entre otras, no podrá ser satisfecha porque la sociedad está organizada y funciona en beneficio virtualmente exclusivo de la minoría.

Los desequilibrios estructurales aludidos en el párrafo anterior se traducen en la existencia de grandes sectores sociales sometidos a condiciones de extrema pobreza. Es a estos sectores a los que se refiere el concepto de «marginalidad» o, mucho más propiamente, marginación social.⁴ En efecto, tal concepto no es otra cosa que el

* Este ensayo fue preparado antes de que en Perú empezaran a producirse los cambios fundamentales que el gobierno actual está llevando a cabo. (C.D.)

⁴ En apretada síntesis de pie de página, algunas de las razones para preferir, aquí el uso de la expresión **marginación social** son las siguientes: La literatura sociológica sobre «marginalidad» en América Latina revela cada vez mejor la creciente dificultad de manejo de una nación que admite diversidad de significaciones dentro del mismo fenómeno con referencia al mismo grupo social y simultaneidad de situaciones de «marginalidad» y «no marginalidad» con respecto a los mismos actores sociales. Por ser «marginalidad» una noción de referencias de alta variabilidad, resulta inevitable calificar a cada paso a qué tipo de situación del concepto se torna exigua ya que en última instancia sólo podrían ser verdaderamente marginales aquellos grupos cuya no participación o participación «defectuosa» —ingrediente semántico básico en los usos dados al concepto que aquí se comenta— en todos los órdenes de su vida social fuera uniforme y permanente. Por todo ello, la noción misma de «marginalidad» se hace confusa y equívoca. De otro lado, el concepto difícilmente podría desprenderse de las connotaciones inherentes al campo mismo de la psicología de donde, como es sabido, surgió hacia fines de la década del veinte. Finalmente, a la vez «marginalidad» no parece connotar adecuadamente la noción de rechazar, de poner al margen de un «sistema» social a determinados sectores que no tienen cabida en él por razón misma del modo de ser estructural de ese «sistema». Ver, entre otros, Gino Germani, «La ciudad como mecanismo integrador», en *Revista Mexicana de Sociología*, año XXIX, vol. XXIX, no. 3, julio-setiembre de 1967, pp. 387-406; Aníbal Quijano «Notas sobre el concepto de marginalidad social», versión mimeográfica, en CEPAL, División de Asuntos Sociales, Santiago, setiembre de 1968; José Nun, Juan Carlos

104 conjunto de características sociales, económicas, políticas y culturales derivadas de la pobreza estructuralmente generada en las actuales sociedades latinoamericanas.

Como concepto sociológico aplicable a un **fenómeno social masivo**, marginación **alude** a la pobreza y a los pobres de una sociedad: es la constelación de condiciones y características que tipifican la vida de los pobres. En el sentido sociológico, los ricos nunca son «marginales». Sólo los pobres, los realmente pobres, pueden serlo. En suma, hablar de marginación social es hablar de pobreza y de lo que ella representa como realidad social en su más amplio sentido.

Aquí la voz «pobreza» se usa en un sentido que trasvasa su simple connotación económica. Se le utiliza para designar una situación **permanente** de desventaja frente a la sociedad, a partir de una extrema insuficiencia de recursos económicos y virtualmente imposible de superar por la ausencia total de oportunidades o su drástica limitación dentro de un ordenamiento social marcadamente selectivo y excluyente. Cuando, dentro de la actual situación latinoamericana, la permanente influencia de recursos económicos genera un claro estancamiento en todos los órdenes de la vida social, se obtiene la condición de **desventaja generalizada** que aquí se designa con el vocablo «pobreza». De otro lado, aquí se está hablando de pobreza como un **fenómeno social masivo estructuralmente generado**. De este modo, los atributos denotativos del concepto pobreza tal como aquí se emplea serían los siguientes: permanencia, multidimensionalidad, generación estructural y gravitación masiva de su impacto. Donde la situación de «pobreza» evidencia estos cuatro atributos denotativos puede con propiedad, desde este punto de vista, hablarse de marginación social. Esto quiere decir que la tesis planteada se desentiende por completo de los casos individuales para hacer referencia únicamente a situaciones sociales de grupo; asimismo, se desentiende de las situaciones transitorias tanto como de aquellas sólo expresables en términos de bajos ingresos y también de las que no resultan de la naturaleza selectiva y excluyente del ordenamiento social imperante. El proble-

Marín y Miguel Murmis, «La marginalidad en América Latina», versión mimeográfica, Santiago, mayo de 1967, ensayo éste último donde se propone una reducción considerable del área de aplicación del concepto de marginalidad para aludir con él a la «cristalización de situaciones de no absorción de mano de obra en un mercado dependiente:

ma deja de ser individual, psicológico, transitorio, adaptativo y unidimensional para convertirse en permanente, social, plurivalente y estructural.

De esta manera, el concepto de marginación social puede ser aplicado a los medios rurales y a los medios urbanos. Cuando se habla de marginación urbana se habla de los fenómenos sociales derivados de la pobreza de determinados sectores de la sociedad urbana. Estos fenómenos sociales comprenden desde problemas de vivienda hasta problemas de participación cultural, cubriendo virtualmente toda la gama de la vida social de los grupos «marginales» o, más propiamente, marginados. Así como la riqueza abre todo un conjunto de posibilidades y accesos al disfrute generalizado del bienestar material e inmaterial, así la pobreza cierra esos accesos y niega en conjunto esas posibilidades. Esto quiere decir que los efectos derivados de la pobreza tienden a constituir fenómenos configuracionales en el sentido de que sus manifestaciones no se presentan aisladamente o de modo insular: ser pobre significa en términos sociológicos generales carecer, a la vez, de vivienda adecuada, de alimentación suficiente, de educación necesaria, de servicios sociales, de posibilidades reales de movilidad social y de acceso efectivo a los mecanismos institucionalizados de poder. Al margen de los casos individuales de excepción, el problema de la pobreza, vale decir el problema de la «marginalidad», asume la imagen configuracional de una constelación de elementos parciales pero inextricablemente unidos que, en su conjunto, constituyen una realidad total inescindible.

El carácter configuracional de la marginación como realidad y como problema social masivo encuentra expresión especial identificable allí donde ella se presente. En los medios rurales esa expresión espacial, es, por la propia naturaleza del escenario donde se desenvuelve, difusa y, por diseminada, imprecisable. Pero en los escenarios urbanos, esa expresión espacial se da con toda claridad: son determinadas áreas de la ciudad aquellas donde se concentran los grupos humanos afectados por una pobreza pluridimensional que los hace «marginales» con respecto a la llamada sociedad urbana global. Este mismo concepto de «sociedad urbana global» es, sin embargo, cuestionable, sobre todo en los casos donde los desequilibrios en la disponibilidad de riqueza generalizada se traducen en la existencia

106 de grandes masas humanas verdaderamente desposeídas, verdaderamente pobres, es decir, verdaderamente marginadas.

En tales casos, ¿cuál es la «sociedad urbana global» con respecto a la cual los pobres son «marginales» si su pobreza es la norma, si su pobreza es lo prevalente, si su pobreza es lo generalizado en la sociedad? En realidad, esos grupos sociales son mayorías numéricas que, sin embargo, constituyen minorías sociológicas. Tal es la situación existente en las sociedades «subdesarrolladas» donde los desequilibrios estructurales antes aludidos adquieren expresiones extremas. Pero tanto en ellas como en otras donde la intensidad del desequilibrio estructural parece ser menor, la marginación social como fenómeno multidimensional tiene una expresión ecológica empíricamente identificable en los centros urbanos.

El subdesarrollo urbano puede ser definido como la expresión ecológica de la marginación social en las ciudades.⁵ Es evidente que aquí se está restringiendo el alcance conceptual de una expresión pluridimensional, como la de «subdesarrollo urbano», para designar específicamente a las manifestaciones ecológicas de un fenómeno que admite, como la marginación, diversas expresiones a distintos niveles de realidad social. Entendido de esta manera, el subdesarrollo urbano asume diversas modalidades que generan situaciones diferentes de donde surgen problemas distintos cuyos planteamientos no pueden ser homogéneos.

El subdesarrollo urbano tiene en las áreas metropolitanas tres grandes manifestaciones que acusan distintos grados de concentración ecológica. En efecto, este fenómeno admite formas que van desde la dispersión total hasta la concentración más densa de unidades habitacionales inseparables que conforman áreas ecológicas uniformes. Entre estos extremos de dispersión y concentración se da una modalidad de subdesarrollo urbano virtualmente equidistante de ambos. El extremo de concentración se traduce en formaciones urbanas que constituyen propiamente asentamientos; el extremo de dispersión se traduce en la diseminación de unidades unifamiliares

⁵ Esto no implica, sin embargo, ignorar el fenómeno que se presenta cuando todo un centro urbano determinado acusa características de deficiencia generalizada que afectan el adecuado funcionamiento del mismo en su conjunto. En casos así, es toda la ciudad la que se encuentra en condiciones de subdesarrollo, aun cuando sea posible identificar dentro de ella diversos niveles de intensidad del problema. A situaciones de este tipo podría tal vez denominarse casos de subdesarrollo urbano total o universalizado.

«subestandard» por todo el mosaico urbano; y la modalidad intermedia se traduce en unidades de habitación múltiple, conjuntos de vivienda relativamente pequeños, que no llegan a constituir verdaderos asentamientos pero que tampoco pueden ser considerados como unidades espaciales de habitación individual propiamente dichas. Las unidades de habitación múltiples tienden a concentrarse en áreas urbanas definidas y susceptibles, por tanto, de precisa determinación espacial.

Las tres modalidades aquí someramente descritas constituyen, en su conjunto, el universo total del subdesarrollo urbano como expresión ecológica de la marginación social. Ellas se vinculan entre sí, y en su conjunto, al fenómeno migracional y constituyen, además, un solo complejo social.⁶ Pero, como se señaló anteriormente, plantean problemas distintos por constituir aspectos diferentes de una misma situación que afecta a la totalidad del universo social del cual lo urbano es sólo una parcela. La raíz común de las tres manifestaciones del subdesarrollo urbano arranca de la naturaleza de su matriz social, es decir, de la existencia de un vasto sector de pobreza cuyos miembros se distribuyen dentro de las ciudades en los tres tipos de ambientes ecológicos que aquellas modalidades del subdesarrollo representan. Las relaciones internas del mundo urbano subdesarrollado no han sido suficientemente investigadas como para saber con seguridad cuáles son sus características más importantes. Investigar este problema significaría desentrañar la mecánica misma del universo social de la pobreza en todas sus posibles dimensiones y, por tanto, implicaría descubrir en su totalidad la verdadera naturaleza estructural del ordenamiento social. Por esta razón, el estudio científico del subdesarrollo urbano sólo parece posible a partir de un análisis profundo de la estructura del universo social, porque sólo así podrían descubrirse los orígenes y la intensidad de los desequilibrios socioeconómicos que generan la marginación y determinan su correlato espacial en las ciudades.

En el tratamiento hasta hoy dado a los problemas del subdesarrollo urbano, los niveles diferenciales de sus tres manifestaciones no han sido reconocidos a plenitud. De hecho, el interés de planificadores

⁶ Del contexto general del presente trabajo se desprende con claridad que las modalidades de subdesarrollo urbano que se discuten en el texto no se vinculan únicamente con el fenómeno de las corrientes migratorias sino a la textura total de la sociedad.

108 urbanos, vivendistas y científicos sociales se ha concentrado en la primera de las modalidades del fenómeno, es decir, en los problemas derivados de la existencia de asentamientos urbanos subdesarrollados. Cuando esto ha ocurrido, sin embargo, la tendencia predominante ha sido concebir esta manifestación del subdesarrollo como fenómeno homogéneo susceptible de ser descrito en términos de un calificativo general igualmente aplicable a todas las expresiones concretas. Esto se revela en la literatura cuando se habla de villas miseria, callampas, barriadas, colonias proletarias, favelas, barrios brujos. La calificación unívoca del fenómeno tiende a conllevar la noción de una problemática homogénea. Y esto está muy lejos de ser cierto; las formaciones urbanas a que se aplican los términos no constituyen un fenómeno uniforme. En rigor, ellas únicamente tienen dos rasgos verdaderamente universales: su participación, en grado mayor o menor, en un cuadro general de subdesarrollo y su efectiva heterogeneidad.

A la segunda de las modalidades del subdesarrollo urbano —aquella equidistante de los extremos de concentración y dispersión— se le ha prestado hasta el momento muy poca atención aunque ya empiezan a surgir estudios que la singularizan como la modalidad que más problemas sociales plantea en los medios urbanos. Sin embargo, en comparación al interés suscitado por el fenómeno en términos de asentamiento, esta segunda forma de subdesarrollo urbano ha sido prácticamente ignorada.

La modalidad del subdesarrollo urbano no ha sido hasta hoy realmente tomada en cuenta en ninguno de los estudios conocidos, pese a que en algunos de ellos se le menciona. Acaso porque la propia naturaleza de su diseminación la torna poco visible como problema social importante, esta forma de subdesarrollo urbano es casi desconocida, aunque se sabe que afecta a un número muy elevado de familias en casi todos los grandes centros metropolitanos de América Latina.

Considerar el subdesarrollo urbano como la expresión ecológica de la marginación social significa que las zonas donde el fenómeno prevalece constituyen, en cuanto realidad urbana total, el habitat de los sectores cuyo empobrecimiento generalizado está determinado por la estructura social de las ciudades. En otras palabras, la fisonomía de los asentamientos subdesarrollados y la de las zonas deter-

rioradas donde predomina la tugurización está determinada por la pertenencia de sus habitantes a un sector de la sociedad urbana sobre el cual gravitan los resultados adversos de aquellos equilibrios estructurales que decretan el acceso diferencial de los individuos al disfrute de los beneficios y ventajas que la sociedad urbana como un todo produce. La apropiación discriminatoria de la producción social establece rangos de privilegios que excluye a quienes viven sujetos al régimen de pobreza dentro del mundo urbano.

El acceso diferencial a los beneficios y ventajas urbanos crea dentro de las ciudades áreas de acumulación y áreas de virtual inexistencia de facilidades urbanas. Son estas últimas las que conforman el mundo urbano subdesarrollado y es en ellas donde se **concentran** los sectores empobrecidos de la sociedad. Aquí la infraestructura urbana es deficiente, el equipamiento social deficitario, los servicios inadecuados, la vivienda insalubre, deteriorada, de alta densidad. Y esto, básicamente por dos razones centrales: la primera, porque el ordenamiento social imperante establece una distribución preferencial de la inversión pública en las zonas donde residen los grupos privilegiados de la sociedad urbana; y la segunda, estrechamente vinculada a la anterior, porque son sectores sociales de bajos ingresos económicos los que habitan las zonas subdesarrolladas de la ciudad. Ambas razones operan como factores de refuerzo recíproco y su resultante combinada tiende necesariamente a perpetuar y a enfatizar los desequilibrios que se hallan en la base misma del fenómeno. Desde este punto de vista, la sociedad urbana no puede sino reflejar la naturaleza estructural de la sociedad global. Un mayor equilibrio sustancial de posibilidades reales en el mundo urbano no parece viable dentro de una sociedad organizada sobre el supuesto de que la totalidad del universo social debe funcionar para ventaja de los grupos que detentan el poder o son sus beneficiarios indirectos. El visible fenómeno de extremada concentración de las facilidades urbanas en determinadas áreas de la ciudad, en detrimento de otras, demuestra la corrección fundamental de este punto de vista. El ahondamiento de esta tendencia conduce a la virtual ghetización de las ciudades. La polarización de facilidades urbanas generalizadas torna inevitable, en efecto, la progresiva compartimentalización de los centros urbanos que, de este modo, devienen conjuntos ecológico-sociales de pronunciado desequilibrio estructural. Dentro de ellos, las áreas de concentración de equipamiento urbano diversificado

110 contrastan agudamente con aquellas donde la ausencia de facilidades urbanas es la nota característica. El reconocimiento del intenso desequilibrio urbano que aquí se señala no implica en forma alguna admitir la existencia de una dicotomía destructora de la esencial unidad del mundo urbano. Ambos términos de la relación de desequilibrio ecológico-social forman parte de la misma realidad urbana. Por tanto, no hay «dualismo» ni se trata de la yuxtaposición de dos realidades dicotómicas.

Ahora bien, resulta claro que el enfoque propuesto dimana de una perspectiva de la sociedad como totalidad inescindible. Dentro de una perspectiva así, lo urbano y lo rural no pueden ser completamente separados, aunque puedan ser concebidos para fines de análisis como submundos sociales de autonomía relativa. Empero, esta separación analítica tiene que ser abandonada cuando surge la necesidad de enfocar el conjunto global del universo del cual ambos submundos forman parte. El supuesto esencial es aquí que la más profunda naturaleza de la parte no puede ser aprehendida sin el conocimiento cabal del todo. Los detalles de la totalidad pueden ser prescindibles, pero el contorno de su estructura, la esencia misma de sus características centrales, esto debe ser conocido y comprendido porque allí radica la razón de ser de la naturaleza estructural de las partes. Los submundos sociales de lo urbano y de lo rural no pueden ser, por tanto, extraños en su definición a la definición misma de la totalidad que los envuelve. Si el análisis final de la realidad que ambos submundos representan es impracticable postulando la insularidad de cada uno de ellos, es decir, la autonomía total del uno con respecto al otro, así también ese análisis final es imposible si no está referido a la matriz global que los comprende y determina. Esto implica reconocer que la naturaleza estructural de la sociedad total define la naturaleza estructural de las sub-sociedades rural y urbana.⁷

⁷ A la inseparabilidad final de lo urbano y lo rural alude también la supuestamente original temática de la «urbanización del campo» y su correlato de la «ruralización de la ciudad» que, para muchos, constituye un aporte de las ciencias sociales latinoamericanas contemporáneas. Este fenómeno fue en realidad tratado por Marx quien utilizó en su enfoque precisamente los mismos términos arriba entrecuillados que hoy suelen emplearse para describir un fenómeno, como se ve, ya puesto en evidencia hace más de cien años. Ver Marx **Formaciones económicas precapitalistas en Fundamentos de la crítica de la Economía Política**, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1970, T. I. N. de R.

La consideración de los problemas derivados de la urbanización acelerada a partir de la estimativa global de la sociedad es un punto de vista compartido por científicos sociales de diversos países. Ver por ejemplo, Aníbal Quijano, «Urbanización

Este planteamiento teórico tiene consecuencias de alguna importancia. Porque quiere decir que los mismos desequilibrios estructurales de la sociedad global se replicarán, con mayor o menor intensidad, en la realidad concreta de las esferas sociales de lo rural y de lo urbano. Por tanto, y enfocando únicamente la segunda de las esferas sociales aludidas, lo urbano dentro de un ordenamiento social de acentuados desequilibrios estructurales replicará inevitablemente esos desequilibrios en diversas dimensiones de realidad.

Nada de lo aquí señalado tiene un valor abstracto. Todo hace referencia directa a elementos concretos de la realidad social tal como ella es vivida por seres humanos de carne y hueso, por individuos reales que operan en el mundo de la sociedad actual como integrantes de grupos, sectores y clases que poseen intereses dispares y en conflicto. No hay, por tanto, en puridad, una «visión» de la sociedad que sea universalmente compartida, ni puede haber un «proyecto de nación» concebido por «la sociedad» y hecho suyo. Son los grupos e individuos integrantes de los sectores difusos o de clases sociales definidas quienes, generalmente «interpretando» los intereses de sus respectivas matrices parciales construyen esa «visión» y elaboran ese «proyecto». Pero de hecho, por ser toda sociedad clasista una verdadera y compleja constelación de formaciones sociales en conflicto, esas «visiones» y «proyectos» necesariamente reflejan la disparidad conflictiva que surge de intereses sociales contrapuestos que hacen de cada formación parcial —grupo, sector o clase— una realidad colectiva cuyos miembros perciben de modo peculiar y distintivo la «verdadera» imagen de la sociedad.⁸

Nada de esto niega, desde luego, la existencia de nexos de solidaridad que atan, por decirlo así, a los integrantes de una sociedad independientemente de la posición específica que ocupen dentro de ella. Estos nexos posibilitan la filiación sentimental en que se afianza el sentido de pertenencia a la matriz global, y del que parten leal-

de la sociedad en Latinoamérica», en *Revista Mexicana de Sociología*, año XXIX, vol. XXIX, no. 4, octubre-diciembre de 1967, pp. 669-703, donde se desarrolla un punto de vista similar al avanzado por Janusz Ziolkowski dos años antes en un iluminante trabajo, «Sociological Problems of Regional Development», ver *Proceedings on the First Scandinavian-Polish Regional Science Seminar*, Varsovia, 1977, pp. 19-32, particularmente p. 27.

⁸ La línea de razonamiento que se desarrolla en este párrafo es particularmente aplicable al caso latinoamericano.

112 tades individuales y colectivas cuya extraordinaria significación sería ingenuo ignorar dentro de una perspectiva sociológica de conjunto. Los conceptos racionalmente difusos de patria o de nación, por ejemplo, poseen un contenido emocional no por primario menos poderoso como **hecho sociológico**. Son estas valoraciones de reconocida imprecisión intelectual, pero de profundo enraizamiento emocional, las que contribuyen a tornar imposible para los miembros de una sociedad determinada traducir en formas de comportamiento sistemático las inferencias que se desprenden de percibir con mayor o menor nitidez la disparidad y contraposición de los intereses de grupos, sectores o clases que conflictivamente conviven dentro de la misma matriz global y cuya posibilidad de acceso al disfrute efectivo de los bienes de la producción social total es inequívoca. Es la naturaleza diferencial del acceso a la disponibilidad de la creación social generalizada lo que se quiere significar cuando se habla de las consecuencias de los desequilibrios estructurales de una sociedad. Estos parten, primordialmente, de intensas disparidades en el reparto social de la propiedad en su más amplio sentido. Pero las consecuencias reales que de aquí se derivan cubren una vasta gama de la realidad existencial de quienes integran la totalidad del universo social. En otras palabras, la riqueza total de la sociedad es «apropiada» muy desigualmente por los integrantes de los grupos, sectores y clases que la forman. Y aquí está la raíz del problema.

En términos muy generales, éste podría ser considerado como un fenómeno universal de las sociedades clasistas, pero en algunas de ellas esa apropiación diferencial produce desequilibrios abismales entre pequeñas áreas sociales de inmensa concentración de riqueza generalizada y grandes áreas sociales de muy reducida o nula concentración.⁹ Cuando la riqueza —en su sentido más amplio— se distribuye de un modo tan discriminatorio y socialmente injusto, el resultado tiene que ser una sociedad donde la mayoría de sus miem-

⁹ La intensidad de los desequilibrios y las abismales distancias sociales que generan parecen estar en relación con la reducida magnitud de la riqueza disponible. Mientras menor es la riqueza, más intensos tienden a ser los desequilibrios y las distancias sociales que ellos producen. Cuando, por el contrario, la riqueza se expande suele ser más difícil su extremada concentración. Aquí podría hablarse de sociedades de «bien limitado». Ver a este respecto, George M. Foster, «Peasant Society and the Image of Limited Good», *American Anthropologist*, vol. 67, no. 2, abril de 1965, pp. 293-315, y también mi trabajo, «Para una sociología del arrabismo en Perú», en *Amaru*, no. 4, Lima, octubre-diciembre 1967, traducido al inglés en *Human Organization*, Summer, 1969.

bro tiene muy poco o virtualmente nada y donde una reducida minoría de ellos tiene mucho o virtualmente todo. En casos así, la gran riqueza y la gran pobreza viven lado a lado, tanto en el campo como en la ciudad. De este modo, los submundos sociales de lo rural y de lo urbano no son ajenos a la naturaleza misma de la sociedad global. Y como la riqueza y la pobreza por su propio carácter configuracional tienen un sentido acumulativo, la **tendencia** en sociedades así constituidas es hacia el afianzamiento de esa polarización de los extremos que las caracteriza y define. En consecuencia, el desequilibrio estructural no puede ser eliminado operando en la periferia. Por definición, tal desequilibrio sólo puede ser corregido atacándolo allí donde él se produce: en la base misma del ordenamiento social. Lo anterior significa que la eliminación definitiva de los desequilibrios estructurales de donde surgen las formas extremas de pobreza que afectan a grandes sectores de la población, sólo puede resultar de una alteración cualitativa del «sistema» a través de un proceso de efectiva transformación revolucionaria de la sociedad.

Si esto es así, sería ilusorio pensar en la superación final del subdesarrollo urbano dentro de los límites fijados por la naturaleza estructural del actual ordenamiento de la sociedad. Lo único posible dentro de ello sería la aplicación de soluciones parciales o de medidas paliativas que tiendan a modificar en mayor o menor grado los aspectos paramentales de la situación, que dejarían intocadas la médula misma del problema. Naturalmente, las mejoras superficiales tienen algún efecto acumulativo y es posible pensar en que a través del tiempo se afirmarían la relativa bondad de medidas que sin atacar la esencia radical de la cuestión contribuyeron en forma perceptible a lograr un mejoramiento general y paulatino en las condiciones reales de vida de quienes hoy sufren las consecuencias de un ordenamiento social objetivamente injusto. Por tanto, es posible efectuar reajustes de cierta monta sin alterar fundamentalmente las bases mismas sobre las que la sociedad está organizada. Pero es preciso tener conciencia lúcida de que tales reajustes reconocen y plantean un límite real a las posibilidades efectivas de resolver problemas vinculados al subdesarrollo urbano. Ello no obstante, resulta claro que las posibilidades de actuar dentro de los límites decretados por el mantenimiento mismo del «sistema» pueden ser muy amplias.

114 Es más, mediante esta vía de acción, es posible activar procesos y mecanismos sociales que una vez en marcha difícilmente pueden ser detenidos o permanentemente frenados y que, además, tienden a crear una dinámica propia que los compele a expandir constantemente su radio de acción y, por tanto, a incrementar significativamente su gravitación real sobre grandes sectores de la sociedad y hasta sobre todo el conjunto de la misma. La satisfacción parcial de necesidades puede y suele operar, así, como incentivo de nuevas y más concientes demandas colectivas que lleven a la emergencia de verdaderos procesos de movilización social.¹⁰

Por ser expresión ecológica de un problema estructural plurivalente, el subdesarrollo urbano, es, como ya se anotó en otro lugar, un fenómeno multidimensional. No constituye únicamente un problema de vivienda. Este punto es de capital importancia porque detrás de virtualmente todos los enfoques de erradicación a través de los cuales se busca solucionar el problema de los llamados «barrios marginales» —que es en los términos en que suele plantearse la cuestión en América Latina— está el supuesto implícito de que el subdesarrollo urbano no es un problema de vivienda referido a una dimensión individual o familiar. Forzadamente reducido a esta unidimensionalidad que desfigura por completo su verdadera naturaleza, el problema se presenta como relativamente de fácil solución, sobre todo en aquellas ciudades donde las manifestaciones masivas del fenómeno en términos de asentamientos no afectan a volúmenes muy considerables de la población. En estos casos puede, y suele «decretarse» la desaparición de los «barrios marginales» mediante su literal destrucción y traslado obligatorio, aunque generalmente no programado, de su población a conjuntos residenciales y aun a espacios abiertos dotados de servicios mínimos y cuya ubicación se decide sin la participación de los pobladores. Tales proyectos tienen generalmente dos principales características comunes: en primer lugar, son definidos como soluciones «provisorias», aun cuando su transitoriedad termine por convertirse en permanente; y, en segundo lugar, aunque en estrictos términos de vivienda puede formal y aparentemente representar un adelanto con respecto a las zonas residenciales que sustituyen, dentro del cuadro global del ambiente urbano siguen

¹⁰ Sobre el concepto de movilización como distinto al de integración, ver Fernando H. Cardoso, *Cuestiones de sociología del desarrollo en América Latina*, Editorial Universal, Santiago, 1968, p. 116.

constituyendo expresiones de subdesarrollo por cuanto significan, en el mejor de los casos, un paso de progreso en sólo una de las dimensiones del problema: la vivienda.

Estos programas de erradicación por decreto no han sido, que se sepa, motivo de evaluación rigurosa. Pero algunos de sus perfiles distintivos son muy claros: en primer lugar, parecen haberse ensayado sólo en capitales metropolitanas donde la expresión del subdesarrollo urbano a nivel de asentamiento no asume proporciones dramáticamente significativas. El año pasado se inició un programa de esta naturaleza en Buenos Aires, donde el número de villas miserias es ciertamente reducido y el problema afecta a un volumen porcentualmente muy pequeño de la población, y recientemente el gobierno chileno ha anunciado un proyecto para erradicar todas las callampas de Santiago en un plazo de seis meses, operación que debe afectar a un total de cien mil personas que representan aproximadamente el siete por ciento de la población metropolitana. Los detalles de estos programas, que por cierto no podrían ensayarse en ciudades como Lima donde más del cincuenta por ciento de la población habita en «barrios marginales» y en áreas tugurizadas, no son conocidos y por tanto su evaluación es imposible.

En segundo lugar, tanto en Buenos Aires como en Santiago se trata de proyectos compulsivos de sustitución de vivienda con variable grado de respaldo promocional por parte del estado y con escasa o nula participación de los grupos sociales a quienes van dirigidos en las decisiones que los afectan. En enfoques de este tipo, además, se ignora cómo se encararán los múltiples problemas derivados del cambio forzado de ubicación residencial.

En tercer lugar, se trata de programas de inconfesa pero clara motivación política y «prestigio nacional». Suelen ponerse en marcha en circunstancias que abren paso a su interpretación como recursos de legitimación de poder o como instrumento de propaganda en períodos de proximidad electoral. Su objetivo es borrar del mapa la «vergüenza» que significa villas miserias y callampas dentro de ciudades que con orgullo presumen ser centro de «modernidad» y progreso.

En cuarto lugar, son programas con muy alto contenido impresionista en el sentido de que tienden a ser presentados como mucho más de lo que verdaderamente son. Después de haberse hablado y escrito tanto del oprobio de los «barrios marginales», resulta cier-

116 tamente atractivo poder decir que ellos ya no existen, por lo menos durante un tiempo imprecisable. Porque hay una posibilidad real que no ha sido ponderada: la de que los nuevos asentamientos «provisorios», reconocidamente substandard, decaigan con el tiempo y reviertan al ostensible nivel de subdesarrollo pleno cuyo paso inicial de superación pretendieron significar en un comienzo.

La perspectiva estrechamente «viviendista» de los programas de erradicación masiva, unida a la virtual perpetuación de su declarada transitoriedad, hace de la reversión al subdesarrollo pleno un peligro inminente y verdadero, aparte de no ofrecer seguridad alguna de que el fenómeno, cuyas raíces no han sido tocadas, continúe surgiendo en nuevas áreas urbanas. Porque por decreto puede lograrse la momentánea desaparición de las manifestaciones extremas de un fenómeno de la naturaleza del aquí analizado; pero por decreto no parece posible lograr la cancelación definitiva de su fuente de origen. De cualquier modo, es comprensiblemente grato pensar en que la «lacra» visible, dolorosa y vergonzante del subdesarrollo en su forma de asentamiento, de villa miseria o de callampa, ha sido suprimida, en que el «cáncer» ha sido finalmente extirpado. De lograrse éxito pleno, la ciudad —y los políticos— podrían proclamar, orgullosos que ya no existen «barrios marginales».

Pero en realidad ¿quería ello decir que el subdesarrollo urbano ha sido superado? No, si se recuerda la multidimensionalidad del problema. Sin duda dentro de la restringida perspectiva de un enfoque de erradicación y de una deformante definición viviendista del problema, pueden tenerse éxitos considerables. Pero esto no significa de ninguna manera superar el subdesarrollo urbano que tiene otras dimensiones tan importantes como la de la vivienda misma. En este sentido, deben considerarse factores indesdeñables como los de infraestructura urbana, equipamiento social, localización de fuentes de trabajo, facilidades recreacionales, transporte y servicios en general. Ellos no forman parte de los enfoques de erradicación por decreto y, sin embargo, constituyen también médula del subdesarrollo urbano en tanto expresión ecológica de la marginación entendida como constelación de características sociales derivadas de la pobreza que determinan los agudos desequilibrios estructurales de la sociedad. En consecuencia, la solución viviendista sólo puede representar, en el mejor de los casos, avance relativo de las dimensiones del problema. Pero nada más. Un enfoque como el sugerido establece

una vinculación conceptual muy clara entre la problemática de la marginación social y la problemática del subdesarrollo urbano, las define como esencialmente inseparables y fundamenta una perspectiva de mucho mayor amplitud que la de continuar considerándolas como situaciones autónomas y desligadas entre sí. La conexión conceptual aquí propuesta hace posible, además, el entronque lógico más directo de los problemas del subdesarrollo urbano con los más vastos problemas de la sociedad total. Y esto permite vincular la problemática de la urbanización acelerada al conjunto de los problemas derivados de la conexión entre la sociedad nacional y el «sistema» al que ella se relaciona en condiciones de subordinación. De este modo, surge la clara posibilidad de establecer un enlace significativo entre la problemática del subdesarrollo urbano y todo el conjunto de cruciales interrogantes que plantea la dependencia como característica estructural de las sociedades latinoamericanas.¹¹ Tales posibilidades analíticas son particularmente importantes en el caso de esas sociedades, porque en ellas el proceso de urbanización acelerada se cumple dentro de un marco de creciente dependencia multidimensional.

Al considerar en su conjunto todos los fenómenos y procesos antes aludidos, surge la necesidad de repensar y replantear muchos de los problemas teóricos y prácticos de la urbanización acelerada en los países latinoamericanos. Porque si los problemas que de ella se derivan son concebidos como parte de un conjunto más vasto que los vincula directamente a la estructura misma de una sociedad nacional, al doble nivel de sus realidades internas y de sus relaciones de dependencia internacional, entonces es posible abarcarlos más certeramente a partir de una visión de totalidad que no permita eludir la conclusión teórica de que las manifestaciones con-

¹¹ Como en el caso de los fenómenos de la urbanización del campo y la ruralización de la ciudad, la temática de la dependencia recientemente tan en boga en la literatura de las ciencias sociales latinoamericanas, tampoco es una invención ni un aporte original de los científicos sociales de esta parte del mundo. Ellos sólo han reactualizado, y llevado a un plano de mayor afinamiento analítico, un problema capital ya certeramente definido y enfocado en la literatura antimperialista latinoamericana posterior a 1920. Con frecuencia acuñada en los mismos términos que hoy suelen presentarse como nuevos, la problemática antimperialista de los años veinte y treinta era sustancialmente la misma a que hoy se refiere la llamada «sociología de la dependencia», entre cuyos méritos no puede ciertamente considerarse la originalidad que algunos reclaman pero que, a la luz de la evidencia histórica, pertenece no a los científicos sociales de hoy sino a los revolucionarios antimperialistas de ayer, independientemente de que muchos de ellos hayan dejado de serlo.

118 cretas de esos problemas simplemente revelan la existencia de interrelaciones profundas que, por detrás del acontecer fenomenológico, arquitecturan y definen el verdadero modo de ser de esa sociedad. De aquí se desprende que es preciso trasponer el umbral de lo aparente y externo para investigar la esencia estructural que lo externo y aparente reflejan y trasuntan. De este modo, los problemas del subdesarrollo urbano serán simplemente epifenómenos surgidos de una estructura interna y subyacente, no inmediatamente percible, que les determina y los reproduce.

Tal punto de vista implica una nueva y radical perspectiva de apreciación y de análisis mucho más riguroso que la generalmente empleada en el estudio de los problemas del subdesarrollo metropolitano. En primer lugar, entraña el abandono definitivo de un enfoque espacial y casi siempre estático de la cuestión. En segundo lugar, proyecta al primer plano de interés analítico los elementos sociales del problema en su más amplio sentido. En tercer lugar, incorpora al análisis una dimensión dinámica básicamente proveniente de la inclusión de factores históricos y económicos. Y, en cuarto lugar, asegura una visión de conjunto al postular que la comprensión final de los problemas del subdesarrollo urbano sólo puede afinarse en el reconocimiento de que tales problemas tienen sentido verdadero y concreto únicamente cuando se les considera insertos en la matriz global de la sociedad cuyo modo de ser estructural los origina.

La primera consecuencia de este modo de plantear la cuestión, es recusar el enfoque de los problemas del subdesarrollo urbano como campo temático autocontenido e insular. De aquí se desprende, como se vio en páginas anteriores, la insuficiencia de planteamientos formulados en términos estrictamente «viviendistas» y también la de aquellos que visualizan la superación del subdesarrollo metropolitano a través de políticas de renovación urbana siempre concebidas sobre el supuesto implícito de que la intangibilidad del ordenamiento social debe ser representada. En efecto, ninguno de estos planteamientos encara la fuente de origen de los problemas que pretendidamente se trata de resolver; todos se limitan a «operar» sobre los resultados y consecuencias de un fenómeno cuya raíz permanece intocada.

La segunda consecuencia del enfoque que aquí se formula, es recusar la consideración puramente técnica de los problemas del sub-

desarrollo urbano. Esto de ninguna manera implica sugerir prescindencia de la técnica, pero sí reconocer su insuficiencia como vía de solución. Independientemente de qué depuradas sean las técnicas y eluda los interrogantes directamente provenientes de áreas no técnicas de la cuestión, ellos permanecerán irresueltos.

Desde este punto de vista, el aporte de la técnica debe ser entendido como complementario. Su virtualidad real sólo puede ser significativa cuando se le concibe como medio y no como fin, como complemento pero no como ingrediente medular de ninguna solución. La técnica no define objetivos ni precisa metas más allá de su restringido campo operacional: metas y objetivos reales sólo pueden surgir de planos de actividad y de niveles de decisión donde aquella suele tener un valor predominantemente secundario y, acaso, paramental. Así como, por ejemplo, la solución de los problemas educacionales más profundos de un país no surge de los pedagogos, así la solución de los problemas sociales más profundos de la urbanización acelerada no surge de los «viviendistas» ni de los programadores del desarrollo urbano: esa solución se origina en los centros de poder de la sociedad.

La tercera consecuencia, directamente derivada de todo lo anterior, es reivindicar explícitamente la significación crucial de los factores políticos en el planteamiento y en la solución de los problemas del subdesarrollo urbano. En efecto, si esta problemática se formula a partir de situaciones estructurales que engloban la totalidad del universo social, su solución final necesariamente tiene que comprometer la trama de las relaciones más profundas que orientan de una manera y no de otra el desenvolvimiento total de la sociedad. Y esto es situarse por entero en el campo de la política, es decir, en el terreno donde operan los intereses contrapuestos de grupos, sectores y clases sociales en conflictos. Toda alteración estructural implica un reordenamiento de los modos de relación que caracterizan el constante interactuar de las formaciones parciales que en conjunto constituyen la sociedad misma.

Esas formas de relación reflejan intereses y por tanto expresan consideraciones de poder. La manera como el poder se manipula en defensa de los intereses concretos de los integrantes de grupos, sectores y clases sociales decide en última instancia la orientación central de la sociedad, y en consecuencia, define y tipifica su naturaleza

120 total. Obviamente, tal orientación es resultado del poder decisorio de quienes integran las formaciones sociales dominantes, en cuyo beneficio final se estructura todo el ordenamiento de la sociedad. Por esta razón, cambios profundos en la sociedad, como los que tendrían que producirse para eliminar los desequilibrios de donde dimana el subdesarrollo urbano, sólo pueden ocurrir como resultado de alteraciones significativas en las relaciones estructurales de poder. Como por estructura se entiende la trabazón interna de relaciones que definen el acceso real al poder en todas las dimensiones de la sociedad, los cambios estructurales son alteraciones de relación que afectan directamente la distribución del poder en todos los planos de la vida social. Poder significa siempre capacidad de hacer primar intereses, puntos de vista, formas de comportamiento y orientaciones valorativas prevalentes dentro de determinados grupos, sectores o clases sociales. En un plano puramente externo o superficial, tal capacidad aparece como atributo o designio de las personas individualmente consideradas, pero en un plano distinto y profundo que travase los linderos de la «externidad», tal capacidad desde el punto de vista sociológico aparece nítidamente determinada por el condicionamiento social que dimana de la existencia de grupos, sectores y clases dentro de la sociedad actual.

Es una vieja verdad que el comportamiento de los individuos está mucho más condicionado y determinado de lo que a primera vista podría creerse no sólo por la «cultura» de la sociedad total, sino también, y fundamentalmente, por lo de su matriz parcial, es decir, por la naturaleza de su restringido universo social de pertenencia. Este tipo de condicionamiento hace de los individuos, en general, portavoces o representantes de puntos de vista, intereses y formas de comportamiento que por ser virtualmente universales dentro de sus matrices sociales restringidas suelen ser concebidos como las formas de comportamiento, los intereses y los puntos de vista de esas formaciones parciales, es decir, de los grupos sectores y clases sociales a que pertenecen los integrantes de una sociedad «clasista».

Sin embargo nada de esto quiere decir que la reificación sea inevitable y que se tenga que concebir una clase social, por ejemplo, como sujeto de conocimiento capaz de pensar, sentir y actuar como lo hacen los individuos concretos que la integran. Cuando se dice que una determinada clase social «gobierna», «reacciona», «actúa», o «procede» de tal o cual manera dentro de la sociedad, debe sólo

entenderse que miembros de ella son agentes de la acción implícita en las formas verbales antes citadas. Pero de ninguna manera debe entenderse que esa clase cobra vida real para constituir una categoría noseológica y ejecutante a la que se pueden conferir los atributos que intrasferiblemente pertenecen a sus integrantes individuales. Tal modo de expresión entraña riesgos y peligros evidentes y, a lo sumo, puede ser válidamente considerado como una suerte de lenguaje taquigráfico, permite para muchos visualizar el funcionamiento de procesos de alta complejidad cuya captación se facilita a través de un verdadero mecanismo de personificación que de modo inevitable, sin embargo, vulnera y distorsiona su sentido. Aquí, evidentemente, uno se encuentra ante resabios de pura y simple mitologización de la realidad. Así como a las deidades se les rodea de atributos humanos para tornarlas inteligibles, así al complejo comportamiento de grupos, sectores y clases sociales se le rodea de atributos de personalización para hacerlos accesibles a una pronta y directa comprensión. A partir de este punto se derivan generalizaciones de cuestionable carácter científico, pero de claro valor pragmático. En efecto, de ellas surgen fórmulas esquematizadas que si bien distorsionan la verdadera naturaleza de lo que pretenden representar, permiten orientar la acción de los individuos de acuerdo a una perspectiva coherente y sociológicamente satisfactoria. Nada de esto implica negar, desde luego, la existencia de grupos, sectores o clases como realidades sociológicas ni desconocer sus interrelaciones.

El fenómeno de reificación de las categorías sociales, en virtud del cual ellas cobran vida independiente y se convierten en actores autónomos del acontecer histórico, plantea seguramente uno de los más intrincados problemas sociológicos. La irracionalidad del proceso de reificación introduce un elemento emocional que nubla por completo un asunto teórico de por sí caleidoscópico y complejo. Y esta situación se torna más seria cuando se comprueba, o se recuerda, que toda la problemática aquí aludida se encuentra ya sobrecargada de consideraciones ideológicas que tienden a reforzar los ingredientes emocionales ya señalados. En este punto, precisamente, se insertan las esquematizaciones que «aclaran» el problema a expensas de una perspectiva científica que no tiene, por definición, la virtud

122 de ofrecer elementales recetas de inmediata aplicabilidad. Desde un punto de vista ideológico y emocional, esta desventaja es muy grande. Pero rendirse ante ella implica renunciar para siempre al entendimiento racional y científico de un importante problema teórico. En otras palabras, mantener la validez de la reificación puede ser muy útil para lograr una compulsiva uniformidad ideológica capaz de garantizar superficial y transitorio acuerdo de comportamiento al nivel político inmediato; pero tal posible utilidad es virtualmente ajena al compromiso esencial de las ciencias sociales con el verdadero sentido del quehacer científico.

Nada de lo anterior supone, ni con mucho, abogar por la continuidad de una «ciencia social» fundamentalmente neutra desde el punto de vista valorativo y fundamentalmente neutral con respecto a los grandes problemas de la sociedad. Todo lo contrario. Lo anterior supone no sólo recusar los supuestos de la «neutralidad» científica en los dos campos mencionados líneas arriba, sino también abandonar el reclamo a la «objetividad pura» de las ciencias sociales en nombre de un cientificismo ciego y sordo ante los muchos elementos de tragedia en la vida del hombre contemporáneo. Lo que así se sostiene es que si las ciencias sociales quieren en verdad ser disciplinas científicas de creciente rigor metodológico y teórico, tienen que admitir un doble nivel de «compromiso»; de un lado, con los seres humanos que integran las sociedades a las que la ciencia debe servir y, de otro, con los supuestos fundamentales de la propia ciencia que —como actitud, método y conjunto estructurado de principios teóricos—, son en esencia incompatibles con un simplismo irracional que reduce a perfiles elementales la compleja naturaleza de una realidad que como la social no pueda ser comprendida sino respetando su carácter pluridimensional.

No se trata, pues, de hacer una ciencia social químicamente pura, en extremo objetiva, desprovista de consideraciones axiológicas y removida de los problemas concretos que afectan de manera directa el diario vivir de los seres humanos. Pero tampoco se trata de hacer una ciencia social de esquematización, de resultados implícitos en sus propios supuestos de partida, subordinada en sus enfoques y perspectivas a los dictados de una rígida predeterminación ideológica virtualmente elevada a la categoría de dogma irrecusable, y, por último, puesta al servicio de una posición política que, aunque con-

cebiblemente válida desde su propio punto de vista, no tiene por qué ser necesariamente considerada indisputable desde el punto de vista científico. Se trata, en síntesis, de construir una ciencia social que asuma y respete en todas las instancias de su quehacer el doble compromiso señalado anteriormente, es decir, el compromiso con la sociedad y el compromiso con la ciencia. Esto es, simplemente, una ciencia social que sea, en el más profundo sentido de verdad, 'las dos cosas a la vez: **ciencia y social**. Nada que quede corto de este ideal, alcanzable y difícil al mismo tiempo, puede garantizar satisfacción de las crecientes demandas que hoy se plantean a las disciplinas sociales contemporáneas en América Latina.

AMARU, no. 10, Lima.

**SITUACION
ECONOMICA
Y PERSPECTIVAS
DE DESARROLLO
EN HAITI**

GERARD

PIERRE

CHARLES



La evolución económica de Haití durante el siglo XX se ha marcado por cuatro períodos que representan las diversas etapas de la crisis de las estructuras económicas y sociales de la nación haitiana.

1. La época anterior a la ocupación americana en la que se manifiesta la crisis del sistema socioeconómico político de carácter feudal y semicolonial instaurado después del sistema esclavista y la posterior declaración de independencia nacional en 1804.

2. La época que va de 1915 a 1946, al principio de la cual la ocupación extranjera (1915-1934) conjuró, en cierta medida, la crisis del sistema, poniendo en obra los medios exógenos de tipo coercitivo y militar, financiero y tecnocrático e impuso el nacimiento de un sector capitalista en el seno de la economía, injertado sobre las viejas estructuras feudales. Integra al mismo tiempo a Haití al sistema colonial de Estados Unidos, integración que en su primera etapa se llevó a cabo de manera violenta bajo los golpes del «**big stick**», pero que a partir de 1930, con el advenimiento de la política de la «Buena Vecindad», se insertó en la nueva política neocolonial de Estados Unidos.

La economía haitiana sufrió hasta 1934-35 los contragolpes de la gran crisis. Los efectos estimulantes de la recuperación en Estados Unidos apenas se dejaron de sentir cuando Haití se vio arrastrada, una vez más, tras su metrópoli, a sufrir como nación dependiente todas las restricciones y frustraciones que causó la segunda guerra mundial. Al bloqueo de sus exportaciones, se añadió el pillaje sistemático de su economía, organizado por Estados Unidos para proveerse de materias primas y productos estratégicos. Esta época es la de las escalonadas concesiones de la SHADA de 4000 ha, para el cultivo del caucho, concesión que da lugar a la destrucción de inmensos recursos forestales y agrícolas del país. Es la época del refuerzo, en todas las escalas, de la dominación imperialista sobre la economía haitiana. Además de la HASCO, y de la Plantación Dauphin (azúcar-sisal) instaladas durante la fase de ocupación militar, se estableció la Standard Fruit, el trust Reynolds Mining recibió concesiones ilimitadas para la explotación de la bauxita, mientras una filial de la National City Bank tenía el control del Banco Nacional, el Banco Import-Export (EXIMBANK) financió

* Ponencia presentada al Simposio «**Culture et développement en Haiti**», organizado por la universidad de Montreal del 3 al 7 de mayo de 1970.

126 los trabajos de la compañía estadounidense J. G. White. El control financiero de Estados Unidos se mantiene firme sobre las finanzas haitianas.

La dominación extranjera se acompaña del refuerzo de las viejas estructuras feudales y del estancamiento del sector capitalista dependiente engendrado por la ocupación. Este estancamiento nacido de la crisis del sistema capitalista y de la falta de incumbencia de la economía interna crea las bases objetivas del descontento popular, que estalla en 1946 con acentos nacionalistas y reivindicativos que se dirigen contra la dictadura mulata de d'Elie Lescot, representante, en aquel tiempo, del sistema socioeconómico y político inaugurado por la ocupación americana.

3. Durante la tercera época, 1946-1956, el estatuto neocolonial y el arcaísmo de las estructuras económicas se ocultan detrás del espejismo de propiedad creado por los precios altos en el mercado mundial, del café, del sisal y del azúcar y por la reorientación de las exportaciones haitianas hacia Europa.

El sector capitalista de la economía se infla, sobre todo en el nivel del capital comercial y de la industria turística. El aumento de la circulación monetaria crea, para el estado, recursos fiscales considerables y crece el mercado de consumo; aumenta de esta manera los niveles de inversión del capital extranjero sobre todo. Este período representa la era de oro del capitalismo en Haití. Un capitalismo no autónomo, dependiente del capitalismo mundial y en particular del imperialismo norteamericano. Un capitalismo raquítico, limitado a un sector restringido de una economía que mantiene su estructura de tipo feudal incluso cuando se ve irrigada por los flujos de divisas provenientes de ultramar. Un capitalismo subdesarrollado; que ya hacía de Haití —en la época de la prosperidad de los años cincuenta— el país más atrasado, en el plano económico y social, de América Latina.

4. El cuarto período comienza en 1956-57, período de receso económico en Estados Unidos, con profundas repercusiones en todos los países dependientes de Estados Unidos y sobre todo en los países productores de materias primas. Los precios del café y del sisal decaen en el mercado mundial. Por ejemplo, de 74 centavos de dólar la libra en 1956-57 el precio del café bajó a 63,7 centavos en 1957 y a 52 centavos en 1958. El volumen global de las exportacio-

nes haitianas se comprime: de 36 millones en 1955 a 34,3 en 1957 y 28 millones en 1959. La producción, el comercio exterior, la situación económica en general, se estancan. Hasta 1963, este estancamiento se ve aliviado por fuertes importaciones de capitales bajo la forma de préstamos y de subsidios. Y entonces comienza la fase de degeneración de la economía haitiana, fase que dura todavía, y que coloca a Haití en una categoría especial del subdesarrollo: la categoría de sociedad en regresión, fase última del subdesarrollo, producto de la podredumbre de las estructuras socioeconómicas y manifestación del proceso del sistema socioeconómico y político vigente.

Tratar de despejar este fenómeno de regresión en su realidad multidimensional, conduce al examen de sus diversas manifestaciones en el plano de la producción, del intercambio, de la circulación monetaria: sus implicaciones y proyecciones sociopolíticas y su significación como etapa que define la evolución haitiana frente a las otras naciones subdesarrolladas, y en vías de desarrollo, a los países desarrollados y a la metrópoli imperialista; sus implicaciones en el plano de las perspectivas económicas y sociales de la comunidad haitiana.

Esta exposición de las coordenadas de la regresión económica en Haití, conducirá al análisis de factores causales de tipo estructural e institucional que han determinado o condicionado este fenómeno. Del análisis estructural se desprenderán las líneas fundamentales de las transformaciones sociales, económicas y políticas indispensables para el desarrollo económico de Haití.

I. EL DESARROLLO DEL SUBDESARROLLO¹

La prosperidad que vivieron durante los años cincuenta los productores de materias primas, como reflejo del auge económico en Estados Unidos y Europa, constituyó en la mayoría de los países de América Latina el punto de partida de un proceso de crecimiento económico notable. En los países como Brasil, México y Argentina, el sector industrial tomó un auge considerable bajo la acción de las inver-

¹ Este título ha sido tomado del ensayo de Gunder Frank, publicado en 1969 en México (ed. Instituto Nacional de Antropología e Historia), pero ya antes de la publicación de esta obra el autor, en su intervención en el IX Congreso Latinoamericano de Sociología, definía a la sociedad haitiana como una sociedad en degradación y demostraba que esta tendencia se volvía a encontrar en el caso de la República Dominicana y Uruguay, y parecía definir la evolución global.

128 siones extranjeras y de la política del desarrollo emprendida por los sectores gubernamentales y empresariales. La sustitución de las importaciones de bienes manufacturados por la de bienes de equipo ayudó al crecimiento industrial y al desarrollo económico.

En los países menos avanzados del continente, en particular los de América Central, los más cercanos a Haití desde el punto de vista de la etapa de desarrollo, durante este período se operó una cierta modernización de los mecanismos de producción en el sector agrícola e industrial, un refuerzo de la infraestructura (caminos, electrificación, servicios portuarios) y la toma de conciencia, aunque tímida, de las burguesías y gobiernos locales de su papel de agentes del desarrollo económico en el cuadro desde luego de la dependencia. Tantos hechos contribuyeron a hacer de la década de 1960 un período de crecimiento económico notorio (la tasa de crecimiento anual para 1960-69: 5%).

Durante la década posterior a la guerra, Haití vivió probablemente la prosperidad más grande de su historia. Desgraciadamente no es posible, para evaluar bien esta época, estudiar la evolución de la producción. La primera tentativa del cálculo del producto nacional bruto realizada en Haití data solamente de 1961 (misión conjunta CEPAL-OEA-BID). Sin embargo, el estudio de las cifras de exportación de esta época permite llegar a una cierta aproximación de la evolución de la producción global. Estas cifras denotan una inflación continua del valor de las exportaciones a partir de 1946.

Haití, monto del comercio exterior entre 1946-56
(en millones de dólares)

Años	Exportaciones	Importaciones	Saldo
1946	23,1	15,9	7,2
1947	32,1	27,2	4,9
1948	31,2	32,2	-1
1949	31,4	31,4	—
1950	40,0	36,2	3,8
1951	50,4	44,5	5,9
1952	55,8	50,7	5,1
1953	38,1	45,1	7,0
1954	55,1	47,5	8,0
1955	46,5	46,3	0,2
1955	34,8	39,2	4,4
1946-56	499,0	416,4	226

El promedio anual de exportaciones pasó de 9,4 millones de dólares en 1935-45 a 37,8 millones en 1946-56, o sea, cuatro veces más. Mientras que la balanza comercial había padecido un déficit crónico, de un promedio anual de 19,5 millones de dólares, registrando un saldo favorable continuo que alcanzaba un promedio de 20,5 millones de dólares durante el período 1946-56, o sea, un saldo acumulado de 226 millones en once años.

Ese flujo de divisas se reforzó por inversiones considerables de capitales públicos y privados bajo la forma de empréstitos (31,5 millones de dólares) y de colocaciones de fondos privados (20 millones de dólares). El turismo, por su parte, aportaba al país en este período de 1946-56 unos 100 millones de dólares.²

Estos valores, en lugar de invertirse en equipar la economía nacional —desarrollo industrial o agrícola, obra de infraestructura— fueron acaparadas, en su mayor parte, por las clases dirigentes y desviados de toda obra realmente productiva y de todo esfuerzo racional de acumular capital. Realización de prestigio (exposición del bicentenario, construcciones del tricincuentenario), fraude administrativo y financiero (caso del dique de Péligre), gastos de lujo, distribución desenfrenada de poder de compra a ciertos sectores de la clase media, igual utilización extranjera a toda política de acumulación de capital que pusieron en relieve la ineficacia y la corrupción del gobierno de Magloire y sobre todo la incapacidad del sistema de beneficiarse incluso de las coyunturas más favorables.

Al término de este período Haití contaba con 500 kilómetros de carretera asfaltada, la producción anual de energía eléctrica alcanzaba 35 000 kw/hr, el parque de tractores en el país contaba con una treintena de unidades, la industria empleaba 30 000 obreros. Cuadro típico de subdesarrollo que se imponía ya a los otros países más atrasados del hemisferio. El producto per cápita en Haití, evaluado para 1955 por la BIRD, se elevaba a 85 dólares mientras que en Paraguay, el vecino más cercano a la miseria, alcanzaba 95 dólares y en Bolivia 100, en República Dominicana 205 y en Venezuela 527 dólares.^o

^a Las estimaciones que conciernen a la entrada de divisas del turismo se basan en los datos proporcionados por P. Moral en *L'Economie Haitienne*, 20 a 25% de las exportaciones, *op. cit.*, Imprimerie de L'Etat Port-au-Prince, p. 35.

^b BIRD, *Comparative Data on Latin American Countries*, Horst, Eschenberg, Washington DC 1960.

130 Sin embargo, era la época del auge económico y de la prosperidad, época que no tardó en desvanecerse bajo el efecto de la crisis de estructuras precapitalistas y dependientes. Entonces comenzó el proceso de aceleración del subdesarrollo y de deterioración de las condiciones económicas y sociales que sitúan a Haití hoy en día en la categoría de **sociedad en regresión**.

Este concepto a primera vista parece contradecir las leyes del desarrollo. De hecho la categoría que define engloba el proceso íntimo de disolución y descomposición del modo de producción en vigor en el seno de la formación económico social del Haití contemporáneo, proceso que abre la premisa dialéctica al paso de nuevas formas de organización socioeconómicas y políticas.

Se caracteriza esta fase de descomposición que comienza en 1956-57 por los fenómenos siguientes:

1. Disminución del producto per cápita debido al hecho de que la dinámica del producto bruto es netamente inferior al ritmo de crecimiento demográfico. Esta relación aparece en la forma siguiente:

Evolución del producto interno bruto y del producto per-cápita 1950-68
(en millones de dólares y en dólares)

Años	PIB	Percápita	Años	PIB	Percápita
195-	262,0	77,5	1965	330	75,0
1955	282,4	76,5	1966	336,4	74,9
1960	316,0	76,3	1967	341	74,4
1962	333,0		1968	345	73,8
1964	325,4	77			

Fuente: CIAP, Informe anual 1967
CIAP, Informe anual 1968, cuadro II, I

El nivel promedio del «per cápita» en 1950-54 fue de 76,8 millones. En 1964-68, representaba 74,6 dólares. Esas cifras difieren de las señaladas recientemente por la Alianza para el Progreso que sitúan a 63 dólares el per cápita en 1967, lo que representa una disminución de 15% con relación a 1955.⁴

El estudio económico para América Latina de las Naciones Unidas en 1969 señala, a este propósito, que la tasa de crecimiento del

⁴ CIAD, El caso de Haití, *El esfuerzo interno y las posibilidades de financiamiento externo para el desarrollo económico de Haití*, Reunión del CIAP, Washington, 1968.

«per cápita» en Haití durante el período de 1960-67 ha sido de 1,3%.⁵

1. En otros términos, entre 1969 y 1967, la producción por cabeza en vez de aumentar como es la regla para todos los países disminuyó 1,3%. Para el conjunto de América Latina la tasa de crecimiento ha sido de 1,7. Esto demuestra el aumento constante de la distancia entre Haití y el resto de América Latina sobre el plano del desarrollo.

En esta misma época la República Dominicana, atormentada por todas las agitaciones del postrujillismo y la intervención norteamericana, ha visto aumentar su «per cápita» 1,2%, mientras que los países de América Central, otros vecinos bastantes cercanos a nosotros desde el punto de vista de la etapa de desarrollo, han registrado un aumento de 3 a 5% de su producto per cápita.

Es de hacerse notar que esta tendencia al retroceso se acentúa estos últimos años con el rápido crecimiento demográfico. La población haitiana, según evaluación de las Naciones Unidas, alcanza 5,4 millones de habitantes en 1970 y crece a un ritmo de 2,4%.

2. La evolución del comercio de exportación manifiesta también una degeneración notoria que se expresa en la serie siguiente:

Haití: valor del comercio de exportación entre 1954-1960
(en millones de dólares)

Años	Valor	Años	Valor
1954	54,4	1962	40,8
1955	36	1963	41
1956	42	1964	440
1957	34,3	1965	36,6
1958	39,4	1966	35,2
1959	28	1967	33,7
1960	33	1968	35,6
1961	30,3	1969	37,5

Fuente: ONU, *Anuario estadístico 1965*; FMI, *International Financial Statistics*, vol. XXIII, p. 150-3/3/70.

Los niveles de exportación **per cápita** disminuyeron de 16,5 dólares en 1954 a 14 en 1960 y 9 en 1966.⁶

⁵ CEPAL, *Estudio económico para América Latina*, New York, 1969.

⁶ CEPAL, *Estudio económico para América Latina*, New York, 1968, p. 26.

132 De ahí resulta una restricción de la circulación monetaria. Ciertas regiones económicas donde parecieran manifestarse signos evidentes de surgimiento del capitalismo en el campo, ya no son irrigadas por el flujo monetario y han caído en la decrepitud de la economía de «grapillage».⁷

Las importaciones han disminuido. Los coeficientes de importaciones pasaron de 16,7% del producto interno en 1950, a 13,8% en 1960 y a 11,2% en 1967.

La balanza entre el valor de las exportaciones y de las importaciones muestra una compresión constante:

Períodos	Saldos de la balanza comercial 1946-1968, en millones de dólares
1946-50	+22,5 millones
1951-55	+13,0 "
1955-60	- 4,2 "
1961-65	-16,0 "
1966-68	-18,2 "

Fuente: ONU, *El financiamiento externo de América Latina*, New York, 1964.

3. El estado haitiano que vive tradicionalmente de los derechos de aduana de la exportación e importación de los impuestos indirectos del consumo ha visto restringirse sus capacidades presupuestales. Los ingresos y gastos fiscales han evolucionado de la manera siguiente:

Haití: Ingresos y gastos presupuestales 1960-67
(en millones de dólares)

Años	Ingresos	Gastos	Saldos
1946	23,1	15,9	7,2
1947	32,1	27,2	4,9
1948	31,2	32,2	-1
1949	31,4	31,4	—
1950	40,0	36,2	
1951	50,4	44,5	5,9
1952	55,8	50,7	5,1
1953	38,1	45,1	-7,0
1954	55,1	47,5	+7,6
1955	34,8	39,2	-4,4
1956	46,5	46,3	+0,2
1946-56	439,0	416,4	226

Fuente: CIAP, *Informe anual*, 1968.

⁷ «Grapillage»: se refiere a la producción realizada en las condiciones más primitivas, en el marco de una economía de subsistencia.

4. El proceso de acentuación del subdesarrollo se traduce en una disminución de los niveles de vida del pueblo. Durante la década 1960, la miseria en Haití era mucho más grande de lo que fue en la década anterior. Las masas campesinas son las primeras en sufrir. La circulación monetaria en el campo se restringió, para volver a encontrar el nivel de la primera mitad del siglo, cuando el valor de las exportaciones alcanzaban menos de 10 millones de dólares y la publicación aproximadamente 1,5 millones de personas. La clase obrera padeció también seriamente. Basta recordar que el salario mínimo fijado a 70 centavos de dólar en 1946 no se ha alterado en 25 años, a no ser en el sentido de una disminución del salario real. Las clases medias han visto también su ingreso disminuido de manera catastrófica. Entre otros índices de esta baja de nivel de vida debe citarse la baja del 20% del salario de los empleados públicos mantenida desde 1959. Además, los asalariados en Haití constituyen una fracción mínima de la masa de los «sin-trabajo», de los «sin-ingreso» que tienen corrientes de aire en sus bolsas y un huevo en el estómago.

El desarrollo del subdesarrollo al hacer de Haití una «sociedad en regresión» ha creado distancias aún mayores entre la sociedad haitiana y las sociedades menos desarrolladas de América Latina. Una distancia que va de la tierra a la luna nos separa del promedio latinoamericano o de los países más evolucionados del continente (Argentina, Brasil, México).

II. LA CRISIS DE LAS ESTRUCTURAS

La realidad trágica del Haití contemporáneo que las cifras no alcanzan a pintar, a pesar de su brutalidad, en todas sus proyecciones sociales y humanas, es la expresión de la crisis de las estructuras socioeconómicas de Haití. Como lo señalaron Gérald Brisson y Raymond Jean-Francois, esta crisis marca «la etapa histórica de nuestro desarrollo social en el curso de la cual se efectúa, a escala nacional, el proceso de derrumbamiento del sistema de nuestras relaciones de producción podridos en todos los aspectos con relación tanto a la base como a la superestructura».⁸

⁸ *Fondements de l'Entente Populaire en Haïti*, publicado en 1965 bajo el seudónimo de Legrand y Levantin, p. 25. Brisson y Jean François, destacados estudiosos de la realidad social haitiana y militantes revolucionarios, murieron en el verano de 1969 peleando contra las fuerzas represivas duvalieristas.

134 La podredumbre del modo de producción determina la incapacidad de las estructuras socioeconómicas incapaces de asegurar el crecimiento de la comunidad, y la condena a la regresión económica. En el plano de las superestructuras sociopolíticas, el proceso de podredumbre ha sido transmitida al sistema de dominio de las clases dirigentes y ha nacido del fenómeno monstruoso de la dictadura duvalierista.

El análisis de las estructuras productivas de Haití ayudará a entender la naturaleza de las estructuras de las relaciones económicas que reinan en la rama fundamental de su economía, la agricultura, y destaca al mismo tiempo el sello que impregna a esas estructuras o la dependencia frente a Estados Unidos. Permitirá descubrir, de esta manera, el origen de la crisis socioeconómica actual, el significado profundo en el plano político y los medios que permiten superarla para situar a Haití en la vía del desarrollo económico.

A) Las estructuras de producción semif feudales

Se caracterizan:

1. Por las formas de propiedad agraria en Haití donde coexisten el latifundio, el minifundio y la ausencia de propiedad agraria en una masa impresionante de campesinos.

a) 1,5% de las explotaciones de más de 13 ha pertenecen a propietarios territoriales y al estado, y ocupan 66,9% de las tierras cultivadas.

b) Las explotaciones pertenecientes a los pequeños campesinos que disponen de 2 ha máximo y constituyen 70% del número total de las explotaciones agrícolas, ocupan apenas 10% de la superficie cultivable.

c) Los propietarios medios reúnen 30% de las explotaciones agrícolas de una superficie de 2 a 10 ha y recubren 23% de las tierras cultivadas.

d) Una masa de 400 a 500 000 jefes de familias campesinas están

desprovistos de toda propiedad y constituyen los trabajadores familiares no remunerados, empleados temporales o desocupados.⁹

Esta estructura de la propiedad agraria crea obstáculos al desarrollo agrícola y al crecimiento del país. Las grandes propiedades sufren en general del ausentismo de sus amos y son cultivadas siguiendo el sistema de relaciones feudales (medianero, en renta) y de métodos de producción primitivos (sin usar abono, instrumentos agrícolas primitivos). El excedente económico que producen no es invertido en la agricultura y alimenta el consumo suntuario de las grandes **dotes**.

Las grandes propiedades donde dominan las relaciones de producción capitalista generalmente pertenecen a compañías extranjeras y sus beneficios toman el camino del extranjero.

Las pequeñas propiedades son demasiado primitivas para salirse del cuadro de la economía de subsistencia y asegurar niveles de ingreso que permitan mejoras agrotécnicas. Las propiedades medias comparten generalmente esta situación, y en el caso de las siembras muy comercializadas (chícharo, arroz, caña de azúcar) sus ingresos son distribuidos entre el autoconsumo, el atesoramiento y en una menor medida orientados a la inversión productiva.

Esta distribución de la propiedad agraria encuentra su común denominador en la aparcería, régimen antieconómico por excelencia, y mantiene el retraso de la agricultura, haciéndola incapaz de asegurar el aumento de la productividad y de la producción; desemboca finalmente —con el agotamiento de la tierra— en una degradación irreversible. Lenin escribía en sus «apuntes sobre las leyes del desarrollo»: . . . «tanto en América como en Rusia, la región donde domina la aparcería es aquella de mayor retraso, de mayor dependencia, de mayor opresión de las masas trabajadoras».¹⁰ El descenso en la producción en términos absoluto y relativo es consecuencia de esta estructura y del modo semifeudal de producción. Limita el surgimiento de las relaciones mercantiles en la economía agraria y mantiene a un

⁹ Gérald Brisson, *Les relations agraires dans l'Haiti contemporain*, pp. 59-64. Gérard Pierre-Charles, *L'Economie Haitienne et sa voie de Developpment*, París, 1967, p. 67-8.

¹⁰ Lenin, *Obras completas*, Editora Política, La Habana, 1963.

136 nivel raquíptico el poder de compra o la capacidad de la economía nacional.¹¹

Esta situación es agravada, por otra parte, por la presión demográfica, el aumento del número de trabajadores no empleado o subempleados.

El régimen feudal en su desarrollo histórico ha desembocado, de esta manera, en la falta de concordancia entre las relaciones de producción en la agricultura y las necesidades de progreso de nuestra economía. Al frenar el crecimiento de la agricultura y el desarrollo de la economía mercantil en el seno de ésta, limita las posibilidades de desarrollo industrial al hacer extremadamente lenta y difícil la acumulación del capital nacional. Incluso el desarrollo industrial dependiente, promovido por los capitales extranjeros, resulta problemático debido a los bajos niveles de ingreso y el débil poder de compra de las masas, que determinan el raquitismo del mercado de consumo local. Así se explica que de 1960 a 1967 la parte de la industria en el producto interno bruto haya disminuido de 12,2 a 11,8%. En América Latina, durante este mismo período, la participación de la industria en el producto interno bruto ha aumentado 6,5% con relación al nivel de 1960.

LA DEPENDENCIA COMO FACTOR ESTRUCTURAL ANTIDESARROLLO

Esta estructura interna precapitalista de la economía haitiana ha sufrido la influencia dominante del capitalismo extranjero, que como un martillo pilón le ha imprimido un sello en todos los campos de la producción, la distribución e intercambios, sobre las posibilidades de acumulación de capital y de ahí, sobre las modalidades de crecimiento

¹¹ En 1966, el monto del producto interno no consumido, es decir, del ahorro interno se cifraba en 21 millones de dólares. El monto de las exportaciones alcanzaba 40 millones. El excedente económico generado por el país, es decir susceptible de ser comercializado, se cifraba en 61 millones de dólares, o sea, 15 dólares per cápita. Índice que permite aplicar la débil productividad del país y el bajo nivel del desarrollo alcanzado por el capitalismo mercantil. En Honduras, uno de los países de menor desarrollo capitalista en América Latina, este índice se elevaba a 100 dólares para una población de 2 millones. Debe recordarse que el excedente económico, definido por Paul Baran en su **Economía política del crecimiento**, es igual a: excedente económico = producción total (consumo + amortización + reproducción). Producto interno bruto = producción consumida + exportación + amortización + reproducción + ahorro

del sector capitalista en el seno de la economía, hecho que ha contribuido a reforzar las viejas estructuras arcaicas. Los préstamos del capital extranjero no han dejado de incrustarse en el nivel de las superestructuras del estado en primer lugar, en la organización social y en todas las concepciones ideológicas en nuestra sociedad y, en general, en la formación global de la comunidad haitiana.

De todo lo anterior resulta una **dependencia estructural** de la sociedad haitiana que tiene sus raíces en nuestro pasado colonial, pero que se ha desarrollado de manera definitiva bajo el efecto de dominación de las fuerzas económicas, políticas y culturales del capitalismo mundial y en particular del imperialismo norteamericano a partir de 1915. Esta estructura económica creada por la dependencia se vuelve a encontrar:

1. **En el nivel de la producción.** Durante todo el curso de nuestra historia nacional, la composición de la producción ha sido impuesta por nuestro estatuto de dependencia. El café se convirtió en el producto principal para la exportación porque es un producto solicitado por la nación dominante. El algodón, la madera de «campeche» o el sisal sucesivamente han sido promovidos a la dignidad de productos privilegiados porque correspondían a las necesidades del capitalismo mundial.

De ahí se formó un molde de monocultura en función de las prioridades de las fuerzas de dominación y que constituye uno de los elementos de la estructura de dependencia.

Con la penetración del imperialismo norteamericano se introdujo una nueva estructura de dependencia: **la agricultura de plantación** de caña de azúcar, sisal, plátano, bajo la empresa directa del capitalismo extranjero. A partir de esta estructura de producción habría de surgir una estructura de intercambios correspondientes a la realidad de la dependencia.

2. **Los intercambios de la dependencia** toman la expresión clásica de venta de mercancías agrícolas, de materias primas y compra de bienes manufacturados, fórmula renovada del pacto colonial. Como correo de transmisión de la dependencia surge y se desarrolla hasta la hipertrofia, el sector de comercio importación-exportación. Esta importancia del capital mercantil es todavía más grande en tanto que los sectores más dinámicos de la producción se han orientado

138 hacia la exportación. El capital mercantil acapara la parte sustancial del excedente económico de la nación, es decir, en la definición simple posible, la diferencia entre lo que produce la economía interna y lo que consume. El capital mercantil está constituido por una veintena de casos de exportación y una multitud de especuladores. Respecto al café, se apropia alrededor de 30% del valor global de esta mercancía que constituye el vehículo más importante del poder adquisitivo para el campesinado. Para el conjunto de las importaciones, el mecanismo de acaparamiento se manifiesta con igual o mayor fuerza. La producción comercial, la publicidad que difunde los patrones de consumo de la sociedad dominante, introducen una influencia deformadora y corruptora que actúa sobre la psicología de las clases medias y de amplios sectores de la población en el sentido del mantenimiento del status de la dependencia.

3. En el nivel de los movimientos de capitales. La perpetua deuda exterior ha reforzado, en el plano económico y político, las relaciones de dependencia de Haití con respecto a Francia primero y a Estados Unidos desde hace medio siglo. Al crear la obligación del pago de las amortizaciones e intereses, ha subordinado las finanzas haitianas a la necesidad de contraer nuevas deudas para perpetuar el ciclo de dependencia y de presión política.

Estas grandes estructuras de la dependencia han actuado como **canales de descapitalización**. Desvían al país del desarrollo económico autónomo, creando las condiciones de la crisis del sistema.

La descapitalización, a nivel de producción, se operó de manera creciente coincidiendo con el refuerzo de la penetración imperialista en el seno de nuestra economía. Hasta 1957, dos empresas norteamericanas (la HASCO y la Plantation Dauphin) participaron en la creación del producto nacional en condiciones capitalistas de producción, pagando salarios a cerca de 15 000 obreros y estimulando la actividad monetaria (como en el caso de la HASCO, en el sector de la producción de la caña de azúcar. Estas compañías exportan valores considerables en forma de dividendos, es decir, de capital nacional no reinvertido.

Desde 1957, coincidiendo con el advenimiento de Duvalier, otras compañías norteamericanas se instalaron en Haití: la Sedren (de extracción de pieles), perteneciente al trust Guggenheim, la Reynolds Mining Corporation (extracción de la bauxita), 768 000 ton-

ladas en 1969, la HAMPCO (exportación de carne), la Caribbean Mill Company (importación de trigo y productos de harina). El monto de las inversiones extranjeras en Haití pasó de 33 millones de dólares en 1954 a cerca de 80 millones en 1970.

Las compañías mencionadas constituyen «enclaves coloniales» clásicos. No se preocupan por poner a producir los recursos del país, sino pillarlos sistemáticamente en detrimento de la economía haitiana.

El valor anual de las exportaciones de cuero y bauxita alcanza los 10 millones de dólares. El estado haitiano descuenta como impuesto un valor de 240 000 dólares y las compañías proveen empleos para 500 obreros. La bauxita se trasporta a la fábrica Reynolds, a «la Quinta» en la ciudad de Corpus Cristi, Texas.

Además Haití exporta desde 1963-64 oro y plata por un valor de alrededor de un millón de dólares. Las condiciones de explotación de estos metales preciosos son difíciles de precisar debido a la discreción absoluta mantenida en todo lo que concierne a las operaciones de extracción y venta. Una complicidad análoga permite al monopolio Reynolds Mining comprar la bauxita producida en Haití a un céntimo de oro la libra, mientras que la bauxita de la Guayana se paga a 8 céntimos.¹²

Las empresas industriales no tienen un peso significativo en el volumen de empleo o del crecimiento económico. Las materias primas que consumen —el caso del trigo importado— no estimulan de manera sensible la producción agrícola o la circulación monetaria; en el caso de la HASCO —caña de azúcar— o de la HAMPCO —bovinos—, el pago de esas materias primas alcanza sólo a sectores restringidos de la población.

La presencia del capital extranjero se traduce en todos los niveles por considerables punciones de los recursos financieros que se exportan en forma de dividendos. Para el período 1961-67, el monto de los dividendos exportados por las compañías extranjeras, tal y como resulta del análisis de la balanza de pagos de Haití,¹³ ascendió a 72 millones de dólares, o sea, un promedio de 10,3 millones al año.

¹² Unión Panamericana, *América en cifras. Situación económica*, vol. IV, 1968.

¹³ CIAP, *Informe anual*, 1968.

140 El flujo de nuevas inversiones alcanzó, durante este mismo período, incluyendo los donativos privados, 81 millones de dólares, o sea, un promedio anual de 11,5 millones. De esta manera, por cada dólar invertido en Haití durante los años 1960-67, los capitalistas extranjeros han recibido un beneficio de 0.88 centavos oro, de sus inversiones anteriores. En siete años han ganado una suma que representa tres veces el presupuesto nacional de Haití. He ahí una primera forma de fuga de capital, consecuencia de la estructura de dependencia que ilustra el carácter pillastre de la penetración imperialista

El saldo de la balanza comercial, deficitario de manera permanente desde hace quince años, constituye otro canal de descapitalización. Entre 1960 y 67, este déficit alcanzó la suma de 38 millones de dólares. Los valores pagados por Haití por concepto de transporte de sus mercancías (flete y seguro) representaron 36 millones. Los capitales extraídos de Haití por las fuerzas de dominación, de Estados Unidos particularmente, durante los años 1960-67, donde el marasmo económico ha hecho estragos en todo su rigor, representa un total de cerca de 150 millones de dólares. El saldo negativo de las transacciones de Haití con Estados Unidos es sin duda mucho más elevado, teniendo en cuenta que desde principios de los años cincuenta las importaciones de Haití a Estados Unidos han sido sencillamente superiores al valor de las exportaciones haitianas a dicho país. Como la señalaba Paul Morai en 1959, Haití recibe sus dólares de Europa para gastarlos en Estados Unidos.

De esta manera, en el descenso general de la producción, de la circulación monetaria y de las condiciones de vida de la población, provocada por la crisis estructural, ha participado como factor concomitante la estructura de dependencia y el proceso multiforme de la descapitalización engendrada por la dependencia en forma de a) transformaciones de dividendos en las compañías extranjeras instaladas en Haití, b) pagos de fletes y de seguro del transporte de las mercancías, c) y el déficit de la balanza comercial.

Estos déficits producidos por la estructura de dependencia de nuestra economía frente a la economía imperialista tendrían efectos menos visibles a corto plazo si estuvieran alimentados siguiendo la dinámica global de la dominación imperialista, de manera continua y creciente por los flujos de capitales. en forma de inversiones directas,

de empréstitos, de auge del comercio exterior. Aquí se sitúa el nudo de las contradicciones reales desde la época de la ocupación norteamericana, entre la realidad de las estructuras internas de tipo feudal de Haití y las condiciones de expansión de la penetración imperialista en el país que podría dar lugar al desarrollo de un capitalismo dependiente estilo Puerto Rico o incluso América Central, en Haití, que ofrecía a los monopolios beneficios considerables y al mismo tiempo da lugar a la modernización de las estructuras y a la ilusión de desarrollo.

En primer lugar, las inversiones extranjeras, en busca del máximo beneficio, requieren, para operar, ciertas condiciones óptimas tales como a) la existencia de una infraestructura económica (carreteras, electricidad, puertos, irrigación), b) el desarrollo de un mercado de consumo interno, es decir, la existencia de una población que dispone de un poder de compra suficiente para adquirir los productos industriales, c) un nivel de capacitación técnica o educativa de la mano de obra, o la sumisión completa al punto de vista sindical o político, d) garantías políticas o instituciones que garanticen la seguridad de los capitales y la libre exportación de los dividendos, de los niveles de beneficio que sobrepasen el margen promedio de las ganancias en su propio país. Tantas condiciones como desde la época «ideal» en que los marines aseguraban el orden para proteger las vías y los bienes norteamericanos. Haití no ha podido ofrecerlas, ni las ofrecerá jamás, en esas condiciones de crisis económica y política, preudio de grandes revoluciones sociales.

En segundo lugar, la capacidad de la economía haitiana de contraer empréstitos, de asegurar su amortización y el pago de intereses en las condiciones habituales del mercado de capital norteamericano, está definitivamente comprometida por las limitaciones impuestas por la crisis estructural en las finanzas del país. Haití, endeudado hasta el cuello, no logra pagar sus deudas más que sacrificando anualmente de 8 a 10% de su raquítico presupuesto. Esta falta de solvencia le cierra fuentes de crédito, obligando a la dominación extranjera a camuflarse bajo donativos y subsidios. Esta asistencia, teniendo en cuenta la corrupción del régimen, y su ineficacia administrativa, es incapaz de frenar la degradación económica, menos todavía de promover programas mínimos de desarrollo. Así, de 1958 a 1966, la asistencia oficial de Estados Unidos al régimen de

142 Duvalier ha alcanzado 58 millones de dólares,¹⁴ valor que se acerca a los 75 millones de 1958 a 1970. Teniendo en cuenta la asistencia militar prestada de manera abierta hasta 1963, los subsidios en alimentos y los adelantos otorgados por el Fondo Internacional al Banco Nacional ascienden a un valor de 100 millones. Estas inyecciones de dólares, ya masivas, ya discretas, no han podido salvar al régimen de la anemia perniciosa que lo corroe.

En tercer lugar, **el auge** del comercio de exportación se encuentra también comprometido por la ruina de las estructuras de producción semifeudales. Desde finales del siglo XIX, las 30 000 toneladas de café para la exportación representan un nivel ideal rara vez alcanzado. El promedio anual de las exportaciones en 1950-59 era de 23 000; en 1960-69 llegaba a 21 000, con unos niveles de 19 498 y 18 489 toneladas respectivamente para 1967-68 y 1968-69.¹⁵ Los precios de los productos agrícolas fluctúan sin cesar. Los ingresos producidos por la venta de los minerales benefician únicamente a los monopolios extranjeros.

En todas estas condiciones la situación de dependencia está íntimamente ligada a las viejas estructuras semifeudales para conducir a la sociedad haitiana a la ruina. Los sectores dirigentes se identifican a tal grado con el estatuto de la dependencia, ya sea como agente de transmisión o como guardianes o pretendientes guardianes del **statu quo**, o como ideólogos al servicio del **statu quo**, que no conciben el desarrollo más que en el sentido de la dependencia absoluta, es decir la entrega o la venta del país al imperialismo norteamericano para que éste lo desarrolle. Mientras tanto, son impotentes de conjurar la crisis atacando sus raíces.

III. DESARROLLO Y REVOLUCION

Si la ruina de las estructuras socioeconómicas ha dado nacimiento al proceso de degeneración de la economía haitiana contemporánea

¹⁴ Valor repartido de la siguiente forma:

Préstamo EXIMBANK 1966	2 000 000
" " BID	7 100 000
Donativos	48 000 000

Ver Unión Panamericana, **América en Cifras**, vol. IV, p. 224

¹⁵ «La situation de notre café», en **Le Nouveau Monde**, 6 de enero de 1970.

en el plano superestructural o institucional, éste ha engendrado el duvalierismo, fenómeno de exacerbación de la dominación ejercida tradicionalmente por la oligarquía negra y mulata sobre la nación. Esta opresión históricamente ha tomado la forma de un verdadero colonialismo interno, es decir, de una explotación implacable de las masas por la oligarquía compuesta de comerciantes exportadores e importadores, de grandes terratenientes, militares y funcionarios ligados al poder dominante.

Con la ocupación norteamericana, el aparato de dominación extranjera se ha apoyado en esta estructura de explotación interna, la ha reforzado, la ha modernizado en su rama militar y burocrática, y se ha servido de ella para asegurar su hegemonía.

A partir de 1956, el advenimiento de la crisis en su más aguda expresión ha constreñido los sectores dirigentes, con el apoyo de Estados Unidos, a buscar nuevas formas de control, dado que la democracia representativa, renovada por la ocupación, demostraba su impotencia para yugular las contradicciones sociales.

En esta coyuntura de crisis estructural e institucional surgió el fenómeno Duvalier. A lo largo de la evolución este fenómeno ha engendrado y padecido ciertos hechos acumulativos de la crisis.¹⁶

1. Exasperación de las contradicciones en el seno de los sectores dirigentes tradicionales, es decir, de las diversas alas de la oligarquía.
2. Uso creciente e ilimitado de la violencia como método de dominación política.
3. Aumento de la explotación y de la represión bajo la triple forma de un sistema impositivo verdugo, de desposesión agraria y de dictadura policíaca.
4. Incapacidad administrativa absoluta y corrupción generalizada.
5. Refuerzo de los controles extranjeros sobre la economía, en los sectores de la producción, del comercio exterior y de la finanzas.
6. Renunciamento de la soberanía nacional tal y como se manifestó recientemente por las solicitudes reiteradas de intervención militar norteamericana formuladas por el gobierno.

¹⁶ Gérard Pierre Charles, **Haití: radiografía de una dictadura**. Ed. Nuestro Tiempo, México, 1969.

- 144 7. Clima de tensión social sostenida, de descontento y terror que frena la iniciativa individual y la iniciativa de las masas, orillando a la comunidad haitiana al desamparo más terrible.

De esta manera el fenómeno Duvalier ha profundizado la crisis, se ha identificado con ella al identificarse al mismo tiempo con el régimen socioeconómico semifeudal y dependiente.

Como lo demuestran los hechos y los datos con cifras de la realidad nacional, este régimen socioeconómico ha provocado y mantenido el fenómeno del subdesarrollo que ha desembocado en el proceso de degeneración económica y social con su cortejo de males.

Destruir esta base socioeconómica que constituye un obstáculo fundamental para el proceso implica la destrucción de dos grandes estructuras íntimamente ligadas que le sirven de elementos constitutivos: la estructura interna precapitalista de tipo feudal y la estructura creada por la dependencia.

En el momento histórico actual el complejo socioeconómico y los dos grandes pilares constitutivos se proyectan en el seno del sistema político, es decir, de la superestructura duvalierista que le asegura el funcionamiento y le garantiza la supervivencia. Toda empresa de desarrollo económico pasa necesariamente por la destrucción del duvalierismo, expresión actual del sistema socioeconómico semifeudal dependiente y obstáculo inmediato para toda política de desarrollo.

Esta tarea inmediata está indisolublemente ligada a la de la liquidación del sistema de colonialismo interno y de parasitismo de corrupción institucionalizada y de obediencia a las fuerzas extranjeras tal y como ha existido antes de Duvalier y en la práctica histórica del poder político en Haití. Abre las premisas indispensables para la destrucción de las bases del subdesarrollo en Haití, es decir, para una política de desarrollo que implica las reformas estructurales fundamentales que son:

- a) La integración de las masas a la tarea del desarrollo.
- b) La nacionalización del comercio exterior a fin de crear la base de acumulación de capital para el financiamiento del desarrollo.
- c) La reforma agraria destinada a destruir las formas antieconómicas de producción agrícola (minifundios, gran propiedad de

tierra, economía de plantación) y a promover nuevas formas de organización agrícola de tipo fundamentalmente de cooperativa.

- d) La reglamentación o la nacionalización, según los casos, de las empresas extranjeras instaladas en Haití.
- e) La reforma fiscal orientada hacia la capitalización del ahorro nacional.
- f) La promoción de un sector público de producción industrial y agrícola, como promotor del desarrollo económico.

Estas reformas fundamentales tienden a la transformación de las estructuras económicas, sociales, políticas y tecnológicas del país. Se integran en una perspectiva no capitalista de desarrollo dirigida hacia el socialismo, única perspectiva posible de desarrollo en Haití. Esta conclusión a la que nos llevó, en 1963-64, el análisis de la economía haitiana y sus vías de desarrollo, surge de la lógica de los hechos y una simple visión cartesiana de estos hechos basta para conducirnos de nuevo ahí. Haití desde hace 166 años ha pretendido seguir la vía de desarrollo que le sugería o le imponía el capitalismo mundial. Desde 1915, nuestro país en la órbita del capitalismo monopolista norteamericano ha sido orillado a seguir patrones de comportamiento macroeconómico y político concebido o impuesto por el imperialismo. Los resultados son, con mucho, evidentes: nuestra sociedad está en quiebra, nuestra economía en degeneración, el régimen político constituye una vergüenza para la comunidad haitiana entera. En el cuadro del régimen socioeconómico en vigor, antes de diez años, la muerte por hambre amenazará al grueso de la población que para entonces alcanzará 8 millones de habitantes. La sociedad en regresión se abre hacia el hambre.

Plantear la cuestión del desarrollo en términos de renunciación a la soberanía nacional, de ocupación extranjera, de «puertoricani-zación» de Haití, es ignorar la lección de 19 años de ocupación cuyo saldo es el fracaso de ese esfuerzo brutal de modernización de las instituciones, y que han tenido como único efecto el de reforzar las viejas estructuras feudales. El control absoluto de carácter económico, financiero y político ejercido por Estados Unidos durante los últimos 55 años, lejos de promover la prosperidad de

146 un sector capitalista dinámico dentro del cuadro de la dependencia, no ha hecho más que contribuir a la ruina de la economía haitiana al reducirla a sufrir esta generosidad que significa la concesión de excedentes alimenticios o ropa vieja y en el mejor de los casos las inyecciones de dólares que aseguren la supervivencia.

La quiebra de «La Alianza para el Progreso» a escala de América Latina demostrará también que incluso para los países de mayor desarrollo, en proceso de crecimiento y que no han alcanzado la etapa de regresión a la que ha llegado Haití, los planes de desarrollo son inútiles en el cuadro de la dependencia y de las viejas estructuras internas ya que constituyen puras mistificaciones. La dinámica de desarrollo no puede ser desatada por el financiamiento externo o de programas tecnocráticos, ni por la acción de arriba de algunos planificadores sabios, líderes iluminados o generosos filántropos.

El desarrollo es ante todo un proceso político y el subdesarrollo no puede desaparecer sin que desaparezcan las causas que le han dado a luz. Desde hace 25 años, especialistas de la Comisión Económica para América Latina, eminentes economistas norteamericanos y más recientemente expertos del Comité de la Alianza para el Progreso, agotan su ciencia analizando con los ojos del academismo la realidad económica latinoamericana y elaboran planes.¹⁷ Todos esos programas no han ayudado sustancialmente a la solución del problema del subdesarrollo, no teniendo otra finalidad que la de camuflar las raíces estructurales del problema. Fuera de México, que desde 1910-1920 logró llevar a cabo la revolución burguesa, abriendo la puerta al desarrollo capitalista acelerado, América Latina ha manifestado en las dos últimas décadas una marcha extremadamente lenta, y durante los años recientes se debate en un estancamiento en el cual aparecen signos precursores del decrecimiento económico.

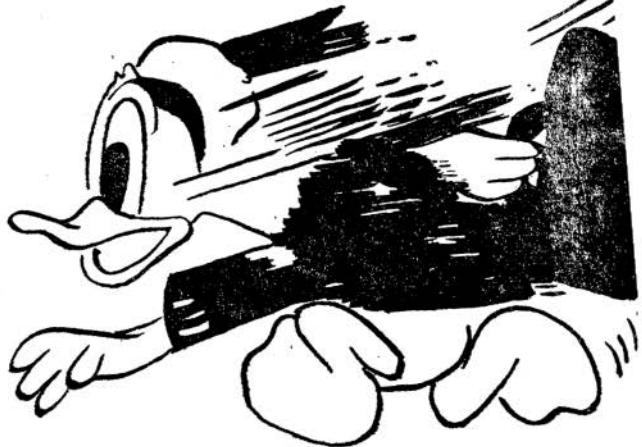
En definitiva, solamente Cuba ha roto las bases económicas y sociales del subdesarrollo y ha entrado resueltamente en el largo y espinoso camino del desarrollo.

¹⁷ En 1967 el Comité de la Alianza para el Progreso envió una misión a Haití compuesta, entre otras personalidades, por dos de los más grandes economistas oficiales latinoamericanos, Roberto Campos Da Silva, exministro de Economía del gobierno de Castello Branco, y Alfredo Navarrete, asesor oficial del gobierno mexicano desde hacía años. Esta misión hizo estudios, formuló planes, que denotaban una incompreensión absoluta de la realidad económica de Haití.

En el caso de las perspectivas de desarrollo de Haití, estas palabras del economista Paul Baran adquieren una fuerza singular: «El desarrollo económico implica el hecho crudo pero crucial que con frecuencia se ha descuidado muchas veces si no siempre, de que el desarrollo económico, históricamente, siempre ha significado una transformación de vasto alcance en la estructura económica, social y política de la sociedad, en la organización dominante de la producción, de la distribución y del consumo. El desarrollo económico siempre ha sido impulsado por clases y grupos interesados en un nuevo orden económico y social, encontrando siempre oposición y obstáculos por parte de aquellos que pretenden la preservación del **status quo**, que están enclavados en sus convencionalismos sociales existentes y que derivan beneficios innumerables y hábitos de pensamiento de las costumbres prevalecientes y de las instituciones. Siempre ha estado marcado por conflictos más o menos violentos, ha procedido convulsivamente, ha sufrido retrocesos y ganado nuevos terrenos. El desarrollo económico nunca ha sido un proceso suave y armonioso que se desenvuelva plácidamente en el tiempo y en el espacio».¹⁸

El desarrollo económico de Haití pasa necesariamente por la revolución; revolución antifeudal y antimperialista que liberará a las fuerzas productivas, movilizará todos los recursos humanos naturales del país, permitiéndole resolver los problemas del analfabetismo, de la desnutrición, y entrar en la vía del progreso; revolución que se adaptará a las condiciones y realidades objetivas, a las prioridades y necesidades concretas del desarrollo de nuestra sociedad.

¹⁸ Paul Baran, *La economía política del crecimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, pp. 19-20.



**DEPENDENCIA E
INVERSION
EXTRANJERA
EN CHILE
ORLANDO CAPUTO
Y ROBERTO
PIZARRO**

1. INTRODUCCION

Los teóricos del desarrollismo modernizante consideran el capital extranjero elemento consustancial al proceso de industrialización sustitutiva. La posición de estos analistas se fundamenta en la posibilidad de impulsar un desarrollo nacional autosustentado que, rompiendo con la tradicional estructura exportadora de América Latina, permita dar aliento a una economía enteramente asfixiada por su comercio exterior. Dentro de estas perspectivas, cabe al estado asumir un papel sumamente vital en cuanto promotor de políticas que signifiquen impulsar la industrialización. De tal suerte, surge un estado intervencionista que define una política de capitalización fundamentada esencialmente en el capital extranjero, a la vez que, en cuanto inversor, orienta su propia actividad hacia los sectores infraestructurales básicos. Por tanto, dentro del respeto a la iniciativa privada y con el reconocimiento de una incapacidad de ahorro en el seno de las economías latinoamericanas, se trata de recurrir al «aporte externo» en forma transitoria para llegar a la constitución de la «sociedad nacional independiente» en que las decisiones económicas fundamentales se tomen en el interior de nuestros países.

Toda esta argumentación tan propia de la década del cincuenta y que, sin embargo, aún subsiste entra en crisis ante una abrumadora realidad. La verdad es que no se produjo el desarrollo, sino el más agudo estancamiento de toda la década del sesenta, mientras que el nudo gordiano del proceso de desarrollo, es decir, la industrialización, se va comprometiendo cada vez más fuertemente con el capital extranjero, generándose así una descapitalización y desnacionalización que rompan con los fundamentos que servían de base al estímulo gubernamental para el capital externo.

De esta manera, el subdesarrollo que vive América Latina hoy día trasunta una crisis más global que es precisamente la crisis del capitalismo dependiente y que, en el plano teórico, se expresa en la crisis del desarrollismo. Esta crisis traduce el carácter de la participación latinoamericana en la estructura del sistema capitalista mundial, en el cual nuestros países son dominados y explotados con una intensidad sin precedentes a consecuencia de la nueva forma que adquieren las relaciones económicas internacionales en la estructura del sistema capitalista.

150 El sistema capitalista de posguerra se expande e integra con gran fuerza bajo la égida del imperialismo norteamericano, adquiriendo éste una hegemonía nunca antes lograda por ningún otro imperialismo.¹ El gran crecimiento de la economía norteamericana basada en el crecimiento del monopolio conglomerado proyecta su acción a la economía latinoamericana, generándose un proceso de fuerte control interno de parte de los monopolios del centro. Estos localizan su acción en los sectores industriales de nuestra economía, aprovechando el potencial de mercado interno y las políticas proclives a la actuación del capital extranjero en el interior de las economías nacionales.

Así las subsidiarias de las grandes empresas del centro se multiplican en América Latina, invirtiendo en industrias dedicadas al mercado interno y con formas tecnológicamente nuevas. Este proceso, que expresa nuestra forma de participación en el sistema, que supera el tradicional control de los enclaves exportadores, no es sino una nueva forma de dependencia bajo la cual nuestra situación de dominados se agudiza: la dependencia industrial-tecnológica.

Esta nueva forma que adquiere la dependencia caracteriza, por una parte, una nueva estructura de relaciones económicas internacionales en la cual el comercio de mercancías pierde importancia relativa respecto al movimiento de capital y los servicios del mismo y, por otra, una nueva estructuración interna definida, en lo sustancial, por un proceso de monopolización y desnacionalización de la economía y, por tanto, una pérdida creciente de autonomía ya que las decisiones económicas fundamentales pasan a manos de las grandes empresas multinacionales.

2. RELACIONES ECONOMICAS INTERNACIONALES Y EL CAPITAL EXTRANJERO EN CHILE

Tradicionalmente se explica la estructura de las relaciones económicas internacionales de América Latina centrandó el análisis en las relaciones de comercio. Por ello, el deterioro de la relación de intercambio surge como el elemento explicativo esencial en el estudio de la crisis del comercio exterior de nuestro países.

¹ Ver nuestro trabajo titulado, **Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales de América Latina**, Tesis de Grado, CESO, 1969, pp. 219-233. (En *Pensamiento crítico* no. 47, pp. 92-207, se publicó el capítulo II de dicha obra. N. de R.).

Pensamos que efectivamente las relaciones de comercio constituyen un factor explicativo importante en la caracterización de la crisis; no obstante, la sobrevalorización de éstas hace perder prioridad a las relaciones económicas financieras, las que constituyen, en nuestra opinión, el elemento explicativo fundamental puesto que definen el carácter que asume la estructura de las relaciones económicas internacionales de América Latina en la fase del capitalismo monopolio integrado.

Así, en el caso de Chile, la crisis del sector externo debemos explicarla fundamentalmente por los pagos que nuestro país hace al resto del mundo por concepto de servicios de capital extranjero y otro tipo de salidas de capital (amortizaciones y depreciaciones). En Chile se visualizan con mucha mayor claridad que en el resto de América, los elementos explicativos de la crisis del sector externo, por cuanto éste presenta una relación de precios de intercambio favorable casi en todo el período 1950-67.

Las cifras son extraordinariamente significativas para reflejarnos el nuevo carácter de la estructura de relaciones económicas internacionales de Chile. Si observamos los egresos de divisas por concepto de renta del capital extranjero (utilidades y dividendos de la inversión directa o intereses de préstamos) observaremos que crecen de 58 millones, en 1950 a 201 millones, en 1967. En términos relativos, respecto al ingreso de divisas en cuenta corriente, en 1950 estos egresos representan 17,5%, mientras que, en 1967, representan alrededor del 20%. Por otra parte, los egresos de divisas por concepto de amortización y depreciación del capital extranjero se han incrementado de 25 millones de dólares, en 1950 a 272 millones en 1963, alcanzando su punto álgido en 1965 con 284 millones, bajando posteriormente en los años 1966 y 1967 a 258 millones y 188 millones como consecuencia de la renegociación de la deuda externa. De tal manera que la amortización y depreciación del capital extranjero que representa en 1950 sólo 7,6% de los ingresos en cuenta corriente, en 1963 alcanza 47,8%, bajando en los años posteriores por la razón indicada.² Se observa un crecimiento sustancial del segundo rubro como porcentaje de los ingresos corrientes puesto que, como veremos más adelante, la forma principal de acción del capital extranjero en Chile se desarrolla sobre la base de los préstamos a

² Datos obtenidos de CEPAL y FMI, tabulados en el equipo de dependencia (CESO).

152 empresas controladas desde el exterior (empresas de inversión directa).

Si se agrupan los ítems indicados, podemos observar que la renta del capital extranjero más la amortización y depreciación representan una cantidad tan extraordinariamente significativa que sus egresos constituyeron, en los años 1963, 64 y 65, más de la mitad del total de ingresos corrientes de Chile en cada uno de esos años; es decir, las importaciones financiadas con estos ingresos se vieron francamente restringidas. La importancia de los pagos al capital extranjero fue de tal magnitud que impuso la necesidad de una fuerte política de renegociación de la deuda. Esto evidentemente deja latente el problema trasladando a futuros mayores egresos de divisas e intensificando, por tanto, la crisis del balance de pagos en los próximos años.

La situación señalada se ve agudizada si consideramos los pagos que la economía chilena debe afrontar por concepto de servicios tecnológicos, los cuales aparecen contabilizados en el balance de pagos como «otros servicios» y que, sin embargo, son propios de la forma de operar del capital extranjero. Al respecto, las cifras muestran que los egresos por este concepto han sido sustancialmente crecientes, alcanzando en 1968 la cifra de 16,5 millones de dólares.³

Es decir, la nueva estructura de las relaciones económicas internacionales, caracterizada por un significativo desarrollo de los movimientos de capital extranjero y de los servicios del mismo, se manifiesta con particular intensidad en nuestro país, definiendo una estructura económica internacional fuertemente dependiente de los centros dominantes del sistema capitalista. Esta nueva estructura, que adoptan las relaciones económicas internacionales de Chile, nos muestra la necesidad de centrar el análisis en la naturaleza y carácter del capital extranjero.

3. CAPITAL EXTRANJERO: ¿COMPLEMENTO DEL AHORRO INTERNO O NUEVA FORMA DE EXTRACCION DE EXCEDENTE?

En cuanto al capital extranjero, existe hoy día toda una conceptualización teórica que se plasma en determinadas políticas que apli-

³ Ver cuadro no. 4.

can los gobiernos de los países latinoamericanos en orden a arbitrar medios y legislaciones que posibiliten una feliz entrada de los dominados «recursos externos». Al respecto, el caso de Chile no constituye una excepción ya que el propio presidente de la república señala:

Es un hecho que el país no dispone de los recursos suficientes de ahorro interno para hacer las inversiones que se precisan para alcanzar su pleno desarrollo. Renunciar a la inversión extranjera conduciría fatalmente a la estagnación económica y a crearnos una situación de interioridad frente al resto de los países del mundo.

Es un deber del gobierno no sólo aceptar, sino buscar en condiciones compatibles, naturalmente, con el interés, la dignidad y la soberanía de la nación este tipo de inversiones.

Agregaba el señor Frei que, en algunos campos de alto desarrollo tecnológico como la industria, electrónica y automotriz, la inversión extranjera acompañada del «know-how» tecnológico no es sólo necesaria sino indispensable.⁴

La posición del presidente Frei no se separa un ápice de la ideología desarrollista modernizante, en la cual los mitos levantados sobre el capital extranjero intentan infructuosamente superar una realidad inobjetable. Así, el capital extranjero surge como paliativo a problemas esenciales de la economía chilena y se constituye en un complemento vital del ahorro interno, en un factor fundamental para el desarrollo nacional y un recurso imprescindible en el proceso de modernización por el aporte tecnológico que trae consigo.

A todas estas características atribuidas al capital extranjero, que responden a una clara concepción ideológica, debemos agregar otras que constantemente son manejadas por los personeros que dirigen la política económica del país y que son propias de la conceptualización desarrollista respecto al capital extranjero; a saber el supuesto carácter financiador del capital extranjero en el balance de pagos y el supuesto carácter transitorio del mismo.

Esta conceptualización debe ser rechazada con mucha fuerza, no sólo por su incapacidad para comprender la verdadera naturaleza

⁴ CORFO, División de Planificación Industrial, **Políticas vigentes en torno al ingreso de capitales extranjeros**, publicación no. 18, 1969, pp. 4 y 5. En ella se incluyen las palabras citadas que pertenecen a un discurso pronunciado por el presidente Eduardo Frei en la Intendencia de Concepción, el 11 de marzo de 1967.

154 de capital extranjero, sino también porque, favoreciendo los intereses de las grandes empresas multinacionales en nuestra economía, se constituye en el instrumental teórico que fundamenta la dependencia de nuestro país.

La verdad es que los problemas que vive el sector externo de la economía chilena se debe precisamente a la acción del capital extranjero y, en tal sentido, el mentado carácter financiador de éste en el balance de pagos y su carácter complementario del ahorro interno constituyen sólo mistificaciones. Anotábamos anteriormente que los egresos de divisas, productos de los pagos al capital extranjero, superan el 50% del total de ingresos en cuenta corriente en los años 1963, 1964 y 1965, fenómeno que, después de las políticas de renegociación de la deuda, vuelve a intensificarse en el año 1969 en que, según muestra Jorge Marschall, el total de utilidades, intereses y amortizaciones se estima alcanzará la cifra de 479 millones de dólares; es decir, 48% de los ingresos en cuenta corriente.⁵

Ahora bien, aproximémonos más al problema de tal manera que podamos apreciar en toda su falsedad la argumentación desarrollista relativa al carácter financiador del balance de pagos y complementario del ahorro interno que tendría el capital extranjero. En Chile, al considerar el período 1950-67, se aprecia lo siguiente. Por concepto de inversión directa, ingresaron al país 450 millones de dólares mientras egresaron, por concepto de depreciación, alrededor de 193 millones de dólares; es decir, la entrada neta por este concepto es de 257 millones de dólares. A la vez, se han remesado, en forma de utilidad y dividendo de esa inversión, 1 056 millones de dólares; es decir, alrededor de cuatro veces el ingreso neto de aquellas inversiones.⁶

Por otra parte, respecto a los préstamos de mediano y largo plazo, en dicho período, Chile ha recibido 1 718 millones de dólares. Entre tanto, debió cancelar en amortizaciones un monto cercano a los 900

⁵ Jorge Marshall, Banco Central de Chile, boletín mensual no. 501, noviembre de 1969. En realidad aquí no se han considerado los egresos por concepto de servicios tecnológicos y los egresos productos de fletes y seguros que obedecen a compromisos establecidos en la contratación de los préstamos (atadura), que incrementan considerablemente las remesas al exterior.

⁶ Esto es más grave aún por cuanto, en la contabilización de la balanza de pagos, la reinversión de utilidades se considera como si realmente hubiese un flujo y reflujo de divisas y, por tanto, la entrada realmente neta de capital es considerablemente menor. (Datos obtenidos de CEPAL y FMI.)

millones dólares. Si a esto se agregan las salidas del capital por concepto de intereses de los préstamos, el monto recibido se ve reducido sustancialmente (los intereses totales de los préstamos —incluyendo de corto plazo— alcanzan la suma de 506 millones de dólares). Las cantidades recibidas por concepto de préstamos se traducen en variaciones de la deuda externa, la cual ha sido particularmente aguda a partir de los años sesenta. Así tenemos que la deuda externa de Chile al 31 de diciembre de 1960 ascendió, según CORFO, a 2 819 millones de dólares, de los cuales alrededor de 700 millones no han sido todavía recibidos; es decir, el monto efectivo de la deuda externa 2 100 millones de dólares supera con creces los préstamos de mediano y largo plazo ingresados al país en todo el período 1950-67.

Los préstamos de mediano y largo plazo constituyen la parte más importante de la «ayuda» que Chile ha recibido, respecto a la cual la opinión del Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso (CIAP) es bastante esclarecedora. El CIAP, considerando los años 1961-67, califica la denominada ayuda determinando un componente real de la misma considerando, por una parte, las condiciones financieras en la contratación de los préstamos y, por otra, la «atadura» de éstos. Respecto a las condiciones financieras, se señala que su estructura es tal, que disminuye el beneficio de la «ayuda» frente a la posibilidad eventual de conseguir préstamos en el mercado de capitales. En cuanto a la «atadura» de los préstamos, se señala que también disminuye el beneficio de la «ayuda» por los compromisos de compra que normalmente obligan a transportar bajo bandera extranjera. Al considerar esto dos elementos se tiene que, del total de préstamos de mediano y largo plazo (los más importantes), préstamos bajo PL 480, título I y IV; donaciones bajo PL 480, título II y III, otras donaciones y cuerpos de paz, nuestro país obtiene un «componente real de ayuda» en relación al total autorizado de sólo 31,4 %; porcentaje que refleja la naturaleza efectiva de la denominada ayuda.⁷ Por otra parte, si tomamos la información de las inversiones directas norteamericanas en Chile, podemos observar que parte significativa de ella está compuesta por reinversión de utilidades. El propio Departamento de Comercio de Estados Unidos muestra que la reinversión de utilidades, en el promedio de los años 1950-67, representa

⁷ CIAP, *El esfuerzo interno y las necesidades de financiamiento externo para el desarrollo de Chile*, Unión Panamericana, 1968, pp. 146-60.

156 28% de las «nuevas inversiones». Además, las transferencias de capital al extranjero, por concepto de inversión directa norteamericana, representan en el período 1 201 millones de dólares; es decir, más de cuatro veces el valor de las «nuevas entradas de capital». Junto a esto, el valor en libros de la inversión directa norteamericana en Chile se incrementa en el período, de 530 millones de dólares, en 1950 a 879 millones, en 1967.

CUADRO No. 1

INVERSION DIRECTA DE ESTADOS UNIDOS EN CHILE

(Valor en libros, flujo neto de capital, utilidades reinvertidas y transferencias de utilidades a Estados Unidos. (Millones de dólares))

AÑOS	Valor en	Nuevas entra-	Utilidades	3		Transferencias
	libros	das de K.N.	reinvertidas	2 + 3	2 + 3	de utilidades
	(1)	(2)	(3)			(4)
1950-1952	579	33	2	35	5,7	49
1953-1955	642	2	5	7	71,4	48
1956-1958	705	28	5	33	15,2	60
1959-1961	731	7	6	13	46,2	67
1962-1964	775	12	7	19	36,8	68
1965-1967*	851	14	12	26	46,2	108
1950-1967		286	111	397	28,0	1 201

Fuente: Información obtenida del Survey of Current Business, sistematizada en el equipo de dependencia (CESO).

* Total obtenido de la suma directa de los valores anuales.

Por otra parte, la acción de la inversión extranjera en el interior de la economía chilena se ve tonificada con fondos obtenidos en el propio sistema financiero nacional. Sin tener información muy específica sobre esta materia (no hay estudios al respecto) creemos que investigaciones concretas sobre esta cuestión daría evidencia sobre lo que señalamos. De todas formas, nos limitaremos a indicar algunos antecedentes generales entregados por otros autores. Así, French-Davis y Griffin señalan que existe la posibilidad real de financiar inversiones extranjeras con capitales obtenidos en el sistema financiero local.⁸ Este fenómeno lo destacábamos también en el trabajo citado anteriormente, expresando que en América Latina:

⁸ French-Davis R. y Griffin, **Comercio internacional y políticas de desarrollo económico**, FCE, México, 1967, p. 245.

...del total de fuentes que utilizan los capitales norteamericanos, un porcentaje de 88,2% es obtenido en América Latina y sólo 11,8% representa fondos propios que vienen de Estados Unidos. De las fuentes obtenidas en América Latina, gran parte está constituida por fondos obtenidos de las propias operaciones de la empresa norteamericana en la región; pero realmente significativo es que los fondos obtenidos en América Latina mediante la canalización de los ahorros internos de la región sean 14,1% del total de fuentes; es decir, un porcentaje mayor que las fuentes que vienen del propio Estados Unidos.⁹

Wionczek nos dice que, por otra parte, una de las características centrales de la expansión de la banca extranjera en América Latina refleja:

...la escasez mundial de recursos financieros disponibles para la inversión que empuja a la inversión extranjera a buscar el financiamiento local.¹⁰

Más adelante agrega, respecto a la expansión de la banca en Chile:

A fines del año 1962 tres bancos extranjeros tenían 3,4% de las reservas de la banca privada, 13,2% de los depósitos a la vista y 5,2% de los depósitos a plazo. Para fines de 1967, como consecuencia de la aparición del Bank of America y de la adquisición de una parte minoritaria del Banco Osorno y de la Unión por Deutsche Sudamerikanische Bank, los porcentajes aumentaron respectivamente a 15,7, 28 y 20,0.¹¹

Por otra parte, en Chile, la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) otorga préstamos a empresas con fuerte «aporte» de capital extranjero e incluso a empresas de inversión directa; por ejemplo, en la industria de partes y equipos de automóviles, de 29 empresas creadas en los años 1968-69, 15 recibieron préstamos de CORFO y de éstas, en 10 empresas de las que se posee información, existe importante participación de capital extranjero.¹² De tal manera que el

⁹ Caputo, O. y Pizarro, R., *op. cit.*, p. 91.

¹⁰ Wionczek, M., **La banca extranjera en América Latina**, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1969, p. 4.

¹¹ Wionczek, M., *op. cit.*, p. 48.

¹² Jacqueline Weinstein, **Monografía sobre industria automotriz**, realizada en la cátedra de Teoría de la Dependencia (Escuela de Economía, universidad de Chile, 1969). Con datos obtenidos de CORFO.

158 financiamiento de las empresas extranjeras con fondos nacionales es un fenómeno generalizado en el país a tal extremo que se ha tenido que legislar en los últimos años respecto a las remesas de capitales para que éstas no incluyan aquellas utilidades provenientes de los préstamos otorgados por CORFO.

Las lucubraciones de los ideólogos desarrollistas se enfrentan con una estructuración del capital extranjero en Chile, que rompe sus esquemas por cuanto ni las inversiones directas ni los préstamos en financiadores del balance de pagos son complemento del ahorro interno. La crisis del balance de pagos, es decir, su déficit explica justamente por la acción de ambas formas de capital en nuestra economía y, por otra parte, es precisamente el ahorro nacional el que complementa al capital extranjero y no al revés, ya que parte significativa de las nuevas inversiones extranjeras son financiadas con recursos obtenidos en el interior de la economía chilena (tanto por el sistema bancario como por la acción de la empresa en el país), obteniendo cuantiosas utilidades y aumentando el valor de sus posiciones en Chile. A esto se agrega que los préstamos otorgados representan una ayuda real pequeña según se señaló arriba, a la vez que generan una creciente deuda externa.

4. **ORIENTACION SECTORIAL Y FORMAS QUE ASUME LA INVERSION EXTRANJERA EN CHILE**

El capital extranjero que opera en América Latina se orienta cada vez más claramente hacia el sector manufacturero de nuestra economía. Esto es consecuencia directa de los intereses de la gran empresa monopólica internacional, que se vuelca en forma creciente a los mercados internos.¹³ Esta nueva estructuración del capital extranjero en la economía latinoamericana es una de las facetas de la «nueva dependencia», en que se desarrolla una férrea ligazón de nuestros países con el centro dominante, a consecuencia del control interno que ejercen los conglomerados multinacionales.

Esta nueva orientación de la inversión extranjera se manifiesta en Chile sólo a partir de la última década y, con bastante intensidad,

¹³ Ver Caputo, O. y Pizarro, R., *op. cit.*, pp. 246-250.

a partir de 1966. La información respecto a las inversiones norteamericanas directas en Chile indican que el valor en libros de éstas en la minería, se han mantenido relativamente estables a contar de 1960 y sólo, como resultado de la cristalización de los convenios del cobre, se produjo un incremento de las inversiones en 1968, ya que dichos convenios imponían, a las compañías como al gobierno chileno, un aumento de las inversiones a fin de cumplir con los programas de producción diseñados. El cuadro, a pesar de mostrar que las inversiones directas norteamericanas en minería siguen constituyendo el centro de la actividad de Estados Unidos en Chile, indica, sin embargo, que en términos relativos el interés por el sector manufacturero y de comercio es especialmente significativo a partir de la década del sesenta y especialmente a contar de 1966. En el sector manufacturero, en estos nueve años el valor en libros de la inversión directa norteamericana se ha incrementado de 22 millones de dólares a 68 millones; o sea, ha crecido más de tres veces. En el sector de comercio, se ha incrementado de 12 millones de dólares a 39 millones; también en más de tres veces. Los valores absolutos de la inversión directa en manufactura y comercio aparentemente son pequeños; sin embargo, ellos permiten controlar una cantidad de capital sustancialmente mayor como analizaremos más adelante. (Ver cuadro no. 2.)

Esta nueva tendencia de la inversión extranjera directa en Chile se aprecia también cuando observamos las nuevas entradas netas de capital. Al respecto, la información estadística muestra que en la minería, excepto en el año 1969, no hubo nuevas entradas netas de capital. Por el contrario, existió una política sistemática de retiros de capital de parte de las empresas extranjeras. En cambio, en el sector manufacturero se observa una permanente afluencia de nuevas entradas netas de capital.

Por otra parte, en relación a las utilidades no distribuidas, mientras en la minería no se revierte, en la manufactura en cambio, se viene reinvertiendo sistemáticamente y, generalmente, más de 50% de las ganancias que la inversión norteamericana tiene en este sector.

En cuanto a los préstamos que percibe Chile y su distribución sectorial, debemos decir que tradicionalmente se han orientado a los sectores de infraestructura económica dentro de la perspectiva que al sector privado le corresponde aquella inversión que significa la crea-

CUADRO No. 2

INVERSIONES DIRECTAS DE ESTADOS UNIDOS EN CHILE
(por año y sectores) (millones de dólares)

Años	Total	Mi.	Ma.	Co.	Otros	%				%	%				%
						Mi.	Ma.	Co.	Otros		%	Mi.	Ma.	Co.	
1960	739	517	22	12	188	70,0	3,0	1,7	25,4	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
1961	726	503	27	13	183	69,3	3,7	1,8	25,2	100,0	97,3	122,7	108,3	97,3	98,2
1962	768	504	29	14	221	65,6	3,8	1,8	28,8	100,0	97,5	131,8	116,7	117,6	103,9
1963	768	503	27	15	223	65,5	3,5	2,0	29,0	100,0	97,3	122,7	125,0	118,6	103,9
1964	789	500	30	20	239	63,4	3,8	2,5	30,3	100,0	96,7	136,4	166,7	127,1	106,8
1965	829	509	39	24	257	61,4	4,7	2,9	31,0	100,0	98,5	177,3	200,0	136,7	112,2
1966	845	494	51	32	268	58,5	6,0	3,8	31,7	100,0	95,6	231,8	266,7	142,6	114,3
1967	879	516	61	37	265	58,9	7,0	4,1	30,0	100,0	99,8	277,3	308,3	141,0	118,9
1968	963	586	68	39	270	60,8	7,2	4,0	28,0	100,0	113,3	309,1	325,0	143,0	130,3

FUENTE: Información obtenida del Survey of Current Business, tabulada en el equipo de dependencia (CESO).

Mi. = Minería

Ma. = Manufactura

Co. = Comercio

ción inmediata de bienes y servicios. No obstante, partir de los años sesenta, hemos podido constatar que un importante contingente de préstamos se ha dirigido al sector manufacturero. Es decir, la nueva orientación del capital privado en Chile se ve apoyada por la política de ayuda del centro dominante y de las agencias internacionales ya que, directamente (préstamos para manufacturas) como indirectamente (préstamos destinados a infraestructura), se constituye la base de apoyo de aquellos conglomerados multinacionales que operan en nuestro país.

Este proceso de generación y concreción de una estructura de la inversión extranjera sólida y ligada fuertemente a las empresas extranjeras es estimulada y favorecida por determinados mecanismos legales que reglamentan el ingreso de capitales a territorio nacional. Al respecto, los más importantes son el DFL 258 y los artículos 14 y 16 del DFL 1272. De éstos, el más decisivo, en opinión de CORFO, es el primero por cuanto reglamenta respecto a la incorporación tanto de divisas como de bienes,¹⁵ permitiendo inversiones de carácter más estable y otorgando franquicias especiales en cuanto al financiamiento del capital extranjero.

Las informaciones entregadas por CORFO en relación al DFL 258 son bastante confusas; no obstante, dan una pauta respecto a la orientación de las inversiones extranjeras en el país. Así tenemos que, en el período 1960-67, de un total materializado de 84 millones de dólares, alrededor de 50 millones correspondieron al sector industrial. Debemos notar que la orientación del sector industrial se ha visto acentuada en los años 1968-69 en que se autorizaron alrededor de 67 millones de dólares, cifras que, en lo que se refiere a inversiones en el sector industrial, constituyen las mayores del período.¹⁶

Por otra parte, en relación al decreto 1272, artículo 14, informaciones del banco central estarían señalando que, para los años 1968 y 1969, la mayor parte de los ingresos de capitales bajo este rubro viene dirigido al sector manufacturero.¹⁷

¹⁵ Existen otras disposiciones legales más específicas sobre el ingreso de capitales para la gran minería del cobre, electricidad y teléfonos que no es del caso analizar aquí.

¹⁶ CORFO, División de Planificación Industrial, **Políticas vigentes en torno al ingreso de capitales extranjeros**, publicación no. 18, 1969, p. 14.

¹⁷ Ver banco central de Chile, sección comercio exterior, ingresos por artículo 14 del 1272.

162 La estrategia del capital extranjero en América Latina tiene por objeto el control del sector industrial y, dentro de éste, de los sectores más dinámicos y de vanguardia tecnológica.

El control de aquellos sectores de vanguardia tecnológica se ve facilitado gracias a las políticas modernizantes de los gobiernos latinoamericanos, que abren puertas al otorgar todo tipo de franquicias a las empresas extranjeras instaladas en petroquímica, automotriz, electrónica, etc. Así, la empresa extranjera tiene un absoluto control monopólico de estos sectores que se ve favorecido por el hecho de que estas empresas cuidan con verdadero celo el control de la tecnología en aquellas industrias de vanguardia en el sistema capitalista. De este modo, tienen la posibilidad de controlar importantes mercados, acrecentando sus ganancias.

Chile se había encontrado al margen de este proceso que era muy acentuado en otros países latinoamericanos; sin embargo, a partir de 1966, se desarrollan aquellos sectores dinámicos de la industria, bajo el control del capital extranjero.

A propósito de este fenómeno, CORFO señala:

En los últimos años se han visto vitalizadas ramas que hasta el año 1965 no habían recibido aporte alguno, como son: fabricación industrial de sustancias y productos químicos, industrias metálicas básicas del hierro y del acero, y construcción de maquinaria, equipo y accesorios eléctricos.¹⁸

Y agrega:

A fines del año 1968 y en el lapso transcurrido del presente año, se observa una concentración de los aportes en la industria de piezas y partes para automóviles.¹⁹

La acentuación del control imperialista de los sectores dinámicos de la industria chilena, ante la limitación que presenta el mercado, debe buscarse tanto en los estímulos gubernamentales como en la perspectiva de los mercados comunes (ALALC, Pacto Andino). En cuanto al primer elemento, CORFO nos da la razón al decir:

...el capital extranjero, confirmando lo que habíamos anticipado, en los casos de inversiones relativamente grandes:

¹⁸ CORFO, División de Planificación Industrial, **El estatuto del inversionista (DFL no. 258, 1960) y su significado en la industria chilena**, publicación no. 17, 1969, p. 7.

¹⁹ **Op. cit.**, p. 7.

industria pesquera, celulosa, química, metalúrgica y automotriz, las emprende solamente en los casos en que éstas son estimuladas o apoyadas por el gobierno. Las inversiones menores parecen dirigirse hacia aquellas áreas que poseen un mercado relativamente estable y dinámico (bienes de consumo), como industria de productos alimenticios, farmacéuticos y de cosméticos y fabricación de productos metálicos.²⁰

Un caso típico de empresa que ha recibido fabulosos estímulos estatales es la Petrodow (DOW CHEMICAL), a la cual se le han concedido los cuatro tipos de franquicias que es posible ofrecer mediante el estatuto del inversionista, es decir: retorno libre de utilidades, revalorización del capital, liberación de aduana y estabilidad tributaria (que se concede por quince años). (Ver cuadro no. 3.)

Generalmente se entiende que las dos formas principales de penetración del capital extranjero, es decir, la inversión directa y los préstamos actúan separadamente, cada cual con su propia dinámica. Esto hace a la teoría oficial y a los organismos gubernamentales señalar las ventajas y desventajas de cada una de estas formas:

El crédito tiene la ventaja de que mantiene como nacionales las fuentes económicas del país, o sea, no influye sobre el poder de decisión de la empresa beneficiaria. La inversión directa aporta en la mayoría de los casos conocimiento tecnológico y nuevo sistema de organización y apertura de nuevos mercados. Ambos tienen también inconveniente en el sentido de que el primero debe pagarse aún cuando la inversión sea un cuasi fracaso y el segundo permite una salida de divisas en la generalidad de los casos muy superior al ingreso.²¹

Nosotros creemos que plantear así la cuestión es confundir la forma real que asume la penetración extranjera en la economía nacional. Ella formalmente adopta formas distintas, pero la esencia de la misma se expresa a través de la vinculación entre préstamos e inversión directa bajo distintas facetas: por una parte los préstamos como generadores de una infraestructura, base de apoyo de la inversión directa; por otra, los préstamos como forma particular de plasmarse y actuar en forma inmediata como inversión directa (préstamos directos a la empresa extranjera). Así, la cuantificación separada de las

²⁰ *Op. cit.*, pp. 7 y 8.

²¹ *Op. cit.*, p. 8.

164 remesas de divisas, a consecuencia de las dos formas de penetración del capital extranjero, asume un carácter absolutamente artificial si no percibimos aquella vinculación señalada antes.

De esta manera, en Chile, al considerar el DFL 258, se observa que la forma principal de entrada de capital extranjero son los préstamos, por cuanto representan 70% del total de ingresos bajo este decreto; en cambio, ingresa sólo 30% en forma de inversión directa. Por otra parte, esta entrada de capital extranjero se concreta en bienes (70%) y en divisas (30%). Junto a esto, lo más importante por señalar es el hecho de que, del total de capital extranjero ingresado por el DFL 258, 80% aproximadamente se dirige a las propias empresas extranjeras instaladas en el país.²²

Hemos visto que la empresa extranjera es la principal receptora de capital proveniente del exterior y que la forma principal que asume son los préstamos. Nos corresponde, por tanto, explicar la forma de operar que tiene la empresa en cuanto al ingreso de capitales, de tal manera de mostrar aquella ligazón que indicábamos antes entre préstamos e inversión directa. Según la propia CORFO:

La forma en que se materializa el aporte (inversión directa a crédito) depende generalmente del tipo de empresa o del monto del aporte. Si el aporte es superior a 3 millones de dólares, generalmente una parte principal de éste ingresa por la vía del crédito. Si es inferior a 1 millón de dólares, en la mayoría de los casos, la totalidad del aporte se materializa como inversión directa.²³

La utilización de créditos para cantidades de inversión superior a los 3 millones de dólares tiene, en nuestra opinión, una explicación bastante lógica desde el punto de vista de los empresarios extranjeros. Estos obtienen préstamos tanto en sus casas matrices como en las instituciones financieras internacionales o norteamericanas, utilizándolos para la adquisición de equipos y maquinarias en sus propias casas matrices. Así, a la vez que apoyan e incrementan la inversión privada directa en nuestro país, ayudan a fomentar las exportaciones de las empresas de los centros desarrollados del sistema.

Junto a lo anterior, se produce una intensificación de las remesas de divisas ya que, de acuerdo a esta mecánica, la empresa extranjera

²² **Op. cit.**, pp. 7, 8 y 9.

²³ **Op. cit.**, p. 8.

no sólo remesa las utilidades correspondientes a su inversión directa y los intereses y amortizaciones de los préstamos, sino que también se produce un egreso de divisas por concepto de aquellos incrementos de utilidades, productos de la utilización de los préstamos en el interior de la economía nacional.²⁴

Esta forma de actuación de la empresa extranjera en Chile manifiesta la conjunción de varios elementos que expresa una estructura de relaciones económicas internacionales fuertemente explotada por los centros desarrollados del sistema y, en especial, por el centro dominante. Así se articulan los intereses de las empresas multinacionales de las instituciones financieras norteamericanas e internacionales y de la propia política externa de Estados Unidos con los mecanismos ofrecidos por el gobierno chileno y que favorecen el desarrollo de aquella estructura.

A consecuencia de esta forma de operar de la empresa extranjera, se intensifican las altas tasas de interés y los desfavorables plazos de amortización que Chile tiene que pagar, ya que, según señala CIAP en el documento citado anteriormente, son precisamente los préstamos al sector manufacturero los más duros, debido a que su «Componente de Ayuda» alcanza sólo a 11,4%, sin considerar la atadura de dichos préstamos.²⁵

Veamos un ejemplo típico de ingreso de capital bajo el estatuto del inversionista (DF L 258), como es el caso de la Petrodow, controlada por la Dow Chemical. Las inversiones de esta empresa en la industria petroquímica chilena alcanzan a 31,3 millones de dólares, de los cuales 4,3 millones son aporte del sector público. El aporte real de la casa matriz (Dow Chemical) alcanza a 6 580 000 dólares que se ven incrementados en 2 millones más por el aporte tecnológico que hace la empresa. El resto de las fuentes, es decir 18 420 000 dólares, ingresan por la vía del crédito otorgado por el Bank of American, Exim-Bank y la casa matriz.

Esto está mostrando que la política de la gran empresa extranjera consiste en instalarse en el país con un aporte relativamente pequeño que le permita controlar la empresa instalada. Simultánea-

²⁴ Informaciones no oficiales de CORFO establecen que sólo en el último año (1969) se prohibió la remesa de utilidades, producto del uso del crédito, y la solución que se adoptó fue la reinversión interna de dichas utilidades.

²⁵ CIAP, *op. cit.*, p. 156.

166 mente, la empresa está en condiciones de remesar no sólo aquella parte que le corresponde a su aporte real y los intereses y amortizaciones por los préstamos conseguidos, sino también aquella parte que le corresponde por la acción de los préstamos al operar en la empresa. Por otra parte, a pesar de representar el crédito un peso significativo para la economía nacional por cuanto su costo es muy elevado, ello no es óbice en su utilización por parte de la empresa extranjera por las ligazones de los otorgantes y los receptores de aquél. Por último, lo más probable es que las compras de maquinarias y equipos se hagan directamente a la casa matriz o a otra empresa ligada a ésta; por tal razón, los precios de estos bienes son normalmente elevados y no tiene importancia desde el punto de vista de la empresa que se confundan vendedores y compradores, pero sí desde el punto de vista del conjunto de la economía nacional.

El ejemplo indicado es ilustrativo de una situación general que nos permite refutar con propiedad aquel argumento que señala las ventajas del crédito en cuanto conserva las decisiones en manos de nacionales. En realidad, la mayor parte de los créditos a la industria van dirigidos precisamente a la empresa extranjera, en la cual han depositado su confianza las instituciones financieras internacionales, y mediante los cuales se obtienen los bienes de capital y la tecnología que desnacionalizan cada vez más la economía chilena.

5. INVERSION EXTRANJERA Y PROCESO DE CONCENTRACION

El proceso de concentración y centralización que se desarrolla en la economía norteamericana se expresa con mayor intensidad aún en aquellas actividades controladas por empresas norteamericanas fuera de las fronteras de Estados Unidos. Esto se aprecia con claridad, por cuanto un reducido número de empresas controla la mayor parte de las inversiones norteamericanas en el exterior. Según el U. S. Business Investment in Foreign Countries, sólo 166 empresas, en el año 1957, controlaban más de 80% de las inversiones directas norteamericanas en el exterior.

CONSTITUCION DE PETRODOW

1. Caracterización del financiamiento y aporte:

—Aporte real al capital social	US\$ 6 580 000	
—Aporte en Know How (tecnología)	2 000 000	
—Aporte y amortización del crédito de los organismos financieros extranjeros	17 000 000	(EXIMBANK y BANK of AMERICA)
—Aporte y amortización del crédito de la casa matriz	1 420 000	
—Aporte en capital chileno (petroquímica chilena y ENAP)	4 300 000	
	<u>31 300 000</u>	

2. Inversión bruta:

—Know How (tecnología)	2 000 000
—Maquinaria y equipo	20 800 000
—Construcción y obras civiles	500 000
—Gastos de instalación	2 700 000
—Gastos de constitución y financiamiento	300 000
—Activo circulante (cap. de explot.)	5 000 000
	<u>31 300 000</u>

.. Control de la empresa: 70% Dow Chemical

4. Garantías especiales : 30% chileno

- Royalties: durante diez años: 4,5% sobre ventas de polietileno
3,5% sobre ventas de cloruro de polivinilo,
no se pagan sobre ventas de cloruro de vinilo
manómero.
- Retorno libre de utilidades
- Revalorización del capital:

Fuera de la tecnología (Know How), pueden retirarse en cuotas anuales no superiores a 10% del monto efectivo importado al país a partir del año siguiente en que CORFO estime completada la inversión. Hay además liberación de derechos de aduana para los bienes que se internen con cargo a este capital. Quince años de franquicias a partir de la dictación del decreto, con estabilidad tributaria.

FUENTE: Jaime Estévez Valencia, **Industria petrolera y petroquímica**, monografía presentada en la cátedra de Teoría de la Dependencia (Escuela de Economía, universidad de Chile, 1969).

168 Junto a este proceso de concentración y centralización, tanto en el interior de la economía de Estados Unidos como en la acción de sus empresas en el exterior, es importante destacar que, en los países a los que se dirigen los capitales norteamericanos, se genera un alto grado de propiedad accionaria de las subsidiarias. Las empresas monopólicas multinacionales «se rigen por el criterio de la posesión total del capital o por el control de la empresa»,²⁶ constituyendo una de las características más sobresalientes de la instalación de subsidiaria, la orientación a sectores industriales de alta concentración o a aquellos en que existen posibilidades reales de establecer un control monopólico u oligopólico. El control monopólico ejercido por la empresa norteamericana ha sido destacado en América Latina por algunos autores para Argentina, Brasil y México.²⁷ A este respecto, creemos necesario esbozar algunas ideas generales en lo pertinente a Chile.

La industria automotriz constituye uno de los más claros ejemplos del proceso de monopolización industrial sobre la base de la empresa extranjera. Tenemos que de 24 empresas que se constituyen en el período 1962-67, sólo 12 subsisten en 1969 y, de ellas, 7 son empresas extranjeras con un porcentaje de participación extranjera superior al 50%. De estas 12 empresas automotrices existentes, 4 funcionan como subsidiarias de grandes empresas multinacionales: Ford Motors, General Motors, Fiat y Citroen. De las restantes, la mayoría opera con licencia de empresas extranjeras dándose una clara tendencia, en el último tiempo, al remplazo de los licenciados nacionales por subsidiarias de las casas matrices. De este modo dejaron de funcionar Indumotora, licenciado de la General Motors y Chile Motores, licenciado de la Fords Motors, siendo armados los vehículos directamente por las firmas extranjeras.²⁸

²⁶ Lagos, Gustavo, «Empresas multinacionales: aspectos socioeconómicos, jurídicos e institucionales», en **Las inversiones multinacionales en el desarrollo y la integración de América Latina**, BID, 1968, p. 219.

Cecaña, José Luis, **El capital monopolista y la economía de México**, Ed. Cuadernos Americanos, México, 1963.

²⁷ Delgado, Julián, «Industria: el desafío a Argentina», en **Primera plana**. Galeano, Eduardo, «Desnacionalización industrial en Brasil», en **Monthly Review** no. 67. Cecaña, José Luis, **El capital monopolista y la economía de México**, Ed. Cuadernos Americanos, México, 1963.

²⁸ Weinstein, Jacqueline, **op. cit.**

Esta situación es propia también de la industria de partes y piezas para automóviles. Entre 1968 y 1969, se crearon 29 empresas que en su mayoría funcionan con licencia extranjera y, en gran cantidad de casos, con participación extranjera directa. De 10 de estas empresas sobre las que se tiene información clara, el capital extranjero tiene participación en 8. De las 19 empresas restantes, a pesar de no existir suficiente información, se aprecia una participación extranjera importante en varias. Por otra parte, los proyectos de más envergadura desarrollados en este sector corresponden precisamente al capital extranjero (Rockwell, Fensa, conjunto mecánico Aconagua).

También la participación extranjera en el control monopólico de la industria se observa en la petroquímica, electrónica, etc. Es decir, los sectores más dinámicos de la industria aparecen controlados por la empresa extranjera. Pero la acción monopólica extranjera se presenta también en sectores tradicionales de la industria como alimentos y textil, en los cuales existe una importante participación extranjera en el control de la industria nacional. El investigador Gabriel Gasic²⁹ ha llegado a la conclusión que, en el total de las sociedades anónimas (86 sociedades) del sector textil en el año 1967, 14 controlan alrededor de 73% del capital y reservas del sector y, de éstas, 4 sociedades estrechamente vinculadas controlan en forma significativa el conjunto de las 14 y otras que están fuera de las consideradas. En las 4 sociedades, que conforman un núcleo de intereses comunes, el capital extranjero participa en 3 de ellas en forma no mayoritaria, pero significativa. Por otra parte, en el sector de productos alimenticios, señala que entre las empresas fabricantes de productos lácteos y sus derivados, el control del capital extranjero es más acentuado aún. Para el año 1967, de un total de 11 sociedades anónimas, 2 de ellas controlan más de 70% del capital social del sector y estas 2 empresas constituyen un sólo núcleo controlado en 100% por el mismo capital extranjero.

Este investigador nos ha señalado la importancia de destacar que la acción de la empresa extranjera en nuestro país no sólo se presenta en la creación de nuevas actividades.

²⁹ Gabriel Gasic es investigador del Centro de Estudios Socioeconómicos y forma parte del equipo de investigación sobre burguesía industrial chileno que dirige el investigador Victor Brodersohn.

170 El gobierno chileno, a través de CORFO, ha iniciado actividades estimulando empresas nacionales con significativos aportes que han sido posteriormente comprados por empresas extranjeras, generándose un proceso de desnacionalización extraordinariamente grave. En este sentido, un caso típico de este fenómeno parece ser lo sucedido con la empresa de neumáticos S.A. (INSA). Esta empresa fue creada en 1941 por capitalistas chilenos con la colaboración de CORFO, contando con la asesoría técnica de la General Tire and Ruber Co. Con el correr de los años, esta empresa extranjera pasa a tener el control mayoritario de INSA. Así, en 1969, el proceso de desnacionalización se aprecia en toda su magnitud, con un control mayoritario de accionistas norteamericanos. Veamos:

INSA : 1969³⁰

Total de acciones	25 000 000	100%
Accionistas principales		
1. The General Tire and Ruber Co.	6 771 483	27,09
2. General Tire International Co.	2 396 931	9,59
3. Bank Lienteastein Ltd.	2 467 246	9,87
4. First National City Bank	1 286 492	5,14
5. Dundes Investment, S. A.	950 015	3,80
	13 872 167	55,49

Este proceso de concentración monopólica, sobre la base de la gran empresa multinacional, es reconocido por los propios documentos elaborados en los organismos gubernamentales. Decíamos que las empresas destinatarias de los aportes de capital extranjero bajo el DFL 258 son en su gran mayoría extranjeras. En efecto, cerca de 80% de las empresas que han recibido capital extranjero son controladas desde el exterior, y estos documentos establecen que las franquicias que ofrece este estatuto a los capitales extranjeros permiten una desnacionalización creciente de la industria chilena. Así señala CORFO:

³⁰ Información entregada por el investigador Gabriel Gasic.

En los momentos de redactar estas notas se encontraba abierta una polémica sobre la mayor participación en el capital social que lograba alcanzar el inversionista extranjero, a través de varios ejercicios; por las franquicias en cuanto a revalorización del activo, capitalización de utilidades y depreciación en moneda dura, con el que primero goza.³¹

Este proceso de concentración monopólica de la industria chilena sobre la base de la empresa extranjera, tiene profundas implicaciones en:

i) Estructura de la producción, la que se define en función de los intereses de la empresa multinacional con toda una tecnología correspondiente con la estructura del sistema capitalista, pero profundamente distorsionadora de la economía interna (desocupación, creación de demanda suntuaria, etc).

ii) Balanza de pagos, cuyos problemas se agudizan por los pagos y consecuentes egresos de divisas que se hacen a la empresa extranjera instalada en el país, a lo que se agrega una elasticidad de demandas por importaciones cada vez más rígidas, dependientes de materias primas y equipos necesarios al proceso de industrialización.

iii) Descapitalización creciente, producto de las utilidades extras obtenidas por el monopolio extranjero y la super explotación del trabajo (utilidades remitidas al exterior y acumulación interna de capital).

iv) Centro de decisión que pasa de lleno al exterior, ya que el proceso de industrialización pasa a ser regido en la práctica por la empresa extranjera.

6. INVERSION EXTRANJERA Y DEPENDENCIA TECNOLÓGICA

La nueva orientación del capital extranjero al sector industrial de la economía latinoamericana, con el control interno de los mercados de nuestros países, ha estructurado una particular forma de dependencia tecnológica que tiene profundos efectos, tanto en la estructura productiva de estos países como también en el balance de pagos.

³¹ CORFO, documento 17, p. 11.

172 Se trata aquí de ofrecer algunas consideraciones y reflexiones sobre la cuestión tecnológica en Chile, tarea que se hace bastante difícil por la escasez de información, por una parte, y, por otra, por los escasos análisis que existen sobre el problema.

El gran desarrollo tecnológico que vive la economía norteamericana obedece a la preocupación e intensificación de las grandes empresas monopólicas por innovaciones que posibiliten acrecentar sus ganancias. En tal sentido, se montan en el interior de las empresas verdaderos centros de investigación que muestran el carácter cada vez más privado de la innovación y utilización de la tecnología. El monopolio de la tecnología se convierte así en una evidente realidad, cuya comprensión es vital para entender la dependencia tecnológica de nuestro país. Para la gran empresa multinacional que opera en nuestra economía, su tecnología constituye un activo vital que debe ser cuidada con todo esmero. Así, la empresa multinacional no arrienda aquella tecnología que va a la vanguardia en determinados sectores y sólo es transferida a sus subsidiarias. Su reticencia se fundamenta en el argumento de que el otorgamiento de licencias a empresas no afiliadas significa entregar a competidores, teniendo presente la posibilidad de que la corporación decida entrar directamente en el mercado.³² Así en Chile, se monta el sector petroquímico, que siendo justamente un sector tecnológico de vanguardia, no podría haberse desarrollado dentro de los marcos actuales sin la presencia del capital extranjero. De tal manera que el capital extranjero aparece en dicho sector con una subsidiaria controlada por una empresa multinacional. Para aquella tecnología más tradicional, se ha hecho común, en la última década, el arriendo de patentes por uso de marcas comerciales, de procesos, productos, etc.

Otra de las características de la tecnología ligada al capital extranjero es que aquélla asume la forma de aporte de capital. En este sentido, por ejemplo, en los convenios de constitución de Petrodow se consideran aporte de capital, 2 millones de dólares que corresponden al **know how** y, en el funcionamiento mismo de la empresa, una parte de las utilidades van a corresponder a este aporte tecnológico hecho capital. Esta situación pasa a ser distintiva, particularmente en la constitución de las «empresas mixtas» en que parte importante.

³² Lagos, Gustavo, *op. cit.*, p. 223.

del aporte de capital extranjero está representado precisamente por el conocimiento tecnológico al cual se le atribuye un valor.

Por otra parte, hay que destacar que la penetración del capital extranjero en forma de capital-maquinaria es otro de los rasgos característico que definen la estructura de la dependencia tecnológica. Señalamos anteriormente que, por el DFL 258, cerca de 70% del capital extranjero ingresa en Chile en forma de bienes y sólo 30%, en forma de divisas. Esta característica de la exportación de capitales, a la vez que nos muestra una de las facetas que adopta la dependencia tecnológica, refleja también la estructuración del mercado de bienes de capital y la participación de los países subdesarrollados en él. A este respecto, Ruy Mauro Marini es muy claro al señalar:

... en la medida en que el ritmo de progreso técnico redujo en los países centrales el plazo de reposición del capital constante de un promedio de ocho a cuatro años, surgió la necesidad para esos países de exportar a la periferia equipos y maquinarias vueltas obsoletas tempranamente, aún más, no totalmente amortizadas.³³

Este control monopólico de la tecnología que ejercen las empresas multinacionales define, en los países latinoamericanos, una estructura industrial tecnológicamente dependiente que provoca un fuerte impacto en el balance de pagos a causa del egreso creciente de divisas por el uso de la tecnología. El ingreso de divisas por este concepto de la economía norteamericana se ha intensificado fuertemente en los últimos años, llevando al Departamento de Comercio de Estados Unidos a través del Survey of Current Business, a señalar que el crecimiento de estos ingresos de divisas es mucho más dinámico que el propio crecimiento que experimentan los ingresos de divisas por las utilidades de las subsidiarias en el exterior. Más adelante mostraremos el crecimiento que han experimentado en Chile los egresos de divisas por este concepto. (Ver cuadro no. 4.)

La situación de la Petrodow en Chile es bastante esclarecedora a este respecto porque, además de considerarse el conocimiento tecnológico como aporte de capital (y corresponderle, por este concepto, una parte proporcional a las utilidades), la empresa puede remesar,

³³ Marini, Ruy Mauro, «Subdesarrollo y revolución en América Latina», en *Monthly Review*, no. 61.

174 por concepto de royalties, por un período de diez años, 4,5% sobre las ventas de cloruro de polivilino. El crecimiento experimentado por los egresos de divisas, productos de pagos tecnológicos, llevó a la comisión revisora de contratos de regalías a establecer los porcentajes mínimos y máximos que es posible aceptar. La propuesta hecha por esta comisión es generalmente menor a la media de los límites mínimos y máximos observados, lo cual es, evidentemente, un reconocimiento oficial de que los cobros por este concepto son excesivos.³⁴

CUADRO No. 4

CHILE: PAGOS DE SERVICIOS TECNOLOGICOS

(en dólares)

Año	Royalties	Comisiones	Asistencia Técnica	Total
62	827 543	1 577 039	4 969 371	7 373 953
63	371 265	550 450	11 035 003	11 956 718
64	3 791 259	727 374	4 099 136	8 617 769
65	6 321 737	979 203	3 463 470	10 764 410
66	5 446 720	1 446 773	3 186 459	10 079 952
67	7 882 985	2 842 805	3 454 059	14 179 929
68	7 435 050	5 063 514	4 009 355	16 507 919

FUENTE: Enríquez, Luis y Cabello, Winston, **La absorción tecnológica y el problema de las regalías**, monografía presentada a la cátedra de Teoría de la Dependencia (Escuela de Economía, universidad de Chile, 1969), de información recogida en el Banco Central de Chile.

La tecnología se incorpora a la estructura productiva nacional, no sólo tiene efectos en el balance de pagos, sino también en el interior mismo de la economía. La tecnología importada es lógica consecuencia de la inmersión de Chile en el sistema capitalista mundial y, siendo nuestro país la parte subdesarrollada en dicha estructura, evidentemente ve distorsionada su economía por la acción de dicha tecnología.

³⁴ CORFO, División de Planificación Industrial, **Los royalties (regalías) y el desarrollo industrial**, publicación no. 8, 1969, pp. 8 y 9.

El fenómeno de una tecnología distorsionadora se expresa tanto en aquella que se trasfiere de las casas matrices a las subsidiarias de empresas multinacionales, como en las empresas nacionales que contratan servicios tecnológicos. Así, Gustavo Lagos, en cuanto a la transferencia tecnológica de las casas matrices a las subsidiarias, nos señala:

Es evidente que las subsidiarias de las corporaciones internacionales que operan en la región no realizan esfuerzos significativos en materia de «investigación y desarrollo» (research and development). En efecto, la mayoría de ellas carecen de un departamento con esa finalidad y sólo en casos muy contados llevan a cabo labores de adaptación de tecnología, en tanto que en otra minoría de empresas —situadas casi invariablemente en Argentina, Brasil y México— realizan modestas actividades de investigación.⁸⁵

Esta tecnología, que se incorpora directamente en las subsidiarias de las empresas multinacionales, tiene profundos efectos en la economía sobre los cuales no podemos extendernos; pero, de todas formas, hay un problema que se menciona frecuentemente y es el de la ocupación. Basta señalar que el programa petroquímico diseñado en Chile, que está íntimamente ligada al capital y tecnología extranjera y que totaliza aproximadamente 160 millones de dólares, con cuatro grandes complejos que en total reúnen 11 plantas, ocupará sólo alrededor de 950 personas.⁸⁶

En cuanto al contrato de patentes, su naturaleza es también profundamente distorsionadora. En documentos de CORFO que se refieren a esta cuestión, se señala que este tipo de transferencia tecnológica es completamente anárquico y bastante cuestionable. En una revisión de las regalías contratadas por empresas chilenas, se obtuvo esta conclusión: «El uso de marca comercial es bastante frecuente y la más cuestionable desde el punto de vista del interés nacional», y se agrega:

Hay pocos casos en que ella se justifica y esto sucede cuando el uso de una marca permite el acceso del producto chileno al mercado externo (normalmente países de ALALC y Area andina).

⁸⁵ Lagos, Gustavo, *op. cit.*, p. 223.

⁸⁶ Estévez, Jaime, *op. cit.*

Se da, efectivamente, el caso de que el contrato permite la exportación a determinados países, pero en la mayoría de las veces, es **justamente el contrato de regalía el que la impide.**³⁷

De manera similar se pronuncian respecto a otras formas que asume el contrato de regalías: uso de patentes de invenciones relativas a productos y pagos por uso de modelos industriales. Sin embargo, se informa favorablemente en cuanto a la asistencia técnica, patentes relativas a procesos y la compra de **know-how**.

Finalmente, debemos destacar que, en el análisis de ingreso de capital bajo el DFL 258, llama la atención el número excesivo de «aportes» destinados a empresas que entran a competir con empresas nacionales: 40,7%; porcentaje respecto al número total de «aportes» del período 1960-68, los que representan 24% del monto total autorizado.³⁸ Se genera así una competencia entre empresas extranjeras y nacionales que indiscutiblemente, dada su superior tecnología, favorecerá y ha favorecido a las empresas extranjeras.

Sin embargo, la dependencia tecnológica no se agota aquí puesto que hay una serie de otros elementos que tienen mucha significación en la estrategia de largo plazo de la empresa multinacional.

En tal sentido, es normal que el uso de la tecnología extranjera traiga aparejada la prohibición de exportar bienes, por cuanto ello podría significar entrar en competencia con empresas subsidiarias, ubicadas en otros países o con empresas que arriendan patentes. Por ello, es bastante ilustrativo que, en los estudios técnicos realizados por CORFO en los últimos años, se plantee el rechazo a contratos tecnológicos que tengan este tipo de cláusulas.

También es usual que el uso de tecnología extranjera venga acompañado de cláusulas en que se obliga a consumir materias primas u otro tipo de bienes intermedios. Es decir, más que el interés inme-

³⁷ CORFO, publicación no. 8, 1969.

³⁸ CORFO, publicación no. 17, p. 11.

diato de obtener ganancias, en determinados casos, a la empresa extranjera le interesa asegurarse un mercado comprador

Finalmente, en no pocos casos, los contratos de tecnología establecen la participación directa del otorgante, a través de paquetes de acciones, control de algún departamento estratégico de la empresa (finanzas, ventas), etc. Así la tecnología ayuda a intensificar el proceso de desnacionalización de la industria.

La tecnología extranjera se presenta en casi la mayoría de los productos que consumimos diariamente. Alrededor de 490 empresas chilenas, en el año 1968, pagan regalías a empresas extranjeras por uso de tecnología; 310 de aquellas empresas tienen contrato con una sola empresa extranjera; 82 tienen contratos con dos empresas extranjeras y 97 tienen contrato con tres o más empresas extranjeras. La información nos muestra además, que el número de contratos que corresponden al sector industrial chileno son los más importantes, ya que alcanzan 76% del total de los contratos; a éste, le sigue el sector comercio que reúne 13,3% del total de empresas con contrato de regalías. Ahora bien, dentro del sector industrial, observamos que el mayor número de empresas con contrato de regalías está la industria de sustancias y productos químicos, con 30,5%; le siguen las industrias de productos metálicos, que alcanzan 26%; alimentos, con 7,8%; textiles, con 7,6% y calzado y ropa, con 6,5%.³⁹

El proceso aquí descrito tiene un carácter masivo, generalizándose en los últimos años. Desde luego, el número de empresas que participan es importante aún más teniendo presente que la mayor parte de ellas son empresas relativamente grandes, según indica una apreciación general de esta información.

En el cuadro no. 4, se presenta el total de pagos en que incurre la economía chilena por concepto de servicios tecnológicos. Se aprecia que los royalties crecen sustancialmente desde 1962 a 1968 pasando de cifras inferiores a 1 millón de dólares a cifras superiores a 7 millones. Otro tanto sucede con el total de pagos por servicios

³⁹ Información recopilada del Banco Central por Renato Santoro para la cátedra de Teoría de la Dependencia (Escuela de Economía, universidad de Chile, 1969).

178 tecnológicos que alcanzan la importante suma de 16,5 millones de dólares. Esta cifra logra gran significación con las ganancias de las subsidiarias norteamericanas que actúan en la manufactura en Chile, las que en el año 1968 alcanzaron alrededor de 7 millones de dólares.⁴⁰

7. CONSIDERACIONES FINALES

Al destacar los aspectos característicos de las relaciones económicas internacionales de Chile observábamos que la expansión del centro dominante, a través de la gran empresa multinacional, tiende a definir una nueva estructura de relaciones en la cual los movimientos de capital adquieren una importancia cuantitativa y cualitativa sin precedentes en la historia del imperialismo.

Así, el centro dominante asume el control de la economía chilena en el interior mismo de ésta, mediante la subsidiaria volcada al mercado interno. El dominio imperialista se hace más férreo, transformándose el «aporte externo» en clara extracción de excedente, con el consiguiente desarrollo nacional. Junto con esto, el proceso de industrialización pierde su carácter nacional, asumiendo la propia empresa extranjera el dominio del proceso, al controlar los sectores más avanzados del sector manufacturero.

De tal manera que el capital extranjero, en vez de constituir factor vital en el proceso de desarrollo —como lo señalan los desarrollistas—, representa una clara forma de intensificación de los lazos de dependencia con el centro imperialista, lo cual se traduce en definitiva en un proceso de desnacionalización y descapitalización creciente de la economía chilena.

Así se genera un proceso acumulativo de recurrencia constante al capital extranjero para mantener la industrialización y permitir cumplir los compromisos establecidos por la propia acción del capital extranjero en la economía.

⁴⁰ Survey of Current Business, octubre de 1969.

En tales condiciones, los desarrollistas, en desesperadas lamentaciones, abogan por medidas que reglamenten el ingreso de capitales extranjeros, creyendo así detener su acción expoliativa. Nosotros pensamos, en cambio, que existe la imposibilidad de superar esta expresión de la dependencia en Chile sin superar el propio sistema capitalista.



**ENTREVISTA A
OSCAR GARRETON
SUBSECRETARIO
DE ECONOMIA
ALBERTO
CARMONA**

El programa que desde el 4 de noviembre comenzó a aplicar el gobierno presidido por el líder socialista Salvador Allende, tiene como objetivo central la eliminación del control que sobre toda la estructura económica ejercen reducidos pero poderosos grupos empresariales de la burguesía local, y de las limitaciones que el capital monopolista extranjero ejerce sobre las posibilidades de desarrollo autónomo del país.

Las transformaciones propuestas y ventiladas al fragor de una impetuosa campaña electoral en la que la derecha y el reformismo neocapitalista contaron en el aspecto formal con todas las ventajas imaginables para triunfar, están ahora avaladas más que por el nivel de votos alcanzados en los comicios, por las expectativas del pueblo chileno que presionado por las condiciones del subdesarrollo busca en la postulación izquierdista el comienzo de un gran triunfo.

La conformación de tres áreas para una nueva estructura económica chilena (social predominante, mixta y privada) abarcará, según objetivo expreso de los actuales conductores del país, una etapa previa para que Chile se encamine hacia el socialismo.

Ingeniero comercial de sólo 27 años de edad, profesor de economía e investigador del Centro de Estudio de la Realidad Nacional (CEREN) de la Universidad Católica de Chile, Oscar Garretón es, además, militante del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), y como subsecretario de Economía juega un activo papel en la implementación del programa del gobierno popular.

En su despacho conversamos largamente con el alto funcionario sobre la estrategia que Chile seguirá en los próximos años para dar el gran paso hacia su independencia económica.

¿Cómo hacer, a grandes rasgos, una caracterización de la economía chilena actual, en su estructura y funcionamiento?

En una frase, podemos decir que la economía es una economía capitalista, monopólica y dependiente. Su carácter capitalista no requiere mayor explicación. Lo de monopólica deriva del hecho de que sólo un sector pequeño de la población tuviera una capacidad de acumulación de ingresos como para poder enfrentar la tarea de la industrialización y, por otro lado, de la aplicación de una tecnología importada adecuada a mercados de tamaño muy grande.

Como rasgo fundamental, además de la concentración de la población, operaron otras fuerzas que hicieron que hubiera una fuerte

182 concentración en la producción industrial y una fuerte concentración en la propiedad de ese sector monopólico.

Un estudio hecho recientemente señala que con sólo 144 industrias, es posible controlar en Chile todos y cada uno de los sectores industriales, en un porcentaje superior al 50% de los activos de ese sector. Además de eso, hay una fuerte concentración de la propiedad, es decir, un pequeño número de personas es propietaria de estas grandes empresas, lo cual configura, de por sí, una condición monopólica. Un pequeño sector, fuera de captar gran parte de los ingresos y de tener la mayor parte de la capacidad de acumulación de la economía, tiene posibilidades de ejercer arbitrariamente su poder sobre el resto de la población.

En este sentido en Chile no es posible hablar de una burguesía industrial, de una burguesía comercial o mercantil, y una burguesía financiera, sino que hay un sólo sector de la burguesía monopólica, que es propietario de las empresas en distintos rubros (industria, comercio, distribución, la banca y también vinculada con la agricultura), sector dominante de la economía, mientras el resto de la población, incluyendo la pequeña y mediana industria, vive subordinado a él. Ello genera una serie de defectos en el funcionamiento de la economía chilena: una alta concentración del ingreso, que repercute obviamente en una estructura de producción suntuaria.

En segundo lugar, se observan rasgos de lento crecimiento en el cual la mediana y la pequeña industria prácticamente no crece, y el poco dinamismo que existe radica en la gran industria, que a su vez tiene un techo para crecer en la medida que son mercados pequeños, y las posibilidades para reinvertir allí son limitadas. Y siempre van saltando de sector en sector, sin lograr un desarrollo más o menos sostenido, sino que registra ciclos que se traducen a la larga en un promedio de crecimiento bastante bajo.

Esto es agravado por las restricciones de mercado que provoca la misma concentración del ingreso.

Por otra parte, existen problemas desde el punto de vista del empleo: los sectores productivos absorben relativamente poco empleo en la industria, ya que en la medida que la industria monopólica tiene mayor capacidad de capital, crece poco, y absorbe muy poco empleo. En la minería por ejemplo se absorbe poco empleo. Los sectores mi-

neros que tienen mayor capacidad de empleo, el carbón y el salitre, se han debatido siempre en una situación muy precaria.

Además, la agricultura no ha absorbido empleo y, por el contrario, ha provocado grandes migraciones internas, y por eso repercute a su vez en un sector de servicios realmente hipertrofiado y con una fuerte carga del estado como amortiguador del problema del empleo, que absorbe en su propia burocracia gran parte de ocupación disfrazada.

Se podrán señalar diversos rasgos donde el punto de vista del funcionamiento interno de la economía chilena, que configura una situación de tensión social que repercute en el grado de organización y conciencia de la clase obrera, va configurando las condiciones para la toma del poder en este momento, y para un desarrollo posterior del gobierno popular y el poder de los trabajadores.

¿En qué forma el capital monopolista extranjero ha participado en la deformación del conjunto de la economía chilena?

A todo esto, sin embargo, es importante vincular la perspectiva externa con el papel que ha jugado el imperialismo dentro de la economía interna. Siempre que se habla del imperialismo en Chile se le vincula al cobre. Y la verdad es que allí hay un control imperialista fuerte, que ha significado succiones importantes de excedente desde Chile a través de su historia.

Sin embargo, podemos decir que ahora el problema del cobre es uno de los problemas de la penetración imperialista en Chile, la que actualmente se extiende a todas las áreas de la actividad económica del país; el comercio, la industria, la banca y la minería, por supuesto.

Allí está controlando las alturas dominantes de la economía, asociado con la burguesía nacional y por lo tanto ligado a sus intereses. Eso significa una cosa muy simple: que toda lucha antimperialista no es sólo una lucha contra el imperialismo, sino que es a la vez una lucha contra nuestra burguesía, aliada al capital imperialista. Y esta burguesía monopólica de alguna manera está enfrentada a un problema, la integración económica, la ampliación de las fronteras jurídico-políticas en la medida que la realidad económica exige ámbitos más amplios y sus posibilidades de mercados mayores están vinculados muy estrechamente a su relación con el capital imperialista.

184 Esto no quiere decir que postulamos una política de rechazo cerrado al capital extranjero. El capital extranjero será bienvenido a nuestro país cuando sea conveniente a Chile, vale decir, cuando aporte recursos financieros, cuando aporte tecnología, cosa que en gran parte de los casos no ha ocurrido aquí en Chile, a donde han traído tecnología obsoleta, procesos no patentados o patentes vendidas por las cuales, a pesar de todo, tenemos que pagar royalties al exterior. Pero cuando el capital extranjero realmente aporte mercados en el exterior —y en la mayoría de los casos no lo aporta actualmente— estamos dispuestos a recibirlos.

Nosotros tenemos una política de bienvenida al capital extranjero en esas condiciones, siempre que sea, sobre todo en el sector monopólico, capital asociado con los capitalistas estatales chilenos. El capital imperialista por supuesto lo rechazamos, y hemos planteado toda una política en el programa de la Unidad Popular para liberar nuestra economía y nuestro país de la dependencia que tenemos con respecto al capital imperialista.

¿Cuál ha sido hasta el momento el rol jugado por el aparato estatal chileno en el ámbito económico?

Hasta ahora, el estado chileno ha sido a la vez el tarro de basura y la gran mamadera (chilenismo: por biberón) de la empresa monopólica del sector privado. El tarro de basura en el sentido de que el estado va recibiendo todas las empresas agónicas, o a punto de morir, y que el capital privado se desinteresa de ellas.

Entonces, el estado se hace cargo de todas estas empresas malas, salva al sector privado, aunque también el estado crea empresas. Gran parte de las mayores empresas chilenas fueron creadas con el aporte del estado.

Sin embargo, si la empresa tiene éxito, el capital privado ha exigido que se le traspase a ellos. Y si fracasa, el estado corre con todo el riesgo y paga los costos de esa industria y el sector privado obviamente no se interesa, porque el estado absorbe todos los costos de la actividad económica y el sector privado los beneficios. Con la ventaja adicional para el sector privado que puede ideológicamente actuar señalando: ¿no ven que el sector estatal es ineficiente? ¿No ven que todos los regímenes planificados, socializados, son ineficientes? Ello le sirve al sector privado de recurso ideológico para confundir a las masas. Este es uno de los roles que juega el estado.

Además hay otras facetas que ya señalamos con respecto al empleo. El sector industrial privado no brinda empleo: el estado tiene que estar desarrollando obras que generen empleos, empleo no siempre productivo de manera de actuar como amortiguador del conflicto que implica una situación de cesantía muy desarrollada.

Entonces, el estado absorbe mucha de esta ocupación disfrazada que se traduce en la burocratización de muchos servicios.

Pero el estado es también la gran mamadera del sector empresarial privado. No solamente el tarro de basura donde van dejando los restos de la actividad, lo que no funciona, lo que no da utilidad, lo que es ineficiente.

Es una mamadera en el sentido de que aproximadamente el 60% de la inversión que se realiza en Chile, tiene un origen en el estado pero no la realiza el estado directamente, sino que la realiza a través de la empresa privada y la empresa privada, obtiene, succiona crédito, succiona subsidios y ventajas tributarias, toda una serie de prebendas, colgando del estado todo su dinamismo, pero este colgar del estado no significa que el estado la controla, sino que el estado es la principal fuente de recursos y de prebendas para la empresa privada. Y dentro de eso, también hay que distinguirlo, para la gran empresa privada monopólica, porque la verdad es que el sector de pequeña industria, de pequeña y de mediana empresa no ha recibido los beneficios del estado.

Se ha producido un gran acaparamiento de todas las ventajas y privilegios del estado por parte del sector monopólico. El sector de mediana y pequeña empresa ha recibido sólo algunas migajas pero no ha recibido un apoyo real del estado. Ese es el papel que hasta ahora ha jugado el estado, un papel de dinamizador, un papel del principal servidor de la gran empresa monopólica.

¿Cuál es a su entender la nueva perspectiva que plantea el gobierno popular en este sentido?

La nueva perspectiva para una economía que debe iniciar su marcha al socialismo es que el estado sea el orientador de la actividad económica y no más el estado con las empresas fracasadas, sino el estado asume el sector dinámico que toma las alturas dominantes de la economía, vale decir del sector monopólico, de manera que ese sector que tiene una mayor capacidad de acción en la actividad

186 económica, ejerza esa capacidad en beneficio privado como ocurre actualmente.

Por eso se plantea como punto esencial en el programa de la Unidad Popular la constitución de un área de propiedad social dominante en la economía.

Son pocas las empresas, pero como hay una fuerte concentración económica, significa capacidad de orientar, a partir del estado, todo el desarrollo de nuestra economía. Ese es el papel que tiene que jugar el estado.

La verdad es que los modelos competitivos, las formas de planificación indirecta en las economías subdesarrolladas, en las economías latinoamericanas, han demostrado su fracaso; es incluso la realidad objetiva la que está mostrando la necesidad de una planificación en el desarrollo en base a una economía centralizada. Ese es el papel que va a jugar el estado.

¿Cuál será la estrategia que va a seguir el actual gobierno para la conformación del área de propiedad social que figura como uno de los objetivos del programa?

Voy a plantear primero cuál es esa área según la define el programa de la Unidad Popular. En esa área se incluirá la minería del cobre, del hierro, del salitre, del yodo y del carbón mineral, que forman parte de la gran miseria chilena. Se incluiría todo el sector financiero, especialmente la banca y también los monopolios industriales y de la distribución. Ese es el área de la propiedad social, eso está contenido en el programa, fue planteado antes de la elección y, por lo tanto, el pueblo sabe lo que vamos a hacer.

Con respecto a la estrategia de cómo se va a constituir esto, solamente le puedo dar algunos rasgos generales por razones obvias. Primero está el cobre y ese es un proyecto que ya fue al congreso para nacionalizar totalmente la gran minería del cobre.

La banca irá luego. De alguna manera hemos tenido que ir tomando el control de la banca, cuando los grupos monopólicos tratando de boicotear al gobierno popular, bueno, empezaron a desarrollar actividades fuera de las normas establecidas por la ley para el funcionamiento de la banca.

Es así como ya tenemos intervenido uno de los más importantes bancos del país, el Banco Edwards, perteneciente a uno de los clanes más

poderosos de Chile. Vale decir cobre y banca es una cosa muy inmediata, y también vamos a ir desarrollando la industria y la distribución. Ya ha sido expropiada la primera empresa, que fue la fábrica de paños Bellavista-Tome, que es una industria textil, en la cual el propietario se fugó del país, mantuvo impagos a los obreros desde el mes de setiembre, es decir desde el mes de la elección, nosotros regulando la producción y aplicando mecanismos legales existentes en la legislación chilena, expropiamos esta industria textil.

En la expropiación del Ministerio de Hacienda para el año 1971 se señala que el programa de las nacionalizaciones del sector industrial parte con la incorporación al área de los grandes monopolios textiles y del cemento. Más detalles no le podría dar sobre ellos, salvo que nosotros estamos comprometidos a que en el lapso de seis años tengamos una economía con un área de propiedad social dominante de todos los sectores estratégicos de la economía chilena.

¿A qué mecanismos concretos se aplicarían para la conformación de esa área social dominante? ¿Existen otras formas además de las expropiaciones y qué nivel y qué ritmo adquieren las mismas?

Para conformar el área de propiedad social hay mecanismos de diversos tipos que van desde la compra hasta la expropiación. En ese sentido, las características concretas en que se ha dado el caso chileno abre una posibilidad amplia. Existen mecanismos legales en este momento, se pueden crear mecanismos nuevos; y existe, en último término, el instrumento de la compra, en la medida en que sea una compra conveniente para el estado, en el caso de algunas empresas. Ello dependerá de muchas cosas. Dependerá, en primer lugar, del respaldo y la presión que ejerzan los trabajadores y el pueblo en general por conseguir que estas empresas vayan al área de propiedad social.

Es el caso del cobre, en el cual hay unanimidad completa por su nacionalización. Es el caso de la banca también. Es el caso de Bellavista-Tome. Además dependerá mucho de la fuerza que el pueblo coloque para construir esta área de propiedad social. Eso depende mucho también de la conducta de los empresarios, del grado de oposición. Cuando hay un boicot evidente, la voluntad del pueblo es mayor, es una voluntad más clara de expropiar.

Esto es algo que se va desarrollando mucho en la práctica: de alguna manera en la empresa expropiada y en las que ahora están inter-

188 venidas por el estado, se han desarrollado formas de participación de los trabajadores de la empresa en la decisión, muy ricas en el contenido, y sin ninguna tendencia a operar con autonomía, sino a operar dentro de la planificación central, que es criterio nuestro. Es algo que nosotros tenemos que desarrollar y yo creo que es una preocupación que quiere ir hacia el socialismo.

Por ahora, el problema chileno en este tránsito hacia el socialismo es como lo plantea el movimiento a que pertenezco, lema que dice: Transformar la victoria en poder y el poder en construcción socialista. La verdad es que nosotros no tenemos todo el poder en este momento. Tenemos que mostrar al pueblo que el gobierno es un gobierno popular, tenemos que ensanchar nuestra base popular y con esa base iniciar la construcción socialista.

En este momento, en la medida que nosotros vamos demostrando que la alternativa del socialismo es la única alternativa para los trabajadores, que la izquierda es el único camino, como se expresó en la campaña, en ese mismo sentido nosotros vamos incorporando al pueblo a la decisión y al gobierno, a gobernar, y ese sentimiento de gobierno va dando a su vez fuerzas para avanzar en nuevas etapas hacia adelante.

¿Pero otro de esos mecanismos sería la creación de nuevas empresas en el área estatal?

Exacto. Se trata de utilizar todos los instrumentos estatales. En este momento gran parte de la capacidad de inversión del estado se emplea en otorgar créditos al sector privado. Nosotros vamos a seguir concediendo créditos a ese sector, especialmente a la pequeña y mediana empresa; pero utilizaremos esa capacidad, que hasta ahora estuvo puesta al servicio de la gran empresa monopólica, en crear empresas estatales nuevas y eficientes. Estas, a su vez, irán fijándole condiciones de operación a la empresa privada, en forma tal que si industrias privadas elaboran productos de consumo popular, para que se mantengan en el área privada tendrán que ser regulados y a su vez garantizar al sector privado que hay una contabilidad, pero que no sea una rentabilidad escandalosa a costa del pueblo, sino una generación de excedentes razonables, y un precio adecuado a los productos de consumo popular. Esta alternativa, por supuesto, está planteada en el sentido de que las nuevas empresas de gran envergadura que cree la Corporación Estatal de Fomento (CORFO) serán empresas del estado chileno.

En relación con el viejo problema inflacionario que afecta a Chile, ¿cuál será la política de precios que aplicará el gobierno de la Unidad Popular?

El problema inflacionario es complejo. En Chile, en treinta años, ha habido sucesivos fracasos en este terreno. Yo diría que la inflación no es más que una válvula de escape de todas las tensiones e incapacidades del sistema capitalista chileno. Y de alguna manera también la válvula de escape del sector capitalista, frente a la presión de los trabajadores.

Quiero explicarle: todos los técnicos en la materia señalan que en Chile el problema no es de inflación de demanda, o sea, una presión excesiva de demanda sobre la oferta existente, sino que son fundamentalmente presiones de costos los que actúan. Los empresarios suben los precios en la medida en que aumentan las remuneraciones, y en la medida en que suben los costos de los insumos importados, ya sea por efecto de los términos de intercambio, ya sea por efecto de la misma inflación acumulada anterior; en general, en la medida que todos esos costos van aumentando, se va creando una presión inflacionaria.

Y para referirse a algo que en Chile ha sido siempre falsamente denunciado como un factor de inflación, que es la remuneración de los trabajadores.

Nosotros hemos oído la cantinela repetida durante anteriores gobiernos de que son los aumentos de remuneraciones los que provocan la inflación. Es decir, que si un trabajador pide un aumento salarial superior al alza anterior del costo de la vida, hay inflación porque eso repercute en los precios. En el fondo, decir eso significa lo siguiente: si los trabajadores piden aumentar su participación en el ingreso de la empresa, los empresarios se resisten a perder su parte en ese «pastel». Y cargan a los precios los aumentos de la remuneración. ¿eso qué significa? Que aquí ha operado un sistema político, un sistema económico que sería el de aumentar el ingreso de los trabajadores, y en la medida en que no pueden los trabajadores conseguir reivindicar mayores ingresos dice un «sí» que significa: «Lo doy, pero yo aumento mis precios.» Con lo cual a la larga los trabajadores transforman esa conquista en sal y agua, porque no tienen mayor capacidad de compra real. Aumentan sus salarios pero a su vez aumentan los precios, y en definitiva quedan en la misma situación de antes.

190 Por ese efecto, por el efecto remuneraciones nosotros podemos decir que la inflación es un problema político.

El desarrollo orgánico de la clase obrera en Chile, el poder de presión de los trabajadores significa que los empresarios no pueden decir simplemente «no» cuando los trabajadores exigen aumentos de remuneraciones.

Nosotros seremos en eso inflexibles. Y ya lo hemos advertido al sector empresarial, que va a darse un aumento considerable en las remuneraciones de los trabajadores y que nosotros no vamos a autorizar alzas de precios, los aumentos van a tener que ser absorbidos por sus tasas de utilidades.

¿Cuál será el efecto económico de la política salarial aplicada por el gobierno popular?

También hemos dicho que como el gobierno de la Unidad Popular no está en contra de los empresarios, estamos dispuestos a crear condiciones para ellos, aunque disminuyen sus márgenes de utilidad, aumenten los volúmenes de producción que pueden colocar, en la medida en que los ingresos de los trabajadores aumenten.

El mayor ingreso de los trabajadores significa también una gran ventaja para los empresarios que estén dispuestos a responder a las nuevas condiciones en que opere la economía chilena. Son nuevos mercados, son nuevas demandas, nuevas posibilidades. Y en Chile, una de las características importantes de la actividad productiva es que actualmente se produce a menos de la capacidad instalada, o sea, hay gran parte (50% en términos globales) que permanece ociosa. La nueva política salarial abre mercados nuevos para aquellos que estén dispuestos a aceptar el desafío de una economía popular.

Y además, el gobierno en algunos casos ha planteado a los empresarios convenios de producción. Por ellos, el estado genera un poder de compra de productos que tengan colocación en el mercado interno —a bajo precio, e incluso gratuitamente, como es el caso de todos los útiles escolares—, o en el exterior, en el intercambio con los países socialistas o capitalistas. Estas son posibilidades que el estado abre a los empresarios, si ellos están dispuestos a ir en la línea que fija el gobierno en su orientación política.

Nosotros creemos que en esa forma es posible absorber la inflación. La segunda presión inflacionaria fuerte, era el aumento del costo

de los productos intermedios importados. Por ello hemos establecido el precio del dólar. Antes se producían alzas quincenales en el precio del dólar. Nosotros hemos establecido la paridad cambiaria, de manera que desaparecieron las presiones inflacionarias que se ejercían por el creciente costo de los insumos importados.

Y por otro lado, en la medida en que aún no tenemos el control total del comercio exterior, hemos creado formas de incentivo para los exportadores, para que la estabilización en la tasa de cambio no provoque un resentimiento en ciertas actividades exportadoras, aunque a largo plazo el problema no reside en esa materia, sino en el control total sobre el comercio exterior del país, que es otro punto programático a cumplir.

Esas, diría, son las dos presiones inflacionarias más importantes.

Como un factor que elimine presiones adicionales debe actuar el aumento de la productividad, el aumento de la producción de cada empresa a partir de una mejor utilización de los factores existentes actualmente. De alguna manera ello dependerá mucho del dinamismo que registre el sector privado por una parte, y de la capacidad de orientación —factor fundamental— ejercida por el sector estatal.

Además operará, en esa dirección, la voluntad de los trabajadores, en la medida en que aquellos comprueben que Chile produce en función de sus propios intereses y no del interés del capital monopólico nacional y extranjero. Creemos que en tal sentido Chile va a tener más fuerzas para seguir adelante.

Nuestra gran fuerza política y económica es la clase trabajadora del país, y con ella contamos durante la campaña presidencial y en a elección. Es una fuerza disciplinada, organizada, educada, experimentada en treinta o más años de lucha, y que ahora desde el poder tendrá que alcanzar nuevas etapas, en la medida que el gobierno se desarrolla, y el pueblo se va incorporando en el gobierno mismo.



CAUTIN:
LA DERECHA
CONSPIRA PARA
DETENER LA
REFORMA AGRARIA
OSVALDO RIVERA
BRAVO

La provincia de Cautín, con sus 18 000 kilómetros cuadrados y una población de 472 000 personas, constituye la prueba de fuego de la revolución chilena y tal vez la coyuntura más interesante para que la reacción, representada por los partidos nacional y demócrata cristiano, midan sus fuerzas con los sectores progresistas del país.

En Cautín se reúnen una serie de problemas que, por su volumen y contundencia, otorgan a la región un clima explosivo, que algunos partidos de la Unidad Popular no han medido en toda su dimensión. Esos problemas son:

1. La existencia de una masa de mapuches (cerca de 250 000) que viven arrinconados en pequeñas extensiones de tierra con perspectivas económicas muy precarias y con una gran pobreza.
2. La presencia de una masa campesina, no asimilada a las comunidades mapuches, que se emplea como mano de obra en los fundos de la región y que también tiene problemas económicos de gran envergadura.
3. La formación de un agresivo grupo de latifundistas, que más adelante trataremos de caracterizar, dispuesto a enfrentar por cualquier vía la reforma agraria y el avance de los sectores populares hacia mejores niveles de vida.

En estas circunstancias, la agitación social de Cautín ha tenido una verdadera explosión desde mediados del año 1970 y se agudizó, como era lógico suponerlo, al triunfar el gobierno de la Unidad Popular.

Este clima de fermento social se refleja en los siguientes hechos que están ocurriendo:

1. **Tomas de fundos:** Los campesinos asalariados han comenzado a tomar los fundos mal explotados de la zona adelantándose muchas veces, al desmantelamiento sistemático que están efectuando los patronos de las pertenencias agrícolas. Más adelante veremos más detalles sobre este problema.
2. **Corridos de cercos:** Es el arma de lucha característica de los mapuches. Las comunidades indígenas han comenzado a reclamar las tierras que les pertenecen y que les fueron arrebatadas por los colonos, muchas veces a sangre y fuego. El mapuche, al correr los cercos, debe adoptar de inmediato una organización paramilitar,

194 con el objeto de defender el terreno reconquistado y esto ha provocado un gran cambio en la mentalidad del mapuche, tradicionalmente individualista. Ello explica que el lema «Pan, Tierra y Socialismo» está calando rápidamente en la conciencia mapuche de la provincia de Cautín.

3. **Organización latifundista:** Lógicamente todo proceso social provoca la reacción contraria. Los dueños de fundo, preocupados por el clima de agitación y con la conciencia bastante intranquila por un pasado de felonías, abusos y usurpaciones, comenzaron la organización de un aparato para enfrentar las tomas de fundo y las corridas de cerco. Esta organización se robusteció al triunfar la Unidad Popular, ya que se hizo evidente que el proceso de reivindicaciones tomaría un ritmo mucho más acelerado, lo que realmente ocurrió.

En los últimos seis meses se han producido en la provincia de Cautín 56 tomas de fundos o corridas de cerco. El proceso pudo ser mucho más acelerado, pero el presidente Allende pidió a la masa campesina que tuviera paciencia y detuviera las tomas. Los mapuches y, en general, los campesinos aceptaron la petición presidencial, más que nada, porque el prestigio de Allende es muy fuerte. Los mapuches confían en él. Le tienen confianza. Tiene un gran prestigio en el campo. Pero es evidente que las soluciones que se adopten en Cautín deben ser rápidas, eficientes y revolucionarias. De otra manera, la situación puede desembocar en hechos realmente trágicos, en que mapuches mal armados (en el campo es fácil conseguir una escopeta, un par de pistola), se enfrente a una organización empresarial apertrechada con metralletas y granadas de mano, las que están siendo repartidas en los fundos sureños, aprovechando las canchas de aterrizaje particulares que existen en la mayoría de los predios agrícolas.

¿Cómo ha reaccionado el gobierno? En este caso hay que distinguir algunos hechos. La autoridad provincial, no ha demostrado tener ni la habilidad, ni la decisión para enfrentar el problema con audacia. No se puede decir lo mismo del gobierno central, que parece estar dispuesto a llevar adelante un plan de envergadura para resolver el problema. Al cierre de este reportaje —10 de diciembre— se anunciaba que el ministro de Agricultura, Jacques Chonchol (que instaló su oficina de trabajo en Temuco, capital de la provincia), tenía en su poder la lista de doscientos fundos expropiables, y el

gran esfuerzo de la reforma agraria se concentró justamente en esa provincia.

La tarea, en todo caso, no será fácil. Un equipo de diez abogados de la derecha chilena se trasladaron hacia la provincia de Cautín, para estudiar caso por caso todas las posibles expropiaciones que intente realizar el gobierno. La pelea se dará en los tribunales de justicia, donde los jueces han demostrado siempre tener una fuerte debilidad hacia los latifundistas. En forma paralela, emisarios políticos del Partido Nacional y también del sector derechista de la Democracia Cristiana, establecieron contactos con los regimientos de Valdivia y de Cautín, para determinar el ambiente que existía en los círculos militares. Un prefecto de carabineros de Temuco debió ser marginado (aunque la información no trascendió, al menos hasta el cierre de esta crónica) y el comandante del Regimiento Tucapel, con sede en Temuco, fue remplazado.

Es un hecho real que existe en Cautín una conspiración de envergadura, cuyo objetivo es detener la reforma agraria y paralizar los planes del gobierno popular. El plan de agitación contempla, primero, la lucha en los tribunales contra las medidas del gobierno. Si ello fracasa, se pasa a una segunda etapa de sabotaje que llegaría incluso a la quemazón de trigales, con grave deterioro del abastecimiento alimenticio de la población (no hay que olvidar que Cautín es el granero de Chile; produce la cuota de trigo más grande del país). Otra etapa será el enfrentamiento armado contra las masas campesinas y también contra el gobierno, mientras se desarrolla paralelamente un plan de agitación nacional, destinado a derribar la autoridad. El plan abarca el gran núcleo de provincias agrícolas de Chile: Cautín, Malleco, Valdivia y Osorno.

En el contexto de esta realidad, la lucha del pueblo mapuche, no sólo constituye un fenómeno que se justifica socialmente. También representa una acción revolucionaria, cuyo principal objetivo es desmontar la maquinaria sediciosa que la derecha ha organizado en los sectores agrícolas del país. Es posible suponer que, en los próximos meses, sea la reforma agraria la iniciativa que definirá el curso de la revolución chilena. Para ello no sólo debe enfrentarse a un enemigo poderoso, que está armado y cuenta con recursos financieros considerables. También hay que definir el camino que debe adoptarse, frente a un poder judicial que se está colocando abiertamente en la barricada contraria a los intereses populares.

LA LUCHA DE LOS MAPUCHES

Derrotados en las sucesivas guerras de «pacificación» de la Araucanía, los mapuches fueron agrupados en reducciones en las provincias de Cautín, Malleco y Valdivia. La voracidad de los agricultores fue limitando cada vez más las pertenencias de los nativos, hasta llegar a la situación actual, en que el mapuche tiene pequeñas extensiones de tierra que, en promedio, alcanzan a una hectárea por persona aproximadamente.

La falta de tierra y la explotación a que son sometidos por los comerciantes de las ciudades han determinado que el mapuche se vea sumido en una atroz miseria. El 75% de la población rural en Cautín es mapuche. Su nivel de vida es muy bajo. La mortalidad infantil duplica a la que existe en las zonas urbanas de Cautín, que ya de por sí es alta. El mapuche se siente marginado, muchas veces despreciado y con escasas posibilidades económicas de surgir.

Se aferra a sus pequeñas plantaciones, donde vive precariamente. El mapuche actúa como un pequeño agricultor, cultivando su pequeña parcela aislado incluso de su comunidad. El sentido individualista es tan pronunciado que incluso levanta cercas en su pequeña plantación, reduciendo aún más la tierra disponible de la comunidad. (Felizmente, está cambiando. El ideal de los campamentos mapuches de Lautaro, organizados por el Movimiento Campesino Revolucionario, MCR, es convertir esa comuna en un solo gran paño triguero, en que los mapuches trabajarán en forma socialista. En los campamentos Lautaro, Galvarino y Caupolicán, se están llevando a la práctica formas socialistas de vida y trabajo, lo que ya representa un gran vuelco ideológico del mapuche.)

Los colonos blancos, en especial alemanes y españoles, comenzaron a fines del siglo XIX, una vez que se «pacificó» la zona mediante la utilización de las tropas veteranas de la guerra del 79, la tarea de quitarles tierras a los campesinos mapuches. Para ello contaron con: 1) la violencia impune que desataron contra el pueblo mapuche; 2) con la complicidad de los juzgados de indios y los tribunales ordinarios de justicia; 3) con la complicidad de las fuerzas policiales. El carabinero era, hasta que subió Allende, el gran enemigo del mapuche.

El carabinero se identificaba con el patrón del fundo. Era el símbolo de la represión y de una ley injusta que castigaba duramente al mapuche, incluso por la más leve sospecha. Esta terrible imagen del carabinero rural ha comenzado a cambiar en Cautín, pues el presidente Allende dio instrucciones precisas y muy severas, para que los carabineros dejen de cumplir la oprobiosa misión de sicario de los ricos, en contra del pueblo indefenso. Este vuelco en la actitud policial, el término de la represión violenta, ha devuelto confianza al mapuche, confianza que los sectores de derecha califican como el caos total. Sin embargo, el mapuche es un ser humano como todos.

La justicia también debe ampararlo. Los carabineros deben protegerlos, especialmente a ellos, que debido a muchos años de sometimiento y abusos constituyen uno de los estratos más indefensos de la sociedad chilena.

El robo reiterado de las tierras mapuches constituye uno de los baldones de la historia chilena, que tanto se precia de su institucionalidad. La solución que se adoptó en la provincia de Cautín para resolver el problema indígena consistió en la eliminación paulatina de las posibilidades económicas y sociales de los mapuches, pero ahora la situación ha variado fundamentalmente.

El Instituto de Desarrollo Agropecuario elaboró un informe especial, entregado al ministro Jacques Chonchol, en el que se anotan los principales litigios de tierra que existen en la provincia. Debido a la amplitud de ese trabajo, se transcriben sólo algunos datos, que, en todo caso sirven para tener una idea de la magnitud del problema.

—Los mapuches de la comunidad Martín Melimán se apoderaron en agosto del año pasado del fundo de Basilio Fernández Tascón, ubicado en la comuna de Lautaro. La comunidad había perdido, el año 1937, las 120 hectáreas que poseía a manos de los usurpadores de tierra. Ahora los mapuches no piensan devolver lo que, históricamente, les pertenece. Este es uno de los fundos que seguramente será expropiado, ya que es posible probar legalmente que existió robo de tierras.

—La comunidad Pedro Antonio Quindel recuperó también mediante una toma de terreno las 137 hectáreas que les fueron arrebatadas el año 1940. Esas tierras formaban el fundo de Pablo Paslack, también ubicado en Lautaro.

198 —La reducción Mercedes Llanca, formada por 14 familias y 90 personas, se apoderó a fines del año pasado de las 170 hectáreas que perdieron hace treinta años. Esas tierras eran ocupadas en forma ilegal por la sucesión Bustos Palma.

—La reducción Pedro Miguel Chuquepán —18 familias, 178 personas— se apoderó de las 200 hectáreas que les fueron usurpadas hace cuarenta años. El dueño de ese fundo era Basilio Rodríguez Tacón, que ya figuró en otra toma.

—La comunidad Juan Paichueque (16 familias) tomó las 160 hectáreas que les habían arrebatado tres agricultores: Taladriz, Matus y Cuevas. La usurpación se había producido el año 1946.

—La comunidad Juan Curaqueo, compuesta de diez familias también recuperó sus tierras mediante una acción directa de los mapuches. Sus 120 hectáreas habían sido usurpadas el año 1920 por Ernesto Fernández.

—La comunidad de Juan de Dios Catrileo recuperó sus 98 hectáreas mediante una toma. Esas tierras pertenecían ahora a los agricultores Ernesto Fernández (nuevamente) y Fernando Poo.

—En Villarrica, el fundo Pindapulli de 120 hectáreas fue recuperado por los mapuches, los cuales organizaron el Comité Caupolicán. Los agricultores «afectados» en este caso fueron Egon Coiman, Renato Maturana y Luis Montecino. Muchas veces, las tierras usurpadas a una comunidad indígena pasaban a constituir pertenencias de varios fundos, lo que complica aún más la situación.

—Uno de los casos más notables lo constituye el fundo Poco a Poco, ubicado en Lataro. Este fundo fue creciendo así, poco a poco, a medida que la voracidad de su dueño arrebataba las tierras a los mapuches. El iniciador de la empresa fue el abogado Luis Calderón, considerado uno de los grandes ladrones de tierra de la región. Calderón se desempeñaba como juez de indios, notario y abogado. En muchos juicios de tierra fue parte y juez, a la vez, lo que le permitió hacer crecer las veinte hectáreas que tenía primitivamente a respetables 130 hectáreas. A su muerte, el fundo lo heredó su hija, que se casó con José Fernando Datwiller, descendiente de alemanes. Este individuo tenía tal desprecio por los mapuches, que acostumbraba matar los animales de las reducciones embistiéndolos con su camioneta, lanzada a toda velocidad. Los mapuches se aburrían de

resistir las provocaciones y tomaron la tierra, que legalmente les pertenece.

Las tomas de tierras en Cautín tienen, por lo tanto, una raíz histórica y de justicia innegable. Otro caso, de especial relieve, es el ocurrido en el fundo del diputado Jorge Lavandero, que tradicionalmente ha hecho gran escándalo en Santiago cuando sus tierras se ven amenazadas. Lavandero, no hay que olvidarlo, expulsó violentamente de sus tierras a los funcionarios de INDAP (cuando su partido estaba en el gobierno) por temor a que sus campesinos se contaminaran con ideas extrañas.

Lavandero tiene su fundo en Quepe, localidad cercana a Temuco. La mitad del fundo está explotada con maquinarias modernas y el resto semiabandonado. Bordeando el fundo, se encuentra ubicada la reducción mapuche Chucauco, que perdieron quinientas hectáreas de terreno a manos de Exequiel Lavandero, abuelo del actual parlamentario. Los mapuches acusan a don Exequiel de haberles rapiñado la tierra, igual como lo hicieron agricultores en esa provincia.

Cuando comenzaron las tomas y las recuperaciones de tierra, Jorge Lavandero viajó rápidamente a Cautín en su avión privado (tiene campo de aterrizaje en su fundo) y se reunió con sus trabajadores. En esa ocasión les anunció: «Para Pascua les voy a regalar la mitad del fundo. El pedazo que está ahí» (indicando las tierras ubicadas al lado de la reducción Chucauco).

Cuando los mapuches supieron lo que Lavandero se proponía, se apoderaron de esas tierras y allí se plantaron. Lavandero trató de recuperar los terrenos provocando una pelea entre sus trabajadores agrícolas y los mapuches. La situación todavía es tensa, pero los integrantes de la comunidad Chucauco señalaron: «No tenemos nada contra los trabajadores del señor Lavandero. Si quiere, pueden trabajar con nosotros. Ellos aún no se dan cuenta que los están engañando. Ustedes creen que el señor Lavandero les iba a regalar las tierras como decía. Si ni siquiera quiso firmar ningún compromiso escrito.»

La situación del diputado Lavandero no es muy sólida. Perdió los padrinos en el gobierno. Las tierras que se tomaron los mapuches estaban muy mal trabajadas y en gran parte abandonadas. Es de suponer que los integrantes de la comunidad Chucauco ganen la

pelea, salvo que una negra reacción triunfe en Chile y ellos sean barridos a sangre y fuego. Por ahora esa es una posibilidad remota.

EL POLVORIN AGRARIO

Hasta el momento, la sorda pugna que existe en Cautín sólo ha reventado en dos oportunidades. En ambos casos, grupos armados de latifundistas trataron de recuperar a la fuerza fundos que estaban en poder de trabajadores. Estos dos casos son significativos, pues tal vez sean un anticipo de lo que puede ocurrir en el futuro, aunque es lógico suponer que, a mediano plazo y tal vez a corto plazo, la pelea esté perdida para el sector de latifundistas.

Fundo Las Vertientes: El 13 de diciembre un grupo de agricultores, encabezados por Carlos Podlech (de quien hablaremos posteriormente), trató de recuperar a balazos el fundo Las Vertientes, en poder de mapuches del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR). El fundo pertenece a Alberto Schwalbm, millonario agricultor dueño además de otros cuatro fundos, uno de ellos ubicado en Osorno.

Podlech y su patota actuó en Las Vertientes por su cuenta y riesgo, pues el propietario del predio no tiene interés en seguirlo explotando. Schwalbm ofreció al gobierno la entrega inmediata de cuatro de sus fundos, pero pidió garantías para seguir trabajando el predio que tiene en Osorno, donde él reside. Los campesinos que se apoderaron del fundo Las Vertientes organizaron el Campamento Galvarino, y una parte de la comunidad mapuche desempeña labores de vigilancia para protegerse de la contraofensiva de los latifundistas.

Algunos dirigentes del Campamento Galvarino viajaron a Santiago al Congreso de los Sin Casa (esto se produjo antes de la toma del fundo, por supuesto). Estuvieron viviendo en la población «26 de Enero» de Santiago, y se mostraron muy interesados en la estructura de autodefensa y auxilio colectivo de la población santiaguina. Al regresar a Cautín, comenzaron a organizar las bases del Campamento Galvarino, que comenzó a operar justamente en el corazón de la reacción de esa provincia: la comuna de Lautaro.

Los integrantes de este campamento no permitieron el ingreso al fundo Las Vertientes a la comisión de parlamentarios que visitó la

zona en la primera semana de enero, para conocer la situación en Cautín. Tal vez fue un error táctico, pero no hay que olvidar que esos campesinos están sometidos a una gran tensión. Debido a las tareas de vigilancia, han descuidado el trabajo de la tierra y están pasando privaciones. Por las noches, los dueños de fundos les lanzan ráfagas de metrallas y los amenazan con el exterminio total. En ese ambiente es difícil pedirle diplomacia a un grupo de personas. Por lo demás, el fundo Las Vertientes debe ser expropiado rápidamente, ya que su propio dueño no demuestra tener mayor interés en seguirlo explotando.

Fundo Rucalán: En el caso del fundo Rucalán, de Carahue, la situación fue bastante más grave; tanto es así que tres campesinos resultaron heridos de bala. Este fundo pertenece a la familia Landarretché. Tiene 800 hectáreas. De acuerdo a los datos reunidos por el Instituto de Desarrollo Agropecuario, se trata de un fundo mal explotado. De las 800 hectáreas, sólo están cultivadas 167 con trigo raps y empastadas. Posee también 11 vacunos. El 19 de diciembre de 1970 fue ocupado por un grupo de campesinos y mapuches del MCR. El grupo venía de Tranafuerte, a ocho kilómetros del predio. Los campesinos se apoderaron de Rucalán sin violencia. Hicieron salir a los propietarios, los cuales sacaron sus pertenencias personales, y, posteriormente, se atrincheraron en el fundo. Una semana después, el 24 de diciembre, Landarretche y otros agricultores armados de metralla recuperaron el predio, luego de disparar trescientas balas contra los campesinos.

Funcionarios de INDAP estuvieron dialogando con Landarretche por espacio de dos horas, tratando de impedir el desalojo, pues ello pudo desembocar en una situación trágica. La intendencia de Cautín también fue advertida con anticipación, pero no hizo nada. A las 18:30 horas, los agricultores lanzaron la ofensiva final. Colocaron como barrera protectora a un grupo de campesinos que se mantenían leales a sus patrones y de esa manera neutralizaron a los que se habían atrincherado en Rucalán. De atrás, los latifundistas lanzaban ráfagas de metrallas y las casas del fundo quedaron acribilladas por los impactos de bala.

Los campesinos del MCR, ante la inferioridad de condiciones finalmente se replegaron, llevando dos heridos. El grupo estaba comandado por Ricardo Mora, quien luego de caminar más de una hora y cuando todos sus compañeros estaban a salvo de la furia de los

202 latifundistas (el grupo incluía niños y mujeres), les dijo: «Deten-gámonos un poco. Estoy herido...»

Allí los campesinos se dieron cuenta de que su jefe había sido ba-leado. Mora no dijo nada: se tragó el dolor y condujo a su grupo hasta un lugar seguro. Mora se perfila como un líder de los cam-pesinos mapuches. Fue recibido como un héroe cuando regresó a Carahue. Su caso no es aislado. Hay un numeroso contingente de jóvenes mapuches que se preparan a dirigir el movimiento revolu-cionario en Cautín. Aunque en algunos casos aislados ha surgido oposición entre los mapuches y los que podríamos llamar campesi-nos «chilenos», la situación de clase de ambos grupos terminará por unirlos férreamente. Será esa gran masa de trabajadores pobres, de pequeños agricultores, los que darán finalmente la batalla final en esa provincia.

LOS CONSPIRADORES

El núcleo central de la conspiración en la provincia de Cautín lo constituye el Partido Nacional, pero participan también activa-mente personeros del Partido Demócrata Cristiano, que han conver-tido el **Diario Austral** de Temuco en un órgano cavernario, que sus-tenta una dura posición en contra del proceso de reforma agraria. Este periódico pertenece a la cadena SOPESUR, controlada por capi-talistas del PDC estrechamente vinculados al expresidente Frei. Es el mismo grupo que en Santiago edita el diario **La Prensa**, que se ha caracterizado por su posición ultraderechista.

La violencia democratacristiana-derechista en contra de la reforma agraria quedó de relieve el día lunes 4 de enero, en que Jacques Chonchol debía iniciar sus actividades como ministro de Agricultura en las oficinas de la CORFO, en Temuco. **El Diario Austral** lo recibió con el siguiente comentario editorial:

«En circunstancias normales su iniciativa (es decir, el arribo de Chonchol) no llamaría mayormente la atención. Pero sucede que el señor Chonchol es para la propiedad privada lo que el tigre de la jungla para la gacela. Desde que se le designó como ministro de Agricultura, los propietarios de tierras en cultivo perdieron toda esperanza de trabajar tranquilos. El señor Chonchol fue democrata-cristiano, hoy es mapucista (para el caso de Cautín podría decirse

más bien que es «mapuchista»), y en cuanto a filosofía política es marxista-leninista. Fue asesor de la reforma agraria de Fidel Castro en Cuba y vicepresidente ejecutivo del INDAP en el régimen del presidente Frei. No es un hombre que transija. Más que político es un obsesionado, porque considera cerrado el ciclo de la democracia en la historia del hombre. Si no hubiera ley de reforma agraria, el señor Chonchol sería el azote de los agricultores tradicionales y los borraría de una plumada. . .»

El **Diario Austral** de Temuco, controlado por los demócratacristianos, fue convirtiéndose poco a poco en la tribuna más caracterizada de los latifundistas de Temuco, lo que demuestra en qué posición se está colocando el PDC en el gran enfrentamiento que se avecina. Es evidente que no todos los militantes demócratacristianos coinciden con la posición cavernaria del periódico, pero también es cierto que los hombres que están controlando los órganos informativos que maneja el Partido se han colocado definitivamente junto a la derecha, creando las condiciones para un frente reaccionario que intentará oponerse a las realizaciones del programa del gobierno popular.

Esta coyuntura ha dado nuevas alas a los agricultores de Cautín, que están adoptando cada vez una posición más intransigente. Es evidente que la conspiración derechista, que fracasó en su primer intento, luego del asesinato del general René Schneider, trasladó sus principales efectivos hacia las zonas campesinas donde el proceso de reforma agraria tendrá que enfrentarse a una oposición intransigente.

En el grupo de grandes latifundistas de Cautín sobresalen algunos elementos, que se han caracterizado por sustentar una posición de corte fascista.

Encabeza el grupo, al menos como vocero más caracterizado, el agricultor de Lautaro Carlos Podlech. Este descendiente de alemanes organizó a comienzos del año pasado el bloqueo a la Carretera Panamericana Sur, en la provincia de Cautín, como una forma de protestar en contra del precio del trigo que los productores consideraban insuficiente. Junto a él trabaja activamente su hermano Alfonso Podlech, asesor jurídico del Sindicato de Empleadores Agrícolas de esta provincia. Ambos actúan en estrecho contacto con organizaciones similares en el resto del país.

204 Carlos Podlech ha asegurado públicamente que el gobierno escuchará la voz de las metralletas, en caso de que intente expropiar los grandes latifundios de la provincia. Cuando se reúne en el club social de Lautaro y ha bebido unas copas de más, Carlos Podlech asegura que está dispuesto a incendiar los trigales, utilizando gatos empapados en parafina, si los mapuches siguen con las tomas de sitios.

Su lugarteniente más connotado es Pablo Goebbels, un agricultor a quien se sindicó como homosexual y que se identifica con la filosofía nazi que detentaba su homónimo en la Alemania de Hitler. Podlech y compañía organizaron el asalto armado al fundo Las Vertientes, que había sido tomado por campesinos, luego que su propietario abandonó las tierras pues tenía otros cuatro fundos que atender.

Carlos Taladriz es otro de los personajes característicos de la provincia de Cautín. Propietario de tres fundos; uno de ellos «Las Tres Hijuelas», tomado por campesinos mapuches que exigen la restitución de las tierras que les fueron usurpadas. Taladriz tiene un oscuro pasado de abusos y atropellos. Mientras mantuvo el control de su predio, prohibía a los mapuches atravesar el fundo para salir al camino principal, lo que obligaba a los campesinos —incluso a los niños que iban a la escuela— a dar un rodeo de ocho kilómetros. Esta exigencia era especialmente dura en invierno; cuando todos los senderos en la zona se convierten en barriales.

Taladriz mandó detener hace un año a Luisa Montui Nahuelcura y a su hija de quince años, acusándolas del robo de un caballo. Las tuvo en la cárcel durante siete meses, pero el delito no pudo configurarse. Cuando la mujer y su hija salieron de la cárcel, en pleno invierno, se encontraron que la choza en que vivían y todas sus pertenencias habían sido destruidas por orden de Taladriz. Ahora Luisa Montui Nahuelcura participa activamente en la toma del fundo «Las Tres Hijuelas» y ha jurado vengarse por todas las humillaciones que le hizo pasar el agricultor.

La directiva de los empleadores agrícolas está encabezada por el agricultor Miguel Fuchlocher, descendiente de alemanes. Junto a él trabaja Luis Eguigure, vicepresidente de esa organización, regidor del Partido Nacional y vicepresidente de la Sociedad de Fomento Agrícola de Cautín.

El diputado Víctor Carmine, agricultor de Cautín, también mantiene estrechos lazos con el grupo conspirativo. Carmine fue marginado del Partido Nacional a raíz de las lamentables declaraciones que formuló luego del asesinato del jefe zonal de la CORA en Linares, Hernán Mery. Sin embargo, Carmine mantiene todos los vínculos con el PN y trabaja activamente por esa colectividad en la provincia.

También el diputado del PN, Carlos Schlager, puede considerarse miembro activo del grupo de latifundistas que está manejando la estrategia contra la reforma agraria. Otro regidor del PN, Adolfo Werner, es también un agricultor importante en Villarrica. En el grupo se ha incorporado Guillermo Coulon, dueño del fundo La Gaviota, y quien asimismo ha participado en las reuniones conspirativas.

El alcalde de Temuco, Germán Becker, de la Democracia Radical, no aparece públicamente vinculado a la organización ultraderechista, pero mantiene vínculos comerciales y de clase que nadie puede desmentir.

Alrededor de este núcleo, circulan otros elementos cuya ubicación es más difícil de precisar. Es el caso de Chelo Riquelme, prófugo desde el baleo en el fundo Rucalán. Riquelme tiene fama de alocado. El año pasado se vio envuelto en un caso judicial, luego que una señorita que viajaba en su camioneta se cayó sorpresivamente del vehículo en marcha y murió. La familia de la joven lo acusó a la justicia, pero el Chelo Riquelme logró probar su inocencia.

Estos son los protagonistas visibles de la conspiración latifundista. Detrás de ellos se mueven elementos mucho más siniestros, que están creando las bases para un movimiento destinado a derribar el gobierno popular. El pueblo organizado será el encargado de neutralizar esta grave amenaza.

19 de enero de 1971

**DISCURSO ANTE
LA ASAMBLEA
NACIONAL DE LA**

**UNIDAD POPULAR
SALVADOR**

ALLENDE



Gracias a ustedes que son la expresión representativa del pueblo, obtuvimos la victoria el 4 de setiembre. Ello significó romper viejos moldes, derrotar el escepticismo, la desconfianza de muchos, y abrir una gran posibilidad para el pueblo de Chile, hacer posible la conquista del gobierno para, desde el gobierno, conquistar el poder y, a través del poder, edificar el socialismo.

Durante la campaña presidencial dije que sería difícil nuestro triunfo. Pero agregué que más duro sería el intervalo entre la victoria en unas urnas y la ascensión al poder e hice conciencia en el pueblo de que aquellos que tanto hablan de democracia no se detendrían en nada para impedir que nosotros llegáramos a ser gobierno. En nada. Los hechos lo han comprobado así. La culminación de esta actitud antipatriótica, contraria a la tradición viril de Chile, está marcada en el alevoso asesinato del que fuera prestigioso comandante en jefe del ejército de Chile, general René Schneider. Sin embargo, derrotamos a los que, encubierta o solapadamente, se oponían a que llegáramos al gobierno. Hemos alcanzado el gobierno y estamos bregando por alcanzar plenamente el poder y ello lo lograremos cuando Chile sea dueño absoluto de las riquezas esenciales nuestras, que están en manos del capital foráneo; cuando el crédito esté al servicio de los planes del desarrollo que impulse el gobierno popular y de las mayorías nacionales y no esté, como ha estado hasta ahora, en manos de unos pocos; cuando controlemos el comercio de importación y exportación; cuando hagamos una profunda y honda reforma agraria y cuando la conciencia popular comprenda perfectamente bien que este es su gobierno y que este gobierno sólo podrá convertir en realidad las tareas que implican nuestro programa, que es un compromiso ante nuestra conciencia y ante la historia. Sólo cuando las masas orientadas, dirigidas, elevadas en su nivel político, entienden que, como tal, tienen una alta responsabilidad.

Si la victoria fue una tarea alcanzada por ellas, si el triunfo fue de los partidos políticos, de movimientos y de los comités, esa victoria y ese triunfo popular deben hacer comprender también a todos que

* Texto del discurso pronunciado por el presidente de Chile, Dr. Salvador Allende, en la inauguración de la Asamblea Nacional de la Unidad Popular, el 8 de enero de 1971.

208 ahora somos el gobierno popular y, por lo tanto, que todos los integrantes de la Unidad Popular tienen una gran responsabilidad, que se requiere una actitud unitaria mucho más honda y más profunda hoy que ayer y que la solidaridad debe expresarse entre los partidos y movimientos de la Unidad Popular, en cada acto de cada militante y de este grande y avasallador instrumento que tiene el pueblo de Chile para alcanzar su victoria definitiva, que será cuando caminemos a la construcción del socialismo, derrotando definitivamente a la reacción internacional y nacional. Por ello el poder popular tiende a derrotar a la sedición, al sabotaje, y la única manera de hacerlo es precisamente afianzando la unidad en la acción fraterna y revolucionaria de sus integrantes.

Sabemos, y ha hecho muy bien Adonis Sepúlveda en recordarlo, que los grupos reaccionarios que aparentemente aceptaron nuestra victoria, que impidieron por todos los medios o trataron, mejor dicho, de impedir nuestra llegada al poder, a pesar de que fueron aplastados por el repudio nacional frente al crimen que cometieron, siguen en actitud de espera y, lógicamente, tratarán de crear toda clase de dificultades en nuestro camino.

La acción planificada de ellos comprendiendo la imposibilidad de un enfrentamiento directo, primero porque debo decirlo con satisfacción de presidente de Chile, las Fuerzas Armadas y el Cuerpo de Carabineros son leales y respetuosos de la constitución y de la ley y por lo tanto constituyen un dique que detiene el aventurerismo antipatriótico de aquellos que hubieran pensado que podían incoar una rebelión y encontrar quizás una respuesta favorable de algún sector de las Fuerzas Armadas y de Carabineros. Por eso, para ellos, el enfrentamiento directo se les hace muy difícil o casi imposible, pero buscan el camino, primero, de crear hipotéticas dificultades internas en la Unidad Popular y además de obstaculizar el proceso económico de los planes de nacionalización del gobierno popular; buscan crear situaciones de caos que les permitieran, en este instante, precipitar una acción en contra del gobierno.

Quiero, por ejemplo, señalarles a ustedes, que en el momento de bajarme del helicóptero recibí de la Oficina de Informaciones de La Moneda un resumen de lo que se proyectara anoche en el canal 9 de televisión en la República Argentina, en un espacio llamado «Nuevo Diario», del 7 de enero, el que transmitió un extenso reportaje a grupos mapuches y hacendados en la zona de Temuco con relación

a los últimos sucesos de tomas de tierras agrícolas. Los grupos mapuches expresaron adhesión a la política general del gobierno chileno sobre toma de tierras. Dijeron que las habían realizado y las justificaron expresando que éstas pertenecían a sus antepasados y que le habían sido prometidas en virtud de la reforma agraria. El mencionado grupo apareció en pantalla de televisión en actitud beligerante y portando armas de toda clase.

Por su parte, hacendados entrevistados se pronunciaron en forma violenta en contra de la reforma agraria y expresaron su disconformidad con la política general de gobierno; vaticinaron que en breve plazo estallaría en Chile una guerra civil señalando que carecían absolutamente de protección policial, por lo que ellos mismos se habían visto impelidos a adoptar las medidas necesarias para proteger la propiedad de su tierra. Esto no es sólo un hecho aislado, es parte de la campaña internacional destinada a deformar lo que somos, lo que queremos y a donde vamos y forma parte de la campaña subterránea que en distintos ángulos se sigue haciendo contra nosotros. Es indispensable, por lo tanto, que los integrantes de la Unidad Popular lleven hasta el pueblo la claridad necesaria para movilizarlo.

No podemos aceptar que se diga que los comités de Unidad Popular están adormecidos.

Cuando iniciamos esta lucha sostuve que los organismos de victoria serían los comités de Unidad Popular, pero que los comités de Unidad Popular no los habíamos creado, levantando y fortaleciendo para descansar la victoria de las urnas y que su trabajo era indispensable para el triunfo, su persistencia, su actitud, su acción, su tarea, era mucho más amplia, más profunda y más seria después de la victoria del 4 de setiembre.

Siempre con honradez hice ver al pueblo que el socialismo no se construye por decreto. Debíamos alcanzar un gobierno democrático, popular nacional y revolucionario que abriera el camino al socialismo; que lógicamente, para nosotros, esta tarea era más difícil que la que han realizado otros pueblos que han alcanzado ya el socialismo. Y más difícil por la ubicación geográfica de nuestro país, más difícil por la dependencia económica, política y cultural de los pueblos de Latinoamérica. Más difícil, porque nos hemos comprometido a realizar nuestro programa dentro de los cauces jurídicos de la sociedad burguesa y hemos señalado con claridad meridiana

210 que dentro de estos cauces crearemos las nuevas formas jurídicas e institucionales que corresponden al gobierno popular. Por lo tanto, hemos estado y estamos abriendo un camino auténticamente nuestro, auténticamente chileno. Sostuve sin vanidad, y los hechos lo confirman, que la victoria popular en Chile iba a ser motivo de extraordinario interés, de apasionado interés por los pueblos latinoamericanos y por los pueblos de los continentes del mundo. Y la verdad es esa, el laboratorio social que estamos viviendo concita la crítica intencionada y malévola de los menos, el respeto de los más y el ansia fraterna y revolucionaria de los pueblos que, igual que el nuestro, quieren su independencia económica, base de plena soberanía y base de su plena independencia política.

Por eso, la Unidad Popular debe, y quiero emplear la palabra en el sentido que tiene, la Unidad Popular debe unirse, por así decirlo, a tres elementos: al gobierno popular, a los partidos populares, al pueblo y las organizaciones de él. Tiene que ser un solo crisol, una sola bella masa, tiene que ser la unidad, el compacto arriete que penetre en la profundidad del imperialismo y de los sectores económicos reaccionarios. El gobierno popular no puede estar por sobre los partidos populares y los partidos populares no pueden estar aislados de las grandes masas populares. Sólo la movilización vigilante, activa y combatiente de las masas asegurará nuestra presencia permanente en el gobierno y asegurará también la vigencia comprometida ante nuestra conciencia y ante la historia de que vamos a convertir en realidad, pase lo que pase y suceda lo que suceda, el programa del pueblo convertido en programa de la Unidad Popular.

Por eso hay que entenderlo bien; tenemos una común tarea; nuestra labor debe ser coordinada, de participación. A ningún militante de base de la Unidad Popular le puede ser indiferente la acción, la labor de un funcionario de cualquier rango de la administración pública del gobierno popular. Y los funcionarios del gobierno popular saben perfectamente bien, primero, porque son militantes de los partidos de la Unidad Popular o de los movimientos de él y además porque ya he refrescado su memoria, que están en los cargos que el pueblo les ha entregado para ser ejemplos en el sacrificio, en la honestidad, en el trabajo y creo que el compañero presidente es el primero que debe demostrar con los hechos que puede exigir de los demás, para que sean el reflejo fiel de una voluntad auténticamente revolucionaria en lo moral y en lo material.

Por eso, la autocrítica honesta, clara, limpia, dentro de los organismos de la Unidad Popular. Nada de la crítica torva en los pasillos, nada de la zancadilla artera, actitudes y procedimientos de otros grupos políticos del ayer de Chile. Nosotros tenemos la obligación de ser auténticamente revolucionarios como lo dijera más de una vez. Es justa la frase que se pusiera en la universidad de París, cuando alguien sostuvo que la revolución comenzaba antes que en las cosas, en la intimidad de uno mismo; eso implica una actitud distinta, un sentido de cooperación, una lealtad al trabajo en los demás, teniendo conciencia que ese trabajo está en función no de un hombre, de una familia o de un partido, sino en función de Chile y del pueblo y que la tarea que tenemos que realizar es lo suficientemente ennobecedora, porque es una tarea que representa, en esencia, la emancipación de Chile y la construcción de una nueva patria independiente absolutamente.

Por eso, establezco la responsabilidad solidaria del gobierno, de los partidos y la obligación de que los partidos de gobierno sean capaces de encontrar el eco generoso y la voluntad rebelde de las masas. Ello sólo puede hacerse con la acción continuada y permanente del trabajo, del diálogo, de la movilización común.

Recibí un mandato del pueblo, expresado a través de ustedes, los partidos de la Unidad Popular y de los movimientos que forman parte de él. Me parece que esta no es la ocasión, por lo avanzado de la hora y porque pienso que cada uno de ustedes habrá leído lo que el gobierno ha realizado, para exponer, aunque fuera en síntesis apretada, las tareas que hemos cumplido. Creo, sí, que puedo mirar cara a cara a mis compañeros y dirigentes de los partidos populares, como a ustedes dirigentes de base, simple militante de la Unidad Popular, porque me he empeñado no sólo con los compañeros ministros y funcionarios del gobierno en ser leales al compromiso contraído y creo que, hasta ahora, ningún hombre de la Unidad Popular puede decir que su gobierno no ha estado en el primer lugar de la barricada cumpliendo con su tarea histórica.

Por eso he venido, finalmente, a decirles que pienso, anhelo y sé que la Unidad Popular debe acrecentarse, hacerse más recia, más profunda, más leal si es posible. Quiero decirles que aunque muchos vaticinaron que la última elección sería la de setiembre pasado se equivocaron; quiero decirles que aunque muchos sostuvieron esto hay un hecho real: vamos a enfrentar en abril de este año las elec-

212 ciones de regidores. No será un plebiscito, no porque temamos el veredicto, sino porque no le hemos dado el carácter de tal. Pero sí, tenemos una obligación, trabajar para que los partidos de la Unidad Popular obtengan, como respuesta en las urnas, la adhesión no sólo del millón de votos, que obtuviéramos y algo más, sino que ahora de mucha y mucha más gente que antes no estuvo con nosotros, por la propaganda que se realizara durante tantos años, pero que ahora ha comprendido lo que queríamos y por qué luchábamos. Pero esta batalla hay que darla con un profundo sentido de unidad y he lamentado, por ejemplo, que no se pusieran en marcha los pactos de compensación, que antes permitieron aprovechar mejor los votos, para que saliera un representante de un partido de la Unidad Popular donde la división de los partidos hará que se marquen votos para determinadas corrientes políticas, pero no habrá un representante más de la Unidad Popular. No se trata de una lucha para señalar que un partido determinado sacó tantos votos. Se trata de una lucha para exigir, pedir, reclamar y obtener que el pueblo vote por la Unidad Popular.

He lamentado profundamente, y espero que haya tiempo para enmendar este hecho, que no hayan acuerdos que permitan garantizar que habrá siempre, donde haya mayoría, un alcalde de la Unidad Popular. No queremos estar jugando al manejo subalterno de determinados sectores que puedan levantar a un partido más que a otro.

Ser vanguardia popular implica un contenido que ningún hombre o mujer de este movimiento puede ignorar. Ser vanguardia es estar a la cabeza, es guiar, es enseñar; es también la humildad que debe tener el dirigente para aprender del sacrificio del pueblo. Ser vanguardia popular, ser vanguardia revolucionaria y ser revolucionario para crear una nueva sociedad —dentro de los marcos de la democracia burguesa— implica un alto nivel de capacitación política e implica entender las diferencias que puedan haber en las actitudes tácticas, sin comprometer la estrategia final. Esto tienen que entenderlo ustedes, que son en esencia los dirigentes representantes de las fuerzas populares organizadas en nuestro movimiento.

He dicho que reclamo la coparticipación más activa y con responsabilidad, todavía, porque hemos estado, a veces, demasiado lerdos para rechazar el embate en contra nuestra, en la prensa, en la radio o en la actitud política de algunos adversarios. Nosotros pensamos; y yo lo pienso categóricamente, que sin desvincularnos nosotros los

que estamos en el gobierno y que somos los personeros de ustedes —porque es útil que se entienda, y en forma definitiva, que el pueblo debe ser y es el gobierno de Chile— digo, los partidos tienen que ser canales, el nexos, la amarra que permita más y más el entronque de los partidos con las masas populares. Por eso, y finalmente, yo creo que está bien esta asamblea porque en ella habrá de trazarse la labor a realizar no sólo para la campaña electoral de abril, sino para movilizar a las masas y concientizarlas frente a las dificultades que tendremos y que serán muy serias.

En el campo internacional, a pesar de que hemos ido desbrozando el camino, sin discusión, a medida que avancemos como tenemos que avanzar hiriendo los intereses foráneos, se irá creando en contra del gobierno popular y del pueblo de Chile, el clima que vitalice la actitud de los sectores oligárquicos y feudales en contra nuestra. Ahora y sólo ahora hemos avanzado, hundiendo a las capas plutocráticas en lo que en ellas era en esencia el poder, a través de la iniciativa de nacionalizar el crédito y estatizar la banca. Ahora, con una auténtica, impulsiva y creadora reforma agraria vamos, de verdad a concitar de hecho la resistencia que ya se apunta en algunos sectores patronales.

Yo he vivido la inquietud de Cautín, en donde hay factores naturales y factores artificiales. En donde hay, además, factores inclusive raciales y antropológicos que complican más el problema; porque el araucano nuestro ha sido negado; zaherido y pisoteado durante un siglo y no se ha incorporado jamás a su condición de ciudadano y, posiblemente, no puede percibir, como lo perciben ustedes, la proyección que tiene la victoria popular, ni puede a veces detener sus ansias de rebeldía aplastada durante un siglo y tanto.

Por ello debemos comprender la tremenda responsabilidad histórica que hemos asumido sin premura, sin demagogias, sin jugar a la irresponsabilidad. Sin precipitar las tomas y esconder la mano y estar ocupando departamentos cuando se es militante de la Unidad Popular y se sabe que ese hecho implica ir contra el obrero, un empleado modesto que también, si no fue militante de la Unidad Popular, tiene la misma posición de clase de explotado y oprimido de los integrantes de nuestro movimiento y nuestra acción. Por eso, sin dejar que nuestra gente caiga en la inacción, no dar motivos a que se interprete nuestra actitud como una actitud de provocación o de irresponsabilidad. Tenemos que hacer entender que la parti-

214 cipación de los obreros, de los técnicos y de los empleados en las empresas, tiene un contenido superior que implica que nosotros reconocemos que aunque no han pasado por la universidad los obreros pueden y deben asumir la responsabilidad en el manejo de las empresas, en el campo estatizado o en el campo de la economía social. Con satisfacción, por ejemplo anuncio, que hemos nombrado gerente de la empresa carbonífera —ayer particular— de Lota y Schwager a un compañero obrero, a un auténtico trabajador del carbón. Pero ello, no puede significar jamás que algunos compañeros puedan imaginarse que porque están en el directorio de las empresas y forman parte de su dirección o las dirigen, esas empresas van a estar al servicio de los intereses de los que en ellas trabajan. No. Esas empresas están al servicio del pueblo y al servicio de Chile y si hay sectores que tienen mayor poder de presión porque representan industrias fundamentales y vitales para Chile, lo he dicho con claridad y honradez, como presidente del pueblo, que no aceptaré que haya sectores de trabajadores privilegiados, mientras hay miles de trabajadores que se mueren de hambre en nuestro país.

Tenemos que hacer entender a algunos de los propios compañeros nuestros, que el plan económico es un todo; que no es cosa parcelada la remuneración y el aumento de remuneraciones, que no está al margen de un proceso general que tenemos que planificar y realizar globalmente. Eso es lo que necesitamos, que cada hombre y cada mujer de la Unidad Popular se impregne en lo que somos, tenga conciencia de la tarea que estamos realizando y sepa que hasta ahora nosotros marcharemos por el cauce de la legalidad, que le hemos dicho al pueblo que íbamos a recorrer, pero sin olvidar también lo que yo les dije a ustedes y le dije a Chile entero: no queremos la violencia, no necesitamos la violencia; aplicaremos primero la violencia de la ley cuando se entienda perfectamente también que la ley debe alcanzar a los poderosos. Pero si otros rompen los diques de la ley y otros restan la violencia y si hay gente que cree que pueden conspirar impunemente y si pasan de la conspiración a la acción, les vuelvo a decir a ustedes: ¡a la violencia reaccionaria opondremos la violencia revolucionaria!

**DEL ANTIGUO
APOGEO A
LA HUMILLACION
DE NUESTRO
TIEMPO**

**EDUARDO
GALEANO**

Recientemente se produjo un acontecimiento insólito en América Latina. Las fuerzas armadas de Argentina y Brasil, rivales tradicionales en la disputa por la hegemonía geopolítica en América del Sur, realizaron maniobras conjuntas. Las operaciones militares se hicieron bajo la bandera de la defensa de la democracia y la lucha contra la subversión y los malos ejemplos, con los ojos puestos, sin dudas, en la experiencia contagiosa que están viviendo Chile, Perú y Bolivia. Las maniobras sucedieron a una conferencia de estados mayores de ambos ejércitos, y del ejército paraguayo, que tuvo lugar en Asunción. Todo esto ocurre cuando se cumple precisamente un siglo de la aniquilación de Paraguay por los ejércitos de la Triple Alianza. La coincidencia resulta trágica y efocuente, como se desprende de la lectura de este artículo.

El hombre viajaba a mi lado, silencioso. Su perfil, nariz afilada, altos pómulos, se recortaba contra la fuerte luz del mediodía.

Íbamos rumbo a Asunción, desde la frontera del sur, en un ómnibus para veinte personas que contenía, no sé cómo, cincuenta. Al cabo de unas horas, hicimos un alto. Nos sentamos en un patio abierto, a la sombra de un árbol de hojas carnosas. A nuestros ojos, se abría el brillo ennegrecedor de la vasta, despoblada, intacta tierra roja: de horizonte a horizonte, nada perturbaba la transparencia del aire en Paraguay. Fumamos. Mi com-

pañero, campesino de habla guaraní, enhebró algunas palabras tristes en castellano. «Los paraguayos somos pobres y pocos», me dijo. Me explicó que había bajado a Encarnación a buscar trabajo, pero no había encontrado. Apenas si había podido reunir unos pesos para el pasaje de vuelta. Años atrás, de muchacho, había tentado fortuna en Buenos Aires y en el sur de Brasil. Ahora venía la cosecha del algodón y muchos braceros paraguayos marchaban, como todos los años, rumbo a Argentina. «Pero yo ya tengo sesenta y tres años. Mi corazón ya no soporta las demasiadas gentes.»

Suman medio millón los paraguayos que han abandonado la patria, definitivamente, en los últimos veinte años. **La miseria empuja al éxodo a los habitantes del país que era, hasta hace un siglo, el más avanzado de América del Sur.** Paraguay tiene ahora una población apenas mayor que la que por entonces tenía y es, con Bolivia, uno de los dos países más pobres y atrasados del continente. Los paraguayos sufren la herencia de una guerra de exterminio que se incorporó a la historia de América Latina como su capítulo más infame. Se llamó la guerra de la Triple Alianza. Brasil, Argen-

tina y Uruguay tuvieron a su cargo el genocidio. No dejaron piedra sobre piedra ni habitantes varones entre los escombros. Aunque Inglaterra no participó directamente de la horrorosa hazaña, fueron sus mercaderes, sus banqueros y sus industriales quienes resultaron beneficiados con el crimen de Paraguay. La invasión fue financiada, del principio al fin, por el banco de Londres, la casa «Baring Brothers» y la banca Rothschild, en empréstitos con intereses leonino que hipotecaron la suerte de los países vencedores.¹

Hasta su destrucción, Paraguay se erguía como una excepción en América Latina: la única nación que el capital extranjero no había deformado. El largo gobierno de mano de hierro del dictador Gaspar Rodríguez de Francia (1814-1840) había incubado, en la matriz del aislamiento, un desarrollo económico y sostenido. El estado, omnipotente, paternalista, ocupaba el lugar de una burguesía nacional que no existía, en la tarea de organizar la nación y orientar sus recursos y su destino. Francia se había apoyado en las masas campesinas para aplastar a la oligarquía paraguaya y había conquistado la paz interior tendiendo un estricto cordón sanitario frente a los restantes países del antiguo

virreinato del Río de la Plata. Las expropiaciones, los destierros, las prisiones, las persecuciones y las multas no habían servido de instrumentos para la consolidación del dominio interno de los terratenientes y los comerciantes sino que, por el contrario, habían sido utilizados para su destrucción. No existían, ni nacerían más tarde, las libertades políticas y el derecho de oposición, pero en aquella etapa histórica sólo los nostálgicos de los privilegios perdidos sufrían la falta de democracia.

No había grandes fortunas privadas cuando Francia murió, y Paraguay era el único país de América Latina que no tenía mendigos, hambrientos ni ladro-

¹ Para escribir este artículo, el autor consultó las siguientes obras: Juan Bautista Alberti, **Historia de la guerra de Paraguay**, Buenos Aires, 1962; Pelham Horton Box, **Los orígenes de la guerra de la Triple Alianza**, Buenos Aires Asunción, 1958; Efraím Cardozo, **El imperio de Brasil y el Río de la Plata**, Buenos Aires, 1961; Julio César Chaves, **El presidente López y la guerra de Paraguay**, Buenos Aires, 1945; Juan F. Pérez Acosta, **Carlos Antonio López, obrero máximo. Labor administrativa y constructiva**, Asunción, 1948; José María Rosa, **La guerra de Paraguay y las montoneras argentinas**, Buenos Aires, 1965; Bartolomé Mitre y Juan Carlos Gómez, **Cartas polémicas sobre la guerra de Paraguay**, con prólogo de J. Natalicio González, Buenos Aires, 1940. También un trabajo inédito de Vivian Triás sobre el tema.

nes;² los viajeros de la época encontraban allí un oasis de tranquilidad en medio de las demás comarcas convulsionadas por las guerras continuas. El agente norteamericano Hopkins informaba en 1845 a su gobierno, que en Paraguay «no hay niño que no sepa leer y escribir...» Era también el único país que no vivía con la mirada clavada al otro lado del mar. El comercio exterior se constituía el eje de la vida nacional; la doctrina liberal expresión ideológica de la articulación mundial de los mercados, carecía de respuestas para los desafíos que Paraguay, obligado a crecer hacia adentro por su aislamiento mediterráneo, se estaba planteando desde principios de siglo. El exterminio de la oligarquía hizo posible la concentración de los resortes económicos fundamentales en manos del estado, para llevar adelante esta política autárctica de desarrollo dentro de fronteras.

Los posteriores gobiernos de Carlos Antonio López y su hijo Francisco Solano, continuaron y vitalizaron la tarea. La economía estaba en pleno crecimiento. Cuando los invasores aparecieron en el horizonte, en 1865, Paraguay contaba con una línea de telégrafos y un ferrocarril y una buena cantidad de fábricas tejidos, lienzos, ponchos, papel y tinta, loza y pólvora. Doscientos técnicos extranjeros, muy

bien pagados por el estado, prestaban su colaboración decisiva. Desde 1850, la fundición de Ibycui fabricaba cañones, morteros y balas de todos los calibres; en el arsenal de Asunción se producían cañones de bronce, obuses y balas. La siderurgia nacional, como todas las demás actividades económicas esenciales, estaba en manos del estado. El país contaba con una flota mercante nacional, y habían sido construidos en el astillero de Asunción varios de los buques que ostentaban el pabellón paraguayo a lo largo del Paraná o a través del Atlántico y el Mediterráneo.

² Francia integra, como uno de los ejemplares más horribles, el bestiario de la historia oficial. Las deformaciones óptimas impuestas por el liberalismo no son un privilegio de las clases dominantes en América Latina; muchos intelectuales de izquierda, que suelen asomarse con lentes ajenos a la historia de nuestros países, también comparten ciertos mitos de la derecha, sus canonizaciones y sus excomuniones. **El Canto General** de Pablo Neruda (Buenos Aires, 1955), espléndido homenaje poético a los pueblos latinoamericanos, exhibe claramente esta desubicación. Neruda ignora a Artigas y a Carlos Antonio y Francisco Solano López; en cambio, se identifica con Sarmiento. A Francia lo califica de «rey leproso, rodeado por la extensión de los yerbales», que «cerró el Paraguay como un nido/ de su majestad» y «amarró/ tortura y barro a las fronteras». Con Rosas no es más amable: clama contra las «puñales, carcajadas de mozcra/ sobre el martirio» de una «Argentina robada a culatazos/ en el vapor del alba, castigada/ hasta sangrar y enloquecer, vacía/ cabalgada por agrios capataces!». »

El estado virtualmente monopolizaba el comercio exterior: la yerba mate y el tabaco abastecían el consumo del sur del continente; las maderas, valiosas, se exportaban a Europa. La balanza comercial arrojaba un gran superávit. Paraguay tenía una moneda fuerte y estable, y disponía de suficiente riqueza como para realizar enormes inversiones públicas sin recurrir al capital extranjero. El país no debía un centavo al exterior, pese a lo cual estaba en condiciones de mantener el mejor ejército de Sudamérica, contratar técnicos ingleses que se ponían al servicio del país en lugar de poner al país a su servicio, y enviar unos cuantos jóvenes universitarios paraguayos a perfeccionar sus estudios en Europa. El excedente económico generado por la producción agrícola no se derrochaba en el lujo estéril de una oligarquía inexistente, ni iba a parar a los bolsillos de los intermediarios, ni a las masas brujas de los prestamistas, ni al rubro ganancias que el imperio británico nutría con los servicios de fletes y seguros. La esponja imperialista no absorbía la riqueza que el país producía.

El 98% del territorio paraguayo era de propiedad pública el estado cedía a los campesinos la expropiación de las parcelas a cambio de la obligación de po-

blarlas y cultivarlas en forma permanente y sin el derecho de venderlas. Había, además sesenta y cuatro **estancias de la patria**, haciendas que el estado administraba directamente. Las obras de riego, represas y canales, y los nuevos puentes y caminos contribuían en grado importante a la elevación de la productividad agrícola. Se rescató la tradición indígena de las dos cosechas anuales, que había sido abandonada por los conquistadores. El aliento vivo de las tradiciones jesuitas facilitaba, sin duda, todo este proceso creador.³

³ Los fanáticos monjes de la compañía de Jesús, «guardia negra del Papa», habían asumido la defensa del orden medieval ante las nuevas fuerzas que irrumpían en el escenario histórico europeo. Pero en la América hispánica las misiones de los jesuitas se desarrollaron bajo un signo progresista. Venían para purificar, mediante el ejemplo de la abnegación y el ascetismo, a una iglesia católica entregada al ocio y al goce desenfrenado de los bienes que la conquista había puesto a disposición del clero. Fueron las misiones de Paraguay las que alcanzaron el mayor nivel; en poco más de un siglo y medio (1603/1768) definieron la capacidad y los fines de sus creadores.

Los jesuitas atrajeron, mediante el lenguaje de la música, a los indios guaraníes que habían buscado amparo en la selva o que en ella habían permanecido sin incorporarse al **proceso civilizatorio** de los encomenderos y los terratenientes. Ciento cincuenta mil indios guaraníes pudieron, así, reencontrarse con su organización comunitaria primitiva y resucitar sus propias técnicas en los oficios y las artes. En las misiones no existía el latifundio; la tierra se cultivaba en parte para la

El estado practicaba un celoso proteccionismo, muy reforzado en 1864, sobre la industria nacional y el mercado interno; los ríos interiores no estaban abiertos a las naves británicas que bombardeaban con manufacturas de Manchester y de Liverpool a todo el resto de América Latina. El comercio inglés no disimulaba su inquietud, no sólo porque resultaba invulnerable aquel último foco de resistencia nacional en el corazón del continente, sino también y sobretodo, por la fuerza de ejemplo que la experiencia paraguaya irradiaba peligrosamente hacia los vecinos. El país más progresista de América Latina construía su futuro sin inversiones extranjeras, sin em-

satisfacción de las necesidades individuales y en parte para desarrollar obras de interés general y adquirir los instrumentos de trabajo necesarios, que eran de propiedad colectiva. La vida de los indios estaba sabiamente organizada; en los talleres y en las escuelas se hacían músicos y artesanos, agricultores, tejedores, actores, pintores, constructores. No se conocía el dinero; estaba prohibida la entrada a los comerciantes, que debían negociar desde hoteles instalados a cierta distancia.

La corona sucumbió finalmente a las presiones de los encomenderos criollos, y los jesuitas fueron expulsados de América. Los terratenientes y los esclavistas se lanzaron a la caza de los indios. Los cadáveres colgaban de los árboles en las misiones; pueblos enteros fueron vendidos en los mercados de esclavos de Brasil. Muchos indios volvieron a encontrar refugio en la selva. Las bibliotecas de los jesuitas fueron a parar a los hornos, como combustible, o se utilizaron para hacer cartuchos de pólvora.

préstitos de la banca inglesa y sin las bendiciones del comercio libre.

Pero a medida que Paraguay iba avanzando en este proceso, se hacía más aguda su necesidad de romper la reclusión. El desarrollo industrial requería contactos más intensos y directos con el mercado internacional y las fuentes de la técnica avanzada.

Paraguay estaba objetivamente bloqueado entre Argentina y Brasil, y ambos países podían negar el oxígeno a sus pulmones cerrándole, como lo hicieron Rivadavia y Rosas, las bocas de los ríos, o fijando impuestos arbitrarios al tránsito de sus mercancías. Para sus vecinos, por otra parte, era una imprescindible condición, a los fines de la consolidación del estado oligárquico, terminar con el escándalo de aquel país odioso que se bastaba a sí mismo y no quería arrodillarse ante los mercaderes británicos.

El ministro inglés en Buenos Aires, Edward Thornton, tuvo participación considerable en los preparativos de la guerra. En vísperas del estallido, tomaba parte, como asesor del gobierno, en las reuniones del gabinete argentino, sentándose al lado del presidente Bartolomé Mitre. Ante su

atenta mirada, se urdió la trama de provocaciones y de engaños que culminó con el acuerdo argentino-brasileño y selló la suerte de Paraguay. Venancio Flores invadió Uruguay, en ancas de la intervención de los dos grandes vecinos, y estableció en Montevideo, después de la masacre de Paysandí, su gobierno adicto a Río de Janeiro y Buenos Aires. La Triple Alianza estaba en funcionamiento. El presidente paraguayo Solano López había amenazado con la guerra si asaltaban Uruguay: sabía que así se estaba cerrando la tenaza de hierro en torno a la garganta de su país acorralado por la geografía y los enemigos. El historiador liberal Efraín Cardozo no tiene inconveniente en sostener, sin embargo, que López se plantó frente a Brasil simplemente porque estaba ofendido; el emperador le había negado la mano de una de sus hijas. El conflicto estaba planteado. Pero obra de Mercurio, no de Cupido.

La prensa de Buenos Aires llamaba «Atila de América» al presidente paraguayo López: «Hay que matarlo como a un reptil», clamaban los editoriales.

En setiembre de 1864, Thornton envió a Londres un extenso informe confidencial, fechado en Asunción. Describía a Paraguay como Dante al infierno, pero poniendo el acento donde corres-

pondría: «Los derechos de importación sobre casi todos los artículos son del 20 ó 25% **ad valorem**; pero como este valor se calcula sobre el precio corriente de los artículos, el derecho que se paga alcanza frecuentemente del 40 al 45% del precio de factura. Los derechos de exportación del 10 al 20 % sobre el valor...»

En abril de 1865, el **Standard**, diario inglés de Buenos Aires, celebraba ya la declaración de guerra de Argentina contra Paraguay, cuyo presidente «ha infringido todos los usos de las naciones civilizadas», y anunciaba que la espada del presidente argentino Mitre «llevará en su victoriosa carrera, además del peso de glorias pasadas, el impulso irresistible de la opinión pública en una causa justa».

El tratado con Brasil y Uruguay se firmó el 1 de mayo de 1865; sus términos draconianos fueron dados a publicidad un año más tarde, en el diario británico **The Times**, que lo obtuvo de los banqueros acreedores de Argentina y Brasil. Los futuros vendedores se repartían anticipadamente, en el tratado, los despojos del vencido.

Argentina se aseguraba todo el territorio de Misiones y el inmen-

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

so Cháco; Brasil devoraba una extensión inmensa hacia el oeste de sus fronteras. A Uruguay, gobernado por un títere de ambas potencias, no le tocaba nada.

Mitre anunció que tomaría Asunción en tres meses. Pero la guerra duró cinco años. Fue una carnicería, ejecutada todo a lo largo de los fortines que defendían, tramo a tramo, el río Paraguay. El «oprobioso tirano» Francisco Solano López encarnó heroicamente la voluntad nacional de sobrevivir; el pueblo paraguayo, que no sufría la guerra hacía medio siglo, se inmoló a su lado. Hombres, mujeres, niños y viejos; todos se batieron como leones. Los prisioneros heridos se arrancaban las vendas para que no los obligaran a pelear contra sus hermanos.

En 1870, López, a la cabeza de un ejército de espectros, ancianos y niños que se ponían barbas postizas para impresionar desde lejos, se internó en la selva. Las tropas invasoras asaltaron los escombros de Asunción con el cuchillo entre los dientes. Cuando finalmente el presidente paraguayo fue asesinado a bala y a lanza en la espesura de Cerro Corá, alcanzó a decir: «¡Muerdo con mi patria!», y era verdad. Paraguay moría con él. Antes, López había hecho fusilar a su hermano y a un obispo, que con él marchaban en aquella caravana de la muerte.

Los invasores venían para redimir al pueblo paraguayo: lo exterminaron. Paraguay tenía, al comienzo de la guerra, poco menos población que Argentina. Sólo doscientos cincuenta mil paraguayos, menos de la sexta parte, sobrevivían en 1870. Era el triunfo de la civilización. Los vencedores, arruinados por el altísimo costo del crimen, quedaban en manos de los banqueros ingleses que habían financiado la aventura. El imperio esclavista de Pedro II, cuyas tropas se nutrían de esclavos y de presos, ganó, no obstante, territorios, más de sesenta mil kilómetros cuadrados, y también mano de obra, porque los prisioneros paraguayos marcharon a trabajar en los cafetales paulistas con la mano de hierro de la esclavitud. La Argentina del presidente Mitre, que había aplastado a sangre y fuego a sus propios caudillos federales, se quedó con noventa y cuatro mil kilómetros cuadrados de tierra paraguaya y otros frutos del botín, según el propio Mitre había anunciado cuando escribió: «Los prisioneros y demás artículos de guerra, nos los dividiremos en la forma convenida.» Uruguay, donde ya los herederos de Artigas habían sido muertos o derrotados y la oligarquía mandaba, participó de la guerra como socio menor y sin recompensas.

Algunos de los soldados uruguayos enviados a la campaña de Paraguay, habían subido a los buques con las manos atadas. Los tres países sufrieron una bancarrota financiera que agudizó su dependencia frente a Inglaterra. La matanza de Paraguay los marcó en la frente para siempre.⁴

Brasil había cumplido con la función que el imperio británico le había adjudicado desde los tiempos en que los ingleses trasladaron el trono portugués a Río de Janeiro. A principios del siglo XIX, habían sido claras las instrucciones de Canning al embajador, Lord Strangford: «Hacer de Brasil un emporio para las manufacturas británicas destinadas al consumo de toda América del Sur.»

Poco antes de lanzarse a la guerra, el presidente de Argentina había inaugurado una nueva línea de ferrocarriles **británicos** en su país, y había pronunciado un inflamado discurso: «¿Cuál es la fuerza que impulsa este progreso? Señores: ¡es el capital inglés!»

Del Paraguay derrotado, no sólo desapareció la población: también las tarifas aduaneras, los hornos de fundición, los ríos clausurados al libre comercio, la independencia económica y vastas zonas de su territorio. Los vencedores implantaron, dentro de

las fronteras reducidas por el despojo, el libre cambio y el latifundio. Todo fue saqueado y todo fue vendido: las tierras y los bosques, las minas, los yerbales, los edificios de las escuelas. Sucesivos gobiernos títeres serían instalados, en Asunción, por las fuerzas extranjeras de ocupación.

No bien terminó la guerra, sobre las ruinas todavía humeantes de Paraguay cayó el primer empréstito extranjero de su historia. Era británico, por supuesto. Su valor nominal alcanzaba el millón de libras esterlinas, pero a Paraguay llegó bastante menos de la mitad; en los años siguientes, los pases mágicos de las refinaciones elevaron la deuda a más de tres millones. La guerra del opio había terminado en 1842, cuando se firmó en Nanking el tratado de libre comercio que aseguró a los comercian-

⁴ Solano Pérez arde todavía en la memoria. Cuando el Museo Histórico Nacional de Río de Janeiro anunció, en setiembre de 1969, que inauguraría una vitrina dedicada al presidente paraguayo, los militares reaccionaron furiosamente. El general Mourao Filho, que había desencadenado el golpe de estado de 1964, declaró a la prensa: «Un viento de locura barre al país (...) Solano López es una figura que debe ser borrada para siempre de nuestra historia como paradigma del dictador uniformado sudamericano. Fue un sanguinario que destruyó a Paraguay, llevándolo a una guerra imposible.»

tes británicos el derecho de introducir libremente la droga en el territorio chino. También la libertad de comercio fue garantizada por Paraguay después de la derrota. Se abandonaron los cultivos de algodón y Manchester arruinó la producción textil; la industria nacional no resucitó nunca.

El Partido Colorado, que hoy gobierna a Paraguay, especula alegremente con la memoria de los héroes, pero ostenta al pie de su acta de fundación la firma de veintidós traidores al mariscal Solano López, «legionarios» al servicio de las tropas brasileñas de ocupación. El dictador Alfredo Stroessner, que ha convertido a Paraguay en un gran campo de concentración desde hace quince años, hizo su especialización militar en Brasil y los generales brasileños lo devolvieron a su país con altas calificaciones y encendidos elogios: «Es digno de gran futuro...» Durante su reinado, Stroessner desplazó a los intereses angloargentinos dominantes en Paraguay durante las últimas décadas, en beneficio de Brasil y sus dueños norteamericanos. Desde 1870, Brasil y Argentina, que **liberaron** a Paraguay para comérselo a dos bocas, se alternan en el usufructo de los despojos del país derrotado, pero sufren, a su vez, el imperialismo de la gran potencia

de turno. Paraguay padece, al mismo tiempo, el imperialismo y el subimperialismo.

Antes, el imperio británico constituía el eslabón mayor de la cadena de las dependencias sucesivas. Actualmente, Estados Unidos, que no ignora la importancia geopolítica de este país enclavado en el centro de América del Sur, mantiene en suelo paraguayo asesores innumerables que adiestran y orientan a las fuerzas armadas, cocinan los planes económicos, reestructuran la universidad a su antojo, inventan un nuevo esquema político **democrático** para el país y retribuyen con préstamos onerosos los buenos servicios del régimen.⁵ Pero Paraguay es también colonia de colonias. Utilizando la reforma agraria como pretexto, el gobierno de Stroessner derogó, haciéndose el distraído, la disposición legal que prohibía la venta a extranjeros de tierras en zonas de frontera seca, y hoy hasta los territorios fiscales han caído en manos de los latifundistas brasi-

⁵ Poco antes de las elecciones de principios de 1968, el general Stroessner visitó Estados Unidos. «Cuando me entrevisté con el presidente Johnson» —declaró a France Presse— «le manifesté que ya hace doce años que desempeño funciones de primer magistrado por mandato de las urnas. Johnson me contestó que eso constituía una razón más para continuar ejerciéndola el período venidero.»

leños del café. La onda invasora atraviesa el río Paraná con la complicidad del presidente, asociado a los terratenientes que hablan portugués.

Llegué a la movediza frontera del nordeste de Paraguay con billetes que tenían estampado el rostro del vencido mariscal Solano López, pero allí encontré que sólo tienen valor los que lucen la efigie del victorioso emperador Pedro II. El resultado de la guerra de la Triple Alianza cobra, trascurrido un siglo, ardiente actualidad. Los guardas brasileños exigen pasaporte a los ciudadanos paraguayos para circular por su propio país; son brasileñas las banderas y las iglesias. La piratería de tierra abarca también los saltos del Guayrá, la mayor fuente potencial de energía en toda América Latina.

El subimperialismo, o imperialismo de segundo grado, se expresa de mil maneras. Cuando el presidente Johnson decidió sumergir en sangre a los dominicanos, en 1965, Stroessner envió soldados paraguayos a Santo Domingo, para que colaboraron en la faena. El batallón se llamó, broma siniestra, «Mariscal Solano López». Los paraguayos actuaron a las órdenes de un general brasileño, porque fue Brasil quien recibió los honores de la traición: el general Panasco Alvim encabezó

las tropas latinoamericanas cómplices en la matanza.

De la misma manera, podrían citarse otros ejemplos. Paraguay otorgó a Brasil una concesión petrolera en su territorio, pero el negocio de la distribución de combustibles y la petroquímica están, en Brasil, en manos norteamericanas. La Misión Cultural Brasileña es dueña de la Facultad de Filosofía y Pedagogía de la universidad paraguaya, pero los norteamericanos manejan ahora a las universidades de Brasil. El estado mayor del ejército paraguayo no sólo recibe la asesoría de los técnicos del Pentágono, sino también de los generales brasileños quienes, a su vez, responden al Pentágono como el eco a la voz. Por la vía abierta del contrabando, los productos industriales de Brasil invaden el mercado paraguayo, pero las fábricas que los producen en Sao Paulo son, desde las avalancha desnacionalizadora de estos últimos años, propiedad de las corporaciones de Estados Unidos.

Stroessner se considera heredero de los López. El Paraguay de hace un siglo, ¿puede ser impunemente cotejado con el Paraguay de ahora, emporio del contrabando en la cuenca del Plata y reino de la corrupción institucionalizada? En un acto político

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

donde se reivindicaba a la vez, entre vítores y aplausos, a uno y otro Paraguay, un muchachito vendía, bandeja al pecho, cigarrillos de contrabando; la fervorosa concurrencia pitaba nerviosamente «Kent», «Marlboro», «Camel» y «Benson & Hedges». En Asunción, la escasa clase media bebe whisky «Ballantine's» en vez de tomar caña paraguaya. Uno descubre los últimos modelos de los más lujosos automóviles fabricados en Estados Unidos o Europa y traídos al país de contrabando o previo pago de menguados impuestos, al mismo tiempo que se ven, por las calles, carros tirados por bueyes que acarrear lentamente los frutos al mercado: la tierra se trabaja con arados de madera y los taxímetros son «Impalas 70».

Stroessner dice que el contrabando es «el precio de la paz»: los generales se llenan los bolsillos y no conspiran. La industria, por supuesto, agoniza antes de crecer. El estado ni siquiera cumple con el decreto que manda preferir los productos de las fábricas nacionales en las adquisiciones públicas. Los únicos triunfos que el gobierno exhibe, orgulloso, en materia de fábricas, son las plantas de «Coca Cola», «Crush» y «Pepsi Cola», instaladas desde fines de 1966 como contribución norteamericana

al progreso del pueblo paraguayo.

El estado manifiesta que sólo intervendrá directamente en la creación de empresas «cuando el sector privado no demuestre interés»⁶ y el banco central comunica al Fondo Monetario Internacional que «ha decidido implantar un régimen de mercado libre de cambios y abolir las restricciones al comercio y a las transacciones en divisas»; un folleto editado por el Ministerio de Industria y Comercio advierte a los inversores, que el país otorga «concesiones especiales para el capital extranjero». Se exige a las empresas extranjeras del pago de impuestos y de derechos aduaneros, «para crear un clima propicio para las inversiones». Un año después de instalarse en Asunción, el «National City Bank» de New York recupera íntegramente el capital invertido. La banca extranjera, dueña del ahorro interno, proporciona a Paraguay créditos externos que acentúan su deformación económica e hipotecan aún más su soberanía.

En el campo, el uno y medio por ciento de los propietarios dispone

⁶ Presidencia de la Nación, Secretaría Técnica de Planificación, «Plan nacional de desarrollo económico y social». Asunción, 1966.

del noventa por ciento de las tierras explotadas, y se cultiva menos del dos por ciento de la superficie total del país. El plan oficial de colonización en el triángulo de Caaguazú ofrece a los campesinos hambrientos más tumbas que prosperidades.⁷ La patria niega a sus hijos el derecho al trabajo y al pan de cada día: los paraguayos emigran en masa.

La Triple Alianza sigue siendo todo un éxito.

⁷ Muchos de los campesinos han optado finalmente por volverse a la región minifundista del centro del país o han ido camino del nuevo éxodo hacia Brasil, donde sus brazos baratos se ofrecen a los yerbales de Curitiba y Matto Grosso o a las plantaciones cafetaleras de Paraná. Es desesperada la situación de los pioneros que se encuentran de cara a la selva, sin la menor orientación técnica y sin ninguna asistencia crediticia, con tierras **concedidas** por el gobierno, a las que tendrán que arrancar frutos suficientes para alimentarse y poder **pagarlas** porque si el campesino no paga el precio estipulado no recibe el título de propiedad.

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

**COMUNICACION
E IDEOLOGIA:
EL HOMBRE EN
SU CONTEXTO**

LUIS F.

RIBEIRO



El verdadero y notorio interés que cobró entre nosotros el problema de las comunicaciones masivas, en la segunda mitad del siglo XX, hizo emerger una problemática teórica de las más fascinantes. El precio de la fama no se hizo aguardar: la comunicación se puso de moda. Y de toda una verdadera avalancha de publicaciones, de calidad bastante heterogénea, quedó un saldo positivo: la legitimidad de la reflexión sobre el problema, en el contexto de la crisis latinoamericana. Todo problema de las ideologías y de su manipulación, en el nivel de las grandes masas humanas, se planteó y se replanteó. El contexto de esos planteamientos —de orden ético, político, filosófico, psicológico, sociológico y otros— no siempre ha permitido una comprensión clara de la especificidad del fenómeno de la comunicación, ni de su inserción en las estructuras sociales. En otros términos, se abordó el problema desde distintos niveles estratégicos sin explicitar que la validez de la tesis estaba referida a este o aquel nivel de tratamiento. Se intentará aquí una breve reflexión sobre el problema, a modo de apuntes para un desarrollo futuro. Esto explicará en parte las limitaciones del artículo.

heda

Un primer problema: al hablar de comunicación: ¿de qué objeto realmente se habla? o sea, ¿cuál es el objeto de esta posible ciencia de la comunicación? Si pasamos revista a la bibliografía sobre el tema, la respuesta es prácticamente imposible. Pero si la respuesta no es fácil, un hecho queda sentado, desde luego, como fundamental: el campo abarcado por toda esta producción teórica, por su misma complejidad y amplitud, no puede ser objeto de una única ciencia. Una crisis epistemológica se hace presente en el diálogo sobre las comunicaciones. De hecho, hay estudios que se presentan en base a un instrumental perteneciente a la psicología; otros manejan las herramientas teóricas de la sociología; se llevan a cabo algunos partiendo de conceptos de la economía, etc. La descripción podría ser larga. Esa fragmentación de un campo que se pretendió, en algún tiempo, unitario, no nos debe sorprender. Hay, sí, que sacar todas las lecciones de este fenómeno, si se quiere sistematizar, por lo menos un poco, la comprensión del objeto que se estudia.

Lo que ocurre, en apreciable medida, es que no se puede aislar la comunicación de ningún tipo de fenómeno social. Ella está presente en todos, de alguna manera, es parte de la esencia misma de la vida en la sociedad. No existe ciencia alguna del hombre que no haya de encontrarse en algún momento con el estudio de



la comunicación. Así, habría que destacar dos cosas: 1) la comunicación, en una significación amplia, donde se encuentra con todas las ciencias del hombre; 2) la comunicación, en un sentido más específico; lo que intentamos diseñar aquí. En la primera perspectiva, el problema aparece como insoluble: la comunicación sería la única ciencia de la sociedad. En la segunda perspectiva, se pueden esbozar algunas soluciones.

Si partimos de un esquema elemental, del circuito de las comunicaciones —esquemas que ninguna corriente teórica puede dejar de aceptar tendremos como elementos indispensables: a) un

emisor, b) un mensaje y c) un receptor. Estos elementos pueden, de modo muy general, constituirse en centro de tres campos de aglutinación de disciplinas que estudien fenómenos de la comunicación. En el campo del emisor, se situarían estudios tales como: la intencionalidad de las emisiones, las relaciones de los grupos sociales con los mensajes transmitidos, los procesos mentales de codificación de los mensajes, las relaciones de las ideologías con los emisores individuales, etc. En el polo opuesto —el del receptor tendríamos: los procesos de decodificación, los efectos de los mensajes sobre sus receptores, las relaciones entre la ubicación social de los receptores y la decodificación que efectúan, la potencialidad de los medios de comunicación en cuanto aparatos técnicos (en la perspectiva de Mc Luhan), etc. Y, a la par de los anteriores, el campo del mensaje en toda su complejidad.

Es evidente que no se pueden colocar en un mismo plano todos esos tipos de estudios, sino con el resultado de hablar de todas las cosas y de entender ninguna. O sea, la fragmentación del campo de estudio de las comunicaciones —en que cada uno de los nuevos campos generados guarda relativa independencia en relación a los otros— exige una redefinición teórica del problema. Y es aquí donde planteamos que el campo del **mensaje** ha de estimarse como central para la definición de la comunicación, en el sentido específico referido anteriormente; pues lo que ocurre en el campo del emisor —por determinante que sea para el mensaje— es, **de hecho**, anterior a la emisión de éste. Lo mismo sucede en relación al campo del receptor; todo lo que acaece o no acaece en él, ya es, de hecho, posterior al mensaje. Así, en términos de esquema conceptual, se puede aislar el campo del mensaje para intentar algunas reflexiones.

Si se acepta que los mensajes son estructuras complejas, portadoras de «significaciones» o, si se quiere, portadoras de ciertos «contenidos», entonces el problema de su estudio no puede ser planteado sin una integración con el problema más amplio de las «significaciones» de una cultura, o sea, sin una aproximación con la problemática de las superestructuras sociales.



Un problema se presenta con primera importancia: ¿cómo definir las superestructuras sociales, en cuanto existencia accesible al conocimiento?; ¿la literatura, la religión, la filosofía, las artes plásticas, la misma ciencia, como se dan a conocer? Tomando pie en diversos **lenguajes**. No que se identifique lenguaje y superestructuras; pero el modo de existencia sensible —y por tanto accesible al conocimiento de las superestructuras es, inevitablemente, como lenguajes. Así como el inconciente se da a conocer a través de los discursos del paciente, sin confundirse con ellos, las superestructuras sociales tienen, en los diversos lenguajes, sus modos de darse a conocer, y la más elemental aproximación a la cultura de una civilización cualquiera, se hace partiendo de un contacto con los **textos** de esa cultura.¹

¹ Se entiende por texto cualquier tipo de comunicación: verbal y no verbal.

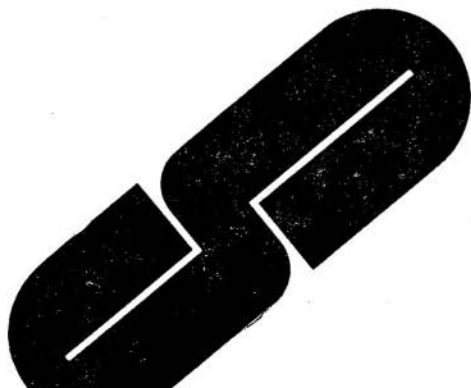
Fue Ferdinand de Saussure— el más importante de los creadores de la lingüística estructural— quien, anticipándose al problema, previó la necesidad del surgimiento de una ciencia que estudiase «la vida de los signos en el seno de la vida social»² La

² SAUSSURE, Ferdinand de **Cours de Linguistique Générale**, Payot, París, 1966, p. 33. (Hay edición en español.)

semiología —así la bautizó— buscaría dar cuenta del funcionamiento de los diversos sistemas de lenguajes que tienen vigencia en cada sociedad. «La lengua —dice— es un sistema de signos que expresan ideas, y por eso comparable a la escritura, al alfabeto de los sordomudos, a los ritos simbólicos, a las formas de cortesía, a las señales militares, etc. Sólo que es el más importante de todos esos sistemas.»³

³ **Ibid.**

Si se plantea la semiología como una ciencia que se dedica a estudiar los lenguajes de una sociedad, ¿no se estaría, al mismo tiempo, postulando una meta-ciencia que abarcaría, en su campo, todas las demás ciencias del hombre? No, en la exacta medida en que cada ciencia, cada sector de las superestructuras se expresa, cobra existencia en la sociedad sobre la base de un lenguaje. La semiología se dedica



a estudiar las estructuras de funcionamientos de esos lenguajes, sin pretender sustituir a las ciencias que ellos se expresan. En términos más sencillos, la semiología se presenta como una ciencia que estudia los fenómenos de las superestructuras, en cuanto lenguajes en curso en una determinada sociedad. De ese modo, es la comunicación, el funcionamiento de los mensajes en cuanto tales, quien constituye su objeto.

En ese enfoque, la lingüística adquiere rango de ciencia piloto, sentado el hecho de que es la más importante de las ciencias semiológicas, entre otras razones porque estudia la forma más completa y más compleja de comunicación que se conoce: la lengua humana. Y serán, sin duda, algunas reflexiones sobre los mecanismos fundamentales de las estructuras de las lenguas, las que podrán aproximarnos al problema de la comunicación y de la ideología.

Una de las tesis más importantes de la lingüística estructural es aquella de que el **signo** es una **relación arbitraria** entre una imagen acústica⁴ (significante) y un

ral en el hecho de que una determinada imagen acústica (árbol, en castellano; tree, en inglés; arbre, en francés, etc)⁵ esté relacionada con un cierto

No se hace una transcripción fonética, sino que se intenta representar la imagen acústica, teniendo en cuenta que el artículo no se dirige a los especialistas.

concepto (árbol). La existencia de lenguas distintas que contemplan, para conceptos aproximadamente equivalentes, imágenes acústicas totalmente diferentes, sólo puede ser explicada en función de esta inmotivación del signo. Por otro lado, el hecho de que las lenguas sean estructuras en constante trasfor-

⁴ Se usa la expresión «imagen acústica» y no «sonido», respetando la terminología de Saussure, que distingue entre la cara física del signo «el sonido» y su representación mental, considerando ésta como el significante.

concepto (significado) Por relación arbitraria, se entiende que no hay causalidad alguna natu-



mación, deriva de esta condición de arbitrariedad, pues, caso contrario, cualquier alteración en la lengua sería, al mismo tiempo, una alteración en el orden **natural** del mundo. O sea, la lengua no es naturaleza, es esencialmente cultura la praxis del hombre.

De ahí el hecho de que, en una determinada lengua, tal imagen acústica esté relacionada con tal concepto, sólo puede tener como base, ya que se excluye la causalidad natural, una convención social, una institución.

Cada signo, o mejor, cada sistema de signos, es una forma de contrato colectivo, vigente en una sociedad históricamente localizable. Pero este contrato, este sistema de convenciones, se recibe como herencia de la sociedad

y el origen de las convenciones del sistema no se conoce. En otros términos, el carácter convencional de los sistemas de signos no se da en el nivel de conciencia, tanto así que los cambios en el sistema lingüístico, a pesar de constantes, no pueden ser detectados en el nivel de los usuarios. Nadie tiene conciencia de que su lengua cambia, por lo menos de manera sistemática y total.

Por otro lado, cada lengua, siendo de carácter convencional, realiza un análisis de la realidad. O sea, cada lengua se constituye como una lectura de la realidad. El espectro de la luz que, en sí, es un continuum», es definido en unidades discretas (no-continuas) diferentes, en lenguas distintas. Hay sociedades que «leen» en el espectro siete colores; otros detectan cinco, o tres, o seis. Los esquimales tienen aproximadamente treinta signos diferentes para distinguir aproximadamente treinta calidades distintas de nieve. La «lectura» que hacen de la realidad objetiva está condicionada, de algún modo, por la lengua con que la analizan. Cada lengua, en términos muy amplios, es una visión del mundo

OPUS
WOLRY

Si, entonces, recibimos una lengua en que las convenciones ya están dadas, de modo inconciente, y esta lengua, por otro lado, conlleva en sí una visión del mundo, ello ¿no nos condenaría a una imposibilidad total de la racionalidad, a una pasividad condenada? No. Y esto porque, junto a la arbitrariedad de los signos, la lingüística señala como igualmente fundamentales, dos tipos de mecanismos en la estructuración de los mensajes la selección y la combinación. Cuando nos disponemos a emitir un mensaje, estamos obligados a elegir, con qué signos —del repertorio que poseemos— lo haremos, y en un segundo momento, de qué modo combinaremos dichos signos con otros. Para referirme a una misma realidad, yo puedo, normalmente, disponer de varios signos: «casa», «vivienda», «mansión», «choza», «habitación», etc. Por otro lado, se pueden combinar los signos elegidos de diversos modos, obedeciendo igualmente a las reglas de la sintaxis. Cada emisión de un mensaje está inevitablemente condicionada por estos dos mecanismos que, en realidad, son dos tipos de actividad mental desarrolladas por el hombre.⁸

⁸ Ver: a) Saussure, *op. cit.*, p. 170;
b) Jakobson, Roman, *Essais de Linguistique Générale*, Editions de Minuit, París 1966, pp. 43-67

Las reglas, dentro de las cuales se desarrollan estas elecciones, permiten una mayor libertad, en la medida que las unidades combinadas sean de estructura más compleja.⁷ Por otra lado, los re-

⁷ Jakobson, Roman, *op. cit.*

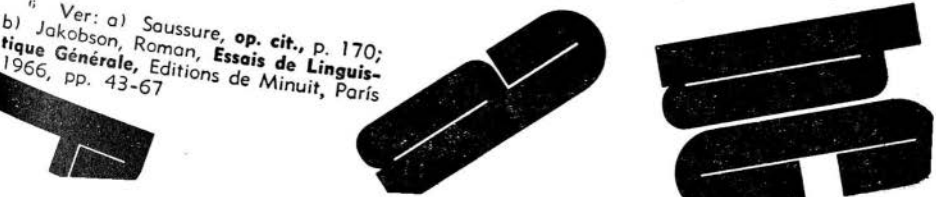
pertorios, dentro de los cuales uno elige sus signos o imágenes (en los lenguajes no verbales), están en función de su ubicación en el seno de la sociedad, en un momento histórico dado. Un obrero no especializado maneja un vocabulario distinto de aquel del intelectual, aunque sean ambos de orígenes sociales equivalentes, y un vocabulario cuantitativo

⁸ Con eso las posibilidades de elección individual.

y cualitativamente distinto⁸ ya estarán, en buena medida, condicionados para la estructura social misma.⁹ Lo mismo se

⁹ Lo que no elimina la libertad, sino que la refiere a una estructura social históricamente localizada.

podría decir de lo imaginario. Con la diferencia de que, en la sociedad de consumo masivo, los medios pueden tener una homogeneidad de las imágenes. Así que esta posibilidad de elecciones, concientes o no, se contrapone a la pasividad a que nos



OPPOR SUIUS UTI HIZ

condenaría el uso de los sistemas valóricos heredados, que son las lenguas. Estas elecciones hacen que un signo, al ser elegido, tenga que ser insertado en una estructura que se llama frase y esta contextualización hace, necesariamente, que dicho signo signifique específicamente lo que se quiere significar. Así son distintas las frases: «mi hija vendió el perro» y «el perro vendió a mi hija». La contextualización opone¹⁰ la fuerza de la historia. O

¹⁰ A la significación (relación significante-significado)

sea cada vez que se inserta un signo en un contexto dado, se le está forzando a significar alguna cosa que es contemporánea de un emisor históricamente situado. Así, los valores con que funciona el signo **perro** en las dos frases, son valores históricos, mucho más que lo son valores los de **hija y vendió**. Se puede decir, entonces que el valor (contextualización) mantiene una relación dialéctica con la significación, de modo que las significaciones

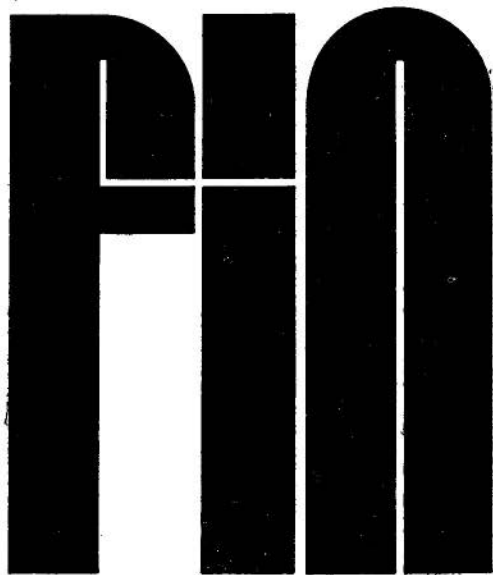
cristalizadas van siendo desplazadas, por la fuerza de la historicidad del emisor, que intenta significar un mundo en cambio. Llegamos así al centro de nuestro problema: la contraposición del valor a la significación es la que posibilita la dinámica de las visiones del mundo, el cambio de las lecturas de la realidad. Ocurrir por otra parte, que las elecciones —donde juega esta dialéctica valor y significación— son de carácter no-conciente. ¿Qué significación puede tener, en términos de ideología, una elección inconciente? Sucede como vemos, que las elecciones se dan dentro de reglas y repertorios que dependen de la ubicación del emisor en la sociedad y en los conflictos que en ellas se dan. Es su vivencia, su relación con esa sociedad, lo que constituye el sistema de valores con que va a operar, incluso en el nivel no-conciente en las elecciones del lenguaje, y es esto lo que explica que, muchas veces, los valores que efectivamente organizan la visión del mundo que vivimos, puedan estar en contradicción

con los valores intelectualmente nos proponemos como nuestros. Se puede decir entonces que la ideología está en el mensaje, mucho más que en las posibles determinaciones objetivas. Con lo que no se afirma, de manera alguna, la independencia del mensaje en relación a la estructura social de que emerge. Al contrario, se establece como elemento estructura social del propio mensaje, su estrecha vinculación con la sociedad. Con la diferencia de que el nivel de tratamiento elegido no es el de supuestos «contenidos», pero sí el de la totalidad estructural del mensaje.

Ejemplo más vivo de ese proceso de codificación y decodificación del mundo, es el arte. El artista está en constante lucha con su medio de expresión. —¿por qué no decir medio de comunicación?—, buscando las posibilidades más fecundas para significar el mundo de modo diferente de aquellos que le legó la tradición cultural de la cual es heredero. Y es exactamente en los procesos de selección y de combinación de sus «signos», en la estructuración de su «mensaje», que está dado, sepálolo no, su modo específico de vivir las relaciones con los otros hombres y con el mundo.

EL
MUNDO

Por otra parte, en los medios de comunicación masiva, la selección y la combinación de los «signos» se hace sin lucha: todo lo que es tradición y cristalización, eso es el material con que cabe trabajar. Las estructuras se repiten sistemáticamente, sin ningún intento de proponer otras lecturas de la realidad, de evolucionar el orden conceptual que se vive, con conciencia de ello o no. Tal es el dilema de la comunicación en un mundo en cambio. La subversión de una cierta comprensión de la realidad o la mantención de las estructuras conceptuales con las que se protege la explotación de un ser humano por otro.



autores

Darcy Ribeiro

primer rector de la universidad de Brasilia. Este conocido antropólogo brasileño reside actualmente en Chile; ha realizado prolongados estudios de pueblos suramericanos.

Ilia Villar

profesora de filosofía de la universidad de La Habana. Su trabajo analiza un aspecto importante del movimiento revolucionario cubano de los años 30; participó en la elaboración de nuestro número 39, dedicado a la revolución del 30.

Carlos Delgado

profesor en la universidad peruana Cayetano Heredia.

Gerard Pierre-Charles

exilado haitiano, profesor de la UNAM, México; en nuestro número 32 publicamos su artículo «Haití, ¿otra vez los marines?».

Otilando Caputo

Roberto Pizarro

autores de **Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales**, cuyo capítulo segundo publicamos en nuestro número 47 («El desarrollismo y las relaciones económicas internacionales de América Latina»).

Oswaldo Rivera Bravo

periodista chileno.

Eduardo Galeano

periodista uruguayo, autor, entre otros libros, de **Guatemala, país ocupado**, traducido a varios idiomas. Obtuvo mención de ensayo en el concurso «Casa de las Américas» 1971.

Luis F. Ribeiro

brasileño, profesor de la escuela de Artes de la Comunicación de la universidad católica de Chile.







iCRASH!

